

Volumen 14

Europa I. Escenas Europeas

	Pág.
Índice	
Revista extranjera. Revista Universal, 31 de abril de 1875	13
Revista Universal, 17 de julio de 1875	
Inundación en Francia y Alemania. El ancho Garona. Los ríos y la vida. Masa bestial y hombre justo. Tolosa. Bohemia y Moravia. Buda y Pest.	19
Sagasta	27
La Opinión Nacional, 6 de septiembre de 1881	
El rey en El Ferrol. ¡Venganza! Elecciones reñidísimas. Benevolencia de Castelar. Habilidad de Sagasta. Incendios misteriosos	37
La Opinión Nacional, 6 de septiembre de 1881	
Gambetta silbado. Belleville rebelde. Discurso en Tours. Discurso en Menilmontant. Tentativa de discurso. Reformas graves. Bonapartistas rendidos.	45
La Opinión Nacional. 7 de septiembre de 1881	
El Papa amenazado de expulsión. Actitud hostil del pueblo romano. Alarma en el Vaticano. Nueva Sede Pontificia.	53
La Opinión Nacional, 17 de septiembre de 1881	
Gambetta electo. El amable Tony Revillon. Faz nueva de la política. Una lectura anticatólica. Un periódico nuevo. Bonapartistas anonados. Rochefort silbado.	57
La Opinión Nacional, 17 de septiembre de 1881	
Las Cortes sagastinas. Los reyes se casan. Conversión de la deuda. Reformas prometidas. 116 incendiarios. Paz con Francia. Boet y Milán.	67
La Opinión Nacional, 17 de septiembre de 1881.Últimas noticias de Europa.	73
La Opinión Nacional, 3 de octubre de 1881	
La nueva Cámara Francesa. Gambetta, sus discursos, su viaje a Honfleurs, su importancia. Bismarck y Gambetta. La revuelta en Túnez. Los teatros de París. Catástrofe y fiebre. Francia e Italia.	77
La Opinión Nacional, 3 de octubre de 1881	
Un gran poeta muerto. El Vesubio en llamas. Un canónigo de San Pedro abjura la fe católica. División de los nobles romanos. El Congreso Geográfico; fantásticas fiestas, serenatas clásicas, ricas iluminaciones y regatas históricas en Venecia.	85
La Opinión Nacional, 4 de octubre de 1881	
Francia cede a España. Discusión de la política española. Ideas y hombres. El retrato de Colón. El Congreso de Americanistas. La carta de Castelar a Garibaldi.	93
La Opinión Nacional, 5 de octubre de 1881	
Entrevista del zar y el káiser. Capital acontecimiento europeo. Formidable liga de imperios. Dramática entrevista. Guerra al socialismo. Invitación a Europa.	105
La Opinión Nacional, 1881 La revuelta en Egipto. Interesante problema.	113
La Opinión Nacional, 1881 Congreso de Americanistas.	121
La Opinión Nacional, 17 de octubre de 1881	
Horas de reposo. Franklin y Francia. París y Garfield. Grévy rusicando. Un libro nuevo. Sarah Bernhardt. Marie Colombier y Arsene Houssaye. Rochefort y Gambetta. La guerra de Túnez y el Ministerio. Batallas próximas.	127

La Opinión Nacional, 17 de octubre de 1881 El libro de un apóstata. El sufragio en la Iglesia. Poco maíz y buen vino. Congreso de Geólogos. Un meridiano para la Tierra. Curiosidades americanas. Un buque y un hombre. Los congresos de Europa. Alemania y el Papa. ¡Ah, si quisiéramos!	133
La Opinión Nacional, 18 de octubre de 1881 En España y en Cuba. El discurso del rey. El monarca joven y el ministro hábil. Escaramuza brillante en el Congreso. Congreso de socialistas.	139
La Opinión Nacional, 31 de octubre de 1881 El nuevo partido y el nuevo aspecto de la monarquía. Grande alarma en Cuba: Blanco destituido. Nuevo Capitán General. Rumores de la Corte.	145
La Opinión Nacional, 31 de octubre de 1881 Pintoresca entrevista de los reyes de España y Portugal. Los republicanos portugueses. La investidura de la Orden de la Jarretera.	155
La Opinión Nacional, 2 de noviembre de 1881 ¿Viaje amoroso o viaje político? Rochefort, Roustan y Gambetta. La fortuna de la emperatriz Eugenia. El Ministerio próximo. Una imponente escena. Noche mágica.	163
La Opinión Nacional, 2 de noviembre de 1881 Vapores y gondoleros. “Cenni autobiografici”. Trabajos y propósitos del Pontífice. Expedición al Polo Antártico.	171
La Opinión Nacional, 15 de noviembre de 1881 Noticias de Francia.	177
La Opinión Nacional, 16 de noviembre de 1881 Animada batalla. Nuevos códigos políticos. Ineficaz y tímida reforma en Hacienda. Derechos del café y del cacao. Maestros de alta esgrima. Miseras colonias. Política futura.	183
La Opinión Nacional, 17 de noviembre de 1881 Entrevista de reyes. Pontafel, la frontera. Un trozo de la cruz. León XIII habla a 2,000 peregrinos. Reunión tumultuosa. “¡Italia irredenta!”	191
La Opinión Nacional, 29 de noviembre de 1881 Diputados y libros. Dos tumbas nuevas. “Nouma Roumestan”. Gambetta forma Ministerio. Reñida batalla. Ferry, Faure y Clemenceau. Época nueva.	197
La Opinión Nacional, 30 de noviembre de 1881 Fiestas en Cortes. Un partido nuevo y un partido roto. Dos bravos justadores: Portuondo y León y Castillo. La autonomía en Cuba. Prefiero la monarquía de Víctor Manuel.	209
La Opinión Nacional, noviembre de 1881 Maravillas vienesas. Fiesta de colores. Banquete imperial. Noche de gala. Cortesanía y diplomacia. ¡Pobre Venecia!	219
La Opinión Nacional, 13 de diciembre de 1881 Gambetta y sus ministros. Pujanza y modestia. Su espíritu y sus actos. Díceres de Lutecia. Política nueva. Un notable muerto.	227
La Opinión Nacional, 14 de diciembre de 1881 Roma de gala. “¡A Depretis!” Venecia y Viena. Promoción de cardenales. Ecos del Vaticano. España y León XIII.	239
La Opinión Nacional, 16 de diciembre de 1881 Gran debate parlamentario. Castelar, Cánovas y Sagasta.	245
La Opinión Nacional, 17 de diciembre de 1881 Final tumultuoso de un debate. El canal de Panamá. El poder temporal del Papa.	255
La Opinión Nacional, 28 de diciembre de 1881 Los preladados y Sagasta. Arma oxidada y arma nueva. Castelar y Francia. Gibraltar para España. Ferrocarril nuevo.	263

La Opinión Nacional, 30 de diciembre de 1881 Orador. Historiador. Dramaturgo. Jules Claretie. Camille Pelletan. Renán. “Marco Aurelio y el Siglo II”. Gambetta y Paul Bert. “Le Petit Jacques”.	273
La Opinión Nacional, 1881 Proceso ruidoso. Ofensa al Pontífice. Parlamento animado. Ceremonia de canonización.	287
La Opinión Nacional, enero de 1882 Puertas y porteños. Tres periodistas excomulgados. Árabes a Arabia. Rey joven y embajador anciano. Mayoría rebelde.	293
La Opinión Nacional, enero de 1882 Rochefort. Un proceso por calumnia. Gambetta en el Senado. Cómicos y cruces. Un gallardo Ministro.	299
La Opinión Nacional, enero de 1882 Benjamín Mecalusso. Loco de hambre. Los nobles deben encabezar la democracia. Buena reina Margarita: Quirinal y Vaticano. Despedida de los prelados.	307
La Opinión Nacional, 23 de enero de 1882 El invierno en París. Elecciones en la Academia Francesa. Sully Prudhomme, poeta. Cherbuliez. Pasteur. Candidatos y vencedores. Obedeced a César. Gambetta y Vitelio. Triunfos que son derrotas. Batalla política. Batalla parisiense.	313
La Opinión Nacional, 27 de enero de 1882 Usanzas de hidalgo. Diputados de provincia y diputados madrileños. Un mes en Madrid. Católicos contra herejes. La batalla de marzo. Preparativos, recuentos y probabilidades. La conversión de la deuda.	325
La Opinión Nacional, 1882 Las pascuas romanas. Antaño y hogaño. Roma disputada: León XIII. Bismarck y el rey Humberto. Mazzinistas y federalistas. El periodista Mario. El profesor Ceneri. El profesor Bovio.	335
La Opinión Nacional, 7 de febrero de 1882 Reyes alegres. Alfonso en Lisboa. Lisboa fantástica. Palacios viejos y artes viejas. Una exposición. Un banquete. Un baile portugués. Una corrida de toros. Una noche de ópera. La hermosa Cintra. La histórica Villaviciosa. Traje de reina.	341
La Opinión Nacional, 8 de febrero de 1882 Elecciones de senadores. Triunfo republicano. Gambetta ante la Cámara. Gobernar realmente, o no gobernar. El proyecto de revisión de la Constitución. Los teatros de París. “El 93”. “Las Mil y una Noches”.	355
La Opinión Nacional, 22 de febrero de 1882 Caída de Gambetta. El Ministerio de Freycinet. Razón grandiosa. Intereses contra reformas. La batalla. El domador rompe su hierro de domar. La Cámara contra el tribuno. En el asiento de la izquierda. Programa del gobierno nuevo. El programa necesario.	363
La Opinión Nacional, 23 de febrero de 1882 Los pueblos y los políticos. La guerra de los generales. Crisis en marzo. Reyes nuevos y reyes viejos. Peregrinos a Roma. Fiesta en palacio. El gobierno y el nuncio. “Urge educar a las mujeres”.	373
La Opinión Nacional, marzo de 1882 Peregrinos y carlistas. Los católicos de don Alfonso y los católicos de don Carlos. El Pontífice. El nuncio y los ministros. Necedal. Baile en Palacio.	381
La Opinión Nacional, 7 de marzo de 1882 Gambetta, Jules Simo y Freycinet. “La Unión General” y los labriegos lioneses. Un libro nuevo. Edmundo de Goncourt y sus amigos. La mujer parisiense. “La Foustín”.	387
La Opinión Nacional, 8 de marzo de 1882 Los ancianos. Milán. César Cantú y los milaneses. Los cambios en la historia. Cantú dice cómo-reforma su libro. El mundo nuevo. Garibaldi en peligro de morir.	395

La Opinión Nacional, 23 de marzo de 1882 El ejército parlamentario. Varios cuerpos de ejército. Ideas e intereses. Las contribuciones y los contribuyentes Un nuevo académico. Cuba. Alianza Ibérica. Amistad de Francia y España. Castelar y los esclavos.	403
La Opinión Nacional, 23 de marzo de 1882 Mabille desaparece. La Pomaré y la Rigolboche. Cuadros y estatuas. Millet. Henry Regnault y “Automedonte”. Caballos famosos. Cosas europeas. Gambetta crece.	411
La Opinión Nacional, 24 de marzo de 1882 Garibaldi. El Kulturkampf. Bey, Pontífice y pueblo. Guerra por Roma. ¿Adónde va el Papa? Liberales y pontificales. Graves anuncios.	417
La Opinión Nacional, 1 de abril de 1882 Poetas nuevos y poetas viejos. Augusto Barbier ha muerto. Los terribles “Yambos”. Los “Yambos” y la Academia. Barbier, Musset, Gautier, Hugo. Víctor Hugo protesta contra la sentencia de los nihilistas. La fiesta del patriarca. Versos de Coppée, de Manuel y de Gramont. ¡Gloriosos ochenta años! Un pesar de Mme. Edmond Adam. La abrogación del Concordato. Parvada de hechos.	423
La Opinión Nacional, 3 de abril de 1882 Fiestas y duelos. El bravo Médicis. Giovanni Lanza. Humberto y los italianos. Carnavales sangrientos. Caballos y bujías. El diario del canónigo rebelde. León XIII y su secretario. Cardenales nuevos.	433
La Opinión Nacional, 4 de abril de 1882 Los salones de Madrid. Danza e intrigas. Don José Moreno Nieto. Un orientalista. Ya se abren las Cortes. Iras en Cuba.	441
La Opinión Nacional, 1882 Meses alegres. Plática parisiense. Libros y dramas. “L’abbé Constantin”. novela nueva. La joven norteamericana. “Son Excellence Satinette”. Un discurso de Renán. Un libro de Zola. Alfred de Musset y su “Barberine”. “Mon fils”, comedia buena. El rudo Pedro y el elegante Santiago. Cuentos y dícere. La viuda de un poeta. La deuda de Francia.	447
La Opinión Nacional. 1882 La calle del Florín. Lacayos. generales y ministros. Se abren las Cortes. Los bandos enemigos. Problemas venideros. Batalla de capitanes. Las leyes liberales. La ley del matrimonio. Las reformas cubanas. Dorregaray.	457
La Opinión Nacional. 1882 Las catacumbas y los arqueólogos. Hallazgo. Irene y Ágape. Una columna egipcia. Un conde asesino. Una condesa valerosa. Opera póstuma. Los siete cardenales nuevos. El día del Pontífice.	465
La Opinión Nacional, 1882 Cataluña contra España. Barcelona revuelta. Madrid agitado. Proteccionistas y librecambistas. Sesión solemne. Sagasta afronta la rebelión. Castelar. los demócrata y los catalanes. Ha de vetarse el tratado de comercio con Francia. Cafés y teatros. Sara Bernhardt en Madrid. El teatro hermoso. Un torero moribundo.	473
La Opinión Nacional 1882 El centenario de las Vísperas. Las Vísperas. Sicilianas. El de Anjou y Prócida. Los siciliano y el Pontífice. Fiesta en Palermo. Regata: discurso: monumentos. Vino de Siracusa y vino de Marsala. Mercaderes, mártires y caballeros. Roma.	481
La Opinión Nacional. 1882 “Pére Divorce”. El juego de la Bolsa y los juegos de azar. Los dos proyectos de Naquet. La duquesa de Chaulnes y la duquesa de Chevreuse. Un banquete a un maquinista. Víctor Hugo. Lo que dice Rouher. Lo que dice Olivier. Eugenia. Radicales y moderados.	489
La Opinión Nacional. 1882 Ensayo de política racional. Escala de partidos. Un partido nuevo. De Pidal a Pi. El ala derecha y el ala izquierda de Sagasta. La batalla en el campo sagastino. Los juicio por jurado. Cataluña independiente. Ineficaces reformas para Cuba. España, las potencias y Marruecos.	499

La Opinión Nacional, 1882

Reforma del sufragio. Las Cámaras votan el escrutinio de lista. Excavaciones. Entre poetas. Entre campesinos. Entre cardenales. El caballero Errington. El verboso Olivier. León XIII e Irlanda.

JOSE MARTI

Obras Completas

14

Europa



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1975

Primera edición publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades. La Habana. 1963-1965.

Segunda edición



RETRATO DE MARTÍ, HECHO EN NUEVA YORK EN 1888

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro,
calle 14, No. 4104, Marianao 13, Habana, Cuba.

EUROPA

ESCENAS EUROPEAS

1

REVISTA EXTRANJERA

Trae el paquete inglés buen número de noticias, en su mayor parte ampliación de las que en nuestras mismas columnas y en otros diarios se publicaron, en los telegramas recibidos a la llegada del vapor.

A los primeros días de Abril alcanzan las que extractaremos aquí ligeramente.

No llega a una base fija la conmovida situación de España. Parece cierto que causas que otra vez hemos apuntado, aumentan cada vez el abandono de las filas de D. Carlos; pero ni éstas terminan de un modo decisivo, ni con que terminaran acabarían los motivos de debilidad que llevan en sí y con tanta razón temen las situaciones de fuerza. Periódico hay, y periódico grave y reputado, tenido mucho tiempo como la severa expresión general de las situaciones y turbulencias españolas, que al dar a conocer la medida contra él tomada por los ministros alfonsinos, asegura que es él más fuerte que el Ministerio que prohíbe su lectura. Existe entre los hombres sensatos descontento por el escaso valer de los que han recibido de la última situación importantes cargos diplomáticos: reina descontento por el abuso inmoderado que del erario se hace para satisfacer servicios inútiles, en tanto que las clases que más lo han menester, sufren escasez y hambre por los errores de la administración del Estado.

Polo y Díaz de Rada, cabecillas importantes en el campo carlista, no acatan ya la bandera de D. Carlos. A bien que de éstos se dice que han obedecido la influencia privada de Cabrera. Uno y otro son tristemente conocidos por las volubilidades de sus interrumpidas correrías, siempre más fervientes en favor de las intenciones de D. Carlos, que en el de la monarquía reconocida, a la que se abrazan cuando vacila la carlista.

España envió a Rumania al Sr. Cipriano del Mazo, que con carácter particular dio cuenta del nuevo gobierno. Turquía reclama contra este acto de cortesía, cumplido hacia un Estado reconocido como independiente en el Tratado de París. Rumania ha dirigido una circular a las potencias en la que protesta contra la oposición de Turquía a que reciba notifica-

ciones directas de los cambios de gobierno. Débiles son ya los lazos que unen a la Puerta con el Estado tributario: Turquía quiere sin duda sujetar con una declaración de las potencias en favor suyo el Estado que se revuelve contra los restos que aún sufre de su dominación. El príncipe Carlos es el soberano legítimo de Rumania: el Tratado de París lo autoriza para obrar como jefe de un pueblo independiente. Turquía provoca con motivo del gobierno español un movimiento contrario a Rumania; pero nada ha de temer España del exhausto tesoro, del pretexto fútil, y del lejano territorio de Turquía.

La infanta Isabel está ya en Madrid. Bien la reciben y agasajan los que hicieron de su venida a España cuestión de gabinete: triunfaron esta vez los moderados, cuyas exigencias llevan tantas luchas al seno de aquel Ministerio irregular, impotente y desunido por ley lógica que rige a todas las ambiciones contenidas y a todas las voluntades sujetas en las trabas de un ministerio de conciliación.

Dijose ya en México que el Ministerio había caído: no fuera de extrañar: así está en la naturaleza del pueblo español y en la heterogeneidad del imposible Ministerio.

Parece que una indemnización ha puesto término a la cuestión del *Gustavo*. Ella, y el Toisón de Oro con que el rey ha adornado el soberbio cuello de Bismarck.

El partido constitucional tiene un nuevo órgano en la prensa. "La Patria" defiende las pretensiones de los que en el seno del gabinete combaten contra los reminiscentes de la preocupación absolutista. El partido moderado puro quiere la reposición de la antigua monarquía y la vuelta de doña Isabel como su símbolo. El partido constitucional pretende que el nuevo rey gobierne con las garantías fundamentales para el país, establecidas y aplicadas por los hombres de las pasadas conmociones. Los partidos que no son nacionales no triunfan nunca: vencen transitoriamente y viven la vida miserable de las condescendencias y del turno. Este es, a nuestro juicio, el doloroso e inestable porvenir de la situación actual de España.

De Francia, noticias poco favorables a la fortaleza y respetabilidad política del Ministerio. En los últimos días de marzo leyó M. Buffet su programa a la Cámara. Con razón dice un diario respetable que es vago, incoloro y nebuloso, por más que no estemos tan inclinados como nuestro colega a creer en la proximidad de una solución bonapartista. Todas las soluciones de fuerza son posibles en los países que poseen una

sólida moralidad: posible es, pues, la solución de Bonaparte en Francia; pero no es éste en manera alguna el espíritu dominante en el país.

M. Buffet declara que el Ministerio será francamente conservador; pero entre tantas reminiscencias de situaciones caídas que tienen sus representantes en la Cámara, ninguna alcanza del nuevo Ministerio apoyo decisivo. Y en un país que tanto ha menester de solución, ¿tendrá condiciones prácticas de vida un Ministerio que no presenta ninguna? Pero aquella vacilante situación requiere como justa consecuencia a Ministerios vacilantes.

Aún no alcanzan las noticias a las conmociones que hacía presentir el artículo de un diario autorizado de Berlín, ahogado por las declaraciones pacíficas de los órganos de la prensa francesa. Francia quiere la guerra, Francia hará la guerra; pero ni la quiere ni la hará ahora.

Todas las vacilaciones buscan pretexto para engañarse a sí mismas; todo lo temeroso necesita alardear de indiferencia: así hace ahora la Cámara dormida cobardemente sobre las necesidades vitales del país, y visiblemente ocupada en discusiones fútiles y nimias. Después de la sesión trascendental en que se envolvía la situación futura de Francia, y en que a un punto tal de cordura llevó los ánimos la palabra a la par viva y práctica de Laboulaye, inutilizada de tan imprudente manera por la irreflexiva exageración de Louis Blanc,—no ha habido en la Cámara discusión alguna digna de la difícil situación en que se agitan los vagos destinos de Francia.

Algo ha ocupado la atención el informe supletorio de la comisión reorganizadora del ejército, y no hemos de entretener a nuestros lectores con noticias de un carácter pequeño y local.

M. Jarnac, embajador de Francia en Londres, murió el 25 de marzo de una manera casi repentina. M. Jarnac era un hombre notable y apreciado en el cuerpo diplomático francés.

A propósito de embajadores, el que Inglaterra sostenía en Madrid, se encontraba en París últimamente dispuesto de un modo firme a no volver más a su embajada. Sabemos que el ministro inglés era sumamente apreciado en la sociedad alta de Madrid; no se ven de un modo claro los motivos en que apoye la que parece irrevocable determinación.

Se ha dicho ya que un periódico francés ha sufrido la pena de suspensión por haber publicado un soneto injurioso para Prusia. El periódico es el "Liberal de l'Est", y la suspensión de quince días ha sido dictada por el duque de Aumale. El hecho fue imprudente, y el acto penal ha sido político. El periódico inspirador se publica en Belfort,

que es después de la guerra una ciudad fronteriza; y esta injuria innecesaria hubiera dado, a no ser reprimida, aliento a otras mayores, causa probable de complicaciones difíciles, en estos instantes en que Prusia busca con afán un pretexto para lanzarse de nuevo sobre Francia, para crearle obstáculos, para impedir que se reorganice, para provocarla a un conflicto que la desuna y la divide y la priva de las fuerzas que con el silencio de un orgullo herido, recoge y prepara.

Ni el espacio ni la paciencia de nuestros lectores concederían más lugar en el número de hoy a esta *Revista*. Las noticias de Bélgica, Alemania e Italia, ligadas todas con la grave cuestión religiosa, reclaman además para sí una revista especial.

J. M.

Revista Universal. México, 31 de abril de 1875

2

Inundación en Francia y Alemania.—El ancho Garona.—Los ríos y la vida.—Masa bestial y hombre justo.—Tolosa.—Bohemia y Moravia.—Buda y Pest

Trajo el paquete último tristísimas noticias; incesantes lluvias habían caído sobre el mediodía de Francia: rebosados el Tarn y sus afluentes, henchido con las copiosas aguas el Garona, los ríos de aquella comarca salieron de madre, saltaron sobre sus orillas, se extendieron por los campos, rompieron puentes, invadieron pueblos, y cadáveres y ruinas y miseria se esparcen ahora en aquellas campiñas risueñas, en que el sol calienta blandamente y juguetea entre los alrededores pintorescos de los lindos pueblos fronterizos, y a la margen rica y fértil de los caudalosos y anchos ríos.

No calienta el sol en las tierras dormidas, aletargadas y como muertas bajo las extensas llanuras de nieve. Se oprime el corazón ante ese inmenso cadáver blanco; se muere todo en derredor y siente uno en sí la muerte propia. Hay tiranías rudas: así la de la nieve que esteriliza y ahoga la tierra.—Búscase en aquellas comarcas prestada la vida al calor de una hoguera que encienden la inacción y el hastío: no así en los pueblos del mediodía de Francia, alegres y gallardos, llenos de casas blancas y de mujeres vivas y risueñas. Es en ellos el sol, bueno y constante amigo: saben ya las espigas rubias cuándo vendrán los rayos de oro a reclinarse y brillar entre ellas, y cada año se abre la tierra en frutos abundantes de este bellissimo consorcio: allá crecen las vides pomposas, de jugo suave y ardiente como la naturaleza a la par muelle y vivaz de las mujeres del país: serpean y fructifican los pequeños riachuelos numerosos: pliégame la tierra en pequeños cerros, a la falda arrogante de los severos montes pirenaicos, y riega casi toda la comarca el Garona de correr majestuoso, cuyas ondas se esparcen y se extienden con la tranquila y soberbia calma de los dueños.

¡Bien haya Jorge Manrique, el de las endechas quejumbrosas, el del perpetuo y bellissimo dolor!

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señorios
derechos a se acabar
y consumir.*

Imítanse río y vida en el lento correr, en la implacable sucesión de ondas y días, en el regar las márgenes el uno y fecundar seres la otra, en el ir del ser pequeño hacia el inmedible y ancho ser. Todo es análogo en la tierra, y cada orden existente tiene relación con otro orden. La armonía fue la ley del nacimiento, y será perpetuamente la bella y lógica ley de relación.

Todo va a la par, y todo es semejante; el árbol tiene savia, como sangre el cuerpo y agua el río: las plantas son seres atados a la tierra por raíces; los hombres son seres atados por los misterios de la voluntad: así la corriente ha de deslizarse por su lecho, como la esencia humana ha de vivir determinados días con existencia terrenal.

Riega el ancho Garona desde el valle español de Arán hasta las márgenes de la ría que baña los alegres y bulliciosos muelles de Burdeos, la ciudad del gran teatro, de las sabrosas *moules*, y de la rica y hermosa calle de la Intendencia. Cerca de allí las campiñas donde crecen las jugosas vides, misterioso espíritu de planta que reanima el espíritu del hombre: analogía y relación nuevas.

Y estas vides han sido arrancadas, y estos campos anegados y hundidos; y las montañas han bajado hasta la tierra, y los ríos iracundos han subido hasta la nieve que blanqueaba en las montañas. Esta fiera naturaleza se olvidó de sus hombres: esta masa empujada y torpe ha arrastrado las plantas que fecunda; esta madre voraz y sorda ha destruido los hijos que crea. Calienta el hombre en su cerebro la idea poderosa de justicia: estrecha la madre humana contra su seno al débil hijo que tuvo vida en sus entrañas: muere el águila herida al pie del que le roba sus hijuelos; ¡y esta masa creadora maternal rueda sin conciencia ni dolor sobre plantas, e hijos, y ríos y campos y hombres!

No nace este ser justo de la masa que desconoce la justicia: no nace este hombre previsor de la madre que fecunda para herir: no nace este cerebro inteligente de la fuerza que arrasa y que devasta: no puede lo que crea ser hijo de lo que destruye: no puede lo que piensa brotar de

lo que fatal y ciegamente adelanta y corre. El hijo tendrá inteligencia, porque la hubo del padre que lo creó: el hijo vivirá de amores, porque en amores fue concebido y fecundado: la alegría nace en el alma cuando la mañana nace en la tierra: todo vivo nace de vivo, y de ser noble todo el que alienta con nobleza. Madres serán de las montañas esa tierra y esa agua impías, sepultura perpetuamente abierta, mano ciega que despedaza lo que acaba de crear y fecundar. Estas nubes que se abren en aguas mensajeras de la muerte, estos ríos que se desbordan por la campiña amedrentada, estas colinas que se hunden sin dar amparo a los hombres que perecen, este rugido de la muerte que inconsciente, fatal, ciegamente devasta el campo fértil, el hogar amadísimo, el árbol que alimenta al hombre, y el hombre que honra a su ser y cuida el árbol no son los padres nobles de este alto ser humano inteligente, pensador de la vida, soñador en la esencia, activamente justo, compensador y previsor, enemigo de lo que mata, y cuidador y alimentador de lo que crea.

Lo inteligente no nace de lo estúpido: el vivo bueno y noble no es el hijo de la masa bestial.

Riega el ancho Garona bellas y fertilísimas comarcas: ¡miseros hoy los pueblos que mansamente regó el Garona un día! Verdún, La Magistère, Tréboulet, Moissac ven pobladas de cadáveres las calles que un tiempo palpitaron con la alegría de sus laboriosos hijos. Húmeda soledad se extiende ahora por donde antes jugueteaban y brillaban los rayos de un caliente y siempre amigo sol.

Y con Verdún y Bagnères, las poblaciones más infortunadas, llora ahora Tolosa, la que fue un tiempo pobladísima ciudad, y dio a los galos sublime santuario para su hermosa religión y se alió después a los romanos invasores, y olvidó luego veleidosa a los romanos por los cimbríos. Triste llora Tolosa, la de hijos de ojos negros y ardiente y generoso corazón.

Arde la patria perennemente en el espíritu de los hombres que ampara y cobija: arde a las veces con luz lánguida; pero cuando la encienden desventuras, viva y brilladora y hermosa es la luz. Es lo que convencionalmente se llama desgracia, elemento esencial en el hombre: así son las catástrofes y los dolores lazo bueno de ayuda y de unión. Todo ser se reconoce en el desventurado: aquel que no sufrió males adivina intuitivamente que los habrá de sufrir. Agrúpanse por el mal de todos los que se libraron del mal: regocijense con remediarlo: aprestan sus socorros fraternales: dase de lo que se tiene profusamente y a porfía:

únense los hombres para socorrer a los hombres: dan los vivos a las familias de los muertos: no se ha ahogado la voz común en el ser humano: al fin es el ser humano esencial y activamente bueno.

Los hombres vivos socorren a aquellos que pueden todavía restaurar sus daños y vivir. La masa torpe en cambio no volverá la vida a los hombres que en ciega hora mató. ¿Y el que repara es hijo del que no remedia su destrucción? Así sería hijo un hombre de la madre que lo devorara al nacer.

El Ister de ondas azules ha destruido en las tierras germánicas las comarcas de Mohrau y los Czece. La simpática Bohemia, y la Moravia perpetuamente combatida, también han tenido ahora árboles arrancados de los campos, e hijos desaparecidos del hogar.

También las aguas copiosas cayeron en el río: también el Danubio fantástico salió de madre e inundó. Mensajero de desastres fue esta vez ese que la melancólica imaginación de los germanos hizo río poblado de mujeres blancas, encantadas rosas, genios invisibles, y sueños y devaneos de enamorados. Rosas azules crecían en las márgenes del Ister caudaloso, un tiempo límite de la insaciable avaricia romana, límite ahora al morir, de la tierra amenazadora de Turquía. Protege hoy a los hijos del oriente el que un día protegió a los del norte; pero ¡cómo lloran hoy sus iras Böhmen y Mohrau, la nación de Sigoveso y la de Swentibold, la alegre Buda y la bella y riquísima Pest!

No habrá este año en aquella las fiestas que tanto envidian los rusos de Nijni-Novgorod; ni habrá en la plaza caballos salvajes; ni pasearán con franca algazara por las calles a aquellos bueyes cenicientos de larga y puntiaguda cornamenta. No habrá hacinadas a una parte lanas, granos y vinos, ni en la otra frutas, ni más allá la profusión pintoresca de pipas de barro, tan estimadas y queridas por los hijos de la comarca laboriosa. Ni pasará al lado del rico el labriego desaseado y robusto, envuelto en capa oscura, o en no muy blancas pieles de grandes ovejas: triste, triste Buda, la de las fiestas que para sí envidiaría la soberbia y egoísta Novgorod.

Y Pest sufrirá nuevamente lo que, también por iras del Ister, sufrió a fines del siglo XVIII. La comercial, la rica, la industriosa Pest suspende ahora su vida activísima para mirar hacia los campos devastados, y llorar

sobre la ignorada tumba de sus hijos. ¡Cruelles, cruelles ríos el Garona de curso soberbio, y el Danubio de márgenes floridas, de vapores poblados de fantasmas, de visiones de amor y ondas mansas, rumorosas, suaves y azules!

ORESTES

Revista Universal. México, 17 de julio de 1875

3

S A G A S T A ¹

¹ Por las condiciones del borrador, escrito originalmente en francés como otros trabajos de Martí, cabe suponer que se trata de un artículo para *The Sun*, de Nueva York.

A Madrid, il est le lion du jour.—Le cable vient de nous transmettre le dernier combat oratoire dans les Cortès, entre un Gouvernement habile, qui se sait appuyé par de grands intérêts européens,—et une opposition fiévreuse, qui voit tous les chemins qui mènent au pouvoir joliment coupés.—Dans ce combat de mots, qui sont comme ces grosses gouttes d'eau qui tombent dans les premiers moments de l'orage,—tous les honneurs ont été pour le nerveux Sagasta, au rire voltairien, à la parole quelquefois mâle,—toujours aigüe, acérée et mordante—sa langue est comme un fouet d'acier souple: où elle frappe—elle fend.

C'est un homme curieux, Sagasta. Il est un vrai produit de ces temps d'orage, de ces temps de transition, de bouleversement, de changement. Par la supériorité de son intelligence, il vise aux hautes sphères; par son humble naissance, il les haït. Il voudrait se passer d'elles: il ne pourrait pas. Il commença par débiter dans des journaux clandestins de traits perçants contre les grands du jour; il y avait un peu en lui de l'étoffe de Rochefort: mais son mâle intelligence, sa suprême habileté, son ambition insatiable—qu'il a le droit d'avoir, puisqu'il a su la justifier—ses solides études l'écartèrent bientôt, une fois réussi, du rang des hommes du peuple, qu'il avait commencé à éblouir et qui l'avaient poussé.

Dans les jours magnifiques de la révolution qui renversa le trône des Bourbons,—Sagasta, qui était un orateur, ne le fut que pour servir sa fièvre de pouvoir. Il n'était pas encore cet homme sérieux qu'il commence à être.—Il n'était pas, comme aujourd'hui, le défenseur de la liberté mais son apostate. Il méprisait le peuple d'où il venait; mais les Bourbons, en ne l'acceptant pas, malgré ses courtoisies, ses insinuations et ses menaces, lui ont fait ressentir encore une fois son origine modeste, et il s'est dressé fièrement en face de celui qui lui jette impitoyablement dans la figure sa source populaire.— C'est ce phénomène qu'on observe de tout près dans les peuples où il y a des noirs:—les métis, nés des noirs et des blancs, haïssent les blancs parmi lesquels ils ne seraient

pas admis,—et les noirs, qui les empêchent d'y arriver. Ils vivent dans cette haine perpétuelle, comme des âmes dans le vide.

Dans ces temps, où le prestige de la noblesse n'a pas encore fini,—où on ne peut déjà vivre sans le peuple devenu roi—les politiques voltigent,—sans savoir où s'arrêter, comme des papillons folles.—Mais il y a de ces âmes trempées dans le vrai feu, dans l'amour caché, mais fervent, de la pure liberté. On aurait tort si l'on croyait Sagasta incapable de ce chaud amour.—Le culte des idées, quoiqu'intéressé, ennoblit. La sainte indignation que soulèvent dans les âmes des jeunes gens les préjugés des vieux régimes, et les exigences inopportunes des rois cramponnés sur des trônes pourris,—pousse les hommes intelligents dans la voie publique. Encouragés par l'admiration et la reconnaissance du peuple,—l'amour d'une renommée facile et l'espoir du pouvoir, les retiennent dans cette voie:—quelques uns y mettent toute son âme sincère; pour la plupart, ils ne sont que des marchands de grandes idées. Ils spéculent dans la Bourse des sentiments publiques. Ils sont des Philippards de la conscience. Mais, comme quelques tuteurs s'acharnent à la fin à la défense des restes de la fortune des enfants, qu'il sont gaspillé,—inspirés d'amour pour les créatures qu'ils ont méconduites,—ces agiotistes de la liberté, en ressentant l'influence décisive et généreuse des premiers amours, reviennent à eux,—et veulent sauver ce qu'ils ont compromis.—Voilà, bref, l'histoire, l'œuvre présente et l'œuvre à venir de Práxedes Mateo Sagasta, cet homme du peuple qui sourit d'une manière si caressante aux concierges du théâtre de Oriente quand ils l'appellent, toujours respectueusement, quoi qu'il soit loin du pouvoir,—“Votre Excellence”.

Il y a toujours une ressemblance entre les hommes de la politique espagnole et les hommes de la politique française. Castelar, par exemple, rêve Gambetta. Le maréchal Serrano rêve le Maréchal Mac Mahon. Martos est peut-être le plus original. Sagasta rêve M. Thiers.—Il n'a pas, certes, l'élévation, la profondeur, le grand cœur, l'immense savoir du grand petit-homme; il n'a pas écrit, ni l'écrira peut-être jamais,—paresseux et insouciant qu'il est, “l'Histoire du Consulat et de l'Empire”. Il ne met pas, dans les luttes du Parlement, cet entrain et cette fougue charmantes et brillantes qui caractériseront toujours le “Sauveur du territoire”. Même, Sagasta ne sauverait jamais le territoire.—

Mais il a le mont fin, l'intention maligne, le coup à-propos, le redressement fier, la langue prête et incisive du ministre de Louis Philippe.—

Pourvu qu'un moyen le mène à son objet, il ne discute pas le moyen. Il reculerait sans doute devant le crime; mais il a démontré qu'il ne recule

pas devant le scandale.—Parmi ses concitoyens, il passe comme l'organisateur d'une bande de cassetêtes qui poursuivaient à grands coups de grosses cannes ceux qui dans les journaux et dans les théâtres se moquaient du roi Amédée, le bon roi italien qui eut le bon sens d'abandonner une terre où il était sans doute utile, mais, où il savait bien qu'il n'était pas aimé.—On appelait cette compagnie, devenue farneuse par ses escarmouches et ses exploits, “La Compañía de la Porra”.—*Porra*, c'est un grand bâton, bon à fendre le crâne.—La bande exista; elle poursuivait les ennemis du gouvernement; le gouvernement ne poursuivait pas la bande; Sagasta était au pouvoir; on donnait pour le chef de la *compañía* un ami de Sagasta, qui a l'esprit tapageux des vieux étudiants de Salamanca: cela pourrait être!

Ce qui est certain, et reconnu, c'est l'exquise habileté de Sagasta et de ses amis pour faire tourner en leur faveur le résultat des élections. Les ennemis de Sagasta lui permettront tout; mais il n'y a pas risque à assurer que parmi les batailles livrées au parlement espagnol, ce ne sont pas les moins sérieuses celles qui ont eu pour objet d'empêcher Sagasta de rester dans le pouvoir pendant les élections, ou d'y parvenir. On le sait d'avance: il ne perd jamais les élections qu'il fait. Il a des amis personnels, liés à lui par les faveurs qu'il accorde, en homme qui ne les paie pas de sa poche, mais de la poche de la nation; et, d'ailleurs, il a la confiance qu'inspirent son astuce et ses habitudes d'homme de gouvernement. Quand le gouvernement est difficile à saisir—c'est Sagasta qui l'aura le premier: c'est lui aussi qui le laissera le dernier.—Il s'y cramponne;—et sait tomber toujours comme les gladiateurs romains, en bonne pose, comme pour y revenir.

Il y a deux choses que Sagasta haït et dédaigne: l'aristocratie ignorante et prétentieuse; la démocratie trop populaire. Il est démocrate, quoiqu'il soit toujours un peu prêt à sacrifier la doctrine à ses intérêts politiques, pourvu cependant qu'un abus puisse rester déguisé sous des habits de doctrine. Il sert la révolution: il sert le roi Amédée: il sert la République; quand il ne put l'empêcher, il fit semblant d'aider un peu le retour des Bourbons; à présent qu'ils sont retournés, il tâche de les servir.—Mais, dans le pouvoir, ou loin du pouvoir, il ne servira jamais que la cause de la révolution.

Voilà le vrai combat qu'on livre dans ce moment-ci en Espagne.—Si Sagasta arrive au pouvoir, la monarchie espagnole,—qui est irrevocablement perdue—le sera plus tôt. Sous son gouvernement, sans qu'il le veuille, mais sans qu'il tâche de l'empêcher,—la révolution démocratique

serait accomplie. Sans lui, elle sera retardée. Le roi le sait bien,—et s'il parvient,—forcé par l'opinion républicaine, qui se déguise pour mieux arriver à son but—à admettre Sagasta au pouvoir, ce ne sera pas pour longtemps—Canovas étant, par sa politique carrément monarchique, le protégé des gouvernements de l'Europe réactionnaire, et le vrai soutien—hâï, mais sincère—de la monarchie de Don Alphonse. Martinez Campos, de l'étoffe du peuple, proclama le roi: il le renversera. Sagasta saura profiter de son mécontentement et de son ambition:—et son dernier discours, chaudement loué, vient d'éclairer l'avenir de la politique espagnole. Il y a un parti essentiellement révolutionnaire, que, pour amour au pouvoir facile, feigne de ne pas l'être. Ce parti, celui de Sagasta, fera toujours la révolution: si on l'appelle au pouvoir, il rendra à la monarchie le service d'attarder sa chute, et à la République celui de favoriser son avènement. Si on ne l'appelle pas, il aidera à faire la révolution.

Quant à Sagasta, malgré sa dernière et brillante défense de la liberté mystifiée, c'est lui qui se défine:—ou Président du Conseil sous le roi,—ou révolutionnaire contre le roi. Ce coup-là est bien plus habile, dirigé à la Révolution qui vient, que s'il était dirigé au roi pour lui inspirer confiance.

C'est dommage que l'intérêt personnel se révèle toujours dans les paroles de ce combattant du Congrès de Madrid, qui est vraiment un fort lutteur.—

Il est de taille moyenne, maigre, nerveux. Une expression de moquerie anime toujours ses traits accentués; ses yeux, petits, pétillent; son sourire surnois est plus éloquent que son meilleur discours; sur son front, osseux mais commun,—une mèche de cheveux, indomptable comme son maître, se dresse altière: sa grande bouche est pleine de raillerie.—Il parle couramment, sans pardonner personne; quand il a parlé,—c'est comme un tâtonnement des corps: c'est à savoir qui n'a pas été blessé! Il est souvent incorrect; toujours perçant. Il va à son but: son utilité.

Il aime la liberté,—mais pas assez pour se sacrifier à elle.—Quand il se fâche, quand on lui porte un coup au cœur; quand le pouvoir lui échappe; le sourire devient la foudre;—et comm'un fouet ardent, il commence une infatigable flagellation. Quand la colère l'emporte, il devient imprudent, mais éloquent. En homme de monde, il l'est parfait.—En habileté politique, Canovas seul pourrait le vaincre.—Comme il porte très

bien son frac,—on dirait en voyant son rire moqueur, qu'il est un Méphistophèle de salon. On ne se tromperait pas.

Traducción

SAGASTA

En Madrid es el león del día. El cable acaba de transmitir el último torneo oratorio librado en las Cortes entre un gobierno hábil, que se sabe apoyado por grandes intereses europeos,—y una oposición febril, que ve todos los caminos que llevan al poder completamente cortados. En ese torneo de palabras, que son algo así como esas gruesas gotas de agua que caen en los primeros momentos de la tormenta,—todos los honores han correspondido al nervioso Sagasta, hombre de risa volterriana, de verbo a veces varonil, siempre agudo, cáustico y mordaz—su oratoria es como una suave fusta de acero: donde da, hiera.

Es un hombre curioso, ese Sagasta. Es un producto genuino de estos tiempos tormentosos, de estos tiempos de transición, de agitaciones, de cambios. Por la superioridad de su inteligencia mira hacia las altas esferas; por su humilde cuna las odia. Quisiera desligarse de ellas: pero no lo podría. Empezó por lanzar, en los periódicos clandestinos, dardos hirientes contra los grandes del día. Había en él un poco del temple de Rochefort; pero su varonil inteligencia, su suprema habilidad, su insaciable ambición—que tiene derecho a tener puesto que ha sabido justificarla—sus sólidos estudios lo apartaron pronto de los hombres del pueblo, a quienes había empezado a deslumbrar y que lo habían ayudado a ascender.

En los magníficos días de la revolución que derrocó el trono de los Borbones, Sagasta, que era orador, no lo fue más que para servir su febril ambición de poder. No era todavía ese hombre serio que comienza a ser hoy. No era, como hoy, el defensor de la libertad, sino su apóstata. Despreciaba al pueblo, del que procedía: pero los Borbones, al no aceptarlo a pesar de su cortesanía, de sus amenazas, le hicieron sentir una vez más su modesto origen, y él se yergue audaz y soberbiamente frente al que le echa despiadadamente en cara su origen plebeyo. Es el mismo fenómeno que se observa de cerca en todos los pueblos en que hay negros: los mestizos, producto de los negros y de los blancos, odian a los blancos en cuyo seno no serían admitidos,—y a los negros que les impiden mantener promiscuidad con aquéllos. Viven en ese odio perpetuo, cual ánimas

en el vacío. En estos tiempos en que el prestigio de la nobleza no ha cesado aún,—no se puede ya vivir sin el pueblo convertido en rey—los políticos revolotean sin saber dónde detenerse, cual si fueran locas mariposas. Pero hay almas templadas en el verdadero fuego, en el amor oculto pero ferviente de la pura libertad. Sería un error el creer que Sagasta esté exento de ese cálido amor. El culto de las ideas, aunque interesado, ennoblece. La santa indignación que los prejuicios de viejos regímenes provocan en las almas juveniles, y las exigencias inoportunas de los reyes apegados a tronos podridos, lanzan a los hombres inteligentes a la vía pública. Alentados por la admiración y el agradecimiento del pueblo,—el amor de una fácil fama, y la esperanza de llegar al poder, los detienen en esa vía:—algunos ponen en ello toda la sinceridad de su alma; mas en su mayoría no son más que mercaderes de las grandes ideas. Especulan en la Bolsa de los sentimientos. Son filipenses de la conciencia. Pero, al igual de como algunos tutores se empeñan en defender, ya tarde, los restos de la fortuna que les han dilapidado a sus pupilos,—inducidos por amor a las criaturas a quienes han despojado,—esos agiotistas de la libertad, al sentir la influencia decisiva y generosa de los primeros amores, vuelven en sí y quieren salvar lo que han comprometido.—Esa es, en síntesis, la historia, la obra presente y la obra futura de Práxedes Mateo Sagasta, ese hombre del pueblo que sonríe de manera tan acariciadora a los porteros del teatro de Oriente cuando la llaman—siempre respetuosamente aunque esté fuera del poder—“Vuestra Excelencia”.

Hay siempre un parecido entre los hombres de la política española y los hombres de la política francesa. Castelar, por ejemplo, sueña con Gambetta. El mariscal Serrano sueña con el mariscal Mac Mahon. Martos es quizás el más original. Sagasta sueña con Thiers.—No tiene, desde luego, la elevación, la profundidad, el gran corazón, la inmensa cultura del gran hombrecito; no ha escrito ni escribirá quizás nunca,—indolente y perezoso como es—“la Historia del Consulado y el Imperio”. No emplea, en las luchas del Parlamento, esa alegría natural y comunicativa y ese ardor delicioso y brillante que caracterizaron siempre al “Salvador del Territorio”. Sagasta no salvaría nunca el territorio. Pero tiene siempre la palabra fina, la intención maliciosa, la frase oportuna, el erguimiento altanero, el lenguaje incisivo y dispuesto del ministro de Luis Felipe.

Con tal de que un medio lo lleve a lograr su propósito, no se ocupa del medio de hacerlo. Retrocedería quizás ante el crimen;—pero ha

demostrado que no le teme al escándalo.—Entre sus conciudadanos pasa por ser el organizador de una banda de *rompecabezas* que repartían garrotazos a los que en los periódicos y en los teatros se burlaban del rey Amadeo, el buen rey italiano que tuvo el buen juicio de abandonar una tierra donde quizás era útil, pero donde sabía que no lo querían.—Se denominaba a esa compañía, que llegó a ser famosa a causa de sus escaramuzas y sus ruidosas hazañas, “La Compañía de la Porra”.—*Porra* es un gran garrote propio para romper el cráneo a cualquiera.—La banda existió; perseguía a los enemigos del gobierno; el gobierno no perseguía a la banda; Sagasta estaba en el poder; se daba por jefe de la compañía a un amigo de Sagasta que tuviera el genio bullicioso de los viejos estudiantes de Salamanca; ¡eso podría ocurrir!

Lo que sí es cierto y está reconocido, es la exquisita habilidad de Sagasta y de sus amigos para hacer girar en su favor el resultado de las elecciones. Los enemigos de Sagasta le permitirán todo, pero no es aventurado el afirmar que entre las batallas libradas en el Parlamento español no son las más serias aquellas que han tenido por objeto el impedir a Sagasta seguir en el poder durante las elecciones, o ascender a él. De antemano se sabe que él no pierde nunca las elecciones que dirige. Tiene amigos personales ligados a él por los favores que concede, aunque no lo hace con su peculio, sino con el peculio de la nación; y—además—por la confianza que inspiran su astucia y sus hábitos de hombre de gobierno. Cuando el gobierno es difícil de formar, es Sagasta quien logra formarlo primero; y es también el último que lo soltará. Se agarra a él;—sabe caer siempre como los gladiadores romanos, en buena postura, como dispuesto a recuperarlo.

Hay dos cosas que Sagasta odia y desdeña: la aristocracia ignorante y pretenciosa y la democracia demasiado populachera. Es demócrata, aunque esté siempre algo dispuesto a sacrificar la doctrina en pro de sus intereses políticos, con tal de que el abuso pueda, sin embargo, estar disfrazado bajo su capa doctrinal. Sirvió a la revolución: sirvió al rey Amadeo: sirvió a la república cuando no pudo impedirla, fingió ayudar algo la restauración de los Borbones, y ahora que han vuelto trata de servirlos.—Pero, en el poder o fuera de él, no servirá nunca más que la causa de la revolución.

Esa es la verdadera lucha que se libra en los actuales momentos en España. Si Sagasta sube al poder, la monarquía española, que está irrevocablemente perdida,—lo estará más pronto. Bajo su gobierno la revolución democrática sería un hecho consumado, sin que él lo quisiera,

pero sin que tratase de impedirlo. Pero sin él podrá retardarse el cambio. El rey lo sabe bien, y si se decide,—forzado por la opinión republicana, que se disfraza para mejor lograr su objetivo—a llevar a Sagasta al poder, no será por mucho tiempo,—puesto que Cánovas es, por su política francamente monárquica, el protegido de los gobiernos de la Europa reaccionaria, y el verdadero sostén—odiado pero sincero—de la monarquía de don Alfonso. Martínez Campos, de la madera del pueblo, proclamó al rey, y él mismo lo derrocará. Sagasta sabrá aprovecharse de su descontento y de su ambición:—y su último discurso, sumamente aplaudido, acaba de despejar el porvenir de la política española. Tiene un partido esencialmente revolucionario, que por apego al poder finge no serlo. Ese partido, el de Sagasta, será siempre la revolución: si se le llama al poder, prestará a la monarquía el servicio de retrasar su caída, y a la república el de favorecer su afianzamiento. Si no lo llaman, ayudará a fomentar la revolución.

En cuanto a Sagasta, a pesar de su última y brillante defensa de la libertad burlada, es él quien se define:—o Presidente del Consejo con el rey—o revolucionariamente contra el rey. Ese golpe es mucho más hábil, dirigido a la revolución que viene andando, que si estuviera dirigido al rey para inspirarle confianza.

Es de sentirse que el interés personal se revele siempre en las palabras de ese luchador del Congreso de Madrid, que es, realmente, un fuerte combatiente.

Es de mediana estatura, delgado, nervioso; una expresión burlona anima siempre su fisonomía; sus ojos, pequeños, son brillantes; su sonrisa, socarrona, es más elocuente que su mejor discurso; sobre su frente, huesuda pero vulgar,—una mecha de pelo, indomable igual que su amo, se yergue altanera. Su gran boca es de expresión burlona. Habla corrientemente, sin perdonar a nadie. Cuando ha hablado, es algo así como un tanteo de los cuerpos, hay que saber si alguien se ha sentido herido. A veces es incorrecto, pero siempre agudo. Va a su objetivo y nada más: su utilidad. Ama a la libertad, pero no lo bastante para sacrificarse por ella. Cuando se incomoda, cuando le hieren el corazón; cuando el poder lo abandona, la sonrisa se convierte en rayo, y, como un loco ardiente, inicia una flagelación incansable. Cuando se apodera de él la cólera se torna imprudente, pero elocuente. Como hombre de mundo está perfecto. En habilidad política, sólo Cánovas pudiera vencerlo. Como viste muy bien su frac, se diría, al verlo reír burlonamente, que es un Mefistófeles de salón. Y no estaría uno equivocado.

4

NOTICIAS DE ESPAÑA

El rey en El Ferrol.—¡Venganza!—Elecciones reñidísimas.—Benevolencia de Castelar.—Habilidad de Sagasta.—Incendios misteriosos

Nueva York, 20 de agosto de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

En la trabajosa elaboración de la nueva sociedad política en España, señálanse las elecciones actuales por un carácter singular de agitación, en que, además de los elementos conocidos, bullen esos otros elementos sombríos e impalpables que anuncian en lo venidero gravísimos peligros para la libertad. Amplio trabajo, trabajo fácil y bien remunerado, bastante a satisfacer las necesidades exasperadas de las clases pobres, fuera el único remedio para este gran riesgo futuro. Las cóleras contenidas al fin estallan; y es necesario desarmar las cóleras. La miseria las mueve: es necesario vencer a la miseria. El trabajo las ahuyenta: es necesario perseverar en la creación y alimento de fuentes incesantes de trabajo. Pero la romántica península, pagada de generosos e inquietos ideales, busca equivocadamente su ventura en las instituciones políticas, sin tener en cuenta que éstas no andan seguras sino cuando se cimentan sólidamente en el bienestar público. Crear intereses, es asegurar la paz.

Las elecciones presentan hoy en España ese carácter general pintoresco que las distingue, y el carácter concreto, violento, que les da el duelo a muerte que en ellas se libra. Sagasta, espíritu perspicaz, mas no a tal grado que baste a torcer la inconstable corriente invasora de las nuevas ideas, batalla, indudablemente, a la sombra de la monarquía para preparar el advenimiento de la república, mas no de la enérgica, práctica y activa república—en cuyo pro militan el profundo Martos, el genioso Salmerón, el honrado Ruiz Zorrilla,—sino de esa otra república nominal, represiva, heterogénea, transitoria, que ha de contar entre sus jefes, estrechamente unidos, en razón de la ayuda que mutuamente se han prestado, a Castelar, a Sagasta, a Sagasta mismo y a Serrano. No hay habilidad comparable a la del actual Presidente del Consejo de Ministros del rey

Alfonso, en la elaboración y creación de unas Cortes amigas. El telégrafo nos anuncia ya que la victoria va a ser suya. De aquella masa compacta, blanda como cera en las manos recias de Cánovas,—no volverán al Congreso más que cuarenta miembros a lo sumo. Aquel partido a tal extremo personal que se denomina con el nombre de su jefe, y le sigue con ciega confianza en sus habilidades conocidas; en su travesía y censurable aunque útil carrera, por entre las más opuestas instituciones, sustituirá en las Cortes a aquella desconcertada mayoría que no fue bastante poderosa para impedir la derrota del soberbio Cánovas. Pero el Congreso ahora electo no reflejará ciertamente la opinión pública, como no la reflejaba el anterior. Los escarceos osados a que el interés de sus amigos, el suyo propio, y su fama, obligan a Sagasta, no pueden satisfacer ni apasionar a un pueblo fatigado de su servidumbre a una casta absorbente de hombres brillantes y audaces, que olvidan, por el provecho de su propia gloria, los intereses reales y agonizantes de la nación que representan. Violencia y fraude caracterizaron a las elecciones precedentes; violencia y fraude están caracterizando a éstas. Más temeroso de Martos que de Castelar,—por más que Martos venga poniendo en práctica, desde hace mucho tiempo, la república conservadora, central y democrática,—que como novedad presentan hoy los oportunistas españoles,—Sagasta auxilia a Castelar, de quien teme menos, y persigue a Martos, a quien ve con creciente zozobra. En esa afortunada marcha sobre puentes que va sustituyendo en las democracias europeas a las antiguas convulsiones impreparadas y cruentas,—Castelar, con razón sin duda, en esta época de cuerdas transacciones, se ve abocado a recibir en sus brazos el cadáver monárquico, porque el trono caerá infaliblemente, ya a manos de los excesos de los políticos conservadores para defenderlo, ya a manos de los demócratas que, amparados de las transitorias libertades de Sagasta, se organicen para un combate que sólo habían aplazado. Y como se ve abocado a esto, a ello se prepara, por natural y honrada tendencia de su espíritu aristocrático y artístico;—y por cauta obediencia a las seducciones de un próximo poder. Esta tendencia que ha venido acentuándose en los últimos tiempos, acaba de revelarse de una manera inequívoca en el discurso que a principios de agosto pronunció Castelar en el Alto Aragón. Aspera censura,—que ya raya en manierismo por lo repetida,—a los pensadores radicalés, no bastante organizados hoy en España para que justifiquen esta acerba y constante condenación; ampuloso elogio de las aspiraciones y programa de la revolución democrática, con excitaciones vivas a que Sagasta realice la abolición de la

esclavitud, que él pudo abolir, y no abolió; visible apoyo a la política sagastina, a la que no escaseó afectuosa alabanza,—fueron los caracteres principales de este discurso electoral, que ha valido al tribuno el auxilio benévolo del gobierno en las actuales elecciones,—no para sí, que no lo ha menester, sino para sus contados secuaces,—y la acre y resuelta condenación del genuino elemento democrático, que cree imprudente e injusto este exaltado panegírico de las excelencias de un gobierno monárquico. Redúcese, pues, la batalla a un doble combate, tan vivo en un extremo como en otro: impedir la resurrección de Cánovas: impedir los progresos de Martos. Aquello implicaría para Sagasta la caída del poder, y el advenimiento tempestuoso de una revolución demasiado radical para que él pudiera ser contado como elemento principal en ella; esto,—los progresos de Martos,—habilitaría a la democracia,—para que en su venidero e inevitable triunfo, crease una situación en la que Sagasta no podría hallar puesto. He aquí los resortes interiores de aquella política, que simpatías personales, apasionados prejuicios, u otras causas, no dejan frecuentemente salir a luz.

De manera que, a lo que dice el telégrafo, muy escaso número de carlistas y de demócratas enérgicos irán a las Cortes, tanto que se estima que no llegue a ciento diez, en junto, el número de diputados de todas las oposiciones que lograrán asiento en el Congreso.

En tanto que lo presente se urde de este modo, y de la manera que hemos dicho se prevé lo futuro en los reposados gabinetes de la elegante villa de Madrid,—llamaradas rojas esparcen resplandor siniestro por olivares y cortijos, y con extraña simultaneidad, encienden y devastan muy ricas propiedades andaluzas, pertenecientes a los privilegiados de la fortuna, sentada tanto tiempo humildemente a las puertas de la nobleza venturosa. Huelva, Murcia, Sevilla, León y Córdoba, vieron en la mañana del quince de agosto asolados sus fértiles campos, ardiendo sus mejores vegas, y en riesgo sus blancos y alegres caseríos. El general Serrano se cuenta entre los más perdidosos; y en sus haciendas, más que en otra alguna, se ha cebado este fuego misterioso: ¡he ahí el sombrío elemento, he ahí el viento ruso que viene encendido y ciego desde la rebelde estepa! ¡he ahí la miseria pública, empujada al crimen y al odio, que es en sí un crimen, por la escasa cautela y la culpable indiferencia de los que pudieran contenerla! ¡he ahí el clamor urgente de una nueva época que quiere ser regida con arreglo a sus necesidades reales y visibles, y no a la fría soberbia que desenvuelve tenazmente, con escasez de sentido

humano, un plan de gobierno meramente mental y especulativo! Crimen son esas llamas; pero aviso.

Y es lo singular que incendios semejantes a éste, han consumido, aunque atajados a tiempo, algunas siembras en el mediodía de Francia, y que acontecieron estas quemaduras en los momentos en que perecían los sembrados españoles. ¡Oh, qué ojo tan profundo, qué mano tan segura, qué ejecución tan rápida, y qué sentido tan práctico, se necesitan para regir hoy aquellos pueblos europeos, en que se avecina convulsión tan tremenda, que parece que ha de venir estrecho a los hombros del nuevo fantasma la mortaja roja que envolvió en sus postrimerías el extraordinario siglo pasado!

El rey de España, en tanto, lealmente aconsejado en esto por su primer ministro, intenta rehacerse en los corazones de su pueblo impresionable, de la popularidad que debió al principio a la habilidad de Cánovas, y que por la osada ambición de éste iba perdiendo, por accidental, ocasional y ficticia que ella fuese. Un extraño incidente y una delicada aunque inoportuna galantería, señalaron su llegada a El Ferrol. Ni el anhelo de aventuras ha de dejar de ser nunca tipo distintivo de los pueblos meridionales, ni aquel caballero galán, temerario, brillante y loco, que no ha hallado aún en la literatura española personificación ajustada y propia, ha muerto en España. La rencorosa y provocadora política de Cánovas, se marcó siempre por su inmoderada tendencia a resucitar el espíritu conquistador que distinguió a España en otros tiempos, y por su implacable odio a la admirable Francia, que en su actual prosperidad y gobierno, desmiente, desacredita y acusa al régimen canovista. Llevados de estos móviles, que aprovecharon a más como medio de oposición al gobierno de Sagasta, los canovistas propalaron rumores absurdos, intentaron encender la ira nacional y exageraron intencionalmente los sucesos de Marruecos, y las supuestas ofensas hechas en Túnez a España por Francia, a punto que la opinión sensata llegó a extraviarse y la nación a dar muestras de cólera. Con discurso elegante saludó el rey a los marinos de El Ferrol, aludió a glorias pasadas, las deseó nuevas, e hizo votos,—y en esto estuvo la galantería para la reina y el acto inoportuno para con la nueva España,—por que los barcos de la casa real dieran cima en este siglo a proezas semejantes a las que enaltecieran su fama en los tiempos en que la casa de Austria rigió a España. A poco estaba en manos del rey, una ardentísima composición en verso, suscrita por los marinos ferrolanos, marcada por un exaltado tono bélico, en la que se le excitaba a hacer vengar la sangre de aquellos hermanos españoles

que claman venganza en Túnez. Mas estos peligros han sido costeados. estas agitaciones sofocadas, burlados estos censurables manejos por la habilidad y prudencia de Sagasta, más dado a las glorias de su política y al engrandecimiento interior que a la costosa e injusta grandeza de la guerra. El gobierno ha sido además calurosamente ayudado en esto por la brillante y perspicaz prensa democrática madrileña, que paga con largueza el íntimo cariño que muestra Francia a los sensatos y levantados demócratas españoles.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 6 de septiembre de 1881

FRANCIA

*Gambetta silbado.—Belleville rebelde.—Discurso en Tours.—Discurso en
Menilmontant.—Tentativa de discurso.—Reformas graves.—Bonapartistas
rendidos*

Nueva York, 20 de agosto de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Un hecho inesperado agita a Francia, aflige a los hombres sensatos, regocija a los odiadores vulgares y determina de una manera resuelta y marcada la política futura del imponente jefe de la democracia francesa: Gambetta ha sido silbado en París. El tumulto ha rugido a sus pies; el odio y la envidia le echaron encima una trailla de canes rabiosos; sus adversarios, no pudiendo vencer su voz, han querido ahogarla; unos cuantos centenares de agitadores redujeron al silencio a ese orador pujante, cuya energía cejó domada ante las vociferaciones de una turba rebelde. ¿Cómo ha sido esto? ¿Es acaso la gloria del hombre la que nos conturba? ¿Peligran, por ventura, la majestad y la fortaleza de la causa que defiende? ¿Es el pueblo francés el que así injuria a quien con más fortuna, moderación y habilidad le sirve? No es el pueblo francés. El orador lo dijo, haciendo tronar al fin su voz por sobre la muchedumbre encrespada a sus plantas:—“Ciudadanos”—exclamó:—“sois diez mil, y os dejáis reducir a la impotencia por un puñado de exaltados.” Y volviéndose a los grupos vociferadores: “Yo os conozco”—decía:—“sois cobardes pagados para conducirnos como lo hacéis. Queréis ahogar la discusión porque no podéis responder a nuestros argumentos. Yo os encontraré el domingo. La justicia tendrá su día.” Pero la ola crecía: los indiferentes y los tímidos dejaron obrar a los coléricos y a los revoltosos; veinte minutos de inútiles esfuerzos no bastaron a sofocar aquellas iras, y en medio de vocerío acusador y tremendo, Gambetta abandonó al fin, vencido y airado, la tribuna.

¡Tumultuoso término de una brillante campaña! El discurso que Gambetta no pudo pronunciar era el tercero que había preparado para que sirviese como de molde y guía en las elecciones que hoy conmueven

a Francia. La oratoria de este hombre llega a la grandeza, no por señalada elevación del pensamiento arrebatado en uno u otro instante de exaltación sobrehumana, sino por la peculiar nitidez de sus conceptos, la arrogante franqueza con que los exhibe, y la sólida bondad de cada uno de ellos. Es una grandeza singular, totalmente nueva: no viene de la excelsitud, del fuego imaginativo, del fervor apostólico, del colorido poético: viene del perfecto ajuste y admirable engranaje de las diversas porciones del discurso, y de la constante elevación relativa de todos los pensamientos que lo forman. Allí nada tiene ala; pero todo tiene peso. Es un león en reposo. Tiene la prudencia de la autoridad, y la fuerza de la calma. Como dice lo que es cierto, cuando dice, manda. Costea, dirige, esclarece, prepara la mente de los que lo oyen para recibir sus fórmulas sonoras y lucientes: y cuando éstas llegan,—provocan adhesiones irreprochables y ardorosas porque gracias a la habilidad del orador, su pensamiento tenía ya esa misma forma en la mente de los que le oyen. Les hace creer que obedece a sus pensamientos, cuando en realidad se los incauta y esclaviza. Así se exhibió en Tours, donde este género sincero y sano de elocuencia le alcanzó un ruidoso y grande triunfo. Se conocen de sobra los últimos hechos de la política francesa. En la Cámara de Diputados, la tarea de ir convirtiendo, merced a leyes prudentes, útiles e inflexibles, a la Francia en un cuerpo democrático robusto, halla un permanente obstáculo en la fusión de los elementos extremos de la política francesa, la derecha monárquica irreconciliable, y la izquierda revolucionaria irreconciliable, unidas por el celo y por la ira ante el adversario sagaz y poderoso. En el Senado un espíritu sistemático de resistencia, y de apego incondicional al viejo régimen, se opone a la reforma del sistema electoral, a la admisión de la enseñanza obligatoria y laica, al cambio en el modo de elegir la magistratura,—con lo que andan en perenne choque, y en imposible comunión, los dos cuerpos legisladores del Estado. En el país, los odios políticos perturban, con su intrusión en las escuelas, la generación naciente, a la que es fuerza enseñar algo más que el odio insensato a los que no piensen como enseñan los educadores, y la inútil instrucción elemental, y no agrícola ni industrial, que se les da ahora. Estos son sentimientos públicos, verdades averiguadas, malestares sentidos, conflictos visibles. Se recibe el daño; se anhela el remedio. Y esto, con oportunidad suma, ha hecho Gambetta. Definió el mal, que todos palpan; apuntó la manera de evitarlo que todos desean. A marcha tan segura no hay modo de oponer obstáculos. A hombre que así ahoga su propia personalidad, y la amolda a la de su época, y la

ajusta, con precisión tan rigurosa a cada caso concreto,—es ciertamente difícil, en estos tiempos, devorados del anhelo de soluciones prácticas, derribarlo en batalla franca. Y he aquí su dictadura: la del sentido común. Cíclope tal ha de excitar temibles iras, y mover implacables despechos, y azuzar motines tales como el que ahogó al fin en Belleville esta voz penetrante y serena.

Era su programa, majestuosamente desenvuelto en su discurso de Tours; para evitar las resistencias del Senado, modificación electoral que permite el cambio de sus actuales miembros; para impedir la fusión de los elementos hostiles de la Cámara, una mayoría generosa, unánime, franca y compacta que apoye lealmente las decisiones del gobierno; la enseñanza,—obligatoria y laica; el servicio militar,—perfeccionado y robustecido, y obligatorio, aun para sacerdotes y maestros; y para las corporaciones religiosas, que trabajan en la sombra por minar el poder civil, no hay libertad de asociación, porque no hay libertad contra el Estado. Para el interior,—trabajo constante y escuela útil. Para con el exterior, alejamiento y entereza. Para hacer sólido al pueblo, hacerlo rico. Para hacerlo respetado de los invasores, hacerlo militar. Para hacerlo fuerte, hacerlo inteligente. En suma, a nueva máquina, que ya tiene cimienta, rodaje nuevo. No puede mente alguna concebir, salvo accidente de detalle, programa más sobrio, urgente, útil y enérgico: salvarse de los odios viejos, libertarse de las presiones exteriores, y cultivar las nuevas fuerzas: para la edad moderna, hombres modernos.

Belleville, madriguera sombría en que se refugian los desairados de la fortuna, y en que predicán, generosos los unos, malvados los otros, las ideas imposibles o siniestras con que mentes utopistas, o corazones impacientes, o celos ambiciosos conmueven a las turbas,—daba muestras de señalada agitación. Las elecciones se anunciaban en el rebelde barrio de obreros, con un carácter amenazante y nuevo. Fieles hasta hoy a Gambetta, los electores parecían enseñar su decisión de no serle ya fieles. Las candidaturas socialistas bogaban con fortuna. Se murmuraba, en voz alta, de Gambetta. Se injuriaba a los comisionados para su elección. Se obligó a la comisión a decidir, para evitar un escándalo grave, con lo que tal vez no hizo más que precipitarlo, que Gambetta hablaría esta vez, no en aquellas vastas salas en que los más humildes tenían derecho a acercarse al diputado, y verlo faz a faz, y estrechar su mano, sino a cierto número de personas selectas, especialmente invitadas, en un salón estrecho. Y así se hizo. Gambetta habló a mil personas, todas ellas pertenecientes a la burguesía, entre las cuales divisábanse apenas cincuenta

hombres vestidos de blusa. Ya allí comenzó a crecer la ola, a oscurecerse el cielo, a armarse el rayo, a rugir la tempestad que se desató luego. Veinte mil obreros, contenidos a la puerta de la asamblea por un fuerte cuerpo de policía armado, amenazaban con su ira y castigaban con sus injurias a los que habían logrado entrada. De adentro, se oía como clamor de océano el de la muchedumbre:—“¡Abrid, abrid las puertas!” exclama al fin Gambetta: “¡y entren cuantos quepan!” No hubo entonces hueco en el salón que no fuera cuerpo de hombre. El ruido sordo de los obreros descontentos respondía a los aplausos incesantes que arracaba el discurso de Gambetta. Habló a los franceses, de Francia; y a los electores de Belleville, les habló de él. En raptos apasionados y fogosos les hizo recorrer toda su vida de lealtad a su pensamiento, y servidumbre a la democracia. Asombró, hizo reír, flageló a sus adversarios, creció a los ojos mismos de éstos, cautivó a los obreros que rugían, convenció y arrebató a aquella difícil asamblea, que lo premió y vitoreó ruidosamente.

¡Y este mismo pueblo, que exaltaba al diputado en Menilmontant, lo injurió, lo voceó, lo vejó, cuatro días después, en Charona! Tal victoria había sido insufrible, y era ciertamente grave para los que habían acumulado en Belleville todos los esfuerzos de su ambición, de su pasión política, o de su odio. Un gran local fue aderezado en Charona, la comisión trabajaba con eficacia rara. Los electores prometían su enérgico apoyo. La majestad de la verdad fue allí, segura de su fuerza,—y allí fue volcada. No había podido pasar desapercibida a los ojos de los preparadores, ni a los del orador, la agitación que estalló al fin. Era una batalla solicitada:—del uno, fue gran acto de energía ir; de los otros, grande acto de vileza. En vano se esfuerzan en vencer el tumulto dos miembros de la comisión ejecutiva; en vano, poderoso y magnífico, se encara el diputado a aquella turba frenética, que puebla el aire de silbidos y de voces.— ¡Oh, qué fiera! ¡un público! El orador se resuelve, afronta de nuevo al tumulto, hace oír su desafío amenazador: reta, con palabras que no se oyen, y su puño crispado, a aquella muchedumbre decidida a desobedecerlo y afrentarlo. Y abandona—rompiendo tal vez en su mente todo lazo de unión que aún lo atase a los insaciables y fanáticos partidarios de las ideas extremas,—aquella inmensa sala donde las iras de un partido impotente, no pudiendo hacer dominar sus propósitos, se cebaron en un hombre. Cierta que ese hombre, que encarna la resistencia meditada, incontrastable y fría a toda merma de la libertad que venga de arriba, o a todo envilecimiento de la libertad que venga de abajo, ha de excitar rencores grandes.

Mas la seguridad de la política de avance lento y democratización sólida de la Francia que Gambetta representa, no parece por fortuna comprometida por este escándalo, que si no redunda en gloria del orador desconocido, no le quita autoridad, ni se la da a sus enemigos. Una honrada amistad, gallardamente confirmada con frases felicísimas por Gambetta mismo en Tours,—y una mutua y sincera admiración, une al Presidente de la República y al tribuno famoso. Por otra parte Ferry, el jefe del Gabinete, se ha ofrecido en un banquete a servir como soldado la política fundadora y decidida de Gambetta. Son hombres ilustres, generosamente consagrados a la creación de una patria nueva. La victoria electoral, por tanto, parece decisiva.

Los bonapartistas, mantenedores tenaces de una causa personal que no tiene ya persona que la represente, seguros de antemano de su total derrota, ceden melancólicamente el campo. Rouher, el más conspicuo y afamado entre los personajes del imperio que aún batallan, declina su candidatura, en un documento lleno de tristeza y amargura, que viene a ser como el clamor del Pontífice, que ve vacía de fieles y en ruinas ya, su Iglesia. Los partidos conservadores se han entregado, como dijo Gambetta bravamente, a jóvenes y atrevidos principiantes que sacuden con manos ambiciosas los jirones de sus desacreditadas banderas. La unión sincera de todos los elementos electorales de que dispone el gobierno, y los que están en manos de Gambetta; la entrega incondicional que de sí han hecho los bonapartistas; la claridad, novedad, oportunidad y firmeza de las declaraciones de Gambetta en sus dos celebrados discursos de Tours y de Menilmontant, y el natural temor y repulsión que inspiran los rencorosos, imprudentes y vulgares partidos radicales a los franceses,—parecen razones bastantes para asegurar un nuevo triunfo de la noble y ordenada democracia que se levanta en Francia, y una amplia recompensa al infatigable y glorioso orador, ofendido y vejado en Belleville.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 6 de septiembre de 1881

6

I T A L I A

*El Papa amenazado de expulsión.—Actitud hostil del pueblo romano.—
Alarma en el Vaticano.—Nueva Sede Pontificia*

Nueva York, 20 de agosto de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Roma ha sido en estos días teatro de graves acontecimientos, de tal carácter que parecen ser meros anuncios de otros que entrañen gravedad mayor.

Cierto grupo liberal, bastante poderoso para ser temible, no cree definitivo el triunfo de su programa, ni asegurada la unidad de Italia, ni la paz pública, en tanto que el Sumo Pontífice permanezca en Roma. La ciudad entera vive como sacada de quicio, y como en tiempo de conquista. Los dos elementos que la pueblan, el nacional y el de la Santa Sede, luchan y se agitan sordamente, el uno contra su caída, el otro contra la prudencia que le fuerza a respetar, siquiera sea aparentemente, a los vencidos, y a dejar incompleta su victoria. Esta escondida saña, estos crecientes odios, estas repulsiones mutuas, han comenzado a tomar una forma vehemente y pública, que bien pudiera terminar en uno de los más graves conflictos de esta época. Pequeños incidentes habían añadido nuevos combustibles a este fuego nunca apagado, y se celebró al fin un mitin que ha dado motivo a la Santa Sede para iniciar algo como tentativa de provocar un alzamiento universal en pro del Pontífice. En el mitin, verdaderamente tumultuoso y extraordinario, que ha dejado profundísima impresión entre los romanos, se discutieron y negaron las garantías papales, y se tomaron decisiones encaminadas a pedir su inmediata y total abolición.

Gran tormenta movió el mitin. El gobierno, que no desea que la autoridad del Papa se fortalezca, por lo cual no había de desaprobar el mitin, que estaba además amparado de un modo amplio por el derecho de reunión vigente,—no podía ver con desagrado las demostraciones que tendían a aminorar la importancia de la Santa Sede. Mas

está por otra parte interesado en que el Pontífice no abandone a Roma. por cuanto esto pudiera atraerle condenaciones violentas y amargas, si no peligros reales; y por cuanto más debil es el Pontífice, mientras menos perseguido y oprimido parezca. Recogió, pues, el gobierno, todos los periódicos que el día siguiente daban cuenta de aquella agitadísima reunión; *L'Osservatore Romano*, el periódico oficial del Vaticano, fue recogido también, y era, por de contado, el que con más vivos colores pintaba el histórico mitin. "Para ocultar a los católicos las blasfemias que allí mancharon los labios de los hombres, recogió ayer el gobierno nuestra edición",—decía al día siguiente *L'Osservatore Romano*.

Visible agitación reina desde entonces en el palacio pontificio. Despliega el cardenal Jacobini, Secretario del Papa, habilidad y energía singulares. Anuncia vagamente la posibilidad de la salida de León XIII y la blande como una amenaza a la paz del gobierno italiano. Todo indica que cree llegada la hora de excitar contra Italia a la Europa católica, y que ni el Pontífice ni el cardenal rechazan la idea de abandonar la ciudad divina, si éste ha de ser un medio para volver triunfantes a ella. Altivamente expresa el Papa su decisión de abandonar a Roma, en el instante mismo en que su decoro sea por primera vez ofendido. De público se dice, y lo imprimen los periódicos más respetables, que Malta es el lugar elegido por León XIII para asilar la Sede amenazada; los nuncios del Pontífice en el extranjero han recibido una vehemente circular, en la que se refieren estos riesgos y se dejan adivinar estas determinaciones; el cardenal Jacobini envió una grave nota a los embajadores de las potencias cerca del gobierno italiano, en que encarece las angustias y apunta los propósitos del Pontífice.

Así bullían a últimas fechas los ánimos en Roma. Las pasiones estaban encrespadas; el gobierno hábil, aunque en secreto perplejo, los partidos, decididos a una batalla campal; y la Santá Sede, con gran sabiduría, convirtiendo ágil, activa y eficazmente en su beneficio las impacencias de sus airados adversarios. Cierto que la salida del Pontífice de Roma conmovería grandemente al mundo católico; mas es seguro que el gobierno italiano no ha de forzarlo jamás a esto; y que esta salida habría de tener un carácter absolutamente definido de irremediabilidad y urgencia para que produjese en el mundo católico el resultado que los consejeros del Papa se proponen.

M. DE Z.

7

NOTICIAS DE FRANCIA

Gambetta electo.—El amable Tony Révillon.—Faz nueva de la política.—Una lectura anticatólica.—Un periódico nuevo.—Bonapartistas anonadados.—Rochejort silbado

Nueva York, 3 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

A pesar de los esfuerzos frenéticos de sus encarnizados enemigos; a pesar de la terrible guerra, movida contra él, en el distrito en que más influencia ejercen las teorías dislocadas de los ultrarreformistas franceses; a pesar de la reunión escandalosa en que el orador atlético bajó vencido entre denuestos injuriosos de la tribuna en que levanta la voz que mejor sirve a la época moderna, Gambetta fue electo en la casa misma de sus febriles adversarios: desafió a la pantera en su agujero, y venció a la pantera.

Por dos distritos se presentaba candidato, y si en el primero su elección no fue dudosa, como algunos de los votos estaban invalidados por las palabras ofensivas que contenían contra los adversarios del poderoso demócrata, se declaró nula la elección del 2º distrito.—Exasperados de su derrota, más sensible cuanto que habían empleado todas las armas, las blancas y las negras para precaverla, *L'Intransigeant* y los periódicos de los diversos matices ultraradicales alzaron un clamor que apagó con su desdén la opinión pública, por cuanto su última elección en Belleville arrancada a tan hostiles electores, es la mejor prueba de la sólida grandeza y firme renombre de Gambetta. En carta hermosa dirigida a sus electores desiste de luchar por su elección en el distrito en que había sido anulada: “Perseveremos”—dice—“en una política progresiva: sumisos a la voluntad de la patria, no esperando nada de la fuerza y repeliendo, a la vez, la política reaccionaria y la utópica”. Así abandona majestuosamente el nuevo campo de batalla el gladiador ofendido de la insensata cólera del circo.

Un curioso y terrible opositor tenía Gambetta en el 2º distrito: un hombre de letras, un autor de novelas, un familiar de las casas del

pueblo, un conversador malicioso y cáustico, Tony Révillon. En tanto que Lacroix, un joven y belicoso intransigente, desplegaba en párrafos pomposos, que la menuda y práctica política no ha menester, sus ideas revolucionarias y sacudidoras, Tony Révillon, que sabe cuántas lágrimas entran en cada pan que un artesano come, les habló en su propia lengua, de su pan y de su lágrimas. Explotó hábilmente el silencio que la prudencia impone a los cuerdos oportunistas, calló hipócritamente las causas racionales que impiden, para no comprometer el establecimiento definitivo de la democracia, la realización violenta de ideales ni bien depurados ni maduros; de lo que se deduce que ha de ser difícil vencer en el distrito de los pobres rencorosos a quien, sobre haberles dado a leer en conmovedoras novelas la historia de sus males, denostó como delito ajeno su pobreza y halagó astutamente sus rencores. Y todo esto, en forma viva y matizada, y como si moviera un verdugillo de paseo y no un látigo, y con esa bella forma literaria que añade tanto encanto a lo profundo, y como si estuviera en su casa y no en la ajena. Sick se llama el contendiente de Tony Révillon en las nuevas elecciones, mas aunque él lo niegue, como ahijado de Gambetta lo tienen los electores del distrito, y si el potente león pudo aterrar con sus rugidos y despedazar con sus garras la red menuda en que lo habían envuelto, el cachorrillo humilde podrá apenas morder la mano del inteligente domador con quien combate el pueblo que, si suele ser ingrato, suele ser justo: a lo menos mientras se le halaga. Ahora lo halaga Tony Révillon.

Este ha sido el lance más ameno de estas reñidas elecciones: en el resto de Francia, tan bella, tan generosa, tan admirable, tan cuerda, las elecciones se han llevado a cabo con una precisión, desembarazo y rapidez que acusan privilegiadas dotes para el ejercicio de sí mismos en los nobles franceses. Esta es la conquista del hombre moderno: ser mano y no masa; ser jinete y no corcel; ser su rey y su sacerdote; regirse por sí propio. Ni una acusación de fraude, ni una querrela de violencia, ni un acto de arteria o medio indirecto y reprobado de triunfo se señalan en los ámbitos de Francia: la lucha es mortal pero honrada: desde que no tiene rey este pueblo, es en verdad un pueblo-rey. ¿Qué tienen que hacer aquellas elecciones sanas, claras y francas, donde se conquista el voto con la persuasión, donde se cautiva el sufragio por una propaganda abierta y lícita, donde se asegura el triunfo, por una actividad simpática y honesta, con esas otras elecciones españolas en que, como lisonjero espejo pasivo, la masa electoral refleja la figura que predomina en el poder, o con aquellas otras elecciones norteamericanas en que los avarientos

inmigrantes extranjeros, lisonjeados o heridos en los más bajos intereses, deciden comúnmente de la suerte del país que los nativos degenerados abandonan a los especuladores y los intrusos? ¡Salve el Dios de la paz, que es un Dios a quien se invoca demasiado poco, a ese pueblo trabajador e inteligente que piensa, se estima, se salva y se manda!

Pero ha cambiado súbitamente la faz de la política francesa. La garantía de las repúblicas está en la cantidad numerosa de voluntades que entran en su gobierno. Una inesperada aceleración ha venido a suceder a la grandiosa y segura política de calma, merced a la cual fortificándose para el día de la ejecución de los propósitos que han de asentar definitivamente al mundo nuevo, trabajador y libre, sobre el mundo antiguo, irregular e irritante, dejaba Gambetta espacio a que se fuesen creando aquellos intereses salvadores, y avigorándose aquellas verdades indispensables, y robusteciéndose aquellos hábitos de dominio de sí propio sin los cuales toda república es nube de incienso y humo de colores que esparce y barre sin esfuerzo el primer viento enemigo. Cimentar: he aquí la tarea de este agitador, y he aquí su gloria. Los hombres políticos de estos tiempos han de tener dos épocas: la una, de derrumbe valeroso de lo innecesario; la otra, de elaboración paciente de la sociedad futura con los residuos del derrumbe. El conservador ha de completar siempre al liberal, sin el cual será un mal liberal; mas ha de conservar no las esperanzas de los vencidos, sino las libertades conquistadas. Así como el hombre no tiene en su magnífica carrera más obstáculos que el hombre, así el único obstáculo de la libertad es ella misma.

Si el Senado hubiera votado el escrutinio de lista, y las nuevas elecciones se hubieran hecho conforme a él, la imponente e incontrastable mayoría que hubiera traído a la Cámara, hubiera habilitado al partido profundo, que tiende a infiltrar lentamente la esencia democrática en las masas, para iniciar, sin convulsiones y sin choques, la era de reformas trascendentales que requiere un país decidido a rehacerse: porque en los tiempos que corremos, de nada menos se trata que de abrir una nueva época en la historia. Pero no habiendo tenido por el apego a las viejas prácticas y el miedo infantil a esas urgentes reformas el carácter de unanimidad que el partido profundo quería dar a estas elecciones, ha resultado una ventaja positiva, un triunfo innegable, un ascenso visible en la confianza pública, un voto entusiasta en pro de la nación republicana: mas la ventaja alcanzada en la reciente campaña electoral no parece bastante a equiparar la cantidad de daño que pueden causar, hasta que se verifiquen elecciones nuevas, los enemigos de la república:—que sus-

amigos exagerados son sus mayores enemigos. Aquella seguridad pomposa, que no era más que preparación prudente, que dio carácter a la política de Gambetta en los últimos años, pondría hoy en peligro, de continuarse en ella, los intereses de país republicano, siempre en riesgo; antes de que, al amparo de la lentitud forzada con que iría adelantando la república, se le encimen los partidarios de los sistemas viejos, o los defensores vocingleros de sistemas impracticables y confusos, nacidos de ignorancia, de exceso de generosidad o de rivalidades personales, es necesario salir al encuentro de ambos enemigos. De aquí que la política de Gambetta entre a ser, de reposada y señorial que era, inquieta y batalladora. Esta urgencia de mayor actividad es viva y generalmente sentida en toda la Francia: la *Republique Française*, el órgano más directo de este partido previsor y brioso, excita al Presidente de la República a que ejerza sus prerrogativas, invite a renunciar al ministerio vago que ha impedido un triunfo más completo en estas elecciones, y cree un nuevo gabinete, pujante y decidido que responda a las necesidades reales de la joven Francia. Que Gambetta ha de ser el jefe de esta pléyade activa, ni a nadie se oculta, ni es negado por los periódicos en que él influye, ni deja de ser cada día vehementemente solicitado por los periódicos más conspicuos y amados de Francia. “No es un programa lo que la Francia necesita,—decía pocos días hace el orador francés,—es un gobierno y una política.” He ahí, pues, lo que Gambetta ofrece a Francia, claramente definido: política y gobierno. Las pequeñas contrariedades que anonadan a los hombres secundarios u ocasionales, descubren y sacan a empleo nuevas formas en los hombres dotados de una superioridad real y trascendente. La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada. De los lances tumultuosos que precedieron a su elección, el ex presidente de la Cámara se yergue poderoso en Neuchbourg, donde debía hablar el día 4, ante considerable muchedumbre, para demarcar sin duda con más fijeza las necesidades del momento, y revelar en lo que sea prudente la obra de construcción determinada y decisiva que su política se propone. Con vítores lisonjeros le aplaudieron los parisienses cuando, no hace quince días, presidió la reunión convocada para oír la lectura del grave y enérgico trabajo de Paul Bert, sobre instrucción pública: “Este hombre, dijo el tribuno, tiene antecedentes, y tiene un

futuro.” ¿Mas qué será ese ministerio singular que se anuncia como el derribador incontrastable de todo lo que estorbe a la libertad del espíritu, a la creación del pueblo fuerte, a la reelevación moral de Francia? ¿Será una combinación política, en que irá Gambetta gobernando con las fracciones afines de la Nueva Cámara? ¿Adelantará a pasos contados, o a pasos gigantescos? ¿Se rodeará de esas personalidades no probadas, llenas del conocimiento de lo presente y del sentido de lo venidero de que él en privado se rodea? Este Paul Bert, que acaba de mostrarse en su lectura enemigo de toda clausura de la mente, de la educación morbosa que se recibe en universidades y colegios, de la instrucción menguada y retacera que hace a los hombres inhábiles para el servicio activo y real de su pueblo y de sí propios,—¿será, como ya se dice, Ministro de Instrucción Pública? ¿Será Challemel-Lacour, este cariñoso confidente de Gambetta, este celebrado Ministro de Francia en Londres, este hombre recio, resuelto y brillante, el Ministro de Relaciones Exteriores? ¿Concederá acaso la Cámara de Diputados el voto de confianza que de ella impetere el gobierno de Ferry? ¿No temerá Grévy el impulso que semejante cohorte de trabajadores va a dar a la república? ¿No se convertirá, mal de su grado, este partido activo en partido de oposición irreconciliable, por enojo de verse detenido en la que estima su obra urgente?

En tanto que así empuja la ola nacional al hombre en quien presente energía para enfrentarla; en tanto que así precipita la república la hora—de la remoción de los obstáculos que le ofrecen los restos del imperio; en tanto que, enamorada de quien la sirve con un amor sensato y precavido, muestra prisa la Francia en abandonarse a la vigorosa iniciativa del hombre que hoy la conmueve, influye e interesa,—otro hombre tenaz y rencoroso, franco en sus odios hasta la brutalidad, revelando en su lenguaje desigual, enfermizo y descompuesto, la infijeza, confusión e indeterminación de sus propósitos, el áspero Rochefort, dejando sobre la mesa de *L'Intransigeant* la pluma hundida en tinta amarga, se presenta en una reunión de Montmartre, donde es elector, y donde los republicanos hablan en la defensa de sus candidaturas. Rumores y clamores acogen la entrada del agitador, de este batallador colérico que no ha podido cautivar ni estimación ni aplausos de los hombres que piensan serena y rectamente. No se habla ya del duelo de Clemenceau, el rival de Gambetta con el director del *Petit Meridional*, un periódico de Marsella; ni de la elección del diputado Laisant, que acusó de una traición ignominiosa al general Cissey; ni de la renuncia voluntaria de Haussmann, que abre el campo, al retirarse del combate electoral, no a un bonapar-

tista como él, sino al republicano que le combatía. Un gran número de voces le aclama o le injuria. Lo compelen a subir a la plataforma... “¡He ahí a vuestro sepulturero!”—dice al verlo aparecer, un antigambetista dirigiéndose a Ranc. Palmas y silbos se suceden. Sus adversarios cuentan más que sus amigos. Intenta hablar y no lo logra. Deja al fin la plataforma no airado y descontento, como pareciera natural, sino risueño y tranquilo: sonríe y se encoge de hombros. ¡Cómo se dibujan ya los personajes futuros! Parécenos de estatura común porque andamos cerca de ellos, y, merced al cable, nos acostamos en sus almohadas y comemos de sus mesas, mas a poco que nos alejamos de ellos, para verles mejor, surgen con su carácter histórico y su singular tamaño. Nos parece que los personajes extraordinarios han bajado de nivel, y es que nosotros, hombres comunes, hemos subido el nuestro.—“¡Ayer la dictadura, hoy el pilori!”—escribía Rochefort en su *L'intransigeant*, cortante como hoja de espada castellana, el día después de la reunión en que Gambetta fue silbado. Incompleta e infructífera es la dictadura que él ejerce, mas no tardó, en ese olear de las revoluciones, en llevar a sus labios la copa amarga que había acercado a los labios de su antiguo compañero, cuya gloria, dotes prácticas, magia personal y fortuna próspera le encienden en celos. El ha hecho cierta su frase tajante que pasó como acero sobre piel impenetrable, sin dañar a Gambetta: “¡ayer la dictadura: hoy el pilori!”

La madurez en el pensar debe ir seguida de la rapidez en el obrar. Como toda marcha, no es posible reposar en el camino, si se quiere marchar a la cabeza o a la par de todo.

Ni equivocarse, porque los demás seguirán vía adelante durante el tiempo que nosotros tardemos en hallar nuestra vía. Imposible es el adelanto audaz y firme de la República Francesa, sin la revisión, sin el cambio parcial y liberalización del Senado. Ese diente de la rueda está enmohecido. Es la casa de los prejuicios monárquicos, que bajo la túnica de legisladores, y bajo el tocado frigio, asoman sus pelucas empolvadas, y sus vestidos de cortesanos relucientes y desdeñosos. Sentir el mal del pueblo sin descender a los excesos a que, ofuscado por sus dolores, desciende él—es don de caridad suprema concedido a pocos. Dos o tres días hace, ha debido aparecer en Francia un diario de batalla. Viene a impedir una catástrofe. Viene a realizar la reforma por medios legales y a hacerla imposible por los medios violentos. El periódico se llama como su tarea: *La Revision*.

Y así se prepara la entrada en la nueva campaña, en que los ejércitos agrupan ya sus tiendas, y se miden con ojos mortales. Vamos a asistir a la lucha angustiosa de la libertad con todos los elementos que la cercan. Vamos a ver a un gigante cubriendo como un escudo con su cuerpo a la patria, recibir todas las heridas en su pecho, y repartir grandes mandobles a diestra y a siniestra.

Así quedaba Francia.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881

NOTICIAS DE ESPAÑA

Las Cortes sagastinas.—Los reyes se casan.—Conversión de la deuda.—Reformas prometidas.—116 incendiarios.—Paz con Francia.—Boet y Milán

Nueva York, 3 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Satisfecho de su triunfo, Sagasta se sienta a reposar, y deja vagar sobre sus labios, como una mariposa harta de miel de flores, su sonrisa volteriana. Cree, a despecho suyo, en la libertad. Rompe en cada combate todas sus lanzas en provecho de sí mismo,—menos una,—que rompe siempre en beneficio de la libertad. En política hay hombres que hacen el oficio de puentes, y es necesario pasar por ellos: así Sagasta. La riña ha sido librada con lucidez, gracia y fortuna. Los conservadores desechados, claman a la puerta de las casas de las urnas. Un muro de sagastinos les veda la entrada. Ellos, que excluyeron, son excluidos. El país oficial que vota, no es sin embargo el país nacional que trabaja, sufre y vive. Este, ve en silencio estas telas de araña que urde mañosamente el interés personal, y se levantará en su día cuando se sienta fuerte, o le aguije el hambre, o le ofusque la cólera, o le precipiten sus verdaderos amigos, y vendrá a tierra como juguete de niño a mano de gigante, la urdimbre de seda. Es cosa que maravilla la flexibilidad del cuerpo electoral español. A unas Cortes cerradamente canovistas, han sucedido unas Cortes cerradamente sagastinas.

En la Cámara de Diputados los amigos del altanero Cánovas figuran en minoría escueta y humilde. Trescientos un ministeriales absorben a cuarenta y seis conservadores, y treinta y siete demócratas vendrán a ser frecuentemente refuerzo cuantioso aunque innecesario en las votaciones del gobierno. Cinco independientes vagarán aislados por el hermoso salón de Conferencias, hervidero de chistes, manantial de elocuencia y casa de glorias. Y sólo a seis ultramontanos les será dado subir y bajar por las escalerillas que llevan a la ancha mesa presidencial, que conserva en su maciza cubierta, agrietada a trechos y hundida, huella de los puños robustos de don Nicolás Rivero y de Ríos Rosas. Muy ilustres cabezas ha acariciado el sol en aquel sillón señorial, guardado a derecha e izquierda

por sus alabarderos vestidos de colores y tocados de gorra de pluma, cuando envía sus últimos rayos melancólicos a través de los anchos cristales de la bóveda.

No menor mortandad de canovistas ha habido en las escaramuzas para la elección de senadores. A la hora en que escribimos, llegamos noticias por el cable del resultado de la reunión de las juntas de barrio y de altos contribuyentes para la designación de los compromisarios a quienes está confiada la elección. Una irreprochable unanimidad ha distinguido estos trabajos preliminares. La masa electoral toma la forma que le imprime la mano seca, nerviosa y elegante de Sagasta. El Senado será sagastino como el Congreso. Acércase, pues, una época de sustitución y de sacudimiento en que brillarán de nuevo erguidas y triunfantes aquellas leyes racionales y generosas que nacieron en los Congresos admirables de la revolución de 1869. El triunfo de las reacciones no es jamás completo. O se encorvan ante las conquistas de las revoluciones, o son barridas por ellas, como hojas secas de otoño por viento de diciembre. La libertad no muere jamás de las heridas que recibe. El puñal que la hiere lleva a sus venas nueva sangre.

Proyectos de matrimonio preocupan a la Corte, y proyectos de múltiples géneros, a los políticos vencedores. Los conservadores vencidos acusan, en tanto, al gobierno triunfante de docto con exceso en cosas de urnas. A imposición, compras, abusos de promesas y fraudes achacan los periódicos de Cánovas la maravilla electoral. El caso es simple: el país no vota. Desconfiado y perezoso, se entrega atado, en tanto que sus buenos servidores lo incautan y sacuden y afilan diestramente las armas venideras, a los políticos audaces que han visto al fin premiadas por la monarquía que los ha menester, su resignación de tantos años, sus transacciones, sus conversiones, sus apostasias. Descuidada de estas cosas graves, prende azahares a su túnica de bodas la linda infanta Eulalia. La quiere para su esposa el hermano de la reina Cristina, esta dama de hermosa figura, mirada que ordena, elegancia que atrae, y vasta mente. Porque, por de contado, sobre casarse la gentil princesa con el imberbe y flemático mancebo que le destinan por esposo,—cásanse monarquías y se contratan alianzas. El mar popular, sube; las fortalezas monárquicas bambolean a su empuje; las olas, contenidas, baten contra las murallas quebrantadas. Este matrimonio es un abrazo de dos Cortes que tiemblan y un dique a la ola. Mas cuentan que, por fortuna, una espontánea simpatía reúne a los que de otro modo fueran infortunadas víctimas de la razón de Estado. Tiempo ha, vio el austríaco en el Palacio de Madrid

a la esbelta española. Ciertamente que llevan los ojos tras de sí su reír bullicioso, sus claros ojos azules, su cabello áureo, su fisonomía resplandeciente y móvil. Es fama que tiene voluntad recia, y desamor señalado por la música, con lo que enoja al rey su hermano, que hace de padre de la casa, y ha solido privarla de paseos como en castigo, y a su hermana Isabel, esta arrogante criatura dotada de talento señalado para las artes de la música. Cuando estuvo el príncipe en Madrid, veíasele a menudo cerca de la risueña y esbelta infanta. Cuando volvió a su Corte, palabras discretas y apoderados hábiles animaban aquel fueguecillo de primavera, en el corazón agitado de la hija de los reyes. Ahora un día, a fines de agosto, llamó la reina Cristina a la revoltosa infanta, le tomó con sus dos manos hermosas sus dos delicadas manos; fijó en sus ojos dos ojos penetrantes y transparentes, animados de peculiar alegría, y cuentan que le dijo: “Eulalia: ¿tú quieres dejar tu hermosa España, e ir a vivir a nuestra buena Austria?” La infantilla temblaba, como las hojas de un rosal al primer aire húmedo de la mañana. “Eulalia, tú sabes por qué”. Y Eulalia sabía.—“Sí”,—dijo trémula. Y a poco salían las felices nuevas del palacio de los Borbones al palacio de los Habsburgos. Con lo que piensan los graves políticos que ya las agitaciones populares tienen un nuevo freno, y España más segura la vía que ha de llevar a sus impacientes hombres de guerra a las playas infortunadas de Marruecos. Locura y crimen grande, verter en inútiles conquistas fuera, la sangre que hace falta para abono de la tierra olvidada y sustento de la libertad amenazada en lo interior. Es la infanta prometida en matrimonio, sobre airosa y sencilla, inteligente. Por de contado que habla correctamente el francés y español, y habla a más un alemán suave y un inglés puro. Monta y guía con especial destreza, en lo que hallará de fijo rivales en la Corte austríaca, donde los ejercicios de fuerza y destreza alcanzan con justicia considerable boga.

Señores de las Cámaras, los nuevos gobernantes, que en su largo destierro del poder han meditado soluciones oportunas, intentan ya una conversión de la deuda que ha de aliviar de gran peso la hacienda española puesta en riesgo por el fausto culpable y desordenado de la casa real. Mas es ésta materia de tal monta que no han de abordarla hasta que las Cámaras no puedan autorizarla con su formidable mayoría, lo cual será para las postrimerías del año que corremos.

Se habla, ¡cuándo no se ha hablado!—de reformas para las Antillas. Se dice que se introducirá una reforma ligera en el derecho de banderas, y en los derechos de exportación. Se promete una revisión compasiva

de las tarifas. Y es lo cierto que las elecciones de senadores y diputados en la conmovida Isla de Cuba, aletargada en mala hora al borde de hondísimo abismo, han enviado a las Cortes de la península hombres notados por su encono contra los hijos de la tierra, o por su aptitud para olvidar por el provecho propio, y el logro de fama o de puesto, el provecho de la desventurada tierra cuya genuina expresión se ahoga, y cuya voluntad verdadera, resignada y humilde, se burla y quebranta. ¡A fe que es harta paciencia! Vense ahora con interés grande en España las elecciones de las Antillas, mas no por lo que a las Islas importe, sino por el contingente de votos amigos u hostiles con que las diputaciones antillanas pueden pesar en la política peninsular.

Preso está aún y tratado con honores, en el Morro de la Habana, aquel González Boet, famoso por sus crímenes y rapiñas en la parte oriental de Cuba, en la primera parte de la larga guerra, y por su escandalosa participación en el hurto del collar del Toisón, de que se quejó el príncipe don Carlos. O porque el caso es verdadero o porque el gobierno no necesita razones nuevas y de peso con que excusar las peticiones de clemencia que el partido español exaltado de la Isla le hace en favor del reo, sujeto en Cuba a un proceso, por su conducta durante la guerra, ello es que el cable ha anunciado al Capitán General de la Isla que los Tribunales de Milán reclaman al preso, por cuanto los altos jueces no han estimado justo el fallo liberatorio del juzgado inferior.

Ni está España privada de un proceso de merecida sensación. Días hace, hablamos de aquellos siniestros incendios que consumieron ricos cortijos y buena parte de hermosas vegas en las bellas comarcas andaluzas. A 116 llega el número de incendiarios presos; y 45 era ya el de los confesos y convictos. Con ansia se espera la revelación de este sombrío crimen que si por el noble disgusto que inspira, priva de sus escasas probabilidades de triunfo a los que aconsejan tamañas medidas, pudiera por natural sentido acelerar el advenimiento de un sistema popular de gobierno que dando libre empleo a las fuerzas hoy ahogadas, y vías de manifestación a estos rencores pujantes y satíricos, les privase de todo derecho para expresiones criminales y violentas, y les diese ocasión a evaporar, y no a concentrar, sus energías. Grave medalla la que pudiera ser acuñada hoy en España con motivo de los últimos sucesos: de un lado, las bodas de la infanta; del otro los incendios de Murcia. A menos matrimonios de príncipes responderán menos quemas de campos.

Mr DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881

9

ULTIMAS NOTICIAS DE EUROPA

Francia.—2 de septiembre.—Grévy quiere ofrecer a Gambetta el gabinete: pero aguarda a que la Cámara dé un voto hostil a Ferry.

España.—2 de septiembre.—Salmerón y Montero Ríos electos a las Cortes, por voto acumulativo.— 13 y 14,000 votos.—Hay 16 diputados demócratas y 4 senadores.—España se niega a reconocer compensación entre las víctimas españolas de Orán, y víctimas francesas durante la guerra civil de España.—Francia cortés, pero firme.—Agitación grande en los círculos políticos y militares de Madrid.—Las elecciones de senadores. Triunfo de Sagasta.—El Senado tiene 350 miembros: 222 son sagastinos. Los conservadores y ultramontanos han logrado elegir 8 el día 2, pero con los senadores vitalicios tienen noventa. Las universidades y corporaciones electoras han elegido senadores demócratas. El rey ha firmado decreto creando 39 senadores vitalicios más. Se espera una reforma en el Senado.—Senadores liberales por La Habana, Labra y Güell. Los demás, conservadores y esclavistas.

Alemania.—Ya tiene listo el Ministerio de Cultos un proyecto de enmienda a las leyes eclesiásticas de mayo.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881

NOTICIAS DE FRANCIA

*La nueva Cámara Francesa.—Gambetta, sus discursos, su viaje a Hon-
fleurs, su importancia.—Bismarck y Gambetta.—La revuelta en Túnez.—
Los teatros de París.—Catástrofe y fiebre.—Francia e Italia*

Nueva York, 16 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Empeñados en recia batalla dejamos a los partidos franceses a fines de la última quincena; al bonapartismo, vencido, a los irreconciliables, entregados a todo género de guerra; y a los republicanos prácticos, triunfantes hasta ahora en un fiero combate de once años,—acreditados y enérgicos, y como robustecidos por el éxito feliz de su admirable y difícilísima campaña: erigir una república durable en tierra dominada durante decenas de siglos por la monarquía.

Los republicanos prácticos han triunfado, brazo a brazo y daga a daga. Han peleado con sus adversarios sobre cada pulgada de terreno, como los viejos gladiadores, con las piernas enlazadas. Mas la Cámara de Diputados queda ahora, como quedó en las elecciones anteriores, en las manos de esos hombres prudentes y briosos que con una mano enfrenan la hidra monárquica, y con la otra sofocan la tea que blande airada la república vengativa. Quieren una república fuerte, constante, sólida y serena. Derribarán en todo el campo que necesiten para construir. Respetarán, en tanto que no estorbe a la nueva obra,—todo edificio viejo. No derribarán por placer en el derribo, ni por venganza. El exceso de ruinas estorba los pasos del reformador.

547 diputados cuenta la Cámara electa, sin incluir en el número los diputados de las colonias. De éstos: Son republicanos, 459; bonapartistas, 47; monárquicos, 41.

A su vez, la mayoría republicana queda dividida de este modo: Unión Republicana, 206; Izquierda, 168; Extrema izquierda, 46; Centro izquierda, 39.

Bien decía, pues, M. Jules Ferry, cuando afirmaba en un banquete en St. Dié que en las elecciones se había vencido a los republicanos y a los

monárquicos. Ciertamente que los republicanos exaltados entran en la Cámara con un aumento de quince sobre su número anterior; mas este aumento no ha sido ganado sobre los republicanos prudentes, sino sobre los monárquicos, de quienes los prudentes han recabado también un número importante de nuevos asientos.

Resulta, pues, de la batalla, que con ser ya menos posibles e ineficaces las coaliciones monstruosas, ligadas con atadura de odio, de monárquicos extremos y republicanos, en daño de los republicanos firmes que sujetan a ambos, puede iniciarse ya una política profunda, con grande objeto y por amplia vía segura de un apoyo compacto, real y decidido en la Cámara que ha de autorizarla.

Y ¡cuánto vaso de hiel no se ha vaciado y cuánta dañada arma no se ha esgrimido, y a cuánto tremendo recurso no se ha acudido en estas reñidísimas elecciones! Contra un sistema iban dirigidas por los unos, contra un hombre por los otros. Victoria sobre la república querían los monárquicos: victoria sobre Gambetta los republicanos exaltados. Al vocerío, al ridículo terrible, a la silba deshonorosa, al indomable tumulto, a todo se ha acudido contra el orador afortunado. Y de todo ha surgido, con asombro tal vez de sus mismos partidarios, que no saben cómo pueden caber en un pecho a la vez todas las saetas. Y es que las saetas no se clavan en pecho invulnerable. Si este hombre que hoy salva a la libertad, la comprometiera mañana, caería a sus pies al primer golpe de dardo. Coronado de frescos laureles ha terminado la ardua campaña, y no a merced por glorias pasadas, sino a respeto y entusiasmo por glorias actuales, deben atribuirse las demostraciones de amor y confianza con que en su carrera triunfal hasta Honfleurs ha sido recibido. Llevó a su discurso de Neubourg todo el fuego que puede hoy unir a la prudencia un corazón francés: dijo valientemente cosas rudas, para indicar la urgente necesidad de un súbito remedio. Tiende a la reforma de la patria por la reforma de los caracteres: a la creación de virtudes nacionales, como el ejército y defensa de la nación. “No hubiéramos llegado,—dijo—a aquella mala vergüenza de Sedán, si Francia hubiera tenido mayor número de resueltos corazones y si la virtud, el patriotismo, la independencia y el desdén por los goces materiales hubieran tenido en el pueblo francés la preponderancia que deben tener en todo pueblo honrado.” Como río que se sale de madre, salía de sí ante aquellas palabras febriles y profundas la arrebatada concurrencia. Camino de Honfleurs siguió, después de esta robusta pieza de oratoria; y no sólo en las estaciones del ferrocarril, sino a uno y a otro lado de la vía, las gentes

sufriendo alegres la lluvia, saludaban con grandes aclamaciones al enérgico reformador. Pero sobre la cabeza de la Gloria está siempre un puñal, a punto de caer. En Evreux, donde se obsequiaba al viajero con un banquete, un hombre frenético, dando señales de extravío mental, entró en la sala de la reunión como dispuesto a atacar a Gambetta, y no sin trabajo se vio la sala libre de él. En el pueblo de Dupont de l'Eure, en el instante en que Gambetta en medio de animada fiesta hablaba, vino abajo la plataforma, donde el orador, su fiel amigo Spuller, Gazot y otras personas notables estaban. De enérgica manera, como Tirad, Ministro de Comercio, y Ferry, Presidente del Consejo, aseguró sus opiniones libre-cambistas en lo que hace a Francia. “Sois bastante fuertes—decía entre aplausos nutridos—para no temer ya la competencia ajena.”

“No es a Grévy—decía Bismarck al zar de Rusia en su entrevista importante en Dantzig: no es a Grévy a quien debemos consultar en Francia, porque su modo de ser una entidad en la política francesa es no serlo: es a Gambetta, de cuya acción depende hoy la acción de Francia.” No erraba el Canciller: como Gambetta sirve bien a su pueblo, su pueblo le sirve. Influye en Francia, pues la representa. La dirige porque es francés. Las naciones, en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales. La fuerza viene a Gambetta de la exactitud con que refleja a Francia: tiene la inteligencia, la astucia, la generosidad, la impetuosidad, el buen gusto de su pueblo.

“No propongáis—añadía Gambetta en otro discurso cuerdamente—no propongáis muy a seguida de estas elecciones la reforma electoral. Lo que es justo ha de esperar a ser oportuno.”

Como ecos lejanos suenan ya los ásperos silbos y gritos injuriosos de la noche de Belleville. La vida es un río quebrado que, en busca de un mar inmenso, corre hacia adelante sin cesar. Los ríos de grandes ondas apagan con el ruido de las nuevas las ondas anteriores.

Cuestiones graves extranjeras embargan hoy a la república: ya es la renovación del tratado con Inglaterra, que resiste contra la opinión de lord Gladstone y John Bright, las bases que la Francia exige; ya es la campaña antinihilista a que los poderes eslavo y germánico la provocan, y que ella, por el carácter con que la campaña se abre y trascendencia monárquica que envuelve, justamente rehúye; ya es esa guerra de Túnez en que la reparación del honor nacional es con tanta vivacidad exigida, que se confunde con el deseo indómito de agrandar sus posesiones en el Africa.

Grandes refuerzos van a Túnez. Batallones y baterías se embarcan sin intervalo. El bey ha perdido toda autoridad sobre sus tribus y soldados. Los europeos no osan moverse de los pueblos de la costa. La fiebre tala el campamento. Los árabes sumisos se presentan al bey para que los ampare de los árabes insurrectos que los fuerzan por el fuego y por la muerte, a alistarse en sus filas. El general Correard está cercado en Hammam-Lif. El general Cordonieu, escaso de tropas y pertrechos, ha abandonado a Méchéria. En Argel se ha arrestado a cinco caídos, cómplices del esforzado Bou-Amens, y descubiertos depósitos de pólvora. El general Logerot anuncia su renuncia si no se le envían 20,000 hombres más. En tanto que los explotadores franceses, confiados en el éxito, compran a bajos precios tierras y edificios, los árabes los venden a toda prisa, y no arriendan haciendas, como es su uso. Susa, ocupada por los franceses, proveerá al ejército que va a ocupar el revuelto Kairouan, adonde el bey, de cuya lealtad se duda grandemente en Francia, ha enviado un emisario para recabar la paz de los rebeldes. Estos, en respuesta, cortan el acueducto entre Zagouhan y Túnez, que prevé terrible sed, y ya se queja de falta de agua. Francia vuelve los ojos como ganosa de su ayuda a Trípoli, donde desembarcan tropas turcas. En Zagouhan arrecian los combates. La insurrección, como la zorra de la cola encendida en los campos filisteos, abrasa todo el país. Francia, que acusa de deslealtad a Mustafá, el ministro del bey, ha pedido y logrado de éste su remoción. El gobierno de Argel, para hacer más estrecha la relación con Francia, ha sido reducido a una prefectura: a la par que se llama en Rusia al general Chanzy, prudente gobernador de Argel un tiempo, se designa al general Galliffet como el nuevo gobernador probable, y se oye el informe del ministro de Francia en Túnez, que asegura que Francia debe enviar a Túnez 120,000 hombres. En suma, el bey no puede desear, ni podría realizar, la derrota de los árabes rebeldes; Turquía, a la callada los alienta; Argel amenaza unirse a la rebelión; la rebelión ocupa toda la comarca tunecina; los rebeldes se muestran fieros, activos y terribles, y dispuestos a toda clase de guerra; el Ministro de Guerra de Francia cree que, en tanto que las tropas se defienden de los insurrectos que los atacan, no ha de empeñarse la guerra hasta octubre, porque entonces se verá el ejército libre de epidemias, ni ha de aspirarse más que a tener las costas como hoy, ocupadas y defendidas por buques de guerra y por torpedos. Egipto contra Inglaterra; Túnez contra Francia; Argel complicado en la revuelta; Turquía azuzando a los tunecinos, y enviando tropas a Trípoli... ¿son éstos por ventura hechos casuales?

Fuera de estas cuestiones capitales, brillan los periódicos franceses, por otra parte, tan personalistas, tan repletos de sí, tan ignorantes de cuanto en torno suyo no pasa, con aquella animada plática que precede a la inauguración de la temporada teatral. Aquí se lee que Sardou, pagado de los dramas políticos, escribe en drama serio un argumento de divorcio. Allí se saluda la comedia nueva de Feuillet, que creó a Dalila. Otro anuncia que con un drama de Erckmann-Chatrian, los nobles autores de *L'ami Fritz*, se abre el teatro francés, donde, ya con su cruz de la Legión de Honor; trabaja el admirable Got, y envidiándole la cruz honrosa, el concienzudo Coquelin. Albert Delpit, el asiduo redactor de *Le Temps*, generoso en su novela *Le fils de Coralie*, batallador e inspirado en sus rápidas poesías *Les Dieux qu'on brise*, pone ahora en drama su afortunada novela de *Le Père de Martial*. Eduardo Cadol, que goza por su comedia *Les Inutiles* entre los franceses una reputación semejante a la que goza Enrique Gaspar por su *Ramón y el señor Ramón* entre los españoles, presenta en el Odeón comedia suya. Y se cuenta el modo con que cada autor escribe su obra; y el comediante en quien amolda cada personaje; y se desflora el argumento; y se calculan de antemano los provechos. ¡Qué buenas noches, las noches de fortificante frío, en que se busca amparo de los azotes de la nieve en la sala donde ríe la Judic, donde domina la Thio, donde la Ghinazzi luce sus mantones chinos, donde Sarah Bernhardt con su ademán de pitonisa, saluda a Víctor Hugo!

Y de cosas tristes han hablado también la prensa y el cable en estos días. En una catástrofe de ferrocarril perecieron en Charenton, casi todos los miembros de una sociedad coral francesa: en el tren debieron haber emprendido viaje los príncipes de Siam;—y a maravilla debió su salvación el fotógrafo Nadar, de los parisienses tan querido por su brillante ingenio, y de extraños y propios tan buscado por sus espléndidos retratos.

De otra parte, en fuga de la fiebre, vienen, trémulos de terror, del Senegal, los franceses que allí habían ido en comisión de la república o en busca de fortuna. En altos y en bajos, se cebó la peste; y no había espacio ya para cavar sepulturas.

Un noble acto de paz, un simple acto feliz, ha traído a comulgar de nuevo en una misma ara, y a dar remate honroso a la quincena francesa, a Francia e Italia; por el corazón latino, los hábitos liberales, la laboriosa vida y el porvenir común unidas; y por cuestión de territorio en Túnez un instante hace apartadas. Aún vibraban en el telégrafo trasatlántico las palabras con que se comunicaba la nueva de que Italia se

aparejaba a resistir la compra de caballos de guerra piamonteses que intentaba la República Francesa, y hacer examinar por sus oficiales la frontera, cuando se alza, en magnífico palacio de Venecia, ante sabios y viajeros célebres, en el seno del Congreso Geográfico, un anciano de rostro benévolo, de mirada vivísima, continente marcial, cabellos canos, —recuerda las glorias marítimas de los atrevidos venecianos, y en nombre de Francia, se vuelve hacia los gallardos reyes italianos, y saluda a Italia.—La ciencia y las letras doman las pasiones que engendra la política. Tiempo es ya de que el afecto reemplace en la ley del mundo al odio.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de octubre de 1881

11

NOTICIAS DE ITALIA

Un gran poeta muerto.—El Vesubio en llamas.—Un canónigo de San Pedro abjura la fe católica.—División de los nobles romanos.—El Congreso Geográfico; fantásticas fiestas, serenatas clásicas, ricas iluminaciones y regatas históricas en Venecia

Nueva York, 16 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Nutrida está la quincena italiana de cosas nuevas y brillantes: el Vesubio, despierto, mueve al cielo sus lenguas de llamas; un muerto ilustre, que había adquirido con una vida útil y gloriosa el derecho de morir, es llevado en triunfo al cementerio de Roma; y Venecia, remozada y coqueta, corona de flores su alto Campanille rosado, resucita sus fiestas antiguas, adereza a la margen del Lido, y a la sombra de sus pintorescos emparrados, los sabrosos mariscos que sirvieron tantas veces de almuerzo a Teophile Gautier, e inunda con sus góndolas los canales, con sus mujeres de ojos negros los puentes, y con sus gallardos pilluelos, sus acróbatas ambulantes, y sus adivinadores de lotería y decisores de buena fortuna, la resplandeciente plaza de San Marcos,—¡este paisaje de ónix!

En tanto que esta luz de día, como si desde la cresta del Vesubio reflejase la lumbre flameante sobre la ciudad náyade, inunda la nueva Italia,—una defección y un desacato enlutan el palacio papal. Un canónigo de la catedral de San Pedro abjuró, en la noche del 14 de septiembre, de su fe católica en la capilla metodista, y al devolver sus puños de encaje, que tantas veces han rozado el ara madre de la Santa Iglesia Romana, al cardenal Borromeo, prefecto de la Congregación, el rebelde sacerdote Campello afirma que se aparta de la comunión católica porque no cabe, a su juicio, en Iglesia de paz política de guerra, ni en corazón italiano sentimiento más vivo que el amor a Italia, y porque le entristece y descontenta la hostilidad continuada con que a su entender trata el Sumo Pontífice a Italia redimida. Y no hace muchos días, y ni con tan graves razones, moral, hábitos y obediencia desafió

un anciano príncipe romano, siempre fiel y piadoso, que con abandono de su casa, ha regalado con un palacio, y aderezos y tronos suntuosos, a una de las bailarinas del teatro Costarizi,—con los que León XIII, lastimado ya por la ausencia del Vaticano de los más jóvenes y brillantes miembros de la aristocracia romana que han ido a alistarse en las banderas del rey nacional, ha tenido un motivo de grave pesadumbre que comparte con los leales nobles legitimistas, que le dan guardia, en pintorescos y arrogantes uniformes, y le tributan sumiso respeto y admiración.

Gran funeral fue en Roma el de un poeta famoso, que por sus enérgicas estrofas, reformador empuje, tamaños trágicos y numerosas obras, gozaba de muchos años ya universal renombre: Pietro Cossa. Como extinguido parecía el teatro italiano, e iluminado sólo de vez en cuando por soles extranjeros: pasajeras rapsodias políticas, vulgares pinturas de costumbres, o pálidas elucubraciones académicas lo alimentaban, cuando, como ahora hacen el elegantísimo Carducci con la poesía lírica, y el donoso y seductor Amicis con la prosa, un aliento de vida y un aire de resurrección entraron en la escena con la arrebatada inspiración y rebelde genio del dramático Cossa. Los relámpagos de la espada de Garibaldi herían su lira. La nación tuvo en él soldado y poeta. Así el pueblo agradecido que le ha llevado en triunfo; los dramaturgos que lo acataban como a maestro; los fundadores del nuevo reino que vieron siempre sus amarguras compartidas y sus hazañas loadas por el bardo; los actores que del laurel que le daba sombra han arrancado durante las últimas décadas coronas para sus frentes,—todos seguían, confundidos en un dolor vivo, y común, el cuerpo frío donde estuvo aposentada tan grande alma, y donde, como en lira sonora, hallaron robusto eco los clamores de angustia e himnos de esperanzas de la patria. Iba el féretro cubierto de coronas, y ramas de laurel, y botones de mirto. Allí todas las sociedades, todas las academias, todos los gremios; allí las compañías teatrales, de riguroso duelo; allí los cuerpos de ejército, el Congreso, el Ministerio mismo, como en sanción de que las grandes conquistas humanas, de que es la nueva Italia padrón elocuentísimo, no son en suma más que la realización de los anuncios y el logro de los votos y la victoria de los cantos de los poetas. Llevaban los cordones del palio Virginia Marini, que con la dulce Pasquali y la inspirada Pezzana comparte hoy en Italia la fama trágica; Menotti Garibaldi, tan generoso, tan bravo y tan inteligente; Alberto Mario, Petroni, y diputados y ministros. Roma entera reunida en torno al féretro, parecía como querer revivir con el calor de su amor al bardo muerto.

En Roma consagraba de esta manera la nueva Italia a uno de sus héroes: en Venecia confirma, con su brillante Congreso Geográfico, su determinación de tomar puesto prominente y activo en la lista de los pueblos batalladores y útiles de Europa. Y han venido a juntarse, para que a este aroma de vida despierte de una vez la dama adriática, el Congreso Internacional Geográfico, la Exhibición de Pinturas, y la Horticultural y la Floral. Allí están las grandes hojas verdes y florecillas menudas que pinta De Nittis, y las rosas corpulentas de Morelli, y los claveles rojos con que esmalta sus enredaderas y matiza sus jardines el enérgico colorista Pasini. Al lado de los pintores nuevos, campean en junta magnífica, el Tiziano, con sus diosas fornidas; Tintoretto, con sus figuras resueltas y elocuentes; Giorgione, con sus tonos lujosos; Del Sarto, con sus vírgenes serenas; Carracci, con sus mantos ampulosos, sus cálidos colores y su manera arrebatada; y Paolo, Murano, Carpaccio, Bellini, Fiore.

El marcial Humberto y la amable Margarita inauguraron ayer 15 el congreso celebrado. Fue día de gran fiesta. Ese activo anciano que quiebra la tierra y enlaza los mares, Fernando de Lesseps, pronunció el discurso de apertura, con su palabra vibrante y suelta, eco siempre de afirmaciones atrevidas y de esperanzas espléndidas y halagadoras. En torno de él estaban el caballero Alighieri, síndico de la ciudad que rescucita, empeñado en volver a la noble dormida a sus días de celebridad y poderío; el caballero Trevisanato, maestro en artes e historia que con fidelidad nimia reproduce para reanimarlas en las actuales fiestas, las maravillosas y clásicas rarezas lealmente conservadas en cuadros antiguos; y graves sabios, y diputados de la alta prensa de Europa, y representantes de las más famosas y trabajadoras sociedades científicas del universo, y con todos galante y estimado de todos por su gallardo ingenio, cultura peculiar y ciencia sólidas, el príncipe Teano, hijo del noble duque de Sermoneta, director de los afortunados trabajos del congreso y presidente de la Sociedad Geográfica de Roma, que ha alcanzado, por sus singulares merecimientos, concepto envidiable entre las gentes de ciencia de América y Europa.

Veíanse allí generales ilustres, y representantes extranjeros, que unían sus aplausos al clamor del entusiasmo con que los amados reyes fueron recibidos. Estaban allí Burton, Cameron, Schweinfurth, esos afamados viajeros del Africa: Lesseps habló de los destinos comunes de Francia e Italia; y saludó a ésta en nombre de aquélla, y recordó las innúmeras hazañas de los antiguos viajeros venecianos.

De la noble Venecia habló luego el príncipe Teano, y con calor generoso recordó sus glorias, y la creyó merecedora de celebrar en su seno aquella reunión de sabios antes celebrada en Amberes y en París. Y el mayor Alighieri, Dante Serego Alighieri, descendiente del maravillosísimo poeta, con frases elegantes dio gracias en nombre de Venecia, a los jóvenes reyes y a los representantes extranjeros a quienes se les prepara deslumbrante baile; en el cual les sorprende,—como si por debajo de los recios balcones de piedra, agitando las aguas en la sombra, pasase en danza alegre por entre las espumas, en lomo de tritones, caravana marina de cantoras nereidas, de lira de cristal y voz de brisa,—una lánguida y misteriosa serenata, cuyos ecos melifluos ascienden blandamente de las alegres góndolas. Todo es banquete, festejo y danza. El *signor Ottino*, que es iluminador famoso, enciende cien mil luces de colores en la plaza de San Marcos, y cuenta contento las cuarenta mil liras que por el adorno de la plaza le pagan. San Marcos, donde en otro tiempo rompieron el aire de Venecia esclava las bandas austríacas, resonará ahora con las altas voces de una colosal orquesta de hijos fuertes de Italia, hijos libres del Véneto. Aquellas serenatas venecianas, cuyos ecos, como diablillos ungidos de amor, revoloteaban, después de oídas largo tiempo, encendiendo llamas e inspirando cantos en torno a la frente de los poetas; aquellas misteriosas flotillas, que como bandada de cisnes negros con ojos de colores, lleno el dorso de rimadores de voz dulce y tañedores de laúd tierno, se deslizaba en la voluptuosa madrugada por los canales sigilosos; aquellas clásicas serenatas características, cantadas con su lira de alas de llama por lord Byron, con su guzla ceñida de coronas de rosas por Alfred de Musset, y con su pluma de mármol por aquella mujer viril y extraordinaria, Jorge Sand; aquellas serenatas animarán de nuevo, sonrientes y sonoras, la ciudad coqueta. Una gigantesca *gallegiante*, la famosa galera de paseo, como por magos y magas iluminada, cruzará, vestida de lujosos pabellones, las aguas tranquilas. Aquellas tranquilas góndolas de Venecia, aquellos veloces *bisnone*, regatearán como regatearon ochocientos años hace en las fiestas con que fue celebrada la ruidosa victoria del dux Pietro Gandiano sobre los intrépidos piratas que robaron las monjas del convento de Olivolo. Y como no pueden, por inamovible privilegio, tocar manos humanas los muros de la iglesia de San Marcos, la luz, que es resplandor divino, la suave luz eléctrica, bañará las murallas sagradas. Vense por todas partes los geógrafos de Francia, Suecia y Rusia, que han traído consigo muy celebradas y valiosas colecciones; hablan con calor de la colección deslumbradora

y abundantísima que ha enviado la India inglesa; vénganse de esta superioridad, señalando la marcada pobreza de la colección con que ha contribuido al congreso la Gran Bretaña; detiéndose a leer las inscripciones que, en losas de mármol, ha hecho colocar el municipio sobre las casas en que, otro tiempo, residieron viajeros celebrados: Nicolo Zeno, Antonio Zeno, Marino Forsello y Sebastián Cabot, que vio mares de América, y el atrevido Marco Polo.

Así renace de su sueño de siglos, en su lecho de mármol, de su polvo de oro, la mágica y magnífica Venecia.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de octubre de 1881

NOTICIAS DE ESPAÑA

Francia cede a España.—Discusión de la política española.—Ideas y hombres.—El retrato de Colón.—El Congreso de Americanistas.—La carta de Castelar a Garibaldi

Nueva York, 16 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Tras enérgicos debates; tras declaraciones del Ministro de Estado de España que no consentiría en solución que mermase la honra española; tras anuncios de llamar a Madrid al duque de Fernán Núñez, embajador en París; tras la urgente demanda de España; tras la cortés resistencia de Francia; tras el anuncio de que, caso de no acceder la República a la demanda del Ministerio del rey Alfonso, sería el caso sometido, como a pueblos cultos toca, a arbitraje extranjero, el caso diplomático de Orán se ha terminado sin árbitros y sin batallas: anteayer 14 fue anunciado al mundo que Francia consiente en pagar a España 2.000,000 de francos como indemnización de las pérdidas sufridas por los súbditos españoles a consecuencia de los ultrajes de los árabes en Orán.

¡Quién no ha de congratularse de este resultado que, a despecho de los hombres tenaces empeñados en hacer triunfar los intereses de las dinastías sobre los de los pueblos, estrecha la amistad presente y garantiza la amistad futura de una república y de una nación encaminada a serlo!

¡Ya se habían encrespado las pasiones políticas; ya los políticos conservadores, animados de rencoroso odio a Francia, habían atizado la natural fiera española; ya se regocijaban de la próxima lucha los que anhelan—por sobre la liga fructífera de los pueblos, la liga funesta y amenazadora de los tronos; ya veían herida en la sien y tinta en sangre a Francia—la cabeza pensadora! El buen sentido ha ahogado estos apetitos de los servidores de los reyes. El país vuelve de lleno a sus luchas internas, a su labor de gestación, a su Congreso de Americanistas y a sus Cortes.

Accidentes de un movimiento solemne, estaciones de una vía que toca a su término, desenvolvimiento de un proceso histórico que consiste en ir hacia el porvenir nebuloso, por lo cual se equivoca el camino que lleva a él, desde un pasado tenaz, que se ase a la vida con el fervor y la angustia de los moribundos; tales son, cualesquiera que ellos sean, los actuales acontecimientos españoles. Entran en ellos como factores: los intereses viejos, la aspiración universal al cambio y fijación del orden nuevo, la aspiración confusa y generosa de un pueblo inteligente e ignorante, los intereses materiales actuales y los intereses políticos, nacidos de esta lenta y magnífica batalla entre una época de gloria militar, dominio de castas y provecho ilegítimo de pocos, y una época de gloria del trabajo, gobierno de la razón libre, y provecho legítimo de todos los hombres trabajadores.

El problema agriado y dificultado en otras naciones por colosales odios, presenta en España, merced a la naturaleza hidalga y desdén de la fortuna material que distingue a sus hijos, un carácter menos violento y amenazador. La verdad llega allí más tarde, pero como ha derramado menos sangre, llega más segura. Resulta esto de que el amor a los bienes de la tierra que en definitiva resuelve, o acelera la resolución de todos los problemas, es señaladamente menor que en otros pueblos, en el sobrio y espiritual pueblo de España.

Esto ha sido la elección de las últimas Cortes: una de las convulsiones, una de las transiciones, uno de los sacudimientos, una de las formas del nuevo cuerpo nacional en ebullición. Las Cortes están electas y definidas las agrupaciones que han de darles vida: son unas Cortes ficticias e impuras, en que se librarán batallas pintorescas y brillantes, que no resolverán problema alguno de una manera fructífera y durable, y que terminarán de un modo violento o desastroso para volver el país a un régimen áspero monárquico que precipitará el advenimiento de la República; o abrir paso a una revolución incontrastable e impaciente, encabezada por reformadores graves, fatigados de la demora inútil de la fundación de una España nueva, y desconfiando con justicia de la raquítica política de compromisos que estorbará y debilitará en su cuna a la República Española.

Falta de esas Cortes el elemento sano y pujante que domina a España y sobrepuja a los demás elementos que en su seno combaten por un absoluto predominio.—el elemento medio, trabajador y acaudalado,—la generosa y honrada burguesía. Ni la república aristocrática y artificial que con Castelar vendría, por ser el representante de la forma republi-

cana que garantizaría mejor los intereses y preocupaciones de los elementos conservadores; ni la república híbrida e insegura que, conforme a toda probabilidad sustituirá a la monarquía, por tácito acuerdo y simultánea preparación de los republicanos pacientes y los liberales dinásticos, cuyo jefe es sobrado hábil para no hacerse lugar en el estado político próximo,—traerán a la nación aquella política de avance y de frente, de renuevo determinado y establecimiento firme, y de vuelco y sustitución de todo cauce actual de vida que el país reclama. Repele España toda experiencia de gobiernos ideales y quiméricos, que lleven a la gestación de los negocios nacionales unas cuantas teorías seductoras, rencores concretos y odios enfermizos; pero, así, con envidiable buen sentido, se niega a considerar y estimar fórmulas nacidas de miserias e iras extranjeras; así anhela, porque ve que todos los pueblos la ganan en la marcha,—una política humana y fecunda, que tienda al logro del bienestar, a la garantización de la voluntad ilustrada y a la aplicación fructuosa de cada hombre a los elementos naturales que le rodean; trabajo, modestia y calma,—he ahí la ansiada política: no pérdida de la fuerza nacional en emigraciones bochornosas y conquistas perniciosas y estériles en lo exterior, sino aprovechamiento, fortificación y empleo de todos los elementos interiores. Más que otro alguno de los grupos republicanos militantes parece satisfacer esta aspiración el grupo que encabeza Ruiz Zorrilla, encarnación singularmente típica de la clase social a quien toca en turno la gobernación y representación de España. Honrado, perspicaz, humilde, rico y enérgico, caracterizan a su política los resultados naturales de estas condiciones, que son las de la clase hoy dominante en el pueblo español; de aquí su influjo: sólo gobierna a los pueblos quien los refleja.

Mas el desembarazo, novedad, sanidad y pujanza de la política burguesa encarnada en la serena intrepidez, sensata cautela e incontrastable energía de Ruiz Zorrilla, no cuadran a los propósitos interesados y personales de las agrupaciones republicanas y monárquicas que hacen, a par de él, la campaña republicana. Esta política amplia y laboriosa dispuesta a extirpar los perezosos y logreros, a poner en empleo toda fuerza útil, y a hacer en lo posible de la inteligencia, no un derecho a la holganza sino el deber de su aplicación; esta política de las clases llanas sorda e involuntariamente rencorosa, excluye cuerdate de su milicia los residuos perturbadores, recalcitrantes y mal habituados de la política de antesala y de pasillo, del menguado comercio político que ha venido estorbando el establecimiento definitivo de España entre los pueblos útiles:

y grandes de su época. Y como excluiría a estos elementos impuros que culebrean diestramente entre todos los campos, para tener casa dispuesta y cueva conocida en todos, acontece que, por desesperado acto de conservación, la excluyen a su vez, y la persiguen con ira inusitada, esos elementos transitorios, hoy monárquicos que, previsores de lo venidero, tallan a la sombra del trono la estatua de la República.

De las oposiciones confesadas a la monarquía, hay una activa: la de Ruiz Zorrilla, con igual tenacidad y mayor inteligencia que por él, servida por el astuto Martos, el poderoso Salmerón, el sensato Montero Ríos, y hombres de no menor valía; y hay otra pasiva, cortés y mansa que, segura de su triunfo, no tiene la energía, la intención ni la necesidad de acelerarlo: la de Castelar, indirectamente servida por todos los que esperan a su vez servirse de él, y acompañado de cerca por un grupo escaso, discreto, afectuoso e ineficaz de admiradores. En aquella política se encrespan y combaten fuerzas visibles, vibrantes y reales; en ésta, se deslizan esperanzas, se estudia el movimiento universal y se preparan fórmulas. Una consiste en derribar y en empujar; otra en dejar caer. La una quiere precipitar la ruina de la monarquía y echar a rodar sin demora la máquina nueva; la otra espera benévolamente a que la ruina se consume, y se prepara a utilizar el antiguo rodaje. Sin el voluntario auxilio que presta a la causa republicana,—y habría de prestárselo fatalmente, aunque fuera involuntario,—el advenimiento al poder de los republicanos pasivos sería poco probable, arrollados como serían en la competencia, por sus rivales osados y activos, y siendo como es, fatal el advenimiento de la república, no tienen los elementos monárquicos liberales manera de hallar acomodo entre sus jurados enemigos, porque desde el seno de la revolución, como mortales enemigos, surgieron esas dos agrupaciones que han llegado a ser, padrón de la destreza suma y habilidad inigualada de su jefe la una, y la otra, representación autorizada de la grande y activa masa española.

Unense, pues, estas dos agrupaciones celosas ante un mismo adversario formidable, que a ninguna de las dos abriría puerta, en la hora del triunfo, ya por creencia honrada de que inquietarían y corromperían la república los que la han servido tan infielmente como a la monarquía, ya por esos encarnizados celos personales que los triunfos ajenos alimentan. Rivalidad inextinguible hay entre Martos y Sagasta: inextinguible también entre Castelar y Martos y Salmerón.

Resumiendo, pues, dedúcese que sin el apoyo de los elementos liberales que figuran al lado de la monarquía no alcanzaría existencia la

república transitoria y aristocrática de Castelar; ni los elementos liberales tendrían natural cabida, una vez advenida la república, en un gobierno que no fuera el gobierno conservador y moderado que el elocuente tribuno llevará consigo. Viven, por tanto, los dinásticos liberales y los republicanos pasivos en necesidad de íntima unión y en estrecha interdependencia; y existirán en lo porvenir los unos por los otros. Mas si en vez de este cómodo desenvolvimiento del problema, y resultado previsto y artístico la república activa se adelanta, derroca a la monarquía y se alza con el poder, ni los liberales dinásticos que no han contribuido al triunfo de la república activa, ni los republicanos pasivos que—celosos y temerosos de ella—la han estorbado y perseguido, tendrán puesto en las filas del gobierno triunfador, que ganó solo la batalla, gozará solo de ella, contra sus envidiosos y azorados enemigos. De aquí esos fenómenos curiosos, observados en estas últimas elecciones: el apoyo de Castelar a la monarquía, y su hostilidad al partido republicano activo: y el apoyo de Sagasta, y sus liberales dinásticos a Castelar, y su implacable persecución del partido activo y batallador de la república. En visible y venturoso consorcio y de brazo y sonriendo, han marchado por los campos electorales los amigos del jefe de la república posible, y del habilísimo creador de la monarquía republicana. En cambio, con espada de fuego y con igual espada, han sido perseguidos en Vizcaya los carlistas; en las Castillas y en España del norte los conservadores; y en Valencia, en Soria y en todas partes los republicanos de Zorrilla. No en la lucha de Sagasta y Cánovas, que es lidia que pertenece a la época pasada, y ya agoniza; sino en la lucha de Sagasta y Castelar contra Zorrilla, Salmerón y Martos, que envuelve páginas de lo porvenir, ha estado el interés de la última contienda electoral. Contra un liberal activo, el conde de Pacent, triunfó Castelar en Huesca, y no sin trabajo ni sin apoyo de las autoridades sagastinas. No vencidos, sino expulsados de las urnas, fueron Ruiz Zorrilla y cuarenta candidatos granados y notorios de su séquito: doce de ellos entraron, sin embargo, a las Cortes, contra recia marea, y con altos honores; que hubo algunos como Montero Ríos, el abogado de la revolución, que en el espacio de una semana y a la mano del omnimodo gobierno, en Madrid mismo, lanzó, preparó e hizo vencer su candidatura, con suma lujosa de votos favorables.

Iniciado el combate, ni los republicanos activos cejaron en la obra emprendida, con su osada manera y habitual tenacidad y empuje, ni en la persecución comenzada, como que les va en ello la vida futura, cejarán los liberales monárquicos. Ciertamente que durante las elecciones sorprendió

el gobierno de Sagasta y sometió a juicio, haciendo presa en treinta y uno de los cabecillas del vasto fraude, una conspiración astuta y temible para falsear, en escala alta, el voto público; cierto que han explotado esto los diarios de Sagasta a maravilla, y que los diarios conservadores lo han achacado a invención del astuto Sagasta para descrédito del partido canovista; cierto que, a pesar del desconocimiento oficial de los actos violentos de algunos gobernadores, a la más procaz presión oficial se debe la elección de la Cámara sagastina, y la victoria de los diputados de Sagasta sobre muchos acreditados y conspicuos partidarios de Cánovas; cierto que no hubo engaño, o amago de fuerza, o promesa falaz que no hiciese el gobierno para conseguir efímera victoria en las provincias vascongadas; mas ninguno de estos sucesos ni los innúmeros censurables detalles que tras ellos han venido a colación, tiene significación más enlazada con los acontecimientos futuros, que las hostilidades bruscamente abiertas entre el gobierno de Sagasta y los republicanos de Zorrilla.

No bien organizados y provistos por las elecciones, con cédulas de vida, los republicanos activos se reunieron en pública y solemne junta; consagraron su lugar de tertulia periódica, y fijaron día para la junta próxima. Muy graves cosas fueron hábilmente dichas en aquella reunión primera, que ha parecido a Madrid justamente como la iniciación de una nueva época política, y como la revelación inesperada de un guerrero que acude a la lid armado de todas armas, con el intento y la capacidad de la victoria. Mas, cuando, veinte días hace, los progresistas o demócratas, o republicanos activos,—que todo esto son, y de todas estas maneras se han llamado,—intentaron reunirse de nuevo, un comisario de policía, acompañado de elegantes policías secretos, intimó a todos la orden de abandonar el salón y a algunos la de presentarse ante el juez a responder de su conducta. Club tienen los carlistas; club los conservadores; club todas las agrupaciones políticas; mas está en la mente del gobierno de Sagasta, que la agrupación de sus tenaces y personales adversarios, que le excluirían de toda oportunidad de vida pública en el orden de cosas venidero, no tengan club. Altísimas protestas, concentradas amenazas, demandas de aclaraciones han sido actos ineficaces que como mar airada, en muro de castillo, se han estrellado y roto contra la voluntad enconada del jefe del gobierno, en cuyo complicado carácter tiene la ira singular dominio.

Da tipo a la política de España una mutua y respetuosa benevolencia, que dignifica las relaciones interiores de los partidos y lleva a evitar conflictos de sangre en una posible solución violenta. Por capitales ser-

vicios entreligados, a capitales servicios se están obligando los altos políticos. En conferencias y visitas se suavizan las asperezas que en la contienda pública se aguzan y las grandes cuestiones venideras que parecen complejas y nebulosas al observador extraño, son discutidas, preparadas, anunciadas y esperadas con loable lealtad por los políticos señalados de las diversas comuniones. Mas se ha roto este encanto y desacatado este respeto y determinado una guerra febril que viene en mala hora, y es desafortunada e imprudente. Al gobernador de la provincia, al Ministro de la Gobernación visitaron los más elevados representantes del partido activo, mas de uno y otro supieron que no hallarían amparo y merced en el gobierno, “resuelto a no permitir manifestación alguna contraria a la monarquía”. “Hasta libertad—se les dijo—os dimos en las elecciones.” Grandes cóleras provoca y a terribles rivales hostiga, el hábil Sagasta, y aliados grandes tiene, por intereses de clase y de vanidad política en el campo republicano; pero el guante así lanzado a la faz de esos viejos guerreros, será de fijo, aunque el buen Dios de paz no ha de quererlo, vuelto al osado retador en la punta de la espada.

Un hallazgo artístico ha venido a distraer un punto los ánimos de estas arduas contiendas. Allá, escondido en el Ministerio de Ultramar, yacía ignorado un hermoso retrato de Cristóbal Colón y una casualidad dichosa reveló su existencia al Ministerio. Es obra de fines del siglo XV, y de mano probada. Allí está el Almirante, no con los ojos apagados, forjadores de rayos lucentes, no con el recio ceño, y cana cabellera de posteriores días, sino airoso y resuelto; como fue en sus cuarenta años, no arrugada la frente espaciosa, abundante y oscuros los cabellos, viva y penetrante la mirada y corva la nariz. Sin injuria se ha conservado el retrato y sin merma la inscripción que dice así: *Columbus, ligur, novi orbis repertor*. Cincuenta centímetros tiene de alto el lienzo y cuarenta y dos de ancho. Dos copias van hechas de esta obra curiosa, tomada de la faz misma del hombre infortunado; una ha sido regalada al duque de Veragua, descendiente del Gran Almirante; otra,—en la cual tomó vivo empeño el ingeniosísimo cubano Rodríguez Correa, el amigo de Bécquer, y hoy subsecretario del Ministro,—adorna ya el Ministerio de Ultramar. El lienzo primitivo se ostentará sin duda en aquel maravilloso museo henchido de joyas, el Museo del Prado, en que *Los Borrachos* de Velázquez compiten con *El Pasmó* de Rafael, y el *Dos de Mayo* del magnífico Goya, con la *Concepción* alada de Murillo.

Un corazón existe en Europa, vasto y ardiente, en que hay lugar para todo dolor y goce humano, y hecho a todo acto heroico o sentimiento generoso. De una patria, como de una madre, nacen los hombres; la Libertad, patria humana, tuvo un hijo, y fue Garibaldi:—fue él. Su inteligencia, no hecha al yunque ni al esmero, vaga y yerra: mas su magnánimo corazón que no conoce cansancio ni vejez, recaba prestamente para el héroe la admiración que un extravío intelectual o un exceso irreflexivo de bondad momentáneamente le enajenan. Se le conoce como a salvador y como a padre. Cuando se mire atrás desde lo porvenir, se verán en la cúspide de este siglo grandioso un caballero cano, de frente acupulada, mirada encendida y barba hirsuta, vestido de vulgares paños negros: Víctor Hugo; y un jinete resplandeciente, de corcel blanco, capa roja y espada llameante: Garibaldi. Allá a sus pies un Caín, con casco de hierro destrozará con sus manos crispadas su blusa militar: el Canciller alemán. Del guerrero italiano fue un telegrama cariñoso en que felicitaba desde Caprera a Castelar por el éxito de las elecciones en Barcelona y en Huesca; y de Castelar en una tierna, suntuosa, exuberante carta, en que con su hermosísima lengua de colores, y sus caricias de arroyo, y ruidos de cascadas, responde al caballero de su siglo, y felicita a los republicanos españoles de haber nacido en la misma sorprendente centuria que ha visto nacer al amador ardiente de toda víctima oprimida, al soldado gentil de toda idea que sufre y redime, al guerreador de capa roja y acero que llamea,—al bueno, al generoso, al bravo Garibaldi.

Reúñense a estas horas en Madrid cuantos ya por ese natural amor del espíritu humano a lo pasado, ya porque el conocimiento de lo pasado hace seguras y conformes a razón las leyes que han de gobernar lo porvenir, se ocupan en la investigación y exploración del mundo antiguo americano. Este es el mes del famoso Congreso de Americanistas desde tanto tiempo hace anunciado. Quiere Madrid, por cuanto al brillo histórico, e interés presente de España importa, exceder en oportunidad y magnificencia a Bruselas, donde el congreso reunió la última vez sus sabios miembros. Y no es sólo ahora la apertura solemne del congreso, ni su inauguración por el animoso y activo rey, ni la discusión,—peculiarmente importante en la tierra de las conquistas,—de las familias, grandezas, dolores y caracteres de la raza conquistada: es además la exhibición en un valiosísimo museo, de cuanta riqueza americana encierra España. Allí están a los ojos de los observadores y curiosos, el tesoro real, el

de las casas de los nobles, el de las corporaciones científicas, el de los descendientes de virreyes y hombres de pro en las Américas, el de los archivos de la metrópoli. El rey, entre otras joyas, envía al museo la bandera de Cortés, que se clavó en Veracruz, deslumbró a Tlaxcala, abatió a los descendientes de los mexicas y huyó en Otumba. Y la espada de Francisco de Pizarro, que cayó a sus plantas con su vida. Simancas y Sevilla han vaciado en los estantes del museo sus ricos y repletos anaqueles; abundan las colecciones particulares en documentos, grabados, dibujos, colecciones de armas y utensilios de la antigua y actual América, y en rarezas de cerámica, en variedades de tintes y de tejido. Del Perú solamente, figuran en el museo 800 vasos, que prestan para esta maravillosa colección temporal los museos de la nación, y atlas, manuscritos, trozos de frescos de las paredes de Chichén, figuras curvas y expresivas halladas en las ruinas de Uxmal, copias de guerreros barbados y calzados, trofeos, autógrafos, muestras de hierrografía, libros de piel de cordero matizados de figuritas monstruosas de vivos colores. Y así, puestas en línea, será el efecto deslumbrante, y la comparación utilísima, pues que de ella vienen, como de suyo y sin mayor esfuerzo, las leyes de semejanza y afinidades que iluminan la romántica y sombría historia de aquellos tiempos desfigurados y perdidos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de octubre de 1881

Entrevista del zar y el káiser.—Capital acontecimiento europeo.—Formidable liga de imperios.—Dramática entrevista.—Guerra al socialismo.—Invitación a Europa

Nueva York, 16 de septiembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Un suceso de magna trascendencia, realizado con brevedad mágica y ostentosa pompa, ha ocupado exclusivamente a Europa en los días últimos. Ni la publicación de nuevos periódicos nihilistas en Rusia, que declaran que la guerra que se hace a los judíos en Rusia no es guerra socialista; ni la próxima destrucción del pesado e inútil *yacht* "Livadia", el gran buque redondo, del que se van a hacer tres buques; ni la remoción del conde de Baranof del cargo de jefe de Policía, con palabras ásperas del zar,—alcanzan importancia comparable a la de este trascendental acontecimiento. Ni importan tanto a Alemania la reanudación de sus relaciones con el Papa, merced al embajador Schloezer; ni el nombramiento del hijo de Bismarck para ministro en Washington; ni la fuga de los conscriptos que emigran a América; ni la revista pasada a las tropas en el aniversario de Sedán; ni la detención en Kiel de los dos buques de guerra peruanos, *Diógenes* y *Sócrates*, por razón de neutralidad,—como las vitales cuestiones que movieron el ánimo de los emperadores de Rusia y Alemania a su histórica entrevista, en la que, entre el sonar de los cañones, el flamear de las banderas, y el ruido de las olas han jurado, estrechándose cordialmente sus dos manos de hierro, odio eterno a los pueblos.

Contemos la entrevista.

Fue en Dantzig, el 10 de septiembre. Urgía a ambos monarcas verse juntos. Urge a Guillermo que Rusia no se ligue a Francia, y que los nihilistas rusos no fortalezcan a los socialistas alemanes. Urge a Alejandro que todos los poderes de la tierra le ayuden en su guerra de conservación y de venganza contra los nihilistas. Errores de subalternos habían agriado las relaciones entre uno y otro imperio. Se hacía preciso que

contra los pensadores liberales se uniesen los monarcas autócratas; contra los pueblos que no pueden subsistir sin derechos, los reyes que no pueden subsistir con un pueblo que los tenga. El gran duque de Mecklemburgo, suegro del gran duque Vladimiro, en quien la hija del de Mecklemburgo ejerce gran influencia, arregló la anhelada entrevista. El padre en Alemania y la hija en Rusia lograron a la par el consentimiento de sus señores. Así ajustado, salió el zar sin previo aviso, y súbitamente, de Petersdorf, y el emperador alemán y su hijo, y Bismarck salieron de Berlín. Llegó antes que el emperador "el Canciller", con su hijo Herberto, y con Tiras, su corpulento perro; y fue en carruaje abierto a la casa del gobernador. Vino luego el káiser, acompañado del príncipe de la Corona, el gran duque de Mecklemburgo, presidente del Gabinete Militar; el general Von Albedyll, presidente del Gabinete Civil, y otros altos funcionarios. El anciano emperador, vestido con el uniforme del primer regimiento de guardias, fue también en carroza abierta, tirada por cuatro caballos, con sus jinetes de librea, a la Casa de Gobierno. A paso lento iba el tren suntuoso; la muchedumbre vitoreando al emperador, impedía el paso del carruaje. Era el día húmedo y brumoso, y tardaba el *yacht* ruso, a punto que pasaba de sazón el *lunch* lujoso que, preparado por su especial cocinero, se había servido al zar en el buque donde debía celebrarse la entrevista. De fiesta estaba el *Hohenzollern* y resplandecían de plata y de cristalerías las mesas. Apenas se divisó el *yacht* cesáreo, el emperador y su hijo vestidos de coroneles rusos, y seguidos en un carruaje en que iba solo Bismarck, en uniforme de caracero, atravesaron entre ensordecedores vítores y bajo lluvia de flores el camino de la casa al puerto. De súbito, truenan a una poderosos cañones: de pólvora y de humo se llena la bahía: los dos emperadores están hablando. Apenas se pusieron al habla, el *Hohenzollern*, en que se había embarcado el káiser y el *Derschawa* en que venía el zar, echóse un bote al agua, saltó el zar en él, abordó el *Hohenzollern*, subió a saltos la escalera, y cayó en los brazos del emperador Guillermo, a quien besaba en las mejillas y en la frente.

Apenas se vieron solos, dijo Alejandro:

—“He venido para deciros que he heredado todos los sentimientos de mi padre hacia vos. Yo los profesaré toda mi vida. Feliz, muy feliz me siento con tener una oportunidad de deciroslo.”

Nada se firmó allí, ¡mas grandes cosas fueron estipuladas!

Alejandro ha prometido que si Alemania viene a guerra, observará con ella la conducta que observó en 1870.

—“Combate. como yo desde el atentado de Nobiling he combatido, a los socialistas: ¡guerra a cuchillo!—Tres mil procesos de socialistas hubo en el año que siguió a la adopción de esta política: menos hay hoy sin duda.”

Dos horas duró esta entrevista. ¡Qué interesante y terrible escena en el drama humano!

Convínose al fin que el zar comiese en tierra, como huésped del emperador. Dantzig, que desde el día antes estaba profusamente decorado echó, no bien se supo que el zar desembarcaba, sus campanas a vuelo. Inusitado movimiento animaba las calles henchidas de gente no temerosa de la incómoda lluvia. Tocaban las bandas el himno nacional ruso. Engalanaban los balcones las niñas de las escuelas vestidas de fiesta. Tronaba el cañón a cada minuto. Al fin, poniendo valla al popular frenesí dos cordones de policía armada, apareció camino de la Casa de Gobierno la imperial procesión. En dos carrozas de gala, llevadas de Berlín, tirada cada una por cuatro caballos, iban el zar pálido, y como sorprendido de aquella recepción calurosa, luciendo su uniforme de ulano prusiano y la banda del “Aguila Negra”; el káiser, el príncipe de la Corona, y dos grandes duques, el privado Vladimiro, y el gallardo Alexandrovich, hermano del zar. Llegados a la Casa de Gobierno, en tanto que una banda de granaderos tocaba música rusa, veía Alejandro, encerrado en un carruaje común, lo que de la ciudad dejaba ver la lluvia.

A poco, entran los soberanos y su séquito en la sala del banquete, cuyos muros resplandecen con adornos de plata maciza, que reflejando la luz de las antorchas, y el quiebro de las luces en los vinos, dan al vasto aposento el aspecto de un salón encendido.

Cual samán altanero, elevando su cuerpo colosal sobre los recios cuerpos de sus augustos señores, Bismarck brilla, aderezado con el magnífico uniforme de los coraceros azules. El zar, que desde el punto de su llegada le busca y sonríe, habló con él animadamente un buen espacio de tiempo antes de la solemne comida. A los sonidos de un himno de bienvenida, y a la súplica del maestro de ceremonias, los dos emperadores se adelantaron hacia el centro de la mesa: obsequiando la práctica alemana, estrecha el zar antes de sentarse la mano del káiser y de Bismarck; a la derecha del emperador de Rusia se sienta el heredero de la corona de Prusia; a la izquierda, el káiser; junto al príncipe de la Corona, el gran duque Alexandrovich y Bismarck; junto al anciano Guillermo, el gran duque Vladimiro.

El Rin centellea en sus copas verdes; dora el champán el cristal límpido; con la librea del zar cruzan, como brillantes insectos de oro, los lacayos; gústanse sopa de tortuga, salmón aderezado, solomillo de ternera, legumbres, pollos trufados, ensalada, helados, compota y postres, que esto hubo, y no más, en la mesa de los emperadores.

La orquesta, para dejar libre vuelo a la animada plática, callaba.

—“Brindo”—dijo de súbito el emperador Guillermo—“a la salud de su imperial majestad, mi hermano el zar de Rusia: ¡viva largo tiempo y viva feliz!”

Entre calurosos aplausos, retornó el zar el cumplimiento. Estos fueron los únicos brindis.

Terminado el banquete y abandonado el resplandeciente salón, acompañó el káiser al zar a la estación del ferrocarril, donde mantuvieron viva conversación en soledad completa, los dos monarcas y Bismarck. Llegaron a la playa; para su *yacht* se embarcó el zar, y para Berlín el káiser, sin cruzar de nuevo por Dantzig, que en vano había intentado iluminar suntuosamente sus ventanas. ¡Moría en la sombra, la entrevista lúgubre, y desaparecían en ella, como fantasmas, los interlocutores!

¿Qué se dijo a bordo del *yacht Hohenzollern*? ¿Qué se habló en el vagón del ferrocarril? ¿Qué significa la salida inmediata, después de la conferencia, de un enviado secreto de Alemania a París y a Londres?

“Contra la inquieta Francia”,—dice un periódico de Moscú—“que se complace en mover toda querrela y romper toda alianza, se dirige ésta que no romperá. A nosotros nos toca extinguir las fuerzas revolucionarias que ella alimenta; nos toca sofocar el espíritu rebelde de este siglo.”

—“Basta”,—dice en circular a Europa el Ministro de Estado ruso—“basta conocer los intereses generales de ambos gobiernos, y los lazos de verdadero cariño que unen a los dos emperadores, para que no sea necesario buscar más razones que éstas a la entrevista.”

Y el mismo Ministro envió para su publicación un artículo al “Journal de Saint-Petersburg” que dice así:

“La entrevista de Dantzig, a la que fue invitado y concurrió en espíritu el emperador de Austria, consagra la unión de los tres imperios que necesitan vivir en paz y armonía para desarrollarse sin disturbios. Si, como se afirma, el emperador es el más ruso de los rusos, tras él en esta alianza está ciertamente toda Rusia. La unión de los tres imperios debe ser considerada como una garantía contra el espíritu revolucionario de nuestra época, y como una muralla monárquica contra los ataques del partido del desorden. Vean bien los periódicos franceses que no es sólo

esta liga para defender la monarquía, puesto que el partido del desorden ataca a algunos más que a los monarcas. Y ¿las abominaciones de la comuna? Y ¿las odiosas tramas descubiertas en Liverpool? Y ¿el execrable atentado a la vida del Presidente de la Unión Americana?”

Y dice el “Kress Zeitung”:

“Es la entrevista la confirmación de esa tarea unánime de común defensa emprendida contra sus enemigos naturales por los tres imperios.”

Muéstrase además el Ministro de Estado ruso airado contra Francia, porque con sobra de razón recela que no ha de acompañarle en su política: tacha a Gambetta de imprudente; a Grévy, de inactivo:—“Con MacMahon—exclama—hubiera sido menos ancho el espacio, hoy insalvable, que separa a Francia y a Rusia.” Y en una conversación privada del Ministro de Rusia y el de Prusia, afirmó Bismarck que extraoficialmente se había inquirido de Gambetta la posibilidad de que Francia acompañase a los imperios en su política antisocialista, y que extraoficialmente había respondido Gambetta que no lo permitía a su juicio la situación de Francia. “Mas olvidemos a Francia ahora, y obremos solos. Ella vendrá a nosotros pronto, porque se verá expuesta a los mismos peligros que nosotros.”

Mas no hay frase que determine mejor el sentido de la conferencia de los dos emperadores, unidos tantas veces sobre el puente del *Hohenzollern* en apretados y cordiales abrazos, que esta frase terrible del hombre de hierro:

“¡Guerra a cuchillo!”

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 5 de octubre de 1881

Nueva York, 16 de septiembre 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

No es una simple noticia extranjera, sino un grave suceso que mueve a Europa, estremece a Africa, y encierra interés grandísimo para los que quieren darse cuenta del movimiento humano,—la última revuelta del Egipto, totalmente vencedora, militar y concreta en apariencia, y en realidad social y religiosa.

Uno es el problema, dicho brevemente: se tiende a una gran liga musulímica, y a la supresión del poder europeo en la tierra árabe. Arranca de Constantinopla, invade el Istmo, llena a Trípoli y agita a Túnez la ola mahometana, detenida, no evaporada, al fin de la Edad Media.

Inglaterra y Francia tienen vencido a Egipto: sus representantes manejan, por acuerdo con el jedive, y en representación y garantía de los tenedores de bonos egipcios en Europa, la desmayada hacienda egipcia. A los contratos fraudulentos, para la tierra del felá ruinosos y para Europa muy beneficiosos, ajustados en el tiempo infausto del jedive Ismail, seguía una esclavitud poco disimulada, en todo acto nacional asentida y servida por Riasz Pachá, el primer ministro del actual jedive.

De súbito estalla un formidable movimiento con ocasión de una orden de cambio de residencia de un regimiento, expedida precisamente para evitar el motín que se entreveía. El motín ha triunfado: el ministerio llamado europeo ha desaparecido: el primer ministro deseado por el ejército ha reemplazado al primer ministro expulso. La victoria ha sido rápida, imponente y absoluta para el partido nacional. Este partido representado por la milicia de Egipto, y triunfador en toda tentativa, acepta sumiso toda ley que de Turquía le venga; mas resiste, como si agitara a quince mil pechos un sentimiento mismo, todo desembarque de tropas cristianas, toda intervención europea; y principalmente, toda intervención

inglesa. Aunque se les debía paga de 20 meses, no se han alzado por paga. Aunque aman a su jedive, se han levantado contra él, y obrado y hablado como aquellos nobles de Aragón, que valían uno a uno tanto como el rey, y todos juntos más que el rey.

Fue el motín como invasión de mar. Lo encabezó un robusto coronel, dotado de condiciones populares, lleno del espíritu egipcio, musulmítico e independiente; hecho al manejo de las armas y a la existencia de los campamentos: Achmet Arabi Bajá.

—“¡Caiga ese ministerio, que nos vende a Inglaterra; désenos una Constitución, que ponga en manos de egipcios el gobierno egipcio; aumentese el ejército, garantía de la independencia nacional, a 18,000 hombres!”—“O al punto se nos concede esto que pedimos u ocupamos el palacio del virrey.”

Este, aconsejado de sus ministros y cónsules, se presentó a los amotinados, formados en batalla.

—¿Qué quieres, Arabi?

Arabi, montado en soberbio caballo, blandiendo el acero desnudo, le responde rodeado de brillante grupo de oficiales rebeldes:

—Quercemos ley y justicia. Si nos las das, tú eres el dueño. Si no, tu sucesor está ya listo.

En su vulgar y pintoresco árabe responde Achmet Arabi Bajá, y con gallarda cortesía, a cuantos ávidos corresponsales de periódicos ingleses le preguntan:—que hoy, no por sus redactores, sino por sus corresponsales en el extranjero están los periódicos ingleses redactados.

—¿Están en salvo los europeos en el Egipto?

—Ni en un cabello les tocaré,—a menos que no desembarquen en nuestra tierra las tropas cristianas.

—¿Y si desembarcan?

—Entonces seguirá una matanza general de europeos,—responde Achmet con su cortés manera.

—¿Y si desembarcan los turcos?

—Los turcos son musulmes.

—Pero ¿con qué fuerza cuenta este movimiento?

—Con quince mil soldados egipcios, armados de Remington; con seis baterías Krupp; y con 150,000 beduinos armados.

A Chérif Pachá querían los amotinados por su primer ministro; y Chérif Pachá es ministro. El ha evitado el conflicto, prologándolo primero, para dar tiempo a una reunión de notables que legalizara su promoción; y lo ha resuelto, aceptando por fin el nombramiento del

jedive. Es hombre grave, penetrado de la necesidad de costear hábilmente entre los abismos que al Egipto abre la tradición francesa, que tiende a la posesión por Francia del Africa del Mediterráneo, y la avaricia inglesa, que quiere el Istmo de Suez, como la llave de su dominio en la India asiática; pero a la par que convencido de la urgencia de salvarse de estos peligros, Chérif permanece completamente fiel a los propósitos de Mehemet Alí, que quiso un Egipto libre, independiente de toda influencia, respetado y poderoso.

En Chérif Pachá fian, y su voluntad acatan los rebeldes. De él querían sólo un nombramiento, y ya lo tienen: el del Ministro de la Guerra, que no es por cierto, como hubiera sido a provenir de ambiciones bajas la revuelta, el coronel amotinado, sino Baroundi Pachá. Los notables, postados ante el virrey, a la vez que apoyaban este nombramiento y aprobaban la elección del reposado, hábil y leal Chérif, le han jurado de nuevo cariñosa obediencia, y se han mostrado afligidos de la conducta de las tropas. Estas, luego de haber triunfado, ceden en un afectuoso documento, se muestran vasallos fieles, y soldados sumisos, del jedive. Garantizan los notables este vasallaje.

Mas acaso ¿no se regocija el jedive de verse así compelido, a los ojos de los representantes europeos, y las naciones tutoras, a sacudir yugos y cortar lazos que los miramientos políticos y los riesgos de desacatarlos, le hubieran impedido romper? Los notables ¿acaso no azuzan a la callada lo que públicamente desaprueban?

El poderoso aliento de independencia y la fatiga de tanta vergonzosa explotación, y tanta intervención extraña y oprobiosa ¿no mueven allí todos los pechos?

—Y ¿con qué fuerza cuentas tú para resistir a toda Europa?, preguntó al resuelto Achmet el jedive.

—Con un millón de hombres.

Porque el aire que encienden con sus plegarias los panislamistas de Constantinopla, sopla abrasador en el septentrion de Africa, y empuja el brazo del rencoroso argelino Sheik Mahmoud contra Francia, y repite por todo el viejo dominio de Mahoma la palabra de reivindicación y de conquista que brota inspirada de los labios del hermoso sirio Abul Huda.

Presiéntese el acercamiento de la magna lucha entre el afán conquistador de los poderes europeos y el indómito anhelo de independencia de las comarcas africanas. En otro tiempo fue de Francia el ansia vivísima de poseer el Egipto, en tiempos de avaricia, deslumbramiento y gloria militar. Las reminiscencias de aquella política, la posibilidad vaga de

regir definitivamente en Túnez, y los intereses que ha creado el Canal de Suez, apegan aún a Francia a aquella tierra de sus sueños, en que cegaron y murieron, bajo el más atrevido de sus hijos, sus bravos y aguerridos veteranos.

Mas el capital y absorbente interés napoleónico se ha desvanecido a la par que ha cobrado fortaleza el interés de Inglaterra, que estima con justicia indispensable a su desafiado poderío en Asia la posesión del Canal, y los países por que cruza.

A la expulsión de los poderes de Europa; al establecimiento de un poder independiente que tendría en sus manos la riqueza inglesa y contendría las conquistas francesas en Africa; al desconocimiento probable de la fabulosa deuda europea, fuente hoy de pingües beneficios para los grandes banqueros de Inglaterra;—tiende con brío y sin máscara el partido nacional rebelde. Desconoce el derecho de intervención de Francia o Inglaterra. De aquí el riesgo de esta última, la alarma grave, la universal curiosidad, la animadísima batalla librada por la prensa.

Corren vientos contrarios a intervenciones y guerras, por urgentes que éstas parezcan. Como Egipto vive bajo el protectorado de Turquía, quiere Inglaterra, para ganar la batalla sin exponer sus soldados ni agobiar su tesoro, que Turquía comprima la revuelta. Francia, a quien urge su restablecimiento interior, ni permitiría la preponderancia inglesa en Egipto, ni desistiría el dominio de que hoy es copartícipe; pero favorece la ocupación turca por la misma necesidad de sosiego y ahorro que determina la conducta de Inglaterra. Turquía, por otra parte, lisonjeada por la resuelta acometida y patriótica rebeldía del partido nacional de Egipto, no comprimirá o comprimirá ficticiamente a aquellos que si fueron un día sus enemigos en querellas domésticas, se le acercan y la eligen como madre en la gran resurrección mahometana que en las tierras de cielo de oro y mares de turquesa se proyecta.

Agravará, pues, para lo porvenir la situación europea esta solución meramente temporal y transitoria. El problema es vital y severo: para Egipto, airoso y rebelde como sus corceles, problema de vida; para Inglaterra, cuya existencia pende de la de sus colonias, de que es hoy Egipto como arteria aorta, capital problema. Ni Inglaterra puede cejar; ni quiere cejar Egipto. El partido nacional impaciente, y robusto, presenta la batalla, que Inglaterra, no preparada y sorprendida rehúsa y demora. Envalentonado con este temor, y su victoria de ayer, y el espíritu general de la comarca arábica, y el tácito aplauso de Turquía, el partido nacional provocará con más aliento el combate por las mismas

razones por que Inglaterra lo esquiva. O ésta resigna su poder en Asia, o interviene con poderoso ejército, en acuerdo con Francia, que no ha de querer dejarle todos sus derechos, y ahogan juntos con esfuerzo cruento la tentativa de nacionalidad de aquel país bello y misero, condenado a perpetuo pupilaje.

Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio: el Corán va a librar batalla al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia: el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 10 de octubre de 1881

15²

CONGRESO DE AMERICANISTAS

² Este artículo se publica por primera vez en Cuba.

Nueva York, Octubre 1 de 1881

Cumplióse esta vez la palabra real, y fue el Congreso de Americanistas inaugurado en Madrid el 25 de septiembre. Era en el paraninfo de la Universidad, donde han hablado Salmerón, Moreno Nieto, Sanz del Río; la hermosa sala de que Madrid está orgullosa; la histórica arena donde han reñido magníficos combates todas las doctrinas que batallan en la época presente: el libro contra el altar, el bisturí contra la nube, la experiencia contra la revelación, la contemplación y labor de la tierra contra la mística contemplación y fe en el cielo. El rey, la reina, las infantas, los ministros, cien miembros del congreso, dos mil espectadores llenaban el paraninfo. Con breve y galano discurso abrió la sesión inaugural el Ministro de Fomento; dio cuenta de las labores del congreso de 1879 en que fue su secretario; habló Héctor Varela, con su palabra rica, coloreada y animosa, y con su pujante y atrevido estilo, como Sevilla en que vive, matizado y cálido como el Plata en que nació, rebelde y rico: y habló el rey. De América y España dijo Varela cosas elocuentes; y quiso que se unieran en fecundo abrazo y prolífico cariño la tierra árabe y la tierra guaraní, vascos y aztecas; catalanes y caraqueños: fogosísimamente abogó por la unión espiritual de América y España. Fue elevado y hermoso el discurso de Alfonso, como que palpitaba debajo de él un sueño, un melancólico sueño glorioso. También habló él de la madre Península y sus antiguas colonias, del amor en que comulgan, de la sinceridad con que hoy se acercan, de la ventura de tener en Madrid tan nobles huéspedes, del porvenir feliz de su naciente reinado.

En masa fueron, después de la memorable sesión, a inaugurar la exhibición riquísima de maravillas y antigüedades de la vieja América. Se hablaba en el cortejo de cómo comenzó la Sociedad de Americanistas por una reunión de sabios en 1873, ansiosos de buscar en común, para mejor éxito, las reliquias de aquel mundo ignorado, herido en la mitad del

seno por el caballo de la conquista, y muerto en flor; de cómo, el mismo año se reunieron los asociados en Nancy histórica; y luego, en Luxemburgo en 1877; y en Bruselas después, en 1879; de cómo, con gran asombro de los extranjeros, de alemanes, franceses, norteamericanos e ingleses son las mayores pesquisas y noticias mejores de la América española;—hablábase ya, en aquella hora de comunión y de concordia, de los agrios debates empeñados en los anteriores congresos sobre el espíritu y métodos y no igualadas crueldades de la dominación de España en la tierra de los indios, y de cómo, en el actual congreso, con los nuevos abundantes documentos, y abiertos al cabo los archivos misteriosos, es seguro que volverán a romper lanzas el áspero cargo y la vehemente defensa.

Por su vivacidad, por su gentil benevolencia, por el interés que en el congreso y sus resultados muestran, atraen especialísima atención los hombres de ciencia de la América del Sur. Sus manos impacientes anhelan desatar los misteriosos legajos que guardan los archivos de la Corona, de Sevilla y de Simancas; rebuscar entre las valiosas reliquias que, heredadas de los oidores y virreyes, guardan aún las casas de los nobles; y posarse al fin sobre los ocho centenares de legajos de manuscritos y documentos graves de la anterior centuria que, de Sevilla sólo, se han traído al congreso.

¡Cuánta ciencia ignorada y empolvada! Vense en la exhibición un voluminoso tomo, en que por orden del segundo Felipe, comenzaron a acumularse relaciones de historia, estadística y ciencia de las colonias de América; un libro valioso, de ignorado monje, en que de una parte están palabras, dibujos, símbolos, alegorías aztecas, y de otro su minuciosa traducción al viejo castellano.

De exquisito dibujo y color rico hay allí una obra, de historia natural, en que el rey Carlos III hizo acumular cuanto de flores, plantas y fauna de las colonias se sabía.

En el Ministerio de Fomento, la casa antigua de la calle de Atocha, discuten los americanistas congregados; en el Ministerio de Ultramar, en el Real Palacio, exhibense las maravillas hispanoamericanas.

No reposa el congreso: en dos sesiones diarias da cuenta de sus pesquisas, propone sistemas de investigación, presenta deducciones.

Propone Houghton, americanista inglés, que la reunión de amigos de América salude a Garfield, el gran muerto de América, y al verse en las manos del secretario la misiva de duelo que un descendiente de Colón, el duque de Veragua, envía a los Estados Unidos en nombre del con-

greso que preside, los miembros todos, movidos de espontáneo respeto, pónense de pie para oír el lúgubre mensaje.

Presidía, por donación cortés del duque, el príncipe de Gortchakov, ministro ruso en la corte de España. Mr. Beauvoir acumuló, en un documento que se ha reputado hábil, basado en antiguas leyendas de Irlanda, datos para probar que las misiones irlandesas de St. Braudam y Colomba exploraron un tiempo la América del Norte. Los americanistas españoles han presentado colección copiosa de fósiles y datos encaminados a demostrar que en el período cuaternario estuvo Cuba unida al continente. Mal librados han salido Vespucio y otros viajeros de su época, de manos del congreso. Sobre cerámica americana antigua leyó Mr. Eduvir Barber, de Filadelfia, un interesante y curioso estudio.

Tras animada discusión, se ha señalado ya a Copenhague como lugar de cita para la próxima reunión del congreso, que está siendo en Madrid objeto de suntuosos obsequios, y afectuosas demostraciones de hidalga cortesía.

Acompañados de la real familia, del Cuerpo Diplomático y de mil quinientos huéspedes, brillaron en la solemne recepción que tras lujoso banquete les ofreció el Municipio madrileño, los distinguidos hombres de letras y ciencias que han venido de lejanas tierras, sedientos de ciencia, a ocupar los sitios del congreso.

Mas ha sido el obsequio mayor en la casa del rey. El monumento de granito abrió a los miembros del Congreso Americanista el 28 de septiembre sus puertas grandiosas. Presidíalos, al entrar en la sala real, —ocupada ya por el monarca, su joven familia y su resplandeciente séquito,—el duque de Veragua, acompañado de un preclaro hombre de ciencia español,—que sabe mucho de astros, y de curso de buques, y fondo de mares, Cesáreo Fernández Duro, promotor de esta reunión del congreso, y hoy su respetado y celebrado secretario.

Del rico oro de Atahualpa, de rico oro encendido, parecía el salón ornamentado. Fue noche mágica. Vestía el rey traje civil, y le caía al pecho el cordero del Toisón. Llevaba la reina luengo traje de Corte, de seda amarilla, con adornos de brocado, y ostentaba en la rubia cabeza la diadema real. Hermosos vestidos de seda de colores pálidos realzaban la ingenua gracia de las hermanas del rey, Paz y Eulalia, y al lado de ellas erguía su faz altiva la hermana mayor, la princesa Isabel, en cuyo pecho tienen ancho nido las iras, las soberbias y las intrigas de la Corte.

Con palabras de cortés estima fueron presentados uno a uno a los contentos monarcas los sabios y oradores del congreso, y con muy especial

cariño hablaron los reyes a los gentiles y elocuentes enviados de la América del Sur: que así ha de ser, en la tierra donde han vertido sangre, tañido lira y manejado pluma García de Quevedo, Ventura de la Vega, Fermín Apezechea y Rafael María Baralt.

Deliciosa música entonaba blandos sonos en las plazas espaciosas del Palacio, en tanto que en familiar plática, conversaban los reyes con los americanistas, y éstos admiraban deleitados las altas rotondas, los magníficos espejos, las vastas escaleras, los tapices de Goya, las rarezas de la India, los cuadros de españoles y flamencos que ornan los muros del Alcázar Real.

Té fragante, dorada manzanilla, jerez pálido, helados de frutas americanas, alados vinos sirviéronse al remate de la fiesta; y tras ella, al mediar la hermosa noche, perdiéronse en las calles de la coronada villa los huéspedes, cautivos del elegante obsequio regio.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 1881

16

FRANCIA

Horas de reposo.—Franklin y Francia.—París y Garfield.—Grévy rusticando.—Un libro nuevo.—Sarah Bernhardt.—Marie Colombier y Arsene Houssaye.—Rochefort y Gambetta.—La guerra de Túnez y el Ministerio.—Batallas próximas.

Nueva York, 1 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Notas de duelo y notas alegres, son de clarines de batalla próxima y ruido de hojas de libro nuevo, vienen de París. Mas como el verano sofocante aún dura, y los grandes teatros no han abierto sus puertas, ni los escaparates de las librerías sacado a la venta su caudal de invierno; como el polvo del estío no se ha sacudido aún de las puertas de la Cámara, ni Gambetta está en el palacio Borbón ni en su Palacio Presidencial está Grévy,—no tiene esta quincena aquella apasionada crónica de airados combates en que los luchadores europeos han ganado, en la tierra en que están impresos aún los cascos de los caballos de los ulanos y humean aún los edificios encendidos por los hombres violentos de la Comuna,—una batalla solemne en pro de la Libertad. Hay en esta quincena francesa algo como reposo, a la manera de quien descansa de agitada faena, y cobra vigor para la faena próxima. Grévy está rústicando, como dicen con manerismo gracioso los norteamericanos, allá en la campiña amable de Montsous-Vaudry. Gambetta, cual si la naturaleza le hubiera dado por su semejanza a ellas, el derecho de hablar con ellas, anda en las montañas, en las magníficas montañas, en los purísimos nevados, en las risueñas abras, en los valles alegres de la Suiza. De duelo por América es la nota más alta que ha llegado esta quincena de París: del seno mismo de la monarquía arrancó la amistad profunda, y la atracción mutua que une la Unión Americana y Francia, y tiene todo leal americano dos retratos en el álbum de sus hijos: de Washington el uno, de Lafayette el otro. En una plaza de Nueva York, un hermoso guerrero blande al aire una elegante espada: es la espada francesa, que en la guerra de la Independencia se clavó hasta el pomo en la carta rasgada del dominio inglés en sus colonias puritanas: un brazo gigantesco ofrece en otra

plaza cercana luz de la tierra al cielo, como si la Libertad, a cuya colosal estatua la mano pertenece, quisiera, vuelta a su cuna, mostrar a los moradores de lo alto, que lleva luz que guía, y no acero que mata, en sus potentes manos:—es la estatua de la Libertad que a los Estados Unidos regala Francia. Franklin, con su casaca parda y sus medias de lana, hizo al aparecer en los salones del monarca, colgados de oro y seda, el efecto que hace la aparición de la virtud en las orgías: y el pueblo francés ama como glorias suyas a Washington y a Franklin. Está Francia pagada de los hábitos prácticos, energía individual y ciencia de la vida de los norteamericanos; y los norteamericanos viven en la admiración de las amenas gracias, ígneo genio y artística grandeza de la hermosa Francia. Así Garfield fue sentido en París profundamente. La muchedumbre bulliciosa apagó sus ruidos, y se reunió en silencio en torno de la casa enlutada del embajador americano. A la oficina del *Herald* acudían ansiosos políticos y mercaderes, periodistas y nobles artesanos, y con lento paso se alejaban de aquella puerta en que estaba sentado el ángel de la Muerte. Y es que aquel pueblo trabajador floraba con sinceras lágrimas la pérdida de este monarca del trabajo. Es la época nueva: al palacio de Friné se han relegado las pompas reales: la casaca de paño y las medias de lana reinan ahora. Deber a la labor ruda, pacífica, útil, larga, su puesto de honra en la vida, es para el noble hombre moderno el único envidiable título y la única corona propia de la naturaleza humana. Se odia ya la gloria adquirida por la muerte ajena y el valor inútil,—demostrar, descubrir, fundar, crear, aumentar la gigantesca vida del Universo; quebrar montañas, utilizar la vida en los aires, secar mares—es la nueva obra del hombre.

Y ¡bien que se descansa de esta recia tarea en la lectura de libros franceses! La mente los ha menester para reposar de otros graves empleos, como ha menester la cabeza vencida la almohada. Son como sus vinos, transparentes, fragantes, espumosos. Los libros de otros pueblos seducen por su severa belleza: éstos, por su belleza graciosa. La frase inglesa, como una bestia de acero, se escapa a la mano potente del domador; y la frase francesa, como blanca paloma con cinta azul al cuello, se le posa en la mano. Un libro brillante, de plática ligera y chiste rico, anuncia ahora. Lo escribe una actriz, traviesa y bella, para contar la peregrinación en los Estados Unidos de otra actriz, domadora de la vida. Una comedianta francesa, criaturilla encantadora, por ganar notoriedad, entró

en un circo en una jaula de leones: cual si en ansia de brillante vida, la muerte le fuera preferible a una existencia oscura. Y Sarah Bernhardt, la actriz de quien se cuenta el viaje, ha hurtado a la fortuna en fuerte lidia, sin más armas que sus delgadas manos de mujer, el cetro de la escena de Francia. Su genio está en la voluntad: labró en la vida, dura como el mármol, como labra en el mármol. Su voz canta; su brazo ordena; su mirada admira. Vióselo en los Estados Unidos con entusiasmo frenético; y artes y prensas estuvieron durante meses enteros ocupados en narrar sus triunfos, reproducir sus faeciones, grabar sus gestos, imitar sus trajes. De ella se hicieron monstruosas caricaturas; a ella se le hicieron imperdonables injurias; ella fue objeto de la más extravagante admiración, y de ovaciones y ofrendas colosales. Si flores, eran barcos; si música, eran himnos reales; si dinero, se llevó de esta tierra un banco de oro; si tributo, no los logran mayores los monarcas. Y todo esto con la sonrisa en los labios, con el brazo desnudo sobre el terciopelo rojo de la mesa de escribir, y con un latiguillo rosado en sus manos,—lo cuenta, con su seductora lengua francesa, María Colombier.—Arséne Houssaye prologa el libro: un escritor del renacimiento. Arséne Houssaye publica un periódico que parece un cuadro de Lebrun, o un lienzo de Alvarez, todo lleno de ángeles y rosas; un periódico elegantísimo, impregnado de esencias de tocador, calor de gas, aire de harem: una revista de arte: *L'Artiste*.

Una acusación terrible ha echado a la faz de Gambetta su implacable enemigo, Enrique Rochefort. Rochefort es piqueta que rompe:—no cincel que labra; así, es como el inhábil cantero que hace saltar en trozos la montaña con su veta de pólvora, para encuadrar y encajar luego en el arrogante edificio las piedras que su veta de pólvora levanta. Un rencor inextinguible, que la poderosa serenidad de su adversario aumenta, le mueve en daño de Gambetta. En su sillón de senador, en su plataforma de orador, en sus amigos, en su mesa de comer, en sus actos más privados le ataca. ¡Ahora le acusa de haber encendido la guerra de Túnez para aprovecharse de sus accidentes en la Bolsa! Mas ya parece que fatigado Gambetta de esta guerra inicua, el rival rencoroso será llevado a los tribunales a dar cuenta cumplida de su ofensa.

Esta guerra de Túnez va a ser causa de áspero debate en las próximas Cámaras. Por ella quisieron los diputados radicales, reunidos en casa de Louis Blanc, el historiador meditabundo, acelerar la reunión de los

nuevos diputados,—mas no accedió a sus peticiones el gobierno. ¿Resignará el Ministerio ante la nueva Cámara, que viene preparada a sustituirlo con un gabinete más resuelto y brioso? ¿Resignará, para evitarse este fracaso,—apenas publique el gobierno el decreto de reunión de los nuevos diputados? ¿Forzarán sus enemigos ansiosos y sus secuaces impacientes a Gambetta, a ponerse al frente del gobierno antes de haber aumentado las fuerzas de resistencia que necesita para repeler el oleaje que ha de alzar en su contra su política osada e innovadora? ¿Será la campaña de Túnez loca guerra de romántica conquista, o moderado castigo a una injuria hecha por los árabes a la nación? ¿Deberá la guerra ser dirigida desde el campo de batalla, o desde los gabinetes de París? ¿Los 28,000 soldados que acaban de partir de Tolón para Africa van a tomar satisfacción de la ofensa, o a lanzar a Francia en una guerra mortífera contra pueblos decididos a ser libres? Estas son las cuestiones que en estos instantes mismos preocupan la política francesa.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de octubre de 1881

17

ITALIA

El libro de un apóstata.—El sufragio en la Iglesia.—Poco maíz y buen vino.—Congreso de Geólogos.—Un meridiano para la Tierra.—Curiosidades americanas.—Un buque y un hombre.—Los congresos de Europa.—Alemania y el Papa.—¡Ah, si quisiéramos!

Nueva York, 1 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Un libro del canónigo Campello, que abjuró un mes ha de la fe católica, y ahora es director de las iglesias protestantes de Roma: un pasecívico, una entusiasta peregrinación a la tumba de Víctor Manuel para celebrar el aniversario de la entrada del ejército italiano en Roma; miserables cosechas, y duelo de los campesinos; investigaciones de los geógrafos en Venecia, y de los geólogos en Bolonia; reacción amistosa en las accidentadas relaciones del Papa y Alemania: he ahí, en globo, la quincena en Italia.

Con ansia se aguarda la publicación del libro de Campello. Es que ha habido en el seno de la Iglesia un grandísimo cisma, y tiene la silla papal su derecha conservadora y su izquierda revolucionaria. Es que el clero bajo se rebela contra el clero alto, y defiende su derecho a votar en la elección del Pontífice, y quiere una revisión osada de los estatutos de la Iglesia. Es que el clero moderno quiere convertir el Pontificado en monarquía constitucional, sujeta a leyes, obligada a consulta, dependiente del sufragio. Es que el espíritu de Lutero vive en Roma, y se intenta rebajar al tamaño de la humanidad y enfrenar en leyes al Pontificado. El partido rebelde es numeroso, y Campello, uno de los partidarios, ha prometido a Italia revelar el cisma.

Tristes andan, en tanto, los labriegos; llorando sus maizales y trigales. No dan este año los sombríos olivos su jugosa fruta; ni el limón italiano saldrá este año de Italia en las colosales cantidades de otros años; ni las dulces naranjas cuelgan, como en las comunes cosechas, más numerosas que las hojas y los jazmines de sus árboles. Pobrísimas han sido las cosechas. El tabaco casi todo ha muerto. Mas por fortuna los pámpanos alegres están cargados de sus agrios racimos, y el arroz y las

patatas, pródigo pan de pobres, se han producido exuberantemente. En cambio del rico vino que de Italia se exporta, el vino hoy más puro que se vende en los mercados extranjeros, entrará a la península el caudal que en otros años le viene del fruto de sus limonares y naranjos.

El Congreso de Geólogos se reunió días ha en Bolonia, en rica y antigua sala adornada con banderas de Francia, de Italia y de los Estados Unidos. Allí están Seller, Hebert, Capellini, Hall, Hunt,—hombres todos ilustres en la difícil y pintoresca ciencia de la tierra, y ya afamados por sus útiles labores en los congresos de París y Buffalo. De cuarzos y cristales, de grutas y precipicios, de láminas y de piedras y senos de montaña se está hablando ahora en la histórica ciudad que tuvo un tiempo el privilegio de la enseñanza sagrada; y que imprime hoy, por cierto, elegantísimos libros. Convidan a escribir los libros impresos en Bolonia.

Mas la atención se fija en la faena infatigable y trascendental del Congreso Geográfico de Venecia. Famoso es el Colegio de Columbia en los Estados Unidos, y su director, el geógrafo Bernard. Quiere ahora el profesor, y el congreso recibe su proposición, señalar un meridiano general para el globo. El plan es dividir el globo en 24 meridianos de 15 grados cada uno, y en correspondencia cada uno de ellos con las veinticuatro horas del día. El primer meridiano debe pasar por el estrecho De Behring; las horas del día deben ser contadas de una a veinticuatro, y el *ante* y *post meridiem* de hoy abolidos. Disgusta a los miembros del congreso el presente vulgar sistema de reconocer el tiempo, y juzga materia de gran importancia pública la fijación de un primer meridiano y un cero de longitud. Mézclanse a estas severas especulaciones los cantos de los gondoleros, los hurras de aplauso, el paseo bullicioso, la alegre regata. La reina Margarita, que se halla entre los italianos como en su propio hogar, y así es querida, decora con sus lindas manos el pecho de los que en la regata salen vencedores. La plaza de San Marcos, que parece como si fuera hecha de láminas bruñidas, resuena en las hermosas noches con los ecos de bulliciosas orquestas. Todo es venta, pregón, alegría, sonrisa, riqueza, color de fiesta.

Y en verdad que hay en el Congreso de Geógrafos cosas muy curiosas. Estas tierras de América, inescrutadas y grandiosas, despiertan la curiosidad de los hombres científicos de Europa a un grado singular. Bien pagarían los anticuarios y americanistas por los ricos documentos e históricos mapas que estudian ahora los geógrafos congregados. Para su examen y utilización ha enviado España a estos hombres estudiosos un atlas del rey Felipe II, cartas de Colón, de Bernal Díaz, de Américo

Vespucio a los reyes españoles; una copia fotográfica de un mapa que con su mano enérgica trazó y su ojo ansioso midió, el austero Colón. Y hay un mapa riquísimo de Sudamérica, que sirvió de base para los tratados y particiones entre los conquistadores de Portugal y de Castilla.

Gran número de congresos hay ahora en Europa. En Viena, el literario; en Bolonia, el de geólogos; el de geógrafos, en Venecia; el de americanistas, en Madrid; el de metodistas, para ver de unir todas las ramas de la secta, en Londres; el de sabios rusos, en Tiflis; el de socialistas, en Barcelona. Y ya se aprestan a nuevas reuniones. Este mismo Congreso de Geógrafos ha aceptado el proyecto de nuevo meridiano, e invita a los gobiernos a que nombren una diputación de eminentes científicos para que lo discutan y determinen en mayo de 1883. A Gordon Bennett, que posee en el *Herald* la empresa periodística más poderosa del Universo, ha acordado el congreso dar gracias por la munificencia con que protege toda atrevida empresa geográfica. De explorar la región ártica, en cuyos témpanos, cuajados de osos, se ha perdido a la vista de los hombres el buque *Jeannette*, se ocupan con especial cuidado los huéspedes de la fantástica Venecia. Y en tanto que en los mares de hielo está a punto de perecer sin auxilio humano el atrevido buque, en el corazón de Africa ha estado a punto de morir el explorador infatigable que ha arrancado al colosal continente sus secretos. A orillas del río Congo yació el mes de julio, en riesgo de muerte, Enrique Stanley. Mas sus recios músculos, aflojados por la enfermedad, han recobrado ya su temple de acero; y seguido de sus compañeros europeos y de su cohorte de ágiles africanos, anda ahora con su rifle al hombro y sus botas de cuero caminos de leones y montañas de águilas. Cerca de él, el rey Dahomey, en su palacio coronado de cráneos y guardado por amazonas, prepara, después de su victoria en una guerra a garra y a diente, un cruento sacrificio:—caerán sobre la plaza de su corte de cañas y palmeras, segadas por el hierro, las cabezas de los prisioneros del combate.

De Alemania y del Pontífice se ocupan incesantemente los periódicos italianos, y de la Santa Sede son las noticias últimas de Italia. El Papa pide a Alemania, como precio de la paz que el imperio solicita, la absoluta libertad del derecho de enseñanza católica en las escuelas, la abolición del tribunal civil para las causas eclesiásticas, y la autorización para la vuelta al imperio de las Ordenes que de él fueron violentamente expulsadas. Un armisticio parece, mientras estas cosas mayores se de-

baten, amistosamente determinado. Cargado con los laureles que en esta campaña diplomática ha merecido, el barón Von Schloezer vuelve a su alta embajada en Washington,—y con él vienen, en suma numerosa, llamados por la Unión Americana a recibir en ellos el honor que la nación tributa en el centenario de sus hazañas a los bravos de su guerra de Independencia,—los descendientes alemanes del arrogante general Steuben, que ayudó a dar con el pomo de su espada el golpe de muerte en la cerviz inglesa en la gloriosa batalla de Yorktown.

¡Qué hermoso espectáculo el de la variada, indómita, infatigable, sedienta vida humana! ¡Qué ir y venir de premios y congojas, de olvidos, de recuerdos, de pasiones! ¡Qué contingente inmenso no pudiéramos llevar nosotros los sudamericanos a esa brillante asistencia intelectual y artística, en que tan alto precio logran los trozos de nuestros olvidados pergaminos, las cartas de nuestros afortunados descubridores, las plumas que ciñeron la cabeza de los generosos hombres de hierro! ¡Ah, si quisiéramos!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de octubre de 1881

18

ESPAÑA

En España y en Cuba.—El discurso del rey.—El monarca joven y el ministro hábil.—Escaramuza brillante en el Congreso.—Congreso de socialistas

Nueva York, 1 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

La Corte está animada; el rey confiado y contento; Sagasta vigoroso y pujante; las Cámaras abiertas, tras un discurso de la Corona, hábil y caluroso; el Congreso de Americanistas, lleno de sabios y honrado con fiestas; los sudamericanos, vistos con mucho agrado en el Palacio Real; y en Barcelona, los socialistas, congregados. Arde en Cuba de nuevo, —anunciada por la aparición de partidas en Cienfuegos, amenazas de muerte en las ciudades, destierro de periodistas, déficit de 20.000.000 de pesos, y suspensión de las ficticias garantías constitucionales,—aquella guerra admirable que no llegó a término, ni está hoy mismo aún bien preparada, por el desacuerdo, ambición e intereses de los hombres. Mas son la gloria y la libertad como el Guadiana, que corre escondido largas leguas por bajo de tierra, y luego sale a la superficie, caudaloso y potente, cerca ya del mar. En España, con el invierno alegre que comienza, los teatros que preparan sus comedias nuevas, las luchas de las Cámaras, que se han iniciado con brillantez andaluza y vigor corso; y los banquetes y las fiestas a los huéspedes de Madrid, que han ido allá de lejos a resolver fósiles, desempolvar archivos, y reconstruir vértebras rotas del mundo americano,—no hay plaza al fastidio, ni hora que no sea una nueva fiesta. Abriéronse las Cortes el día 20, y dijo el rey su usual discurso;—más no fue un discurso de cuello de hierro, como los que hacía Cánovas, discursos malhumorados, tonantes, huecos y jovinos, en que se hacía gala de burlar la pública ansiedad, y se pagaba como de mal grado ese tributo de respeto a la Nación; fue un discurso animado, humano, vivo, que entró de lleno en los problemas patrios, que anunció una política juvenil, oportuna, activa y práctica. Y fue en suma, el discurso, como si de seda brillantemente reteñida se hubiera hecho un manto nuevo a

un cuerpo viejo: con lo que va el cuerpo como nuevo, galano y remozado; mas durará el aspecto de novedad lo que tarde en desteñirse el manto. No es con ardidés políticos, no es con pláticas de liberalismo formal, no es con alardes de reorganización del ejército, no es con halagos a las fuerzas mercantiles del país, con lo que ha de reconstruirse aquella trabajada nación; ni la reconstrucción depende, sino en parte, de la forma de gobierno. Con el empleo del menguado erario en obras públicas, con la renovación progresista, pero tenaz y radical, de los orígenes de vida; con la conversión rápida del pueblo ignorante e indolente en pueblo conocedor y laborioso, con el sacudimiento de los campos, como petrificados de espanto desde su esfuerzo en las comunidades y germanías, y amenos y risueños como los campos árabes; con esta sana y reconstructora política de nación, con la enfermiza política de ciudad, habrá de reconstruirse la península gallarda. Están los pueblos ahora, como si un brazo enorme, rompiendo su corteza, hubiera sacudido y removido sus entrañas, y escondido en lo hondo, como para renovarlas, las fuerzas cansadas que batallan estérilmente por la vida en la superficie, y sacado a la superficie las nuevas fuerzas que hervían en las entrañas.

Halaga el Primer Ministro los sueños del monarca; habla al joven español de expediciones de conquista, de numerosos ejércitos, de tierras de color de fuego, y espadas de relámpagos de plata. El rey, enamorado de su Ministro, y fatigado de su antiguo austero tutor, despliega alegre al aire el estandarte nuevo y está ya como montado a caballo,—camino de la Arabia luminosa.—“Para vos, señor, pelear a los rayos de aquel sol caliente, de modo que se dore y recomponga el trono lastimado, y seáis vos, glorioso, y la monarquía fuerte; para mí, señor, dar a vuestro reino el color, los matices, los equilibrios, los caracteres trabajadores y humildes de un trono moderno.” Así parece, que a despecho de su propio vidente juicio, que ha de hablarle de la necesidad del combate en lo interior por la transformación y el mejoramiento, más que de la necesidad falsa y egoísta de perseguir pueblos libres, y remendar el manto real con trozos de albornoz, así parece que, para tenerlo cautivo, y llevarlo de la mano, y echarlo por donde no puede ya volverse atrás a mirar a Cánovas, ha hablado al rey Alfonso, el habilísimo Sagasta. Es una regla fija: manda quien halaga.

Se felicitó el rey en el discurso de ver reunidos en las Cámaras tantos hombres ilustres de todos los partidos, cual rara vez lo recuerda la historia parlamentaria española. Abogó por la libertad de conciencia y la reforma en la enseñanza. Expuso planes financieros salvadores y atre-

vidos, tales como una general conversión de las varias deudas de la nación en una sola deuda si resulta, del nuevo plan económico, que puede España pagarla sin acudir a contribuciones nuevas: presupuestos, vida política, vida intelectual, todo, al aliento de la Libertad será cambiado. “Es preciso hacer una monarquía palpitante iniciadora, inquieta, que viva en medio de los hombres, y a la par de ellos y el precio de cuya conservación sea el servicio efectivo que a los hombres preste.” “Es preciso, decía el rey, que los países que hablan español se enlacen y conozcan, y se concluyan los tratados de comercio con Venezuela y con Colombia; y se hagan preparativos de amistad con todas las repúblicas hispanoamericanas.” Y abogó por tratados amistosos con Francia, que guía al mundo moderno; con Inglaterra, que se ha sentado, como sierva humilde, a las plantas de la Libertad. ¡Cuán distintos estos tiempos de aquellos no lejanos en que instaba Cánovas la misma fusión de la monarquía española con las grandes monarquías amenazadas del este y centro de Europa, y favorecía y quería auxiliar la conspiración criminal y enorme de los monarcas contra los pueblos! De las colonias, ¡miseras colonias!, habló con halagadoras promesas de reforma, y dijo que la Constitución había sido promulgada, y la censura de la prensa abolida. Y decía esto el rey de España, ante las Cámaras, en el instante en que “por considerar ineficaz la ley de imprenta”, el Capitán General de Cuba suprimía tres periódicos, y enviaba a sus redactores, que habían escrito amparados por la ley, desterrados a España. ¡Es guerra inevitable y paz imposible! Dueños quieren ser los españoles, cubanos, de Cuba, y atados quieren ver a sus inteligentes y generosos hijos, sin cuidar de los escarceos de la política, ni veleidades gubernamentales, ni concesiones arrancadas por los cubanos a las Cortes. Vendrá una guerra infausta,—de hambre y odio.

Con vivacísimo debate comenzó sus tareas el Congreso. Parecía oírse el choque de aceros florentinos. La palabra de Castelar, flameante y brilladora, como la espada del ángel del Paraíso, atacaba como atentatorio a la libertad, el juramento previo que se exige a los diputados españoles al entrar en el ejercicio de su cargo. Martos, con su palabra que hiende y taja como poderosa espada de Toledo, batallaba con Castelar contra el juramento. Sagasta, cuyos discursos semejan audaces, veloces y móviles serpientes, ganó sonriendo, ayudado de la palabra correcta y sesuda del Presidente del Congreso, Posada Herrera, esta primera gloriosa escaramuza. Parece, cuando Sagasta habla, que brillan en sus manos flechas y relámpagos. El mariscal Concha, marqués de La Habana, se sienta en la presidencia del Senado. A liberales ilustres han ido las Vicepre-

sidencias y Secretarías; y de fijo, que una de éstas será para el grupo de demócratas complacientes que creen que puede la libertad ir ocupada en sostener, con sus manos tan cargadas de labor, el palio del monarca. Así, es Moret, el elegante y elocuente Moret, recibido con singular estimación en el Palacio Real, por los jóvenes reyes, que olvidan, al ver sumiso al justador revolucionario, las magníficas batallas que ha empeñado y ganado en pro de la revolución, contra el monarca. O bien que, como el rey cede a la revolución, parece bien que la revolución ceda a su vez al rey. Porque el combate está en pie y los heraldos a caballo, y el torneo presto: y a la postre, ha de ganar la Libertad.

Sonríe de veras en Madrid el blando otoño. Sonríe en las calles, llenas de gentes parleras; en los jardines, cargados aún de hojas fragantes; en Palacio, donde el malestar de la gallarda e inteligente reina austríaca promete al rey un hijo. En honor de la pequeñuela princesa de Asturias celebró el Palacio fiestas; y allí los grandes, los ministros, los conservadores huraños, los liberales risueños, los demócratas convertidos, notaron la fatiga que tras de larga recepción sufría la elegante y agraciada princesa. Es una hermosa dama, perspicaz.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 18 de octubre de 1881

19

ESPAÑA

El nuevo partido y el nuevo aspecto de la monarquía.—Grande alarma en Cuba: Blanco destituido.—Nuevo Capitán General.—Rumores de la Corte

Nueva York, 15 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Aire de vida viene desde España. Más interesantes cuadros, más trascendentales, más pavorosos, los ofrece sin duda la agitación política europea,—mas no más pintorescos. Con Sagasta ha entrado en la monarquía su espíritu inquieto, astuto, infatigable, osado. Aquella vieja monarquía de Cánovas, regañona, despótica, ceñuda, desdeñosa, anacrónica,—ha dado lugar a una monarquía juvenil, impresionable, activa, alegre, humana, que no halla más manera de vencer a la revolución que ponerse a la cabeza de ella. No ha sido, pues, la entrada del diestro Sagasta en la presidencia del Consejo un mero accidente de turno, ni acto de prudencia regia, ni de cortesía de partidos. Es que el rey ha entendido que a la libertad no se la vence sino satisfaciéndola, y que las reacciones deben su éxito al respeto que tributan a la obra sana de las revoluciones cuyos excesos las traen al poder. Imposible parecía que por la soberbia casa de los Borbones se pasease agasajado el hermoso orador que hizo de su palabra elegante látigo flagelador de la culpable monarquía borbónica,—y agasajado por los reyes se pasea el esbelto Moret por los salones recamados de oro brillante y viva gualda. La obra de Cánovas consistía en alzar el trono como un dique a la ola democrática y hacer del rey un dueño altivo, y de su pueblo una bestia domada: la obra de Sagasta consiste en asentar la monarquía sobre las olas, y llevarla donde ellas la empujen, sin librarlas de su peso para que no se desborden, ni contenerlas excesivamente para que no salten sobre ella. Con Cánovas, el trono tenía por enemigos las fuerzas nuevas crecientes, las fuerzas justas, inteligentes y temibles: con Sagasta, tiene por enemigos el trono, los nobles pobres, los políticos autoritarios desacreditados, las fuerzas viejas, débiles y menguantes. Es preciso gobernar

con las fuerzas nuevas: todo lo que no ha andado su camino tiene que andar: fuerza es, pues, ponerse al lado de lo que anda, para no ser arrollado por su fatal incontrastable curso.

Parece esta quincena una animada feria. Ya es un ferrocarril nuevo que se estrenat; ya es un partido discreto e inesperado que surge; ya es una novelesca entrevista de dos reyes amigos, en día lluvioso y pobre tierra; ya los ríos que se salen de madre; ya un lord que se arrodilla a los pies del monarca y le ata bajo la rodilla una cinta de terciopelo azul, en nombre de la reina de Inglaterra; ya una palabra de reparación que va a calmar oportunamente las iras de los coléricos cubanos; ya un picador que se revuelca herido sobre la arena húmeda en la plaza de Cáceres, para divertimento de los reyes y festejo de su encuentro; ya los grandes carruajes, cargados de duquesas, que vuelven de las alegres carreras de caballos conducidos por los descendientes pálidos de aquellos caballeros de hierro que con un golpe de mosquete hendían un cráneo indio coronado de plumas, o de una embestida de rejón hacían morder la tierra a un toro.

Un nuevo amigo tiene el rey y un nuevo enemigo la república. A ese patriótico oficio de preparar al país para el goce pacífico de las libertades, educándolo en ellas a la sombra del gobierno monárquico,—a ese blando y cómodo oficio, que acusa más condiciones de habilidad que de energía,—a ese oficio desairado, pero agradecible y provechoso, hay sobra de aspirantes. Ciertamente que es mejor dejarse llevar por la marea, que bracear con ella. Se llega a puerto sin las fatigas del viaje. Esta es la política del partido democrático monárquico, que acaba de definirse en España, con el advenimiento de Sagasta al poder. Retarda el triunfo de la república; pero ahorra convulsiones. El país llegará más tarde al goce de sí propio; pero llegará más fuerte. Y cierto que acredita a la monarquía que las libertades puedan ser gozadas bajo ella; pero también asegura a la libertad el reconocimiento que de su utilidad y necesidad hace la monarquía. El rey joven lo ha dicho a sus viejos cortesanos, que quisieran ver en sus hombros la capa de don Pedro el Cruel, y en su cabeza la montera del malvado rey Felipe: “Si a la sombra de mi trono puede trabajar por la prosperidad de España un gabinete democrático, gobernaré con los demócratas.”

Hace falta en política la observación de las leyes naturales. Fatigase pronto quien anda de prisa. Si se marcha a saltos, falta para la faena que viene después del salto, la fuerza en él empleada. En la gimnasia nacional, como en la individual, no se llega a alzar pesos mayores, sino

después de haber alzado gradualmente por largo tiempo pesos menores. Crecen las fuerzas por su ejercicio constante y regular; piérdense cuando se las compele a extemporáneas explosiones. No es fuerza galvánica ocasional, ficticia, externa, la que los pueblos necesitan para prosperar seguramente; sino fuerza muscular, bien ejercitada, bien repartida, permanente, interna, propia. La libertad es un premio que la Historia da al trabajo. No puede ser que se entre en el goce de una recompensa sin haberla antes merecido por una labor sólida y útil. La paga ha de venir después de la obra. Ese es el código visible del partido nuevo, que viene a tiempo y en sazón en una época en que hay avaricia de obra práctica y desconfianza de toda tarea inspirada en razones de imaginación o sentimiento. Revolucionar no es retardar. Puesto que la monarquía reconoce que no puede existir, o prolongar a lo menos su existencia, sino merced a la advocación y satisfacción de los ideales de la democracia,—comiencese a plantearlos en la forma y cantidad que la monarquía por el interés de su conservación permite; que luego de planteados en esta parte, son ellos tan sólidos, y tienen tanta virtud propia, que la monarquía se verá obligada a apartarse para dejar el paso libre a los ideales nuevos, o se estrellará contra ellos, si alarmada al cabo, intenta oponerse a su realización. Ese es el propósito callado de los demócratas que, con el elocuente orador Moret a la cabeza, se alistan hoy entre los soldados del trono español. Su adhesión es interesada, como es interesada la benevolencia con que el joven monarca alza en sus brazos a estos caballeros de la Libertad que han venido a deponer sus espadas a sus pies.

Constrúyese, por tanto, un nuevo edificio político en España, lleno de compartimientos y pasillos. Antes era la idea liberal como nube sombría, taller del rayo y seno de la tormenta; y ahora, al sol del trono, se descompone en brillantes matices. Antes batallaban en circo abierto, ante espectadores en quienes la esperanza exhausta tomaba ya las formas de la cólera, el recio canovismo, símbolo de los intereses tenaces de las clases aristocráticas privilegiadas e inactivas; y el sagastismo inquieto, producto, aunque no símbolo, de las exaltaciones, impacencias e intereses de las clases nuevas, venidas a la vida en virtud del tremendo balance social con que terminó su tarea el último siglo. Cánovas tenía puesta la mano en el ponderoso acero de Carlos v; Sagasta enviaba correos de amistad a la revolución que esperaba a las puertas del circo del combate. Vencido Cánovas, las fuerzas invasoras que aguardaban a la puerta han entrado al lugar que ocupaban los vencidos; no tardará, por tanto, mucho en que los expulsados del circo, ocupen a su vez, a las puertas del trono,

el espacio que ocupaba la revolución. Porque, en los países artísticos la razón vence a más costa, y tras de más largo proceso, que en los países comerciantes. La soberbia es hija del sol. Cánovas, que alzó al monarca, se alzaría contra el monarca que lo derriba si lo detiene largo tiempo fuera del poder. O a la derecha del rey en el banquete, o con la espada vuelta de punta al pecho del rey.

Con destreza suma, Sagasta trata de abrir gran distancia entre el momento actual y el retorno al poder del partido canovista. Alfonso teme a la revolución del pueblo mucho más que a la revolución de los palacios, y Sagasta dirige toda su política a detener la revolución del pueblo de la manera única con que puede ser detenida: poniendo en práctica las libertades por cuyo ejercicio clama, y entrando de lleno en la obra de reconstrucción nacional que el país exige. No hay más que un modo de quitar derecho a la revolución: anticiparse a sus medidas: realizar aquello que ella promete que realizará; hurtarle sus pensamientos y aplicarlos desde el trono. Política semejante, que, sin comprometer la dignidad monárquica, da al rey ocasión para aparecer ante su pueblo, que piensa y trabaja, como un rey útil, trabajador y pensador,—seduce y cautiva a Alfonso. Italia, Bélgica e Inglaterra le parecen mejores ejemplos que Rusia. Comprende que para salvar su trono necesita ponerse al lado de su pueblo,—no frente a su pueblo. La clase aristocrática es ya demasiado débil en España para alzar muralla en torno al trono contra la clase popular. Sirviendo por su propio beneficio el del monarca, los políticos españoles le ofrecen manera de costear sin desdoro la revolución amenazante, y así como en caso de que el ejercicio de las prerrogativas democráticas, alzase a inconveniente altura al pueblo contra el trono, el rey volvería a sus consejeros conservadores,—así, en caso de nuevas amenazas del país que ha conocido ya todos sus derechos, y curado del malestar que su desconocimiento del modo de usarlos le produjo, de nuevo ardientemente los desea,—podrá el rey ceder un grado más que éste en que ha cedido, llamando a sí a Sagasta, y realizar con Moret y sus secuaces gran suma de progresos que han venido hasta hoy formando parte esencial de la república.

Mas ¿hasta dónde llegará la confianza del rey en los consejeros que sólo le aguran salvación en su indefinido acercamiento a la república? ¿Realizará por otra parte la monarquía, la monarquía dispendiosa, altanera, desconfiada, amenazada, la suma de adelantos de naturaleza amplia y popular que España conoce, anhela y demanda? ¿Volverá el rey grupas alarmado,—y emprenderá, al lado de Cánovas, nueva batalla

contra el pueblo? ¿La nación que quiere ser asentada a toda prisa sobre nuevas bases, se satisfará con la política de vaivén y turno a que necesita acudir la monarquía para salvarse, o pretenderá ponerse en condiciones de regirse por sí misma permanentemente de una manera abierta, generosa, constante y progresiva? ¿Creerá el rey en el pueblo? ¿Creerá el pueblo en el rey? ¡No, a fe! El uno no cree en el otro; pero se aprovechan mutuamente de las ventajas que les vienen de acercarse,—el rey, para prolongar su poder: el pueblo, para preparar el suyo.

A su ductilidad, a su capacidad de adecuación—que es dote grande en hombres políticos—une Sagasta otra inestimable dote, indispensable en el gobierno: la energía. Ni le conviene provocar la guerra en España, ni provocarla en Cuba. A Cánovas se le ha hecho un cargo grave de haber encendido la enemistad de los cubanos con su desdén de ellos, y la violación en las elecciones de un derecho que nominalmente, y no de otro modo, disfrutaban. Sagasta, a la par que aleja un peligro para su gobierno, aprovecha la ocasión de hacer mayor esta censura a Cánovas, demostrar que con actos violentos se enajena España las voluntades cubanas, y con actos amistosos y reparadores se las cautiva, y asegurar, por tanto, para sí uno de los títulos que habilitan hoy en España a un hombre político para su permanencia en el gabinete: su capacidad para conservar a Cuba: Sagasta acaba de conjurar con un acto de consecuencias grandes un riesgo inminente. Los pueblos que han tenido una vez las armas en la mano no olvidan ya nunca el modo de usarlas: el interés o la fatiga, los postran; el interés mismo, o la ira, los levanta amenazadores. Gran alarma causan en Madrid las noticias de Cuba. Aunque el gobierno de España ha reconocido de una manera indirecta, y nunca abiertamente, el derecho de los cubanos a solicitar la autonomía, el ejercicio de este derecho es considerado como un delito de traición por los españoles que en Cuba habitan.

No bien promulgada en la Isla la ley de imprenta, sus numerosas restricciones fueron insuficientes a ahogar los rencores en ambos bandos ficticiamente contenidos por una ruda censura. Las elecciones sacaron a flote agrios cargos, imprudentes recuerdos, ásperas amenazas. El partido autonomista, daba pruebas de moderación y posesión de sí mismo. El partido colonial, que quiere en Cuba la perpetuación del ahogador sistema de antaño, perdía todo freno de sí ante la probabilidad de una exigua victoria, de una mezquina victoria, de los autonomistas. La victoria vino: como con una ley electoral se eligen diputados a Cortes, y con otra se eligen diputados provinciales,—perdieron los autonomistas las

elecciones de diputados a España, pero vencieron en las de diputados provinciales,—vencieron brillantemente, a pesar de los fraudulentos y desesperados esfuerzos de sus poderosos contrarios.

Ciegos de ira, arremetieron contra los periódicos cubanos los periódicos coloniales: vivas aún por el aire las chispas de la última guerra, con ellas escribieron sus respuestas algunos de los periódicos cubanos. Al derecho de votar y vencer con votos, llamaron los diarios coloniales crimen de deslealtad, y traición a España. El Capitán General, no conociendo modo político de dirigir este riesgo, quiso poner remate a la manera militar. Suspendió por un decreto las garantías constitucionales, suprimió tres periódicos, y envió a España presos a sus redactores. Esta medida que volvía el gobierno de la Isla a sus antiguas prácticas, y ponía de nuevo a los cubanos a la merced del Capitán General en que el partido peninsular que sostiene a la colonia tiene grande influencia, regocijó al partido colonial, entristeció al partido autonomista, y alarmó al gobierno español. Ya se habían hallado, en las actas de diputados a Cortes que la comisión de actas examinaba en el Congreso, huellas claras de la mano oficial; ya se susurraba en el Salón de Conferencias que, como medio de inspirar de una vez por su acto generoso y espontáneo de justicia, confianza a los cubanos, sería conveniente declarar nulas las elecciones que les habían privado de representación en las Cortes, dándola con exuberante mayoría a sus adversarios; ya se advertía en los animados grupos del Salón de Conferencias que los que habían quedado vencedores en la elección de los diputados de la provincia, debían lógicamente, en la misma demarcación electoral, quedar vencedores en la elección de diputados a las Cortes.

Súpose el atentado del Capitán General, el regocijo de los coloniales, la situación peligrosa y justo asombro de los cubanos. Y Sagasta destituyó al general Blanco, que ha sido cera blanda en las manos del partido peninsular, y ha nombrado para reemplazarlo a un general instruido, hidalgo y brioso, amigo de los cubanos, leal con ellos, y querido entre ellos: el general Prendergast. El fue el Jefe de Estado Mayor de Martínez Campos, en las lánguidas postrimerías de la maravillosa guerra de diez años. El lleva a Cuba, para los cubanos, mano suave, para los peninsulares que quieren a todo trance la conservación de la colonia, y desafían a su propio gobierno, mano de hierro. Mas Prendergast va a regir, con el espíritu del bravo general Dulce, a los hombres indómitos y temibles que expulsaron al general Dulce. Va en semejante momento. Va a hacer mayores concesiones. Va a pelear por España, por la honra, fe y utilidad

de España; contra los españoles. Los cubanos, todavía no cansados de ser leales, recibirán con entusiasmo y apoyarán con calor al nuevo jefe. Los peninsulares, como cebras que por primera vez sienten en su dorso la silla del domador, se revuelven coléricos y callan sombríos. El general está hecho a embridar rebeldes. ¡Salve el buen Dios de nuevas escenas de sangre y de nuevos crímenes, a la hermosa Isla!

En tanto, mercadeando concesiones, y como pago inmediato pedido a los cubanos por el nombramiento de un general que ha de ampararlos en sus derechos con franco espíritu y enérgica voluntad, pidió el gabinete, al senador cubano Güell y Renté, y obtuvo de él, que retirase la enmienda por él presentada a la respuesta del discurso de la Corona, que, en el sentir del senador, debe declarar el derecho de Cuba a gobernarse autónomamente. Corren vientos favorables a los anhelos cubanos; ya afirma León y Castillo, el pujante orador isleño, Ministro hoy de las Colonias, que ha de hacerse justicia a clamores sobrado tiempo desoídos; ya se oye decir al general Martínez Campos que es tiempo de dividir por igual entre cubanos y españoles los empleos de la Isla. Mas son tan radicales y esenciales las reformas que Cuba necesita, y lastiman todas ellas tan profundamente los intereses de los peninsulares que en Cuba habitan y los que de ella viven en España, que pudieran ser estas benevolencias de ahora como esas brillantes hojas de estío, que nacen en los árboles después de largo invierno, para ser a poco arrebatadas por los vientos primeros del otoño.

Y en verdad que ha comenzado brillantemente para Madrid este poético otoño. Por de contado que no faltan tristezas: tristes andan los aficionados a carreras de caballos porque no han tenido las de este año la brillantez de las carreras anteriores; tristes andan los más impacientes reformadores de la Hacienda porque el Ministro no presenta sin demora, sino que retarda para cuando lo tenga más preparado, su proyecto, antes de nacer famoso, de conversión en una sola deuda, regular, fija y cómoda, de las menudas deudas que hoy agobian el tesoro español; tristes andan los sabios, porque expiró en septiembre el animado Congreso Americanista, en cuyas últimas sesiones propuso un miembro francés la comparación de las lenguas que hoy hablan los indígenas de América con los manuscritos hallados por los primeros exploradores y misioneros, y se discutió largamente sobre la semejanza de las lenguas de América con la lengua de los vascos y otros pueblos de Europa.

Y a la par que anda alegre don Cesáreo Fernández Duro, el sesudo hombre de ciencia, secretario del Congreso en su sesión de Madrid, por-

que los americanistas reunidos acordaron que se le hiciesen presentes el reconocimiento y estimación de la Asamblea que reunió con su habilidad y sus esfuerzos,—tristes andan también los demócratas de todos los matices,—ya los que con Martos quieren una república inmediata, desembarazada y activa, ya los que con Castelar aguardan a que de la debilitación fatal de la monarquía venga, mansa y cortesana, la república: que con el ingreso de un partido democrático en las filas del trono, aleja la posibilidad de triunfo de los republicanos activos, puesto que sin acudir a la revolución, planteará las reformas que sin la revolución juzgan imposibles los martistas, y retarda la victoria de los republicanos complacientes, porque usando de los mismos argumentos que éstos, y por las mismas razones con que ellos disculpan su inactividad, se prolongará la estancia del rey en el poder. En los círculos políticos, se comenta la oportunidad con que el general Serrano ha enfrenado las impacencias del gran número de oradores, altos militares y periodistas del séquito de Sagasta, que se juzgan con no menor derecho que los más favorecidos a los más grandes favores.

“Ved—les dijo—que en nuestro mismo partido liberal hay una agrupación conservadora que puede atraer los ojos del rey, y que pondría al gobierno en la incapacidad de seros útil, sin poder acusar por eso al rey de volver a los conservadores: la fracción de los generales Martínez Campos y Concha.”

Aún se aplaude el felicísimo discurso con que Martos atizó la práctica del juramento al rey por los diputados a Cortes, y se dice que el discurso de Castelar fue como llama de colores, deslumbradora y ondulante, y el discurso de Martos como golpeo de implacable maza sobre el gobierno confuso y atormentado. Sin cesar se habla de los temores que entre los servidores de la casa real, y los genuinos mantenedores de la monarquía, inspira el gobierno nuevo, y del dolor de padre con que los nobles viejos ven entrar a su rey por el campo de sus jurados enemigos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de octubre de 1881

20

ESPAÑA

Pintoresca entrevista de los reyes de España y Portugal.—Los republicanos portugueses.—La investidura de la Orden de la Jarretera

Nueva York, 15 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Grande hurto este que el rey Alfonso ha hecho al republicanismo de su patria: el pensamiento de la unión ibérica. Agasajan con sigular cariño esta idea los pensadores españoles: como causa de engrandecimiento la ven los republicanos portugueses: entra la idea de lleno en el código moderno de ambos pueblos. Necesitado Alfonso de demostrar a su nación cómo sus anhelos le inquietan, y sus deseos son los del rey, y van por una misma vía la majestad y los súbditos, preparó y realizó con placer esta entrevista histórica, que no llevará, sin embargo, a más beneficio que a los que vienen de una afectuosa cortesía entre vecinos, por cuanto son incompatibles con los intereses privados de ambos reyes, los intereses del pueblo de España y el pueblo de Lusitania, llamados a mezclar total e irrevocablemente sus fortunas. Lleno fue Alfonso, a la visita, de las esperanzas que en él enciende la diestra y deslumbrante política liberal de su ministro; y Luis fue lleno de la melancólica tristeza que lo distingue, y de la amargura a que le llevan los crueles ataques de los republicanos portugueses, por los que en un mitin reciente, ha sido llamado ladrón, y—en los versos del poeta Gómez Leal—ha sido denostado con furia; y en los periódicos *Século* y *Antonio María*, se le ha declarado merecedor de su inmediata caída. Para Alfonso, estriba el interés de la entrevista en demostrar a su nación que favorece uno de sus proyectos más queridos; para Luis, en aplacar la ira de los coléricos e impunes republicanos de Portugal, grandes enamorados del ideal de la unión ibérica.

Sacudió, en la tarde del 7 de octubre, el rey Alfonso, el polvo de los vestidos con que asistió a las desmayadas corridas de caballos en el hermosísimo paseo de la Castellana, y emprendió viaje a Cáceres, engala-

nada de antemano para solemnizar su nuevo ferrocarril y la visita regia. Iban con Alfonso, en el rico tren real, el risueño Sagasta; el severo marqués de Vega Armijo, Ministro de Relaciones Exteriores; el hábil Alhareda, Ministro de Fomento; el duque de Sexto, jefe de la casa del rey; el general Echagüe, el general Ferreros, y personas de menor cuenta, edecanes, gentileshombres de servicio, médico de Cámara, Secretario del Rey, y numerosa escolta. Y muy atendido por Alfonso, y tratado con singular cariño por Sagasta, a quien se supone animado del deseo de hacerse de compañeros demócratas en el Gabinete si por sus osadías liberales, o por alcanzar poco en la mesa gubernamental, lo abandonase el ala conservadora de su partido,—iba el arrogante y cortés jefe de la minoría democrática dinástica, el apuesto Moret, director de la compañía del ferrocarril cuya explotación habían ambos reyes de inaugurar solemnemente en Cáceres. Dejó atrás el tren real la histórica y maciza Talavera y el pintoresco Arroyo; costeó el hinchado Tajo, crecido con las lluvias; salvó los valles melancólicos, famosos por sus higos y ganados; dejó atrás la estación de Cáceres, suntuosamente ornamentada; salvó llanuras húmedas, terrenos míseros e incultos, y se detuvo en Valencia de Alcántara, la estación de la frontera, la población histórica, en cuyas orillas cayeron por tierra en otro tiempo las águilas romanas, quebradas por los cascos de los corceles visigodos, y al pie de cuyos muros batallaron rudamente árabes y castellanos. La marcial marcha real saludó al rey, y un débil vitor de los ateridos campesinos, envueltos en sus capas, y allí congregados, bajo la impertinente lluvia, para acompañar a las autoridades en la recepción de Alfonso. Allá a lo lejos, alzabase la tienda de Muley Abbas.

El trofeo de la guerra de Africa, arrancado a los guerreros de manto blanco por el intrépido general O'Donnell, iba a cobijar a dos monarcas, al joven esposo de la elegante Cristina, y al erudito traductor del "Ricardo III" de Shakespeare. Flotaba sobre la tienda el estandarte morado de la vieja Castilla. Entró en las tiendas de campaña la comitiva; vistiéronse sus uniformes de gran gala. A derecha e izquierda del campamento,—alineábanse infantes y caballos; relinchaban las mulas de la artillería; paseábanse en sus nobles corceles los guardias montados; y pobres campesinos, en míseros trajes, sacerdotes, hacendados del contorno, grupos de portugueses, apretábanse a millares en torno de las tiendas. A lo lejos, asomaban por entre los árboles remozados por la lluvia continua los rojos tejados de las casas próximas; enjaezadas mulas, y vivaces jacos, protegíanse bajo los ramajes del frío y la llovizna. Tem-

blábase de frío. En la gran tienda abríanse vinos, disponíanse lugares, aderezábanse fruteros majestuosos, sonaban las vajillas. Al cabo, seguido de brillante cohorte, y recibido con calurosos vitores, y con acordes del himno portugués, deja el tren que acaba de entrar lentamente en la estación en que le esperaba Alfonso, un hombre vigoroso, ya entrado en años, de inteligentes ojos, y de afable sonrisa. Es el rey Luis. Almuerzan los monarcas, al son de deliciosas músicas. Y comenzó un día de paz histórica, en que los corazones latieron con amor y los labios hablaron con ingenua alegría.

"Por la salud de mi hermano el rey don Luis brindo—dijo Alfonso—y porque unidos más estrechamente nuestros dos reinos, puedan hacer sentir con más brío que hoy su fuerza e influencia, y beneficiarse mutuamente en su riqueza, obrar de acuerdo con él en su política extranjera, y ver juntos por todo lo que hace al mediodía de Europa y a las orillas del Mar Mediterráneo."

En plática animada iban los soberanos cuando emprendieron camino para Cáceres. Esperábalos la ciudad con sus banderas mustias, plegadas a su asta por la lluvia, sus viejos tapetes colgando en los balcones, la alegre muchedumbre vitoreando por las calles, y la plaza de toros engalanada como en día de fiesta. Entre vivas y repiques de campanas inauguraron los reyes el ferrocarril. Llena estaba Cáceres de portugueses que habían cruzado la frontera para ver lidiar toros al lidiador famoso, el osado Frascuelo, traído a Cáceres por dar placer y hacer honor al rey don Luis. A pesar de la terca lluvia, sobre los húmedos asientos del circo se movía en la tarde una multitud voceadora y frenética. Entiérranse en la arena mojada los pies de los aterrados lidiadores; el toro, merced a su mayor pujanza, se mueve con ventaja en la arena, que se tiñe poco a poco con la sangre de un infortunado picador. Frascuelo implora de los reyes que suspendan la corrida; y los reyes lo acuerdan; pero la airada muchedumbre amenaza con los puños a los toreros, alza vocerío inmenso, y los cubre de atroces injurias. A la corrida sigue magnífico banquete. Como el champaña, corría espumosa de los labios la elocuente palabra. Para decir bellamente no hay como Moret; para envolver intención aguda en frase elegante, no hay como Sagasta.

En Portugal, la elocuencia es don común. Del rey Alfonso, dicen que habla bien. El rey don Luis goza fama de culto hombre de letras, y de galano decidor. Cambiáronse obsequiosos brindis por la paz, gloria y riquezas de los dos pueblos. Los ministros del soberano portugués hablaron cordialmente con los ministros del rey español. Celebró don Luis

calurosamente la política de Sagasta, y la actitud de Moret, que estima sabia y noble; y colgó al cuello del Primer Ministro la más noble orden de la hidalga Lusitania. A la luz de numerosísimas antorchas, acompañó a la estación, entrada la noche, el soberano de España al que, sin las malaventuras del cuarto Felipe, hubiera sido vasallo suyo y no rey hermano. Abrazáronse los monarcas a la manera portuguesa, besándose en ambas mejillas. Fuéronse enamorados los portugueses de la cariñosa recepción hecha a su rey; emprendió Alfonso el nuevo viaje a Madrid, y quedaron visiblemente más apretados los lazos que unen a las dos naciones, satisfechos los republicanos portugueses, agradados los pensadores españoles. Sagasta condecorado, y herido un torero.

Nueva fiesta, fiesta brillantísima, aguarda al rey joven en Madrid. Con la insignia y collar de la Jarretera habían llegado a la Corte, el marqués de Northampton, nobilísimo par de Inglaterra y caballero de la Orden, el rey de armas de la Jarretera con sus oficiales de campo y ocho nobles. Venían a ofrecer la famosa insignia al rey Alfonso, que desde su infancia debe a la reina Victoria especiales muestras de cariño. Con toda pompa venía la Embajada, y fue con toda pompa recibida. Presentaba en la tarde del día once el Palacio animadísimo cuadro. Llenan las bandas regias el patio gigantesco, de no terminadas e imponentes arquerías, en cuya vasta plaza se renueva cada mañana, entre marciales y vibrantes acordes de las orquestas militares, la guardia de la casa del rey. Rebosa tropas el patio extenso. Muchedumbre de elegantes curiosos se apiñan bajo los arcos. Por entre ellos pasa, en suntuosos carruajes, toda la grandeza española, las lindas damas, los viejos duques, los nuevos marqueses, los demócratas tránsfugas, los plebeyos apóstatas, el alto ejército; las mujeres se coronan de diamantes, y los hombres de uniformes recamados, cubiertos de deslumbradora pedrería. En el salón del trono, el rey, en pie, aguardaba: ninguna condecoración le adorna el pecho: luce el uniforme de los alabarderos. La reina, cuyo luengo vestido de terciopelo, sobre el que cae el manto real, está cubierto de encajes, adornada con flores, y coronada con la regia diadema, está a la izquierda del rey. Junto a la reina vese a las infantas, la infanta Isabel, vestida de brocado de seda azul oscuro, esmaltado de zafiros y diamantes; y Paz y Eulalia, cuyos trajes de pálido terciopelo azul están adornados con perlas. A la derecha del rey estaban Martínez Campos, cuya osadía le devolvió el trono, y Sagasta, cuya habilidad se lo mantiene. Mas ya se escucha

el ruido de la comitiva inglesa; ya ondea y se apiña la concurrencia en los salones reales; ya se conmueve el séquito de grandes que, de pie como la familia real, rodea al monarca. Es la embajada extraordinaria.

Con cinco magníficas carrozas, tiradas por arrogantes corceles andaluces, adornados con altos penachos, fue al Hotel de París a buscar a los caballeros ingleses el marqués del Valle, introductor de embajadores. En las cinco carrozas los ha traído a Palacio. Escoltábalos el brillante Escuadrón de Guardias Reales. Entre masas de pueblo hicieron el camino. Al llegar a Palacio en rigurosa procesión se dirigió la comitiva a la Sala del Trono. Iban delante los miembros de la casa real, y los gentileshombres, y tras ellos, el séquito de los embajadores, éste con el libro de los estatutos de la Orden, aquél con el manto, uno con la espada, con el collar y con el sombrero otros. Llevaba el heraldo la insignia famosa. Cerrando el séquito venía el altivo y austero marqués de Northampton, vestido de almirante, y a su lado, el caballero de armas de la Orden, con su manto luengo, portando en rojo cojín las cartas credenciales de la embajada. Visten el rey de armas y los oficiales de la Orden magníficos tabardos, en que en coloreado relieve resaltan las armas reales. Van las cartas credenciales escritas en pergamino, y firmadas de la mano cariñosa de la reina Victoria. Precedida del duque de Sexto, que va haciendo profundas reverencias, llega la embajada frente al trono. En francés explica Northampton al rey el objeto de su misión. Respóndele Alfonso. El rey de armas ata en la pierna izquierda del joven soberano, debajo de la rodilla, la rica liga, en tanto que leen al nuevo caballero las amonestaciones de la Orden. El collar de eslabones de oro macizo sobre terciopelo azul, fue echado al cuello del rey por el anciano marqués; y el marqués mismo puso en sus hombros el rico manto de terciopelo de seda azul, orlado de blanco raso, con hebilla de sólido oro; y en su cabeza el sombrero de plumas, y en su pecho la estrella de la Orden. Al recibir la suntuosa espada que le envía la reina, el rey se descinó la que tiene y la da al rey de armas. Ansiosas miradas espían los menores detalles de la histórica ceremonia. Nunca en verdad atrajo las miradas escena más rica de colores. Apuesto estuvo el rey, de pie en medio de su familia juvenil, como él en pie; de reyes de otro tiempo parecía caballero el marqués de Northampton; el grave continente de los nobles embajadores mereció alabanza. Fue aquélla una resplandeciente obra teatral.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de octubre de 1881

FRANCIA

¿Viaje amoroso o viaje político?—Rocheport, Roustan y Gambetta.—La fortuna de la emperatriz Eugenia.—El Ministerio próximo.—Una imponente escena.—Noche mágica

Nueva York, 18 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

¿Qué ha de hacer el cable, ni qué ha de hacer el corresponsal, sino reproducir fielmente, por más que parezca tenacidad de la pluma, o del afecto, los ecos del país de que la palabra alada surge, serpea por el mar hondo, ve los bosques rojos, los árboles azules y las llanuras nacaradas del seno del Océano, y vienen a dar en las estaciones de telégrafo de Nueva York, donde hambrientas bocas tragan en el piso alto y llevan por sus fauces de bronce al piso bajo los telegramas, que van a dar cada mañana a los lectores nuevas de lo que acontecía algunas horas antes en Europa? Gambetta llena a Francia. “De él depende todo”—dijo Bismarck en Dantzig a los emperadores de Rusia y Alemania. A sus manos parece encomendada la tarea de crear la Francia nueva. Natural es, pues, que cable y corresponsal tengan que hablar también en esta quincena de Gambetta.

Ello es que una mañana desapareció de París. No bien fue notada su falta ¡qué investigar! ¡qué suponer! ¡qué llamar a casa de todos sus amigos! ¡qué relacionar su viaje con la política del Ministerio venidero, cuya jefatura se le asigna! ¡qué imaginar que su ausencia tenía por razón más agradables razones privadas! Bien susurra París que une a Gambetta amistad estrecha con la elegante y celebrada viuda de Edmond Adam, que traduce tragedias griegas, representa dramas chinos, acerca graciosamente a entidades políticas alejadas, viste con gracia suma, piensa con profundidad grande, recibe con exquisita gracia, y dirige con varonil seguridad “La Nouvelle Revue”:—mas la gallarda dama no había abandonado su suntuosa casa. Con una acaudalada heredera se supone a Gambetta en relaciones preparatorias de matrimonio, mas la familia de la señorita Durand estaba en Niza. El *Figaro*, desde cuyas páginas ~~asesta~~

el articulista Grandieu tenaces golpes al pecho del tribuno,—rudo como coraza,—publica un intencionadísimo artículo: “¿Dónde está el gobierno?”

En tanto, M. Massabil viajaba por Alemania: había estado en la comercial Hamburgo, en la artística Dresde, en la libre Francfort: habíase visto cerca del Varzin, donde, como Walter Scott en su castillo, Bismarck se refugia de las gentes. M. Massabil, que éste es el apellido materno del orador, era Gambetta. ¿Fue, como él dijo, a su vuelta, a asuntos domésticos? ¿Cosas de amor lo alejaron de París? Apresurada de súbito su carrera, y compelido, con mayor premura que lo que él apeteciera, a hacerse cargo del gobierno, ¿no andará recogiendo fortalezas, abriéndose caminos y preparando soluciones dignas de la política briosa, ardiente y reconstructora que de él espera Francia? Y como ya en 1878 deseó Bismarck una entrevista con el orador francés, que no se realizó al cabo porque de alterar los tratados y corregir las fronteras quería hablar Gambetta, y Bismarck esquivaba semejante plática,—tiénese ahora por probable que este misterioso viaje a través del país de los mitos, de las rosas fantásticas y de los caballeros azules, haya tenido por objeto asentar en base segura necesitada por Gambetta para desarrollar su atrevida política nacional, las relaciones de Francia y Alemania, que hoy oscilan, y se aplacan, se encrespan, a cada manifestación nueva del político francés, venido todo de no haberse hallado ocasión para determinar lealmente los propósitos de la democracia francesa en su conducta futura con la tierra alemana. De azuzar la guerra, como medio de mantener en alto su popularidad, se le acusa ya, y se le acusará si se hace cargo del gobierno, muy tenazmente: bien puede ser que haya buscado modo, por más que el hecho en sí sorprenda y parezca improbable, de destruir victoriosa y radicalmente el grave cargo. Ni todos los alemanes ven con ira al orador de Francia, ni creen todos en la proximidad de una guerra imprudente, precipitada por su personal ambición y por su ciega audacia. De creencia vulgar, que viene de desconocer al caudillo demócrata, trata el conde Goeltz este concepto alemán, en un justo y reposado artículo sobre Gambetta, publicado en el *Deutsche Rundschau*. El conde alemán, desdénando enérgicamente las preocupaciones de sus compatriotas, y ofreciéndose con calma a sus injurias, alaba el patriotismo del hombre de Estado francés, y afirma ante su nación las pacíficas intenciones, rara cordura y vastas miras de Gambetta. Júzgalo así su enemigo,—y los socialistas de París se congregan en Montmartre, para pronunciar formal sentencia contra Gambetta por su participación en la campaña de Túnez. Se recuerda que el enconado Rochefort le acusó de haber movido la pe-

ligrosa campaña por razones de medro pecuniario; y por ocasionar y aprovechar cambios de Bolsa. De un cónsul inglés, mal avenido con el ministro de Francia en Túnez, parece que venían al periódico de Rochefort revelaciones avaloradas con el color de localidad que de escribir las de Túnez les venía; pero Roustan, el ágil y prudente ministro en Túnez, ha acusado de calumnia ante los tribunales de París a Rochefort, citado ya a últimas fechas para dar cuenta minuciosa a los jueces de sus osadas y desenvueltas afirmaciones en su batallador periódico. Manojó de látigos de acero parece *El Intransigente*. De nada teme, ni respeta nada. Ni ve el arma con que hiere, ni le importa la clase de arma: le importa sólo el tamaño de la herida. Tras otros periódicos hay consagraciones apostólicas, grandezas reales, cóleras santas: tras estas hojas de papel, estallando como un látigo, hay una maligna sonrisa. No leen los obreros los periódicos de aquellos en que ya no creen: leen sólo el de quien les inspira confianza: el alevoso ataque, pues, subleva el ánimo severo, pero alcanza el objeto deseado. Quiere envenenar al obrero de París, y lo envenena. Quiere mancillar una gloria robusta, y vengarse en ella de la incapacidad del escritor para alcanzar gloria tamaña, y se venga. Gambetta seguro de sí, desdeñó el cargo; mas Roustan, que no cree terminada su carrera en el ministerio de Túnez, exige estrecha cuenta al difamador de sus atrevidas aseveraciones. “En buena hora que me citen,—dijo Rochefort sonriendo al recibir la cédula del juez: treinta mil parisienses me acompañarán en triunfo al tribunal.” Y puede ser que lo acompañen. Desagradan a un ánimo honrado esos energúmenos infecundos, nacidos a derribar con sus manos convulsas todo testimonio de fama y méritos ajenos. Así anda por los bosques un ave de recio pico, que rompe para hacer su nido los troncos de los más hermosos árboles.

A un monarca ayudó Rochefort a derribar que merecía ser derribado: Napoleón III. Ahora, merced a la visita de la triste señora que fue un día en Madrid gala del vetusto palacio de la plazuela de Santana, y ayudó a llevar luego a su imperial esposo el manto de las abejas, la tradición napoleónica ha venido a posarse en un joven impaciente, afortunado y ambicioso: en Víctor Bonaparte. Su padre, en quien a la muerte del príncipe Eugenio recayó la jefatura de la casa, la había escandalizado sobradamente con sus escarceos republicanos para que, cualesquiera que sean las gracias de su seductora conversación personal, y los estímulos que una posible corona pusiese a su despierta inteligencia, pudiera reunir

en una agrupación confiada y activa los elementos dispersos y desmayados del bonapartismo. El príncipe abdicó sus derechos en su hijo. Y la emperatriz, primero exaltada en brazos de todas las magas de la fortuna, y luego besada en la frente mustia por los labios fríos de todos los genios del dolor,—la emperatriz ha venido apresuradamente a Francia. “Te dejo, Victor, toda mi fortuna. Mi hijo te quería, y yo te quiero. Tú eres el jefe de la casa de Bonaparte. Emplea toda tu riqueza en hacer triunfar la causa del imperio.” De dama y de madre afligida son estos juicios y palabras: ¿qué pensador severo las tiene en cuenta, ni qué pluma hidalga ha de clavarse en ese adolorido corazón?

Ya cuando esta carta se lea en Caracas, estarán las Cámaras abiertas; ya en ruda batalla habrán sido vencidos por los nuevos diputados, los moderados ministros actuales; ya, en vez del Gabinete débil, desafortunado e incompacto que ha venido dirigiendo en estos meses últimos la política francesa, con fe y honradez mayores que fortuna, habrá cedido el azaroso puesto a un Gabinete definido y activo,—un Gabinete de fuerza y de combate. ¡Hombres nuevos, cosas nuevas, política nueva!—Clama *La República Francesa*, que pasa por órgano de las aspiraciones de Gambetta. “Bien pudiera ser que el Ministerio de Ferry resignara antes de la reunión de la Cámara”, apunta un diario. “No debe resignar—replica *La República Francesa*: debe ese Ministerio morir honradamente, dando cuenta de sus actos al país que tiene derecho a pedírsela, y no esquivando la cuenta, como la esquivaría un culpable.” Y el Ministerio, así anatematizado, deja entender que aguardará el combate. ¿Habrá Gambetta hallado manera de esquivar su entrada en el poder?—¿Defraudará la larga expectación en que está el país de su política franca, construyendo un Ministerio de conciliación? Mas, por si solución tal fuera posible, acontece que *La Gaceta Médica* denuncia ante la nación a este Ministerio como ligero y engañador en la cuestión de Túnez. Le acusa de enviar sin preparación a un clima mortífero a los bravos franceses. Le acusa de callar al país, por no hacer imposible tal vez la junta de grueso número de tropas que la invasión de Túnez requiere, el estrago tremendo que las fiebres voraces, la tierra húmeda, los alimentos mezquinos y el sol abrasador hacían desde el principio de la campaña en el ejército. ¿Mantendrá Gambetta a su lado, en hora tan crítica para su fama como ésta, a hombres así censurados por su inestable y confuso modo de gobernar a un país ansioso de gobernación, sincera, sana y clara? Mas ¿a qué di-

vagar, con aires de profundo adivinador, sobre las probabilidades de que, caso de verse compelido a aceptar el poder, una Gambetta su compacta legión republicana a la izquierda moderada, con lo que alcanzaría en la nueva Cámara 300 votos, o a la extrema izquierda, con lo que alcanzaría sólo 240? Cederá acaso a alguna necesidad momentánea el tribuno; porque en política, no triunfa quien no cede; mas es fijo que las clases nuevas, las clases creadoras del laborioso y generoso mundo nuevo, tendrán en el orador famoso esa garantía que da a los pueblos una mente profunda y un corazón sano. Ni seducciones mueven, ni compromisos entran, ni glorias monárquicas ofuscan al generoso Gambetta. Del pueblo es, al pueblo ama, y servirá lealmente al pueblo. ¡A bien que es fiero el pueblo, cuando obra movido de justicia, o movido de ira! En noches pasadas, un hombre pálido, trémulo, soberbio, subía a la tribuna del Elíseo Montmartre para responder a las acusaciones de una muchedumbre exasperada y frenética. Era Carlos Lullier, el deportado vuelto de Nueva Caledonia, acusado de haber hecho traición a la Comuna. Casa de truenos parecía la sala. Rudas injurias le lanzaban al rostro. Era el salón un mar en ira: presidía Tony Révillon, el diputado en lucha con Gambetta.

“¡No, no—decía con voz temblante de cólera Carlos Lullier: no os he hecho traición, porque nunca he pretendido serviros!”

Malon, con quien Lullier querelló ha poco, estaba en Suiza, y Lizagaray, el comunista destemplado, sostenía con implacable vigor la acusación. Cuanto Lullier dice, es ahogado por el furioso vocerío. Empujado por sus amigos que quieren salvarlo, sale del salón por una puerta excusada entre silbos y gritos. Traidor lo declaran aquellos tres mil hombres airados. “No por la Comuna—decía después *El Figaro*—peleó Lullier; peleó al lado de la Comuna contra la reacción monárquica.”

El día 12 de octubre fue día agitado en París, día de esperanzas, de murmuraciones, de sorpresas. Ferry, fatigado de las ásperas censuras de que es objeto, acrecidas con las denuncias de la *Gaceta Médica* que tienen conmovida a Francia, presentó al fin su renuncia. Gambetta fue llamado al Palacio Presidencial, sin que de la larga entrevista del tribuno y el Presidente llegase a saber más la ciudad ansiosa que lo que los periódicos de la noche conjeturaron. Creían los unos que había sido llamado a formar Gabinete: sostenían los otros que sólo se le había citado para investigar su juicio sobre el conflicto presente: otros adelan-

taban que, estimando conveniente una breve espera, Gambetta había consentido en hacerse cargo del gobierno. Mas cerró el día, visitó de nuevo Ferry al Presidente, no se hizo pública la renuncia presentada en la mañana. Quedó, pues, el problema, ya resuelto en la mente pública, diferido hasta tener su trascendental solución definitivamente preparada.

Políticos severos cruzan por los salones del palacio de Grévy, y mariposas blancas y azules aletean en torno de la gallarda y modesta hija del discreto Presidente. Se casa con un hombre inteligente y sencillo. Subsecretario en el Ministerio de Hacienda. Se casa sin pompa, religiosa y civilmente, en la capilla privada del Elíseo. La hija desdeña, como el padre, los arreos mundanos. Estas bodas humildes entristecen a las grandes damas de la república, que se habían prometido de ellas grandes fiestas. Compañera de su padre, y hada risueña, pajarillo gorjeador ha sido al lado del anciano la virtuosa niña. París la quería con un afecto familiar y dulce. Era la paloma blanca, posada en el robusto hombro del caballeresco anciano.

Con fiesta privada celebra el acontecimiento venturoso la casa del Presidente, y con suntuosísima fiesta pública despide París al brillante congreso reunido para exhibir y juzgar los adelantos de la ciencia eléctrica. ¡Qué imponente, a la luz misteriosa, tibia, perfumada, blanda, la sala de oro del teatro de la Opera! Con la luz nueva, ensayada en todos sus géneros, va a estar iluminado en la noche de la fiesta el colosal teatro. El edificio gigantesco no reveló nunca tan poderosamente su magna hermosura. En la noche de ensayo, en que la iluminación magnífica resplandecía de lleno sobre la monumental fachada, parecía que la luz, enamorada de las hermosuras que brillaban a sus rayos, se detenía amorosamente sobre ellas. Llevaba el maravilloso espectáculo a pensar en las luces eternas y en la magnificencia y gloria de otros mundos.

M. DE Z

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de noviembre de 1881

22

ITALIA

Vapores y gondoleros.—“Cenni Autobiografici”.—Trabajos y propósitos del Pontífice.—Expedición al Polo Antártico

Nueva York, 18 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

De tristezas del Pontífice, de disentimientos ministeriales, y de osadas empresas hablan ahora las nuevas de Italia. A su vida pacífica y pintoresca ha vuelto Venecia, animada pocos días hace por las alegres fiestas que solemnizaron la reunión de los miembros del Congreso Geográfico, y a la par que los fondistas del Lido y los hosteleros del Gran Canal cuentan risueños sus ganancias, los gondoleros melancólicos murmuran de la decisión del municipio que permite a una empresa de vapores que eche a navegar por las aguas poéticas el atrevido buquecillo moderno. ¿Quién cantará junto al timón de la góndola, las estanzas del Tasso? ¿Qué doseles de púrpura cobijarán ahora el sueño de los gentiles enamorados que, como en el cuadro hermoso de Lecomte du Nouy, pasean su tierno afecto a la luz cariñosa de la luna? Ya el gondolero vigilante no cantará al son de la guzla lánguidas trovas, ni junto a las escalinatas de mármol se empeñarán las estruendosas batallas de los boteros alborotadores; ni, como se desliza un canto pálido por la mente, se deslizarán por las aguas serenas las embarcaciones históricas. Mas se quejan en vano; que no se extinguirán por cierto, en Venecia, de tantos canalejos silenciosos y callejuelas cruzadas, esos cisnes traviosos, naturales hijos del misterio que envuelve la regia ciudad.

Más graves cosas suceden en Roma. No es la más grave que, disgustado el Ministro de la Guerra de que sus compañeros rechacen sus planes de aumento del ejército, anuncie su separación del Gabinete pacífico que cree inútil en tiempos de paz, gastos de guerra. Es en torno de León XIII donde se mueven mayores problemas, y se revelan grandes zozobras, aumentadas ahora con la estrepitosa apostasía del canónigo de San Pedro. Acto muy personal parece el del canónigo, y no, como él pomposamente

dijo, acto nacido de un profundo cisma en el seno de la Iglesia. Ni católicos ni anticatólicos tratan bien al apóstata. Dícese él inspirado por Jesús, y por el anhelo de servir a la vez a la religión cristiana y a la Italia. Ante ninguna ruda acusación ceja en su carta al cardenal Borromeo en que se confiesa deudor a la casa pontificia de atenciones y bondad obligadoras. A los miembros de la Iglesia Metodista dijo que en sus brazos se echaba, en busca de caridad fraternal, de que iba ansioso. Su defección, saludada por los pensadores de transición como un triunfo señalado sobre la Iglesia, es agriamente censurada como acto de colérica rebelión por algunos liberales extremos.

La Lombardia, diario radical, trata así al conde apóstata:

“Pío IX había sido su padrino. Por eso hizo de él un prelado; por eso le regaló con la rica canonjía de San Pedro. Mientras vivió su protector, sufrió del padrino cariñoso los afables regaños, sin que por ello cejara en su desembarazado género de vida. Mas cuando el Papa actual ocupó la silla de Pío IX, el conde Campello no se avino a sufrir de buen grado las amonestaciones de que a menudo era objeto. Un día se le decía que debía usar constantemente el hábito eclesiástico; otro se le recordaba algún deber de su cargo y carácter en cuyo cumplimiento era moroso. No era agradable al inquieto canónigo esta perenne mónica, ni gustaba de que se pretendiese alejarle de las alegrías mundanas, que le placen, y amontonando centenares de palabras sonoras y vacías frases en la arrogante carta que envió al Cardenal Arcipreste de la Basílica del Vaticano, ha buscado salir con renombre de la oscuridad en que vivía haciendo creer a los candorosos que, movido por la divina gracia, ha desertado voluntariamente un culto que ya no respondía a las necesidades de su conciencia.”

“Invoca ahora el canónigo de San Pedro su anhelo de vivir como ciudadano de Italia, y llama a sus compañeros de veinte años parásitos. Mas si tanto le estorban éstos y tanto le aqueja el amor de la ciudadanía ¿por qué no se descíne las ropas talares y viene a vivir como Asproni, como Sirtori, como de Boni, como Ercole, como Merzario, sacerdotes en otro tiempo y hoy ciudadanos privados? No hicieron alarde de fe falsa, ni hicieron su apostasía como esa del conde Campello teatral y escandalosa.”

“Puede ser”—dice aún *La Lombardia*, “que interesados amigos elogien su conducta: mas los pensadores serios dan con la verdadera razón de esta defección vociferadora. Mirando al pasado del improvisado héroe, dudarán de su firmeza en el futuro, y afirmarán que él andará el camino

de arrepentimiento que anduvieron monseñor Liverani, monseñor Garrola, el exjesuíta Passglia, el cardenal D'Andrea, y tanta extraviada oveja que ha vuelto al antiguo rebaño.”

El conde prófugo de la religión en que fue honrado ha oído ciertamente ásperos juicios, y no es el de *La Lombardia* el menos caritativo. Le acusan de amar con exceso los bienes y regocijos de la tierra; de haber roto las bridas de la Iglesia para entrar de lleno en los templos de Diana; de haber buscado manera honrosa de satisfacer su amor a los placeres brillantes de la vida. El, en tanto, empeñado en la tarea de justificar su cambio de fe, publica su *Cenni autobiografici*, “Esbozos autobiográficos”.

Demuestra el vehemente lenguaje de los periódicos católicos la indignación que ha alzado en el Vaticano la desertión del canónigo de San Pedro; pero apenas si, dado a más tristes y trascendentales pensamientos, ha venido este pesar a aumentar los que afligen al anciano León XIII. Su mirada escrutadora se fija ansiosa en lo porvenir; sus hábitos de mando le llevan a mandarse a sí propio con cordura; mas su capacidad ejecutiva, de que dio antes de venir a la silla pontificia relevantes pruebas, ni desmaya, ni dejará de emplearse. Con cautela y firmeza se ha dado el Pontífice a determinar y acelerar una reacción católica en Europa; ya ha cautivado de nuevo la amistad de Alemania; ya es el enérgico y discreto Korr, obispo de Treves; ya se une en amistad estrecha a España; ya recibe de los dominios de Alfonso mensajes de vehemente simpatía; ya no oculta que, si para mover el espíritu religioso y salvar a la Sede de ofensas, ha menester volver la espalda a la casa de Sixto V y Julio II, y buscar amparo en suelo extraño a su majestad espiritual, dejará vacías de su palabra sagrada las bóvedas de San Pedro, abrirá al enemigo las puertas del Vaticano, y emprenderá, solo y sin guardias, el camino del destierro. Escribe, trabaja, prepara. De que está entregado a una ruda tarea, dan clara cuenta su continente meditabundo, y su rostro severo y fatigado.

La nación italiana, cuyo jefe no contendrá el desarrollo legal de las ideas nuevas, pero no cometerá desmán contra el anciano, ni provocará conflicto, ni acelerará medida alguna violenta, ha echado al mar, ganosa de traer savia potente a sus venas juveniles, una expedición a los mares antárticos. Entrañable y calurosa amistad une a Buenos Aires y a Italia, y son de ver los agasajos que a los colonos italianos, tan enérgicos por cierto en su condenación de las depredaciones de Chile, tributan la prensa bonaerense y la uruguayana. Buenos Aires ha prometido pertrechar de víveres a los valerosos expedicionarios, que ya van cerca del inexplorado

Mar del Sur. Al paralelo 72 llegan las exploraciones conocidas, y más allá quieren ellos llegar: glorias nuevas, tierras nuevas, fama científica, y provecho de descubrimientos buscan los animosos italianos, y en su pesquisa azotan las aguas que cruzaron el intrépido James Rose y el atrevido Weddell, las quillas de los buques que dirige el teniente Bove: grandes novedades pueden hallar en su viaje los osados nautas: en el profundo mar del Ecuador, han sentido correr los investigadores por el lecho del Atlántico uno como mar glacial poderoso que viene del Polo Sur. Y del lado del Pacífico, bien se sabe que arranca del depósito antártico, baña las luengas costas chilenas, y las ricas del Perú, y se sumerge al fin en la corriente ecuatorial del grande océano otra pujante corriente glacial, averiguada ya por minuciosas observaciones anteriores. ¡Sea la fortuna favorable a los denodados exploradores: bien merecen los hijos de Marco Polo que el mar agradecido les revele sus secretos: bien merecen los pueblos trabajadores las recompensas de la fama y el provecho que sigue al trabajo: bien merece la Italia generosa nuevas glorias!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de noviembre de 1887

23^a

NOTICIAS DE FRANCIA

³ La primera parte de esta correspondencia, fechada en 29 de octubre de 1881, se refiere a noticias de los Estados Unidos y salió publicada en el tomo 9, páginas 97-102, de estas *Obras Completas*.

Noche mágica, bodas felices, hipótesis políticas, actos internacionales, —han traído ocupado a París en estos días pasados. Era el 15 el teatro de la *Grande Opéra* como monte de luz; y un exceso de belleza fatigaba las miradas. En la augusta sala del teatro, espaciosa y solemne, vestida toda de oro, reflejaban su luz viva las lámparas de Swan. Las de Edison y Maxin iluminaban el *foyer* majestuoso, los pulidos pavimentos, las altas paredes, los ricos tapices. En vestibulo y balcones lucían las lámparas Jablochkov, tenidas poco ha por cosa maravillosa, y hoy apagadas y vencidas por los radiantes y cegadores sistemas nuevos. Dañoso a los ojos, o por el choque de las diversas luces, o por el número excesivo de ellas, o por su exagerada intensidad, pareció a los concurrentes el colosal teatro. Alas se busca el hombre en las espaldas al entrar por aquel amplio atrio, y pasear por aquellas altas bóvedas, y subir, como hormiguilla avergonzada, por aquellas gigantes escaleras. Era el 15 la fiesta de gala, dada en ofrenda de afecto a los miembros del Congreso de Electricistas reunido en París, y cuya ceremonia de distribución de premios fue, a los pocos días, señalada por concurrencia escasa, muestra de desagrado por el premio que el jurado acuerda a la Compañía de Ferrocarriles de París, Lyon y el Mediterráneo, notoria por sus graves desastres y el estreno de una cantata de Cohen “Oh terre, éclaire-toi”.

En la noche de la fiesta de la luz, en su palco de honor aparecía el Presidente de la República, y con él, víctima de las curiosas miradas de un público inquieto y avaro de emociones, la discreta e inteligente doncella que a los pocos días daba su mano al caballero Wilson. Es el novio un hombre grave y activo, galán un día de bulevares y salones, y hoy sostén firme y sectario inteligente de una política republicana pura, generosa y oportuna. En Avenonceaux, castillo de su hermana que es conocida y estimada dama, Mme. de la Pélouse, antigua amiga de Grévy, reúne Wilson cada año a sus amigos los electores, propietarios, trabajadores y gentes de nota de la histórica Turena. El es su jefe, su consejero,

su representante; y no hay republicano más popular que él en la que fue un tiempo legitimista y monárquica Turena. No por su elocuencia brilla en las Cámaras, sino por el vigor de su consejo y la práctica de sus facultades organizadoras. Hoy desempeña la Subsecretaría de Hacienda y prueba en ella sus dotes de inteligencia y de trabajo. Quiere hacer olvidar sus días pasados de hombre inútil. Le posee la saludable vergüenza de haber perdido el tiempo aprovechable. La hija de Grévy es una resuelta y vivacísima criatura, que tiene el hábito y la capacidad de regirse libremente, que ha sido para su padre leal y afectuosa compañera, y que en sus alardes de independencia, más que mujer de París, parece una desembarazada norteamericana. Sabe de letras, y es entendida en artes. Si cabe exceso en tales amores, ama la música con exceso. Wilson es para ella un viejo amigo, comensal constante, compañero de las veladas de invierno, Telémaco de quien Grévy ha sido Mentor. De ojos oscuros y animados, de abundantísimo cabello negro, de construcción delicada y clásicos gustos semeja a su padre, y al esposo en su desamor de toda ostentación, y en su rebeldía a la paga de culto a la curiosidad ajena o a la voluntad propia. Repugna ser objeto de exhibición mundana. Corre por los salones airecillo helado, y no quiere la reflexiva novia que su felicidad sea entibiada por el aire de los salones. En estricta reserva se celebraron las ceremonias católicas y civiles que han fortificado y hecho perpetua la unión leal de estas dos almas sanas y vigorosas. Protestante es Wilson, y la hija de Grévy católica. Al matrimonio religioso precedió el civil. El religioso fue sobrio y breve. Ni su más dorada casulla, ni su más bordada sobrepelliz vistió el cura de San Felipe que unió a los novios. Ordenan las leyes palaciegas que, cuando se celebra fiesta en la capilla del Eliseo, la puerta del Palacio se abra al público: mas, en señal de respeto a la voluntad de la humilde doncella, afuera quedaron los curiosos, y sólo salvaron los umbrales de la capilla esas inquietas criaturas parisienses que realizan la maravilla que parece imposible a las Santas Escrituras: la de que pasase por el ojo de una aguja un camello árabe; dos periodistas profanaron, con su ojo curioso, la fiesta privada. La habitación donde se firmó el contrato de matrimonio está contigua al salón de lúgubre fama en que fue discutido y determinado el golpe de Estado que ascendió al imperio al tercer Napoleón. Mejores títulos tiene a la memoria de los hombres el abuelo de Wilson, que con vigorosa protesta se opuso en los días del trueno y del rayo, a la ejecución de Luis XVI, y con calor generoso defendió luego a los poéticos e infortunados girondinos.

En torno de Gambetta se mueve ansiosa la política. ¿Vio a Bismarck el fornido caballero que con un nombre oscuro pasó rápidamente por las ciudades que llevan a Varzin, el hogar célebre del canciller meditabundo?

De calumnioso acusa el rumor *La Independencia Belga*. Hablando en el Havre, adonde le llevó el deseo de investigar las facilidades de construcción del muelle nuevo que el rico puerto anhela, dijo Gambetta que había sido el objeto de su visita a Alemania ver por sí y estudiar de cerca, cómo Bremen, Hamburgo, Stettin y Lübeck han alcanzado su presente grandeza. Cree el corresponsal del *Standard* en Berlín que es cierto lo que en Berlín se cree, y que la razón que Gambetta dio de su viaje en el Havre fortifica a los berlineses en la creencia de que en Varzin se vieron el poderoso orador que tiene pendiente de sí a la curiosa e impaciente Francia, y el ceñudo alemán que lo elogia y respeta.

Y sea o no la entrevista cierta, nuevas y no extintas ansias poseen a los políticos. ¿Precipitarán sus adversarios embozados y sus amigos imprudentes a Gambetta a la formación de un gobierno prematuro, impotente para llevar a cabo las reformas que se verá en el deber de proyectar? ¿Resistirá la presión doble de amigos y enemigos? ¿Se expondrá, por temor de perder su popularidad si rehúye el riesgo, a perderla por correrlo? ¿Se extinguirá así, en una callejuela política, tan robusta fama, tan alto hombre? Mas he aquí que de súbito aparece Gambetta candidato a la presidencia temporal de la Cámara nueva de Diputados; que se susurra que el Gabinete de Ferry se presentará altivo a demandar apoyo a la nueva Cámara; que el magno hombre ha calmado el mar inquieto y que, en el ferviente amor común de una definitiva y gran república, logra hoy que, por grandezas personales o arranques peligrosos, no se dé ocasión a la naciente e inquieta democracia de destrozarse con sus esfuerzos juveniles las manos llamadas a guiarla con mano firme y poderosa rienda.

Anuncia el cable que parece cierto que el Presidente de la República no enviará mensaje a la Cámara de Diputados recientemente electa. Insístese en hablar de conferencias amistosas entre Ferry y Gambetta. Discútese si el sensato Freycinet o el altivo Ferry entrarían en un ministerio que se viese obligado a formar el tribuno. Anúnciase que Barthélemy de Saint Hilaire, el amigo de Thiers, que hoy dirige las relaciones exteriores de Francia, se retira como el general Jarre, desdichado en la campaña de Túnez, a la vida privada. Socialistas y legitimistas comulgan juntos en altar de odio ante la república fuerte y discreta, como un día comul-

garon reunidos, en insano y bochornoso abrazo los carlistas y los republicanos en España. Afirma el corresponsal del *Times* que, en tanto que no se definan las líneas confusas de la política francesa, y en el banco de los ministros los que hayan de ser ministros reales, no necesitarán atención especial las negociaciones iniciadas, suspendidas, reanudadas, y ahora reasumidas en París, para el ajuste de un nuevo y liberal tratado de comercio entre Francia e Inglaterra. Victor Hugo dio ha poco 10,000 francos a los pobres parisienses y Grévy en conmemoración del venturoso día de su hija, abrió sus arcas, y vació en las manos de los pobres 20,000 francos. Y los radicales se reúnen, atacan al gobierno en la cuestión de Túnez; examinan los cargos graves que al gobierno han hecho los periódicos irreconciliables, y deciden excitar vehementemente a la Cámara de Diputados a que inquiera en formal proceso si el gobierno ha violado la Constitución o ha engañado y hecho traición al país, y declare, que en caso de resultar culpa a los miembros del gobierno, responderán de ella con sus personas, libertad y propiedades.

A este calor, álgido a veces, se va templando el cuerpo de bronce de la Francia nueva. Símbolo de su fuerza futura, más que de su afecto a los Estados Unidos en la colosal estatua de la Libertad, que hace Bartholdi, y a la libre y republicana América ofrece la republicana y libre Francia. Ya se sabe que es obra gigantesca. La cabeza y los hombros van ya acomodados. Los moldes de barro del resto de la estatua, altos como cerros, esperan ya el bronce. ¡Tales cosas van haciendo los hombres, que Prometeo romperá sus cadenas y ahogará al buitro, y la escala fulgente de Jacob no será sueño! En la tarde del día 24, distinguidos americanos y franceses se reunían en el taller de M. Gaget Gauthier, y oían las palabras profundas de Laboulaye, el francés que ama a América, y veían al ministro de los Estados Unidos clavar solemnemente el primero de los clavos que remata la primera de las planchas que ha de unir a su pedestal de dura piedra la estatua majestuosa. El hombre es un magnífico combatiente, lanzado a la tierra, armado de todas armas, a la conquista de sí mismo.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de noviembre de 1881

24

E S P A Ñ A

Animada batalla.—Nuevos códigos políticos.—Ineficaz y tímida reforma en Hacienda.—Derechos del café y del cacao.—Maestros de alta esgrima.—Miseras colonias.—Política futura

Nueva York, 29 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Se ha abierto la campaña. El gobierno nuevo ha enseñado sus arsenales, y está en juicio. En la mesa de proyectos del Senado depuso el Ministro de Justicia sus osadas reformas civiles; en la de las Cortes, ha colocado ya el Ministro de Hacienda su pliego de reformas financieras. Osadas son aquéllas, no para los tiempos que ya las han sancionado, sino para la monarquía, que riñe con los tiempos. Las reformas financieras, con romper briosamente con la leyenda canovista, son incompletas y tímidas. Los hombres aceptan antes el matrimonio civil que el librecambio.

Desusada animación alegra la casa de las Cortes. El grave Senado se remoja. Toma el Palacio Real aires de Presidencia de República. Los nobles tradicionales andan hoscos y huraños. Sagasta y sus grandes tenientes ocupados en traer a la manada gubernamental a estos y a aquellos sagastinos descontentos. Posada Herrera, hombre sagaz, caballero grave, político cómodo, cauta persona, que tiene siempre un cubierto posible en la mesa estrecha del poder, preside, con gran ira del elemento brillante y activo del partido, las sesiones de Cortes. A Cuba se envían migajas de libertad, servidas en plato pomposo por un general hidalgo. La batalla política será brillantísima. Van a decirse maravillas en este Parlamento. Los grandes de la palabra ocupan ya sus sitios. El ensayo de monarquía liberal principia con el calor, el lujo y el brillo de un ataque de vanguardia.

El día 21 de octubre fue día solemne, día de vindicación, día histórico. Los ministros del rey Borbón presentaron al Senado de España para su aprobación las generosas y prudentes leyes dictadas por la revo-

lución que volcó en 1868 el trono borbónico. En el salón rectangular del Senado ¡cuánta inquietud!, en los pasillos de entrada amplios y silenciosos ¡cuán pintoresco movimiento! ¡Qué hablar! ¡Qué debatir! Tenía la casa de la Ley aspecto de Universidad en día de fiesta. Vestía la política española galas primaverales. Rebosaban gente las tribunas públicas. Los pasos de los precipitados senadores hollaban rápidamente la mullida alfombra. Se asistía a un renacimiento, más trascendental aún, que el nacimiento mismo. Más que imponernos al enemigo, importa y alcanza que el enemigo acate nuestra obra. ¿Qué nos da que otro sea el ejecutor glorioso de nuestra buena voluntad, si nuestra buena voluntad es ejecutada? Así el día 21 en pleno Senado real la revolución vencía. A la izquierda de la mesa presidencial, alzáse el banco de los ministros. Con voz segura leía desde ella el Ministro de Justicia, jurisprudente cívico, los códigos que somete el gobierno a la discusión y voto del Senado. El gran derecho nuevo está en los códigos. Ellos restablecen el matrimonio civil, y ordenan que todos los matrimonios desde la supresión de la ley, hasta hoy verificados, sin más sanción que la eclesiástica, acudan a la humilde mesa del alcalde, y obtengan de ella, so pena de invalidez, la sanción del Estado. Ellos, urgidos por el clamor de la época, suavizan la ley matrimonial en cuanto al divorcio, y proveen ampliamente, con acto justo y generoso, a la legitimación de los hijos naturales. ¡Ah! ¿por qué no quitar derechos a los padres naturales en vez de quitarlos a sus hijos? Fijan los códigos la capacidad de ambos sexos para contraer matrimonio de libre voluntad, y autorizan al varón de 23 años a que lo contraiga y a la mujer dan el mismo derecho que antes; hasta los 25 era requerido el consentimiento paternal. Rigurosa y cerrada, no acorde siempre con las indicaciones del juicio, y las naturales preferencias del corazón, son las leyes que rigen hasta hoy los testamentos: el código de Sagasta liberaliza la facultad de testar y legar. Domina aún en la disciplina conyugal el principio gótico, y es más que compañero, señor y castellano el marido: la ley reforma estos preceptos duros, y mejora la condición de las casadas. En cuanto a procedimiento, pareció atrevido a los más prudentes miembros del gobierno, solicitar, tan a raíz de una situación absolutamente hostil a esa clase de juicios, proponer la readopción del jurado y en vía preparatoria, solicita el Ministro la creación de procesos públicos y orales en las causas de crimen, con presencia de los acusados. Los abanderados de todos los partidos sacudieron al aire, con ocasión de la lectura de estas leyes, sus banderas de lidias y afilaron sus más lucientes y firmes espadas. De-

terminó el gobierno, que cuenta entre sus secuaces arrebatados belicosos y diestros oradores, sus líneas de defensa. Reina España entre los parlamentos europeos por su estrategia parlamentaria. Son combates artísticos, irreprochables, deslumbrantes. No tiene Damasco, ni tiene Toledo. hoja mejor que aquellas lenguas. Monumentos son los discursos y estatuas animadas parecen los oradores. Parecen lidias de maestros de armas en circos espaciosos, claros y limpios. Las manos para batallar se visten de guante blanco. Las espadas, para asestar el penetrante golpe, envuelven su punta en blanda lana. El trueno para resonar se monta en carros de oro.

En el inquieto Congreso, casa más propia del elemento juvenil y activo, abrió el Ministro Camacho, que goza de alto crédito como maestro en cosas de Hacienda, su cartera llena de proyectos ante los diputados. No son éstos de ahora, como los proyectos de los gobiernos de España, venidos al poder frecuentemente de modo inesperado, y con obligación de transacciones y connivencias infructíferas, improvisaciones audaces o compromisos menguados, o formas vagas de aspiraciones inconcretas, o mentes confusas; son esta vez los proyectos del Ministro obras luenga y cautamente meditadas, cuya solidez ha sido favorecida de una parte por la seguridad que los sagastinos tenían de venir al poder bajo el rey Alfonso, y de otra parte por la prolongación y demora del advenimiento. Mas esta concienzuda meditación no ha podido dar a los proyectos el carácter definido, radical y vigoroso que de muy buen grado, a permitírsele las fuerzas vivas del país, le hubiera dado el Ministerio. Coqueterías de dama temerosa son las tentativas de librecambio que en el proyecto asoman. España rebaja algunos derechos, de manera considerable, mas no rebaja aquellos que han venido siendo objeto de mayor renta para sus aduanas, y garantía para sus industrias peninsulares, y ruina para las industrias de sus colonias, sino en cantidad ineficaz y mezquina. De un lado anuncia que celebrará, sobre bases liberales, convenios nuevos con los países con quienes los tiene celebrados sobre bases que el nuevo Ministerio juzga estrechas; mas del otro establece que se reserve el derecho de imponer derechos de importación adicionales a los artículos extranjeros venidos por mar que sean también producidos en España, y cuya introducción en favorables condiciones pudiera causar daño a las industrias españolas. Y de la misma tímida rebaja que hace a la introducción de los frutos coloniales, resérvase el gobierno el derecho de suspenderlas conforme a las emergencias del Tesoro o a los intereses de la industria peninsular. Y ni el Tesoro ha de dejar de tener emer-

gencias, ni han de ser mortales enemigas las industrias de la Península y las de las colonias.

Con el presupuesto presentó el Ministro. a estos escarceos, penurias de libertad, falsificaciones peligrosas, y disimulos pueriles, compelido por los intereses despóticos de los navieros de Cataluña, exportadores de Santander y azucareros de Málaga,—veinticinco proyectos de ley modificando impuestos varios. Y a más, por de contado, el presupuesto anual. Fija el presupuesto los gastos para el año de 1882 a 1883, en \$157.000.000 en cifra redonda, y estima las entradas del año en \$157.500.000. Redúcese las contribuciones sobre la tierra de 24 a 16%. Todas las deudas del Tesoro redimibles y privilegiadas, excepto los bonos del ferrocarril, se funden en \$360 millones al cuatro por ciento puestos a circular a 35, y redimibles a la par en cuarenta y un años. Pide a más el Ministro autorización para contratar con los tenedores de bonos la conversión general del resto de la deuda española, hoy de clases diversas, en una sola deuda, de una sola clase que reúna los \$1,900.000.000 por España adeudados. ¿Cómo—se preguntan los incrédulos—hará el Ministro de Hacienda esa maravilla? El Ministro se lisonjea con la esperanza de que, gracias a la economía que con la conversión de las deudas menores al cuatro por ciento realizará anualmente, podrá ofrecer un aumento de interés, sobre el que hoy devengan sus acciones, a los tenedores de bonos de la deuda de España, que a este precio y con esta perspectiva consentirán tal vez en abandonar una tercera parte del interés devengado, y dos tercios del capital nominal: con lo que la conversión podrá hacerse, y habrá equilibrio entonces entre los intereses de la deuda y las contribuciones reducidas. Declara otro proyecto que los productos de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, serán desde ahora admitidos libres de todos los derechos en la península. Y es este proyecto, sin duda, cosa excelente, sólo que exceptúa de esta introducción libre a todos los productos de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. El tabaco continúa sujeto a los mismos gravámenes que hoy entraban su venta en España: los licores espirituosos pagarán diez pesetas por hectolitro; cada cien kilos de azúcar abonará ocho pesetas y setenta y cinco céntimos, y cada cien kilos de chocolate y cacao pagarán veinticinco pesetas. 35 pesetas pagarán cada cien kilos de café. En enero de 1885 se reducirán en la mitad estos derechos. En enero de 1888 serán abolidos. Cosa también excelente ésta: sólo que dicho ha quedado que, de exigirlo el Tesoro,—que ha de exigirlo—o de imponerlo las industrias peninsulares—que han de imponerlo—resérvase el gobierno el derecho de suspender los efectos de esta ley en apariencia

providente y generosa. Cuenta, pues, la agitada España, con una legislación nominal de Hacienda más.

No oyó el Senado la lectura de las nuevas leyes sin aprobar antes, como es hidalga usanza, el discurso de respuesta al discurso de apertura de las Cortes por el rey. 61 senadores votaron contra el sentido del discurso del Senado: 136 senadores lo aprobaron. En casos de alta política se ha visto recientemente el reino, ya con el Pontificado, a causa de las revueltas últimas de Roma, ya con Francia, por el desastre cruento de Saida,—y de ambos casos dio cuenta al Senado el enérgico marqués de Vega Armijo. Pulidas y afectuosas frases de congratulaciones ha tenido Sagasta para los conversos democráticos que han venido a doblegar la altiva rodilla en las gradas del trono;—y con bravura ha defendido su política osada, que él estima que, con el aplauso de España, tiende a poner término al largo divorcio en que han venido viviendo la monarquía y la libertad.

A las puertas del Congreso claman en tanto, arruinadas, inquietas, rechazadas, las diputaciones de Ultramar. ¿Ni cómo ha de oírse las, si oír las importa la inmediata ruina de las provincias exportadoras del norte de España, que, luego de perdido el rico mercado en que imponen a altísimo precio sus productos inhábiles para la competencia, no tendrían puerto en que vaciar los artículos de cuya venta en Cuba hoy viven? ¿Ni cómo ha de permitirse de un modo real y efectivo el cabotaje que suprimiría el monopolio vejaminoso que Santander goza con la introducción de sus harinas en Cuba, si con la libre introducción en España de los azúcares cubanos que con el cabotaje tendría, se consumaría sin demora la ruina de los azúcares andaluces, hoy nacientes? Bien es que vaya un general caballeresco a hacerse amigos en la gentil y misera colonia; bien es que con el general Prendergast vayan a Cuba relativa benignidad, inusitada cortesía, no usual respeto a los dolores de la Isla; bien es que el primer acto del Capitán General nuevo haya sido el alzamiento del destierro de los periodistas que desterró el Capitán General Blanco,—entre los cuales cuenta el hijo de un poeta popular, incorrecto e inspirado, López de Briñas. Mas es lo cierto que en Cuba los militares mismos descenden a los periódicos a discutir agriamente las cosas políticas; que la policía recoge, y el gobierno suspende *La Discusión*, el diario más popular, brillante y activo del país; que las elecciones violentas y hurtadas que han enviado a las Cortes de España, con su número excesivo de diputados conservadores elegidos por las comarcas que a seguida eligieron una mayoría liberal de diputados locales, un fruto re-

conocidamente espurio,—han sido ratificadas por las Cortes, y por el gobierno de Sagasta amparadas, so pretexto de no ser prudente reencender con una contienda nueva el no apagado fuego de la última contienda electoral. Es lo cierto que los diputados mismos que con más brío sustentan en el Congreso las peticiones de los cubanos liberales, no se atreven, a pesar de su libertad indominada y absoluta, a formular en las Cortes la demanda que pública y oficialmente formulan sus comitentes en la Isla. Labra, orador impetuoso y elegante; Portuondo, alma fiera y hermosa; y la suma de diputados liberales de Ultramar presentaron el día 27 de octubre al Congreso una enmienda a la respuesta al discurso de la Corona, en cuya enmienda se advoca el trabajo libre, la abolición del castigo corporal, la aplicación estricta de la ley constitucional que garantice la seguridad de los ciudadanos contra los actos arbitrarios del gobierno de la colonia, medidas que desarrollen el comercio, y toda aquella suma de gobierno local que sea consistente con la supremacía de la madre patria en la Isla. ¡Débiles remedios a tan grandes males! Ni blandura de nombres, ni indirectos caminos quiere política honrada y saludable. Lo que urge, ha de pedirse urgentemente. ¡Cuán pobre de voluntad y medios de satisfacer los menesteres vitales de la colonia anda este gobierno, y los que puedan sucederlo! ¡Cuán desmayada, desconcertada y empobrecida está la Isla!

Así adelanta la política de cabotaje, de recodos y costeos, de nombres y promesas, de concesiones recortadas que viene rigiendo a la paciente España. Cierta es que a la luz de soles débiles se crece poco, pero se crece. De la espera viene fuerza. De la demora viene empuje. O afrontan de lleno estos políticos forzosamente tímidos las cuestiones vitales que intentan regir, o estas cuestiones, llegada su hora álgida, hallarán forma y dejarán detrás de sí a los tímidos políticos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 16 de noviembre de 1881

25

I T A L I A

Entrevistas de reyes.—Pontafel, la frontera.—Un trozo de la cruz.—León XIII habla a 2,000 peregrinos.—Reunión tumultuosa.—“¡Italia irredenta!”

Nueva York, 29 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Diríase que se aproxima para Europa un gran combate, al ver con qué premura toman puesto los combatientes, como en cercanía de próxima lid. Acá es el zar de Rusia que abraza a bordo de un *yacht* al káiser de los alemanes; allá es el rey joven de España que cambia cortesías en Cáceres con el meditado y cortés rey de Portugal; luego se anuncia la entrevista, que el cable alternativamente niega y ratifica, del emperador de Rusia y el de Austria; y hoy, en la hermosa Viena, los reyes de Italia son huéspedes de Francisco José y la emperatriz, benévola señora.

Paseo de victoria ha sido para los reyes italianos el paseo a Viena. Humberto y Francisco José van a ratificar allí sus tratados de paz, en los que Alemania y Francia figuran de fijo, y a concertar alianzas que juzgan necesarias. No serán contra Francia, que Austria agasaja e Italia, a pesar de la presencia de Francia en Túnez, ama. Ni parece presumible que sea contra Alemania, a cuya capital se anuncia una visita de Humberto, aunque el anuncio es aislado y vago, y con cuya nación está aliada Austria. Mas frunce el ceño el Canciller alemán porque Austria no secunda su rapsódica y avara política. Nada anuncia, sin embargo, suceso tan grave como la alianza de los reyes del mediodía contra el rey de hierro. Y siendo cierto que importa a dos vecinos que han sido enemigos ratificar su amistad, y conocer hasta qué punto, en caso de conflicto con gentes extrañas, podrán contar uno con otro, a medida de amistad, y prudencia, más que a medida de hostilidad prematura, debe achacarse el encuentro del rey de Italia y el marcial emperador austríaco.

Margarita, la madre tierna, la esposa amante, la escritora distinguida, la reina amada, ha ido a Viena, por invitación expresa de la esposa del

emperador, que de Pest ha ido a encontrarla a la arrogante capital de Austria. Fatiga a la emperatriz la fusión auto-húngara. La quieren los húngaros en Pest, y es motivo de celos para ellos que esté en Viena. Y en Viena la quiere Austria.

En Pontafel, frontera austro-itala, fue la primera animada y cordial fiesta. Los caballeros del emperador encontraron allí a los huéspedes reales. El conde Pejaesevith recibió a Humberto en nombre de Francisco José. El conde Wilezec, nombrado por la emperatriz caballero servidor de Margarita, expresó a la dama italiana vivos afectos de la dama austriaca. Los esposos de Italia hablan alemán. Una linda doncella húngara ofrece a Margarita, que lo recibe con efusión, un lindo ramo de flores "que ha cogido para ella en los jardines de la aldea". El conde Robilaut, embajador de Italia en Viena, privado de su brazo izquierdo que perdió en la batalla de Novara, estrecha la mano del conde Pejaesevith, que perdió en Sadowa su brazo derecho. Los campesinos cubiertos de nieve, pero entusiasmados y alegres, se apiñan a las puertas de la estación, vestida de flores ricas, lujosas plantas tropicales, y alegres pabellones. No cesan los vítores. Cuando el tren parte, camino ya de Austria, óyense ensordecedores hurraş: "¡Evviva il Re Umberto!" Muchos buenos aldeanos corren tras del tren, agitando en las manos sus sombreros pintorescos, y van gritando, hasta que la locomotora va ya lejos: "¡Bon viaggio!" De mañanita salieron de Pontafel. De noche ya llegaron a Viena. Francisco José y su hijo Rodolfo aguardaban en la estación a los huéspedes. Los monarcas se besaron en las mejillas. En las calles, entre masas de gente que vitoreaba al rey liberal con desusado calor, adelantaron los carruajes regios hasta el Hof-Burg. Las reinas se saludaron. Y los monarcas de Italia fueron a ocupar las suntuosas habitaciones que la cortesía imperial les destina, y cuyas altas y arrogantes ventanas sobre el perfumado y ameno Volksgarten, jardín sobremano hermoso, tenido por uno de los más bellos de la tierra. Muy ricos son los aposentos de los reyes. De retratos de ellos, y de la familia imperial, colgados entre paisajes de manos famosas, llenan las paredes. Mesa de escribir de oro han puesto a Humberto. Por entre las cortinas de raso color de rosa que ocultan el lecho de Margarita, alcánzase a ver fijada a la pared con un grueso clavo rústico, un trozo de madera de los que una inscripción latina afirma al pie que fueron tomados de la cruz en que el glorioso Jesús vertió su sangre. De blanda alfombra de Esmirna, menudamente labrada, está cubierto el pavimento. Sobre la sacra reliquia, muéstrase una admirable Virgen y un puro niño, de

la blanda y melodiosa mano del Correggio. Blanco y de oro, con cortinajes de pálido azul, es el tocador de la reina. En el medio de su sala de recibo, tapizada de raso azul con adornos de plata, cuelga una artística lámpara de Venecia. De seda roja es la sala corte de Humberto, cuyas puertas abren al famoso Salón de los Espejos. Al rey asisten, como consejeros políticos, Mancini y Depretis, y el caballero Robilaut. Y toda la imperial familia, a la voz del padre congregada, ha venido al palacio. Los grandes duques y las grandes duquesas, allí están, por orden de Francisco José. Rodolfo y Estefanía, los príncipes de la Corona, y el príncipe Leopoldo y la princesa Gisela, y el duque Luis de Baviera han venido a hacer honor a esta fiesta de reyes.

Allá queden,—y en Roma triste el Papa. Se dice que el emperador de Alemania le ha ofrecido un asilo en Colonia, la ciudad que, con su magnífica iglesia por altas crestas y ricas torres rematada, se ha ceñido las sienas con corona de mármol. Se dice que ya se avecina el día de su salida de Roma, y España y Malta corren por los labios de los que propagan los graves rumores. Ni oculta el Pontífice su inquietud, su deseo de poner fuera del alcance de la turba la silla católica, su propósito firme de salir de Roma. Sentado estaba el día 16 en su trono de la catedral de San Pedro. En todo su brillo resplandecía la augusta Basílica. Una pálida luz como de interna pena, iluminaba el rostro de León XIII. Clamores estruendosos acogieron su presencia, como un ejército que vitorease a su jefe. Dos mil peregrinos se postraron a sus pies, y once mil fieles oyeron sus melancólicas palabras. Cosas extrañas deben pasar en el hombre que alcanza la consagrada altura. Debe la tierra entera parecerle su hija, y debe llevar en su seno una grande angustia, y sobre sus hombros un terrible peso: casa suya le parecerá el cielo ignorado. Mas no las frases del Pontífice: "No creáis, mis hijos, que porque sean hechos cumplidos, acepto los hechos que vengán en daño de la casa católica y del bien de los humanos. Ved cuán vanas son aquellas pregonadas muestras de respeto al Vicario de Dios, y a nuestra fe querida. Motines, revueltas, asechanzas, gritos hostiles reciben en todas partes los actos y los guardadores de la fe. ¡Orad, velad, católicos! La libertad y la independencia del Papa son necesarias al bienestar del Universo; esta silla me ordena que combata por la libertad e independencia del Pontificado. ¡Nuestras armas son espirituales, y nosotros venceremos!" Y levantó la flaca mano, y bendijo a los prosternados peregrinos.

No eran seis días pasados, y daba Roma nueva ocasión de quejas al Pontífice. Catorce años hace, los hombres de la Italia libre cambiaron

en Roma golpes de armas con los soldados de Pío IX, y a la vez cayó sobre la tierra, en lucha airada, la sangre de los soldados de Garibaldi y la de los zuavos del Pontífice. Aniversario tumultuoso fue el de la batalla: muchedumbres inquietas repletaron el campo del combate.

"¡Italia irredenta!",—Italia irredimida,—decía una corona que colgaba de una rama de árbol. Coléricos discursos, acalorados recuerdos, desembozadas amenazas señalaron la reunión agitadaísima. Ricciotti Garibaldi, amado de los romanos, les decía palabras fogosas. La policía arrancó del árbol la corona. Así con sus actos propios, se dibujan los tres elementos que mueven la interesante vida de este pueblo eterno, que ha visto pasear en sus bosques de estatuas a los dos poderosos más grandes de la tierra, el César y el Pontífice; y a cuyo nombre, con amor incontenible, se conmueven agradecidos los humanos. Donde amó Dante y esculpió Buonarroti, alcanzó el hombre su más grande altura. Así quedan moviéndose, impaciente y amenazado el poder católico; moderado y activo el poder civil; desbordado y pujante el pueblo italiano.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de noviembre de 1881

26

F R A N C I A

Diputados y libros.—Dos tumbas nuevas.—"Nouma Roumestan".—Gambetta forma Ministerio.—Reñida batalla.—Ferry, Faure y Clemenceau.—Epoca nueva

Nueva York, 12 de noviembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

En nueva vía ha entrado la república: nuevos ministros cercan al anciano Presidente: de definir y arremeter ha sonado la hora: no de arremeter con ansia loca y ojos vendados contra todo lo que está en pie, sino de asistir a las fuerzas invasoras de las ambiciones desordenadas y rencorosas de abajo. En política, resistir vale tanto como arremeter. Ha venido la República Francesa como buscando casa, y no halládola, con dineros y tamaños para alhajarla bien, y ocuparla dignamente: y se trata de dar definitiva casa a la república; de fortificar sus ruedas, de modo que un vuelco rudo e imprevisto no las desengrane; de privar de medios de victoria a las potencias secretas que minan la obra lenta de los que quieren devolver el hombre al hombre, y arrebatarlo a las castas soberbias; de hacer tan potentes y amables las victorias de una franca, generosa y activa democracia, que toda apelación a gobierno histórico, falsa mejora o falsa honra, no hallen eco en un pueblo hecho ya al saludable gobierno de sí propio. Combatir sin odio, fundar sin prisa; reconocer sin cobardía; conciliar sin debilidad; cautivar por el éxito, la prudencia y la buena fuerza que viene de la justicia de la mente, y no de la pesadumbre de las armas; habituar al gobierno de Francia al gobierno de sí; darle los medios de su consciente manejo y conocimiento claro; instituir una nación nueva, moderada, grave, libre, pensadora; con fresca sangre enardecer las venas debilitadas por la efusión de sangre inútil en prematuras tentativas o por la absorción de los sutiles venenos del último imperio: esto significa la creación del nuevo Ministerio que hoy dirige a Francia, y de cuya minuciosa formación no trae aún cuenta el cable. Gambetta lo preside. De sus peligros ha sacado triunfos. Ascende al poder no ya de una manera violenta

constreñida, y apresurada; sino majestuosamente, y como quien toma lo que es suyo, en la hora justa, con grandísimo séquito, en calma solemne, venerado de amigos acatado de adversarios. Parecía pocos días hace como que iba al Ministerio, contra deseos suyos, con malicia empujado por los que saben que violentamente muere lo que violentamente nace. Y así era, y así iba. Mas él, a quien ayudan con desinterés tan generoso los austeros fundadores de la nueva República Francesa, dio tiempo a las iras a que se mostrasen hambrientas y flacas, a las calumnias a que viniesen a tierra, al gabinete existente a que muriese con decoro, a la Cámara de Diputados a que le eligiese, como voto de aprobación que da idea de la fortaleza y cimientos de su venidera política, para ocupar de nuevo el sillón presidencial que, hoy, conocedor ya el país del imponente voto, cede la Cámara al amigo de Gambetta, el cuerdo Brisson. No despedazan estos caballeros de la república a la matrona que aman, luchando, como los ambiciosos suelen, por ver quién ha de llevarla al fin del brazo; sino que, como la aman de veras, cuidan de sus pasos, y le preparan el camino, y la guían con prudencia, y se la ceden noblemente, cuando el brazo de cada uno está cansado.

Parecía inevitable una catástrofe. Acusados de haber llevado la guerra a Túnez por manejos de bolsa, y no por utilidad patria, veíase ya rodar por tierra sin decoro a los últimos ministros. Representantes ellos, si no del espíritu innovador y decidido de la actual Cámara, de buena parte de fuerzas vivas, prudentes y sanas de Francia, imaginaban con regocijo los enemigos de la república cómo el gobierno de Gambetta nacería privado, por no haber de acudir a hombres caídos en reciente descrédito, del apoyo de las clases conservadoras de la república, en el último Ministerio reflejadas. Y vendría a parecer Gambetta, no fuerza temible, compacta y unidora, sino fuerza lateral, parcial, menos temible, que tendría contra sí a los extraños y a porción grande de los suyos. Mas no desapareció el gabinete en la sombra oscura, como se quería, sino en leal batalla y campo claro; no le fueron probadas, aunque de ello se le acusó elocuentemente, las villanas razones por que se afirmó que movió la guerra en Túnez; no fue el debate de la cuestión tunecina, anunciado como reñidísima y desastrosa contienda, sino monótona y tibia lid, en que la habilidad del Ministro Ferry, anticipándose a todos los cargos de orden bajo y deshonesto que al Ministerio se habían hecho, dejó desde el comienzo medio vencidos a los tímidos y confusos interpelantes. De derribar al Ministerio se trataba en el estruendoso debate, y el Ministerio se presentó a la Cámara de digna manera, y explicando

de llano y natural modo que se estimaba ya fuera de oficio, y venía a dar cuenta de sus acciones a los representantes. Los golpes antes de dados, fueron parados. Querían intransigentes y monárquicos impedir la reunión de las masas republicanas de la Cámara en apoyo de Gambetta y la elección de Gambetta para la presidencia,—que fue el acto primero de la Cámara nueva,—demostró que estaban unidas. Querían echar por tierra con estrépito al gabinete de Ferry, para sacar de combate a una gran porción moderada de las filas de la república, y el estrépito se hace imposible por la digna apostura y diestra conducta del ministro Ferry, y el gabinete se anuncia y no por las razones de la presión, sino por otras reales y distintas, voluntariamente derribado. Querían segregarse a Gambetta del importante bando reflejado en el gabinete que acaba de presentar y ver aceptada su renuncia, y acontece que por la firmeza, tranquilo consejo, y previsión segura de Gambetta, resignóse el gobierno caído a afrontar la falsa ira pública, fraguada por interesados periódicos, a aguardar a que de su propia pobreza muriesen las acusaciones tremendas, y a presentarse, con la fuerza de la calma y la energía de la honra a la Cámara nueva adonde irían como fueron, desconcertados por el no esperado vigor del contendiente sus bulliciosos enemigos. Queríase, aun en extremo último, dar causa de riña o aparente división al gabinete saliente y al entrante, y he ahí que, aturridos los diputados luego del monótono debate, y desaprobado el voto de censura al Ministerio y desmayado el ataque, y perdidas, por el bando de la acusación y el de la defensa, las bridas de esta lid parlamentaria, ya rendida la Cámara de inútil fatiga, y de no hallar fórmula propia para cerrar la enojosa contienda, con fórmula de Gambetta, que sube sencillamente a la tribuna, fórmula honrosa para el Ministerio, justa y simplemente resuélvese el irresoluto conflicto. Así, como conciliador, como amparador de los vencidos, como seguro de sí y de los otros, y alzado en hombros de la Cámara entera, que le da prenda solemne de franco e indudable apoyo ante la ansiosa Francia, sube al gobierno de la república, no a manera de audaz sectario, ni de castizo acróbata, ni de favorecido aventurero, sino con esa soberana majestad que da el apoyo de los hombres libres. Sube de tal modo; que no caería completamente, aunque cayera. Sube tal vez, sin menguar por eso la autoridad del Presidente de la República, con poderes en cierta capacidad presidenciales: porque no habiendo de ser, en la actual condición política, el gabinete que ahora forme, por ser de necesidad inmediata, aquel de que, por acuerdo mismo de los que han de formarle, le será posiblemente menester valerse para el acabado

desenvolvimiento de sus planes, y entrada definitiva en las vías nuevas, anúnciase que formará a la cabeza de su Ministerio, en que habrá hombres prominentes de todas las secciones útiles y leales del partido republicano, no como Ministro de especial ramo, sino como director político, y Presidente sin cartera. Y entra a ser fuerza visible; y pecho herible, como querían sus enemigos que aún esperan vencer en él a la república; y sus amigos, que de él seguros, no dudan de que por él, y por su tacto pasmoso y oportuno brío, habrán de consolidarla: “nos parece”—decía poco ha la *República Francesa*, “que no puede por más tiempo continuar Gambetta como una fuerza inerte en la república”.

Nació como muerto aquel que había sido con tanta ansia esperado, debate famosísimo de Túnez. Brisson había sido electo, por formidable mayoría de 347 votos, presidente de la Cámara. Con 33 fue favorecido el duque de Bisaccia, legitimista. Y con 18 el caballero Jolibois, bonapartista. Y no entre los más avanzados que figuran entre las fuerzas fundadoras y reales de la República, sino entre diputados señalados por sus pareceres moderadores eligió la Cámara sus cuatro vicepresidentes. Philippotteaux, Derés, Lepère y Spuller fueron electos para la vicepresidencia. Floquet, miembro ilustre de la Cámara, fue vencido en la elección. Los diputados de la extrema izquierda dividiéronse honradamente a propósito del voto presidencial, por cuanto estiman los más resueltos que no es probadamente genuino el desagrado con que sus compañeros ven la mesurada y diestra política de Gambetta. Señalábanse en esos mismos días gobernador nuevo para Susa y Kairouan; Kairouan rica, de cuyos telares maravillosos salen a ser holladas por breves pies de mora muy muelles alfombras, y a envolver gallardos cuerpos de árabe albornoces muy blancos; Kairouan sagrada, en cuyas mezquitas numerosas no se ha permitido aún poner profana planta a los soldados invasores, que en gran número acampan a la sombra de los muros de la ciudad industrial y bella, en espera de nuevas hazañas en más lejanas tierras. El día 5 Brisson presidía. A replicar a lo que llama infames ataques contra el Ministerio se levanta Ferry. En vano le interrumpen con ruidosos clamores. Quien así habla, faz a faz de hombres libres, tiene derecho a hablar así. Luego con ministerial cautela, y sobriedad de hombre en gobierno, insiste, con hábiles reticencias, en las causas graves, más del porvenir que del presente, que han determinado la acción rígida y tenaz de Francia en Túnez. “Del gabinete”—dijo—“harto se sabe, y desde ha mucho tiempo, que creía terminados sus poderes con la desaparición de la Cámara de quien los recibió. Mas tenía el deber

de presentar el rostro, y no huirlo, a las amenazas, acusaciones e injurias de sus adversarios, y aquí viene a dar ante el país cuantas explicaciones se le exijan. Si ansiáis el debate, comenzad cuando queráis, que más lo ansiamos nosotros. Mas que sea pronto,—¡que así lo deseamos!” En torno a la Cámara no había espacio vacío, sino masa de gente. Rebosaban las galerías de espectadores. No estaban, como otras veces, ausentes los diputados de los bancos. En su puesto de otros días, en la primera fila de bancos republicanos de la extrema izquierda, sentábase Gambetta. Grande era el anhelo. Mas comenzó con singular desmayo la batalla. Había tres interpelaciones anunciadas, la de Naquet, la de un caballero Amagat, profesor en Montpellier, la de De Roys: y se esperaba oír a Naquet. Mas se volvió a oír la palabra serena, avizada y pronta de Ferry. “Bien recordáis”—decía—“que no hace mucho estaba la Cámara en acuerdo perfecto con el gobierno, y veían los franceses la expedición a Túnez como una necesidad nacional y política. Mas ciertos caballeros que han vuelto de Nouméa hallaron que les convenía hacerse eco de las acusaciones hechas al gobierno por los conservadores, y mantenerlas como un grito de guerra en las elecciones. Francia no podía, caballeros de la Cámara, dejar a Túnez, llave de su poder en Argel, a merced de un poder enemigo. ¿No se pensaba desde 1864 en la ocupación de Túnez? Que hemos inventado lo de los *kroumirs* se dice: 2,365 invasiones organizadas han hecho en territorio argelino en los últimos diez años los *kroumirs* que inventamos. El bey, por motivos evidentes confesaba la razón de su desafecto, volvía la espalda a Francia, y hería nuestra influencia e intereses. No es verdad que esté desorganizado el ejército: de ser llamado ahora mismo estaría listo para su movilización. Golpe mortal al fanatismo musulmán ha dado la expedición francesa; y no a nuestra expedición, sino a la agitación religiosa del país, debe en justicia atribuirse la agitación en el mediodía de Túnez.”

Grandes risas oía a poco la Cámara, mas no las causaba el discurso de Ferry, desatendido en algún momento con señalada descortesía, sino el del caballero Amagat, el profesor en Montpellier. Qué dijo, no se sabe, mas sí cómo lo dijo. Burlas, carcajadas, protestas corean su peroración. Y es que el buen caballero ha traído escrito y pronuncia con singular afectación, un discurso opulentamente hinchado. ¡Cosa más alta es la Cámara que escuela de retórica! Ni cede ni se turba el caballero, y con apóstrofes grandilocuentes, y gigantescos ademanes, responde a los chistes y clamores que como lluvia de dardos le vienen de todas partes de la Cámara. Y él lee impávido: y gesticula melodramáticamente; y ter-

mina su discurso, al cabo de dos horas. Cansados salen los diputados de aquella escaramuza, y ya se dice que no se votará en daño del Ministerio el ignominioso voto de censura proyectado. En la nueva sesión, Naquet acusa al Ministerio de falta de franqueza y energía y de haber conducido la guerra de modo que ayudase a sus propósitos electorales. Con emoción oye la Cámara a Amedée Le Faure que viene de Túnez, y cuenta tristes cosas de la salud y vida de las tropas. A 200 hombres dicen que están reducidos algunos regimientos, y a su cuadro de oficiales algunas compañías del ejército francés, desbandado sin tino para enviar fuerzas a Túnez.

“¿Pues no sabéis”—exclama—“que para dar una guardia de 30 ó 40 hombres al presidente de la Cámara ha sido necesario reclutarla de dos regimientos?” Con risa irreverente es recibida la respuesta del general Farre, que en debilísimo discurso afirma que estima irreprochable su conducta, y que de cuanto han menester están provistos, contra enfermedades y fatigas, los soldados de Túnez. Ferry lleva aún en alto su bandera; mas la de Farre ha caído de sus manos. Así iba el debate empobrecido, cuando le da Clemenceau, rival de Gambetta, y jefe de avanzados, inesperado brillo. Recoge con arte, exhibe con fuerza, y dispara con mano segura los dardos dispersos. Con arranques de meridional elocuencia matiza y engrandece su lógica plática. Cautiva a la Cámara. Declara, entre grandes aplausos, que tres grandes operaciones financieras habían determinado la expedición a Túnez—el ferrocarril de Bone-guelma; la hacienda Enfida; y el “Credit Foncier”. “O el gobierno sabía”—exclama Clemenceau—“adonde lo llevaba la expedición, y callándolo, ha engañado a la Cámara, o entró ligeramente en una aventura cuyas consecuencias ignoraba. Como patriota hablo: no para causar embarazo a un Ministerio virtualmente muerto. ¿Inquiera el Parlamento las causas de la guerra! ¿Deber de cuantos aman a la patria es hoy averiguar esta verdad! ¿Habéis desconocido la Constitución, engañado a la Cámara, infringido los derechos del sufragio, violado la nacional soberanía!” Fue para Clemenceau día de fiesta el de su discurso, y pareció rica pieza oratoria, bien aderezada y movida. ¿Mas, qué había sido de aquel cúmulo de probanzas de culpa, tan altamente anunciadas, y con tanta desenvoltura publicadas por los periódicos intransigentes? ¿Qué de aquella cerrada acusación, y de aquellos tribunales al aire libre, y de aquellas sentencias al Ministerio y a Gambetta, y de aquellos haces de documentos

y revelaciones misteriosas y singulares? En aquel libérrimo debate, dijéronse nobles cosas, mas no éstas. Callados estaban los vocingleros acusadores.

¿De fijo que no tenían armas en las manos cuando no movían las armas! Desigual, tibio, incómodo venía siendo el debate. Lamentábanse en él falta de brío, de verdad, de aspecto literario. Se esperaba en vano que Gambetta hablase. Habló Ferry de nuevo, favorablemente juzgado en los periódicos del día. Con resuelto y levantado tono, como de hombre contento de sí, replicó a todos sus interpelantes. “¡Ved cuán vacíos estaban todos aquellos cargos terribles que nos habíais anunciado! No busquéis mi defensa en lo que digo para defenderme, sino en lo desmayado e incorrecto de vuestros ataques. ¿Qué nos echáis en cara en suma? Para obrar como le pareciera conveniente en Túnez dio la Cámara anterior autorización al Ministerio, en tanto que la guerra no fuese declarada: la guerra no ha sido aún declarada, y el Ministerio ha obrado como ha creído a Francia conveniente. ¿No es por cierto cosa necesaria proclamar los secretos de la política extranjera desde lo alto de las casas! Deber patriótico es frecuentemente callarlos. Si se declarase alguna vez la guerra del Mediterráneo, bien se vería entonces que el Ministerio ha cumplido con su deber.” Que se inquiera la obra del gobierno, y se acuse a los ministros, pide nuevamente Clemenceau; Mun, diputado realista, injuria a la república. Estremécese la Cámara, Gambetta quiere hablar: motín tremendo se alza. Insiste Mun en su injuria. “¡Seréis censurado, caballero representante, y temporalmente expulsado de la Cámara!” Y se comienza a votar, con gran prisa y descontento. Por causas generales, mas no por lo de Túnez, muere el Ministerio. No hallan cierre al debate. No determinan los acusadores la culpa, ni quiere la Cámara dar voto de censura al gabinete. “Resuélvase”—dice entonces Gambetta—“que se cumpla el tratado de Túnez de 12 de mayo, y se pase al orden del día.” Se resuelve, y 379 votos contra 71 absuelven al Ministerio. ¿Formará Ferry,—que en verdad ha demostrado lealtad, decoro, destreza y fuerza,—en el Ministerio que ha de presidir Gambetta? De amistad íntima hacían ambos gala durante las peripecias del debate; mas Naquet, teniente del tribuno, interpeló severamente al Ministro caído. Con ira se le ha combatido: y es el ser tratado con ira, señal de valía en el que de la ira es víctima.

En manos de Grévy depusieron el día 10 los ministros salientes sus carteras. Llama entonces Grévy a Gambetta, y habla con él largamente.

La misma prensa hostil hace coro a las alabanzas que la franca y varonil habilidad de Gambetta en este peligroso debate arranca. Recogió todas las redes tendidas a sus pies, e hizo riendas con ellas. Debilita esta indomable energía a sus contendientes. En debate que, aunque no enderezado a su pecho directamente, pudo originarle gran daño, aduñase del campo confuso, ordena las fuerzas desbandadas, y guíalas sereno. En dejar hacer más que en hacer ha consistido este triunfo de Gambetta. Responder precipitadamente a ataques falsos, no hace más que fortalecerlos. Es gran resorte en política dar tiempo de morir a lo que sólo goza de ficticia vida. Sonreír y esperar es a las veces manera excelentísima de combatir.

Y ¿de qué hablan en tanto los periódicos de letras? De un perfecto estudio de costumbres, que con nombre de novela, ha publicado el escritor de lengua de oro, Alfonso Daudet. No se buscarían en la mesa de este escritor pluma y cuartillas, sino colores y paleta. Es su mente como aparato fotográfico, dotado de la facultad de reproducir los seres y los objetos con todos los matices y brillo de la vida. Con seres reales y palpables surge una escasa trama: copiar vidas, más que imaginarlas, es su oficio. Imaginar le parece deslealtad literaria. Cree la presentación del defecto más útil que la plática poética. Luego de leer un libro suyo, parece que se ha vivido familiarmente con sus héroes. Su héroe es ahora un caballero político, que levanta como escudo de pelea el código moderno, que vive en lo doméstico como acontece a gran número de príncipes de la inteligencia en aquellas viejas tierras, sin esa saludable fe moral que lleva a la sofocación del apetito, y con ella a la faz del alma—¡bien único! ¡Mujer es para ellos elegante vaso, que se quiebra, y se arroja! ¡Hombre es maquinilla caprichosa, que se hace mover, como casual juguete, y no como divina obra, a placer y beneficio! ¡Y el buen vivir, y el pasajero aplauso, son para ellos objeto de la vida, y atenciones preferibles a estas otras difíciles de tener blanca la frente, y limpio de rumores este tribunal inacabable que todos los hombres llevan en el pecho!—Y es uno de esos hombres Nouma Roumestan—el héroe del libro de Daudet. Mas ¿quién es? le preguntan los curiosos. “Este y aquél, y hombres de todos los partidos en esta revuelta época. De uno tomé esta frase, y de aquél el afán de prometer, y del otro el rasgo desenfadado.” ¡Es Bardoux el republicano inquieto!—dicen en tanto los que presumen de haber visto de cerca los libritos de notas en que vacía Alfonso Daudet el germen de sus libros. Va recogiendo por calles y por salas sus escenas,

como recoge el pajarillo por tejados y aleros las pajas de su nido. Es decidor y gallardo, y frío y perspicaz observador.

De vivos habla el libro de Daudet. A muertos fue París a visitar el día clásico de los muertos. Es en todo país cristiano, día de piadosa peregrinación. ¡Mas, ay, que es la curiosidad quien va, y no el dolor, a los ricos cementerios!—El dolor es pudoroso, llora en la noche, y vierte flores sobre las tumbas en la mañana solitaria. Paseo suntuoso parecía aquella tarde el cementerio del Père Lachaise. Allí, sobre su arca de piedra con su perrito a los pies, bajo mezquino templete de breves arcos, descansan Abelardo y Eloísa. Allí cubiertas de musgo, desiguales, truncadas, altas se elevan tres columnas—en remembranza de tres hermanos muertos en la defensa del derecho de los hombres a sí propios. Allí sobre el pálido busto de Musset, inclina su ramaje el sauce que plantaron en el cementerio sus amigos. De una losa rota, sale un brazo desnudo, portador de una antorcha, a la que no falta jamás aceite: el brazo de Rousseau. De vida parece dotado el busto pasmoso de una niña italiana. Los príncipes han levantado allí pirámides. Los hebreos ricos se han hecho allí palacios, mas ¿ante qué tumbas se detienen sorprendidos los visitantes? Son sencillas, son elegantes. ¿Qué dice la una? “¡Sarah Bernhardt!” ¿Qué dice la otra? “¡Marie Croizette!” En vida se han asegurado las casas de sus cuerpos las dos actrices rivales. Es la Croizette milagro de hermosura. Y Sarah Bernhardt, de voluntad y éxito. Gracia y desenfado distinguen a aquélla: a ésta, empuje, intranquilidad, dominio, poder de vencer las desventajas que le creó la naturaleza. Sacerdotisa de los tiempos nuevos parecía Sarah Bernhardt cuando, recitando melodiosos versos en la escena del Teatro Francés, saludó con la verde palma que ornaba sus manos al glorioso Víctor Hugo. Y con regia arrogancia lleva sus trajes Marie Croizette; y ha sido amada de hombres de casa real; y no hay en París quien no recuerde su modo de morir en la terrible “Esfinge”. En sus tumbas estarán como estaban en la maravillosa fiesta que dio la prensa parisiense a beneficio de los inundados de Murcia. Bajo solio imperial recibían juntas los homenajes de la apiñada concurrencia. Sarah Bernhardt con presto además de reina cingara, sacudía al aire alegres panderetas, para ser vendidas por sus manos, pintadas por los más famosos artistas de Francia. Era el combate la orden, el imperio,—Marie Croizette, desdeñosa y fría, movía sobre su robusto seno de mármol un suntuoso abanico. Su belleza es su fuerza. Exhibía su belleza.

Mas ya empieza el invierno: ya los teatros se abren; ya las crónicas vienen; ya va a resonar con los aplausos de las doradas salas el cable veloz; ya platicaremos en revistas próximas de cosas amables.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 29 de noviembre de 1881

27

ESPAÑA

Fiestas en Cortes.—Un partido nuevo y un partido roto.—Dos bravos justadores: Portuondo y León y Castillo.—La autonomía en Cuba.—Prefiero la monarquía de Víctor Manuel

Nueva York, 12 de noviembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

“A declarar vengo en nombre de todos mis amigos que hemos llegado a creer leal y firmemente que la actual dinastía se compadece con las actuales necesidades de la patria; y que no estimamos reñidas sino que caben juntas, y hermanan, la democracia y la monarquía de don Alfonso. Mal aconsejan a nuestro rey los que pretenden que sólo puede conservar su trono, a trueque de alejar de él a los caudillos de las clases nuevas, a los demócratas representantes del espíritu moderno. No con instituciones decaídas; no con corporaciones desacreditadas; no con la fuerza ni con el desdén podría gobernar al altivo e inteligente pueblo castellano nuestro monarca; su actual Ministro le aconseja bien y los demócratas dinásticos aplaudimos la conducta patriótica del actual Ministro; porque el rey de un pueblo debe apoyarse en su pueblo y no en las clases privilegiadas de su pueblo.”

¿Quién hablaba así en la redonda sala del Congreso de Diputados de Madrid el día 10 de noviembre? Era un hombre de noble postura, de escultórico rostro, de grandes ojos luminosos, de ademanes de elegancia extrema. Era Moret, el orador ardiente de aquel gran movimiento antiborbónico del año de 1868; el economista hábil, el diplomático sesudo, el decidor galano, el polemista fluido y erudito. Llenas de damas y diplomáticos estaban las reducidas galerías. Aspecto solemne tenía la casa de la Ley. Oíase, antes de la sesión, ese rumor discreto que precede a las grandes sesiones pacíficas. Colgaban sobre las barandas rojas de los altos palcos breves manos calzadas de pálidos guantes. Escuchábanse argentinas voces y ruido de abanicos. Hablaban los diputados con especial animación. En su banco azul sonreía Sagasta; estrechaba Camacho la mano de los que le felicitaban por sus planes de Hacienda; oíase

a intervalos la voz voluminosa de León y Castillo, impetuoso Ministro de Ultramar. El marqués de Vega Armijo, de gótica severidad, se sienta entre ellos. Tras los ministros está, en sus cómodos bancos, la compacta mayoría. En sus antiguos hogares de la izquierda está la oposición democrática. Aplausos cordiales acogen, en salvas repetidas, el discurso del elegante apóstata. Por su voz melodiosa, por su límpida frase, por su cordial abundancia, por su hidalga cortesanía, que avaloran sus naturales prendas oratorias, es singularmente estimado, y de damas y académicos favorito, este orador galano. “¡Unámonos con fe, esperemos con lealtad; no sacrifiquemos a formas que nos cautivan, ni a una funesta consecuencia en los errores, ni a fantasías lejanas, ni a recuerdos que nos apasionan, el bienestar presente. La libertad, majestuosa y absoluta, cabe dentro de la monarquía. Bien acaba de probar el sabio y generoso pueblo de Norteamérica que, sin salirse de los más estrechos principios de moralidad y de justicia, pudo un pueblo republicano aceptar que la corona de flores de la reina Victoria yaciese sobre el féretro de un grande y noble mártir de su deber!” No hubo manos desocupadas después de este arrebatado período, no usual en los discursos cultos y mesurados de Moret. Es su período terso, aliñado, puro, y, en raras veces torrencial y fogoso, no porque no deba a la naturaleza caudal rico de palabras, sino porque hace de la medida gala, y del juicio freno. Desenvuélvese en grandes y lujosos pliegues su oratoria, a manera de manto de hombre antiguo, mas usa de la imaginación como ribete, y no como púrpura; y de la razón, sólida y luciente, con el brillo de gruesa espada bien templada, hace el lienzo del manto. Como a fiesta vinieron al Congreso los que sabían que el día 10 de noviembre había de declarar solemnemente la adhesión de un grupo de demócratas a la monarquía de Alfonso de Borbón, aquel que movió con grande esfuerzo pluma y palabra hace diez años, “contra los borbones corrompidos”. Y como de fiesta volvieron, ya al caer la tarde, por la linda plaza en que se alza, en estatua de bronce, el glorioso Cervantes; por las estrechas calles que llevan a las que fueron morada de él, de Calderón y Lope y a un bello palacio árabe, de mosaico muy rico, a orillas del Paseo del Prado levantado; y por aquella amplia carretera de San Jerónimo, por donde envueltos en lujosas pieles, discurren los elegantes diputados, o prendidas por roja rosa o alfiler de oro las mantillas al lado izquierdo del pecho, vierten gracia y recogen galanteos las damas de Madrid.

A la par que en torno de la monarquía se agrupa—porque no había de faltar a España su época de imitación inglesa—un partido democrá-

tico, anuncianse desórdenes y convulsiones en el seno de aquel otro grupo batallador e impaciente de demócratas que no cree que la libertad sea nunca amada en la casa de Borbón. Dicese que Ruiz Zorrilla, jefe hoy de los republicanos activos, acarrea a sus huestes todos los elementos de batalla que le ofrecen los partidos liberales, decididos al restablecimiento inmediato de un gobierno popular en España. Dicese que Martos declara que antes quiere que por luengos años estén sus amigos fuera del poder, que deberlo a ligas que estima funestas y que han de querer luego paga, por entero, de servicios que hoy sólo prestan a por mitad. Fatigados de la larga espera, agrúpanse en torno de Zorrilla el número mayor de los antiguos progresistas, tocados hoy de republicanos activos. Lastimado de este parcial abandono, anuncia Martos que aboga por la pacífica propaganda del código político de 1869.

¿Mas es ésta, durable separación? ¿Hay en ella verdaderas razones políticas? ¿El anhelo de ser jefe no inquieta a Martos? ¿Lo mueve, por el contrario, el saludable deseo de no deber a comercios impuros, que se traducen luego en escandalosas derrotas, el triunfo presente? ¿Su naturaleza tempestuosa se yergue aún herida contra los republicanos federales, que han aguzado contra él sus más terribles dardos y más amargas lenguas? ¿Cuándo no van mezclados, en esta batalla de los hombres, el elemento humanitario que tiende a ahogar en bien de todos el elemento personal, y el elemento personal que sofoca por interés o por soberbia al generoso elemento humanitario? Así, en tanto que trescientos demócratas alzan en bullicioso banquete las copas llenas en honor del rey Alfonso, y dicen de él en apasionados brindis buenas cosas el caballero Moret y el general Prendergast, que hoy rige a Cuba,—resuenan los clarines de la batalla en el campamento de Ruiz Zorrilla; levantan tienda rebelde los amigos de Martos; rasgan la ancha bandera de la libertad, y hacen de un trozo de ella banderilla nueva. Pues así, rasgada a trozos, ¿a la sombra de qué bandera se habrá de cobijar después la libertad?

Fatigado de aguardar, un noble hombre alzó su voz segura en el Parlamento de España en bien de los infortunados cubanos. Pues, ¿qué son los últimos proyectos de reforma, sino nuevas burlas a los dolores y ansias del país? ¿En qué se alteran sus grandes males, su dependencia de un hombre de armas, su imposibilidad de comerciar en libertad con los países que consumen sus frutos, su obligación de pagar gran suma de deudas nacionales, su agotamiento bajo las manos hábiles de un enjambre perpetuamente renovado de aventureros voraces, su aceptación forzada y cara paga de artículos urgentes de tierras españolas que en

menor tiempo y a menor costo, tienen a sus puertas, su presupuesto enorme, mantenido para sostener en los umbrales de sus casas un ejército hostil y amenazante, sus cohortes de esclavos hambrientos, embargados o dados en prenda para pagar anualmente la contribución abrumadora? ¿Ley de prensa y Capitán General que destierre a los periodistas? ¿Ley de garantías y un gobernador militar que lleve el encargo de sofocar el derecho de petición? ¿Ley de reforma en la tarifa, y autorización al gobierno para suspenderla tan pronto como la industria nacional o el Tesoro de la metrópoli lo exija? ¿Comercio de cabotaje entre España y Cuba, y mantenimiento de los derechos de los azúcares y el tabaco, productos únicos cubanos, en los mercados españoles?

Es el coronel de Ingenieros Bernardo Portuondo un caballero cubano, que ama a un tiempo a España, en que se educó y alcanza fama, y a Cuba, en que nació y es ya hoy famoso. Le seducen las grandes cosas y es de los que quisieran darse entero a los hombres. Por oficial integérrimo y profesor eximio le tienen los ingenieros españoles, y es suyo un claro y bello libro en que explica con sobriedad de inglés y amenidad francesa, las leyes de la antigua y moderna arquitectura. De súbito, Santiago de Cuba, ciudad liberal de la Isla, madre de buenos hijos, le inviste con la encomienda de diputado; y de ella vino al joven coronel su más justo renombre. Es orador de talla, sobrio, inquebrantable, pujante. El candor es una gran fuerza, y Portuondo tiene el noble candor del hombre honrado. Crece armado por la naturaleza caballero del derecho. Y allí donde sus compañeros de diputación, temerosos de exponer su fama y bienestar con reclamaciones ardientes, en pro de la Isla, hurtan su presencia, y esquivan su palabra,—él presenta de lleno el noble pecho, y va con acopio de cifras y manojos de látigos, a librar la batalla difícil. ¡Mas, ah, que así hablaba Don Quijote a las aspas del molino! No puede prescindir de los intereses de España, ni decretar la ruina de sus ricas provincias,—cuya riqueza estriba en el actual modo de gobierno en Cuba, y morirá cuando él muera,—ningún gobierno español. Seducido Portuondo por las razones de los liberales habaneros, que estiman inoportunamente que basta pedir la libertad para conseguirla, y que la alcanzarán por llanos medios, sin pagarla al gran precio que cuesta,—con magníficos acentos y arrebatada elocuencia abogó al fin el valiente diputado ante las Cortes por el gobierno autonómico de Cuba bajo el pabellón de España, como bajo el pabellón de Inglaterra son hoy gobernados Canadá y Australia. “Tiempo es ya—les decía—que estudiéis aquello que habéis de decidir, o lo dejéis en estudio de los que están más

interesados en decidirlo; tiempo es ya de que un gobierno español, a la par que abre las puertas de la libertad a los hijos de la península, las abra sincera y ampliamente a los de sus provincias coloniales. Respetáis ¡oh liberales! como a seres sagrados a los empleados autocráticos que envié a Cuba el gobierno de España; con retazos de libertades formularias intentáis acallar las voces de espanto y los clamores de justicia que nos vienen de la Isla; tenéis llenos de presos cubanos los castillos húmedos de Cádiz y Alicante; vivís en el temor de no perder vuestra popularidad en España por dar remate a un acto de honra y de razón; sois no jefes de la nación, sino siervos de los intereses de los propietarios y acaudalados de la Antilla; aceptáis, porque os favorecen, y teméis a diputados enérgicos, elecciones falsas; traficáis con los representantes de la Isla, y aquí les acordáis cuanto os demandan, para que allí os mantengan en el poder y os dispensen sus votos.”

Solo estaba en el gran anfiteatro el generoso orador: y con León y Castillo, que es isleño canario, muy apegado a las cosas de España y hoy Ministro de Ultramar, estaban todos los intereses, todas las preocupaciones, todos los desdenes de los metropolitanos, contra los colonos. Fue León y Castillo, cuyas condiciones físicas añaden poder a sus palabras tonantes y abundosas, el encargado de responder a Portuondo: aprovechó todos los elementos de victoria, que en tierra española ha de tener quien con fáciles y apasionados arranques, defiende, so color de gloria, intereses de España. Llamó ingratos e impacientes a los diputados cubanos. Decantó los beneficios que a su juicio ha hecho a Cuba en breve tiempo el gobierno de Sagasta. “¡Más libertades gozáis que las que existen en las Repúblicas Sudamericanas!”—decía atrevidamente el fogoso Ministro. Y vamos a permitirnos que proceséis en Cuba a los funcionarios públicos, sin haber de esperar la licencia de la península. Vamos a concederos empleos. Hemos satisfecho con nuestras reformas las necesidades de la tarifa cubana. De aquí a algunos años van a ser abolidos los derechos de introducción de los productos cubanos en España. Hemos rebajado otros derechos, caso de que no necesitemos volverlos a aumentar. ¿Qué más quieren entonces los cubanos? ¿Querrían los cubanos ser soldados como somos los españoles? Os hemos hecho ciudadanos de España con iguales derechos y libertades que los españoles; y os hemos concedido ahora el comercio de cabotaje entre España y Cuba. ¿Quieren acaso que vayamos más lejos los cubanos?”

Y luego vinieron estruendosos aplausos, cuando con su voz robusta decía León y Castillo: “Pero esa autonomía que nos pedís es irrevoca-

blemente imposible.” Y a esto aplaudían con espontáneo arranque republicanos y demócratas. “Entre el régimen colonial, que rechazamos, y la autonomía, que declaramos inaceptable, está nuestra política de sincera y práctica asimilación, de asimilación sincera, en tanto que esto sea posible en la colonia. ¿No hay, señor diputado Portuondo, separatistas entre los autonomistas de Cuba? ¿Podemos hacer de Cuba un Canadá castellano, cuando recordamos cómo durante diez años han peleado los cubanos por su independencia? ¡No! ¡autonomistas,—nunca! España tiene el derecho de ser un poder americano. Su bandera en Cuba y Puerto Rico, con libres y generosas instituciones, está enfrente de las repúblicas hispanoamericanas, como el escudo de piedra de los nobles abuelos en las viejas casas solariegas de los asturianos!”

¡Oh, sí!, y es ésa hermosa figura oratoria, ¡mas cuesta ya tanta sangre esa antigua ornamentación arquitectónica!

“En cuanto a libertad, de respetar tenemos la ley votada en las Cortes anteriores, antes que, con consulta de los representantes cubanos la examinemos y reformemos, en lo que se refiere a la extinción de los castigos corporales. Cinco millones de criollos de Filipinas, acabamos de emancipar con la abolición del monopolio del tabaco: ¡he ahí lo que piensa de la esclavitud nuestro partido!”

¡Qué aplauso! ¡Qué salir de los bancos los diputados, y rodear en tumulto el banco del Ministro! ¡Qué alabanzas en la prensa! ¡Qué rudas declaraciones contra toda tendencia de gobierno autonómico de parte de los cubanos! ¡Qué recio golpe a los que ahogaron ha poco en la Isla una generosa tentativa de rebelión, so pretexto de que de España les había de venir, como premio a su habilidad política, la libertad que con su osadía y abnegación pensaban conquistarse los rebeldes! ¡He ahí la libertad apetecida! ¡He ahí demostrada como crimen la palabra misma que les ha venido sirviendo de bandera! Ya debe el Jefe nuevo haber puesto el pie en la Isla. Ya a lo que dicen, a amparar elecciones libres; a dar suelta a la prensa oprimida; a asegurar las libertades personales. Y a impedir, como atentatoria al decoro español, la propaganda de las doctrinas autonómicas. Y a repetir a los cubanos que sus aduanas son su única fuente de rentas, y que con ellas han de cubrir las obligaciones de la Isla, y garantizar la conversión de la fabulosa deuda contraída durante la guerra y luego de ella, por el gobierno español en la Antilla. En \$9.000,000 aparece mejorado el presupuesto de Cuba, por economías realizables en el ejército y la armada. Aseguran los ministros que se ocupan en proyectar planes de trabajo libre y colonias militares, y pequeñeces

de forma, buenas a deslumbrar a políticos de la forma pagados, mas no a callar el descontento, animar la confianza, y la ruina amenazante de un pueblo exangüe y afligido, donde no parecen aún extintos, a pesar de su constante malaventura, el fuego de la libertad y la simiente de los héroes.

Muy enterado de las cosas antillanas va a Madrid el nuevo enviado de los Estados Unidos a la Corte de Alfonso, que es un anciano caballero, electo una vez para la Vicepresidencia de la República, en ocasión en que fue electo Presidente Lincoln; un prohombre de la política republicana; el venerable Hannibal Hanlin. Madrid aplaude las caballerescas y mesuradas intenciones del venerable embajador. Madrid, que no cesa en estos días de oír y hablar de las colonias, ora porque a León y Castillo obsequien con un rico *buffet* los diputados de las Islas Filipinas, ora porque de la Habana le feliciten con el caluroso telegrama los peninsulares por haber repudiado con brío las tentativas autonómicas de los nativos. De Martos y Castelar se esperan vehementes discursos, por cuanto les alcanza como censura lo que como elogio de sí dijo Moret. A Sagasta oyó decir la Cámara enérgicas palabras, en respuesta a otras incisivas de ese conversador parlamentario que hace de teniente de Cánovas, Romero Robledo, en que confirmó el propósito que el actual gobierno alienta de no dar paso atrás, en la senda de libertades en que se ha entrado. “¡Y sabedlo!—decía arrogantemente—prefiero una monarquía semejante a la fundada por Víctor Manuel, a una monarquía vaciada en el molde de la monarquía napolitana.”

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 30 de noviembre de 1881

28

I T A L I A

Maravillas vienasas.—Fiesta de colores.—Banquete imperial.—Noche de gala.—Cortesanía y diplomacia.—¡Pobre Venecia!

Nueva York, Noviembre 12 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ya están de vuelta en su hogar regio los monarcas de Italia; al lado de sus esbeltos hijos está ya la amable reina, y a sus placeres de caza se ha-dado de nuevo el severo Humberto. ¡Cuánta fiesta hubo en Viena! ¡Cuánto comentario excitó la visita! No veía Rusia con buenos ojos la entrevista: tomó Alemania la visita a Austria como cumplimiento a ella, a par que a Francisco José: los eslavófilos rusos que todo lo quieren para la raza eslava, han alzado gran grito ante la triple alianza de que se juzgaban amenazados, de Alemania, Austria e Italia. A punto ha estado de pedir su pasaporte al emperador de Austria el conde Robilant, embajador italiano en Viena, azuzado por los irrespetuosos comentarios. Mas el gobierno austríaco ha enviado circular a las naciones de Europa en explicación de la visita de los monarcas italianos, nacida sólo, a lo que Austria afirma, de la conveniencia de apretar los lazos de amistad entre vecinos, en cuyos dominios se oyen aún gritos de guerra que compelen a los gobernantes a definir, en ahorro de complicaciones venideras, sus propósitos reales. Para restaurar su crédito, y satisfacer al partido de Italia irredimida, que aún clama en Italia por Trieste, ha hecho, según el sentir de un alto político húngaro, Humberto su visita a Francisco José. Jubilosos parecen con la acogida del rex en tierra austríaca los italianos; y curiosos y atentos, mas con menor grado de entusiasmo, parecieron los vieneses. Y del Ministerio italiano se dice que partió la demanda de esta plática de reyes.

Viena, durante la visita del marcial Humberto y la poética Margarita, desplegó sus más lujosas galas. Tiene Viena hermosísimos monumentos; con el de la Gran Opera de París rivaliza su Teatro de la Opera; no hay en Europa paseo más bello que el grandioso Prater; deslumbra

el Graben con sus ricas tiendas; son las casas privadas valiosos museos; las salas de cerveza casas para ejércitos. Y la estación del ferrocarril es de oriental belleza. Con ricas alfombras de terciopelo rojo estaban tapizadas la suntuosa escalinata y anchas salas. Tres mil personas del alto mundo acudieron, luciendo resplandecientes uniformes y mágicos vestidos, a la recepción de los jóvenes reyes. Allí estaban juntas en un haz, las banderas que tantas veces lucharon frente a frente en históricos combates. Allí daba guardia un batallón de infantería del regimiento fundado por Guillermo I, emperador de Alemania y rey de Prusia. Asoman los monarcas: él, con su rostro enfermizo, realzado por espesísimo bigote, su mirada fiera, su continente huraño y altivo; ella, con su dulce rostro, en que ayudan a la expresión de la alta frente los puros ojos, virgíneo óvalo y plácida sonrisa. Luce el esposo el verde y blanco uniforme de Italia, y lleva en el bruñido casco luengas plumas. En abrigo de muy ricas pieles va envuelta la esposa. Besa el emperador la mano de la dama y abraza repetidamente al rey. Con los monarcas viene el caballero Mancini, de penetrantes ojos e imponente apostura; y el caballero Depretis, Primer Ministro de Humberto, a quien la etiqueta de la Orden de la Anunciación que le decora le autoriza a llamarle primo. De 1848 acá se ha sentado Depretis sin intervalo en el Parlamento italiano. Y así desaparecen en la apiñada muchedumbre, llevando del brazo el marcial emperador a la reina amable, y andando a la par, seguidos de grandes dignatarios, el rey de Italia y el príncipe heredero de Austria.

Hubo al día siguiente magna revista. Tiene Viena atléticos hombres y voluptuosas damas. Aquellos hacen gala de fuerza y destreza, y ora guían con desembarazo ocho caballos en las amplias avenidas del Prater, ora juegan como con caña ligera, con el bastón de hierro, forrado de fino hule, que usan allí como constante apoyo los jóvenes elegantes. En la explanada de Schmelz, donde doscientos años hace el valeroso Sobieski ganó a los turcos colosal batalla, aglomerábanse en brillante arreo veinte mil soldados. Cabalgaban en brutos arrogantes, diestros caballeros, y en ricos carruajes ostentaban su graciosa hermosura las damas vienesas. Allá viene un jinete, vestido de blanco y pálido azul: es el príncipe de Thüren y Taxis, que perdió parte del rostro en la batalla de Solferino. El general Philiporith le acompaña, que perdió un brazo en la batalla de Navarra. Plumas verdes ondean en las cimas de los cascos que llevan sus gallardos oficiales, de oscuro azul vestidos. De trenza de oro están cubiertos, y gorras de rojas plumas lucen los húsares húngaros. Mas ya llega el emperador, cuyo alto casco envuelven plumas verdes. De general

italiano viste a su lado Humberto, y de su casco marcial cuelgan gigantescas plumas. Tocan las bandas de Austria la marcha militar de Italia. Sigue al carruaje regio y lúcido escuadrón de robustos granaderos. Tras ruda faena, monta al fin en un brioso caballo, asustado de las plumas gigantes, el monarca de Italia. Ya está en el campo, en bellos carruajes, la familia real. ¡Con qué gracia saluda Margarita! ¡Qué bien le está su manto de piel de foca! ¡Con qué cariñoso movimiento ondea su pañuelo en respuesta a los vítores ardorosos con que la muchedumbre la saluda, a ella y a la emperatriz! Ya va en marcha el cortejo de reyes: al pasar ante cada regimiento, rompe la orquesta militar en aires italianos. Detiéndose luego de terminada la revista, y comienza el pintoresco desfile. Unense los coroneles de los cuerpos que pasan al cortejo imperial. Admira a Humberto la lozana apariencia de la infantería de Hungría. Deleita a la emperatriz el clamor de admiración que arrancan los apuestos jinetes húngaros. Saludan a Francisco José y Humberto las banderas destrozadas de la ruidosa artillería. Allá van los Uchatins lucientes, los Tangers de Austria, los Ulanos polacos. Fue a pesar del recio frío y la áspera mañana, una fiesta de colores. Banquete regio, plática de amistad, conciertos de ministros de ambas monarquías, y noche de fiesta musical, precedieron al agitado día de caza con que obsequió el príncipe heredero al rey italiano, que es cazador grande. Setecientas liebres cayeron en la magnífica batida. La modesta Margarita, en tanto, en sencillo vestido, compraba en las tiendas del Graben memorias de viaje; estudiaba las famosas galerías del museo Belvedere, y visitaba la sala de trabajo del gran pintor austríaco, de europea y justa fama, Hans Makart, excelentísimo pintor de historia.

¡Cuán distinto espectáculo ofrecía por la noche el comedor imperial! De tapices gobelinos, de altos espejos estaban adornadas las vastas paredes; y plantas del trópico y extrañas flores decoraban, en conjunto profuso, la histórica sala. En vajilla de oro eran servidos los reyes; y los invitados en vajilla de plata. Tocaba la orquesta famosa de Eduardo Strauss romanza del "Tanhäuser" de Wagner, sonatas selectas, melodías melancólicas de Schumann. Ciento treinta comensales cercaban la mesa. De pálido rosa iba vestida la esbelta italiana, y realizaba su tocado griego un ramo de pequeñas plumas sembrado de brillantes. Gruesas ondas de perlas reposaban sobre su desnudo seno. De oscuro terciopelo pardo bordado de oro vestía la emperatriz. Ostentaba su nuevo uniforme de coronel austríaco el rey Humberto. "Caro es el nombre de la familia de Saboya al ejército austríaco,—dijo el mayor del regimiento al ofrecer su

mando al monarca de Italia—el regimiento del príncipe Eugenio es ahora, como fue antes, uno de nuestros más bravos regimientos.” En animada conversación adelantaba el banquete, y al fin se oye la voz de Humberto, que brinda en francés. “Sumamente conmovido por la acogida afectuosa, que la reina y yo hemos hallado aquí, bebo a la salud de su majestad el emperador, la emperatriz, y la familia imperial, haciendo los mejores votos porque las relaciones cordiales que dichosamente existen entre nuestros pueblos, se estrechen más para la prosperidad de nuestros países.” Y respondió el emperador: “Agradeciendo a vuestras majestades su afectuosa visita, prenda de una amistad sincera y durable, bebo a la salud de su majestad el rey de Italia, su majestad la reina y la familia real.” Atrás quedaban ya los ricos manjares, las ostras de Ostende, las blandas perdices; el salmón rociado de salsa bearnesa; el jabalí, con salsa Cumberland realzado; el sorbete de faisanes, las alcachofas suaves, aderezadas con guisantes; el budín de macarrones, y los excelentes quesos,—que de todo esto y de mayores menudencias es ya vehículo el cable. Ya se había comentado el modo oratorio con que dijo su brindis Humberto; ya se había señalado cómo de la prosperidad de ambos países había hablado el de Italia, y sólo de amistad durable y sincera habló el de Austria; ya movían los sonos del hectógrafo, la polka seductora del maestro Eduardo Strauss; ya sin espuma yacía el Tokay fragante en las coloreadas copas; ya se abrían en espera de los huéspedes las puertas de la Opera suntuosa, alhajada de gala, en honor de los hijos de Víctor Manuel. Diadema de brillantes y rojos vestidos de terciopelo llevaba en el teatro Margarita; de raso azul iba vestida la emperatriz. ¡Qué chispear el de las luces en las joyas! ¡Qué brillo el de las miradas en los ojos! ¡Qué rumor de abanicos de plumas! ¡Qué fausto el de la naturaleza en la hermosura de las damas; y el de las damas en sus trajes! ¡Qué pagar por los billetes de entrada que se vendían a cien florines! Coquetas lucen las damas de Viena, y varoniles las esbeltas húngaras. En el teatro está el conde Andrassy, en uniforme húngaro; a un lado tiene a la señora de Burgoing, y al otro a la condesa de Palavicini, afamadas por su belleza. Allí lucía su blanca barba el Ministro Depretis, con singular curiosidad mirado. No había pecho de caballero sin bandas ni cruces, ni cabellera de dama sin ricos diamantes. A ver se fue, y no a oír. A ser actores, y no a aplaudirlos. Como fantasmas cruzan por la escena los cantantes. Como es uso en Austria, no se hace en el teatro demostración alguna a los monarcas. Queda al fin, cual cuerpo vacío de alma, el rico teatro. En menudos quehaceres y altas visitas emplean el día siguiente

los consortes italianos: comen con el archiduque Raniero, que tiene bella esposa: habían ya visitado de pésame a la baronesa de Haymerle, cuyo marido, Primer Ministro del emperador, y de Italia buen amigo, acaba de morir. Margarita, que es maestra en música, es obsequiada en el palacio imperial con conciertos privados. Al cabo, bajo espesa lluvia, abandonan a Viena el hijo del rey galante, y su amada nuera. “¡Hasta volvernos a ver!” se dicen y se besan ambos reyes. El emperador y sus hijos dejan un beso respetuoso en la mano de Margarita. Al capitán Dollina, superintendente de la casa imperial, deja Humberto rico anillo. A los pobres de Viena ocho mil francos. Al cuello de Margarita había echado antes de partir la emperatriz Elizabeth la Orden de la Cruz y Estrella, montada en diamantes. A los presidentes austríaco y húngaro del Consejo Imperial, y al Secretario de Hacienda y de Relaciones Exteriores condecoró Humberto con la Gran Cruz de Mauricio y Lázaro. Y tras estas cortesías, movió en la espesa atmósfera su penacho de humo el tren; y se fueron, temerosos de lo que dirían Rusia y Francia, el emperador de Austria y sus hijos al Hofburg; y Humberto y Margarita, en apariencia satisfechos, camino del enfermizo Quirinal, donde les aguardaban impacientes sus esbeltos hijos.

Mas no acaban aquí las visitas de reyes; ahora Alfonso viaja: ya se anuncia la paga de visita de Alfonso al rey Luis de Portugal; ya aseguran los diarios de París que los jóvenes monarcas de España irán en el próximo enero a la Corte de Austria; ya se mueve la próxima entrevista de Francisco José y el zar de Rusia, comprometido un tanto por el viaje del rey de Italia a Viena. ¡Oh, sí! Los combatientes prevén la batalla, y toman puesto, y calculan y mezclan fuerzas. Disgusta en tanto al Pontífice la afectuosa manera con que ha recibido Viena a los reyes italianos, y es fama que en consistorio secreto habló León XIII de cómo le pesa ya de insoportable manera sobre la frente el yugo que a su entender sufre la Iglesia. Dio el Pontífice orden a su nuncio en la Corte de Francisco José de que no pisase la cámara real de Humberto. Y a la par que en unos periódicos se leen extensas prácticas, en alabanza de la utilidad y pacífico carácter de la liga de Alemania, Austria e Italia, vese en otros como no ceja el sentimiento de ira con que los rusos juzgan la alianza, que estiman como nuncio de amenaza en horas de conflicto, y como precursora inevitable de guerra europea.

Pero más que por estas grandes cosas, por pesares locales andan afligidos los ágiles gondoleros de Venecia,—que ya es cosa notoria que se intenta sacar de uso sus góndolas, y hacer calles de sus románticos ca-

nales; y, a pesar de que en Missolonghi alzan los griegos estatua de bronce al generoso Byron, prepáranse síndicos y prefectos a trocar en moderna villa aquella en que el poeta, ebrio de extraños dolores, pasó, con la hermosa cabeza reclinada en almohadas ducales, y la blanda guzla tendida a los pies de una hermosura compasiva, ¡aquel tigre voraz que royó su magnífica alma!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, noviembre de 1881

29

FRANCIA

Gambetta y sus ministros.—Pujanza y modestia.—Su espíritu y sus actos.—Dicres de Lutecia.—Política nueva.—Un notable muerto

Nueva York, 26 de noviembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

“No, no, yo no lo creo” decía Bismarck al general Chanzy, embajador de Francia en San Petersburgo: “Yo no temo la vuelta de Gambetta al poder. No sólo reconozco en él a un gran orador sino a un gran patriota. Ama a su patria demasiado sinceramente para comprometerla en aventuras que pudieran serle fatales.” Y Gambetta ha vuelto al poder, no como volcador iracundo, ni como señor magnífico, ni cesáreo tribuno, sino como un hombre sereno y enérgico que quiere simplemente obrar racionalmente, y ejecutar firmemente. Ha sido singular su manera de subir al poder. Ha mostrado odio al escándalo, y desdén de las apariencias. Ha buscado hombres fuertes que lo seducen, y no grandes nombres que deslumbren. De “todos los talentos” hubo un famoso Ministerio en Inglaterra, y se esperaba que este fuese en Francia el Ministerio de “todos los talentos”. “El pequeño Ministerio”, le llaman en son de burla, los que, por lo que de imperial y gigantesco quieren suponer en Gambetta, llamaban a su gabinete de antemano “el gran Ministerio”. ¡Vedlos! ¡Ya están en obra! Son hombres puros, políticos probados, trabajadores tenaces. ¡Prometen tan poco! ¡De fijo que van a hacer cosas grandes! Se había dicho que el pundonoroso Freycinet, el hacendista León Say, el austero Ferry, entrarían en el maravilloso gabinete; y que sobre ellos, como máximo jefe, menos responsable y más pudiente, regiría, sin especial cartera, Gambetta. ¿Negáronse? ¿No fueron buscados? “¡Esperad, esperad!,—decía la *República Francesa*,—que cuando la elección haya sido hecha, habrá sido bien hecha.” Y los periodistas hostiles tenían preparados grandes dardos contra los grandes pechos. Vendrá como Jove, decíanse alegres, y lo haremos caer como Luzbel; querrá aparecer grandioso, y no ofrecer ni decir cosas sencillas, y habrá

de hacerlas; y la inconformidad de su pomposo programa y su obra real traerá su ruina. Pero el poderoso orador subió a la tribuna ministerial, desembarazado y sonriente, como un trabajador sencillo: con su séquito simpático de hombres buenos y humildes; ni Freycinet, ni Ferry, ni León Say han entrado en el Ministerio. Cochery habilitado durante el último gobierno de excelente Ministro de Correos y Telégrafos, continúa en su despacho. Cazot, que cree firmemente en la necesidad de una reforma judicial, y ha demostrado prudencia y rectitud en el Ministerio de Justicia, regirá su Ministerio. ¡Y ni un favorito, ni un amigo íntimo, ni uno de aquellos privados que al orador se suponía, forma hoy a su lado! Gambetta mismo es Ministro de Relaciones Exteriores; Waldeck Rousseau, honrado y perspicaz y ardiente partidario de la reforma de la magistratura, es Ministro de lo Interior. Alain-Targé, hombre sólido en cosas de banca, y respetado entre los banqueros, sucede, con sus doctrinas librecambistas, que han de favorecer el nuevo tratado de comercio con Inglaterra, a Tirard, cuyo estrecho criterio económico traía afligido al comercio de Francia. Se crea con muy buen acuerdo un Ministerio de Agricultura, imprescindible en un país agrícola, y se confía al caballero Deves; y al caballero Raynal, persona activa, y periodista señalado, que viene de campos muy liberales, se entrega el Ministerio de Obras Públicas. De la cartera de lo Interior se separa la de Cultos, que va a unirse por ley de analogía, con la de Instrucción Pública, y ambas caen en las manos de un hombre que dice vehementemente lo que piensa maduramente, y reformará sin odio funesto lo que combate con brillante juicio: de Paul Bert, pensador muy osado, y amigo de pensamiento libre, y de hombres libres. El general Campenon, de corazón abierto y generoso, leal y llano, y admirador ferviente de Gambetta, sucede en el Ministerio de la Guerra al general Farre, cuyo manejo del ejército ha pecado de ignorancia y desacierto. Gougeard se llama el Ministro de Marina. Y Antonino Proust, el crítico excelente, y conocedor conspicuo de la revuelta política extranjera, se encarga de un Ministerio nuevo, que revela en sus creadores una concepción vasta y grandiosa de la república: el Ministerio de Bellas Artes. Ni de inepto, ni de advenedizo, ni de tráfuga, ni de tímido, ni de logrero puede tachar nadie a ninguno de los compañeros de Gambetta. De poco brillantes se les tacha, ¡lo que es tacha donosa! Pues a trabajo nuevo, trabajadores nuevos. Artes prácticas y miras lejanas revela a un ojo penetrante ese modesto Ministerio. Necesita dos condiciones y muestra tenerlas, vigor para resistir, resolución para iniciar. Pues ¿qué más que lo que ese gabinete deja ya en-

trever? Ahí se ve la idea fecunda de hacer de la política, no el arte de retener el gobierno, ni dar a las naciones brillo pasajero, sino de estudiar sus necesidades reales, favorecer sus instintos, y tratar del aumento y amparo de sus haberes—que esto envuelve la creación dichosa del Departamento de Agricultura; y esto mismo va envuelto, por ser en Francia el arte rama creadora de tal riqueza de producción, amén del elevado pensamiento de ir preparando durables formas artísticas al ideal nuevo, en la creación del Ministerio de Bellas Artes.

Como una hidra en su seno, llevaba en sus entrañas la república una magistratura alevosa y reaccionaria; es fuerza dar a la nación magistrados nacionales, que no se aprovechen del puesto que deben a la república para minarla y darle muerte, y eso implica la permanencia del brioso Cazot en el Departamento de Justicia. Liberalizar el comercio es necesario, y por eso Alain-Targé sucede a Tirard, que ve en las reformas liberadoras los peligros que en el ferrocarril ve el espantado campesino. Es preciso sustituir el servicio incondicional de un culto solo por el respeto a todos los cultos que la ley ampara y reconoce, sin que respetarlos a todos implique odiar a alguno, y eso quiere decir la unión de la Cartera de Cultos a la de Instrucción Pública, donde la presencia de Paul Bert anuncia el honrado y urgente propósito de librar a los jóvenes franceses de la educación timorata, encogida e inaplicable que reciben, y ponerlos por la enseñanza nueva en acuerdo con las fuerzas vivas y productoras de la tierra en que han de ser, no melancólicos bramanes o arrogantes chatrías, no casta privilegiada e ineficaz de intérpretes de la ley del Cielo o la ley de la Tierra, sino penetradores audaces de las entrañas del suelo pródigo, cosechadores del fruto vendible; navegadores de la mar soberbia. Habituar al hombre a la utilización de sí y al comercio eficaz con la naturaleza productora, he ahí el que ha de ser objeto de los esfuerzos de los educadores nuevos. Que es placer muy sabrosos leer las *Geórgicas*, mas sabe mejor leerlas a la sombra del árbol bajo cuyas ramas pastan en descanso los bueyes que guiaron por la mañana nuestro arado. ¡Ni hay para ser desventurado como llenarse los hombros de alas, y olvidar la manera de enseñar a andar los pies!

A obrar parece que vienen los ministros nuevos, más que a decir. El orador que los preside fue en su programa singularmente sobrio. Se exhiben los débiles. Los fuertes se prueban. Refrenando su natural poder, y desdeñando con real majestad la ocasión pueril de alcanzar gloria con hablar, apareció Gambetta en la tribuna: "Por tercera vez, dijo, desde 1875, ha significado la república su deseo de fortalecerse y rodearse de

instituciones democráticas: ¡el sufragio universal lo ha dicho con su lenguaje incontrastable! No traemos al gobierno programa exuberante, que el nuestro es el que la Francia misma ha demandado: una Constitución firme y un gobierno unido, libre de las condiciones a que la disensión interior y la debilidad que viene de ella obligan; un gobierno sincero, dispuesto siempre a dar cuenta de todos sus actos a los representantes de la nación, como a imponer a los empleados públicos, sin atención a compromisos ni jerarquías, el respeto, la obediencia y la diligencia en el desempeño de sus deberes. Sin vacilación y sin rodeos pide el gobierno, porque la necesita y la merece, una mayoría franca e imponente que le ampare en ambas Cámaras. Y en la disciplina y lealtad de los empleados públicos confía también el gobierno. Nos proponemos reformar, para garantizar su honrado empleo, y su libre y generoso ejercicio, el sistema judicial que en el país rige, y que nos deja a merced de ocultos enemigos. Y como para fundar se necesita que reine buena fe, constante y fraternal armonía entre todos los que se dan a la tarea difícil de la fundación, nos proponemos también, por medio de una revisión muy cuerdamente meditada, colocar a uno de los poderes esenciales del Estado, en más completa armonía con la naturaleza indiscutiblemente demócrata de la nación que representa.”

Fervorosos aplausos acogieron esta alusión a la hostilidad marcada del Senado, y al propósito de reconstruirlo sin destruirlo, ni violar sus fueros, de modo que de su nueva organización venga su cura. “A crear hombres prácticos en nuestras escuelas nos dedicaremos sin demora; y aunque no hemos de mermar por cierto los poderes de defensa de Francia, haremos de manera que sin aminorarlos, sean más suaves sin embargo las cargas que el mantenimiento de las fuerzas de mar y tierra echa sobre el país. Para librarla prontamente de sus embarazos financieros, tendremos con especial celo al fomento de nuestra agricultura. Exaltaremos y favoreceremos la capacidad de producción de nuestro pueblo, y facilitaremos con medios simples y efectivos el desenvolvimiento de todas las fuerzas nacionales, el transporte de los productos, y su cambio. Con fiel rigor cumpliremos con lo que nos ordena el Concordato, y con arreglo a él viviremos en afectuosa armonía con los poderes establecidos en representación de las diversas denominaciones religiosas que mantienen relaciones con el Estado. Hijos somos de las libertades públicas, y merced a ellas nos vemos en ocasión de protegerlas: más sagradas son para nosotros que el inviolable ser humano. En lo interior, mantendremos con energía inquebrantable e incommovible firmeza el orden; en el exterior,

mantendremos la paz digna. Ni comprometeremos nuestro decoro con sumisiones innecesarias, ni pondremos el país en inútiles riesgos. Toda nuestra actividad damos a la Francia: denos sus representantes su decidido y generoso apoyo. ¡El gobierno entra, enérgico y sereno, por la voluntad de la nación, en una estación nueva de esa senda anchurosa del progreso, que no conoce límites y que se ofrece a nuestros pasos, abierta a los esfuerzos de la democracia francesa!” ¿A qué decir que la sorpresa de aquella humildad, la seguridad de aquel lenguaje, el vigor de aquella previsión, y la sobriedad severa de aquel programa arrancaron al fin de la declaración de Gambetta adhesiones ruidosas y entusiastas?

Osadía premeditada ha sido el nombramiento de Paul Bert para el Departamento de Instrucción y Cultos. Ahí se esconde el mal radical; hay que llevar mano firme al mal hondo. A él se encaminan los más recios ataques. O por ir a Argelia, o por calentar planes de sucesión a la Presidencia, renuncia el general Chanzy la embajada en San Petersburgo, y Saint-Bellier, que goza fama de valioso diplomático, la embajada en Berlín; y achacan las renuncias al nombramiento de Paul Bert. Dimite el empleado que dirigía de tiempo atrás la Sección de Cultos, y ya se anuncia en la Cámara una interpelación al gobierno sobre el caso, de la cual vendrá sin duda la explicación determinada y firme del criterio religioso del Ministerio. Muéstrase la impaciencia en las proposiciones de los diputados en la Cámara, y en el gabinete una tranquila energía en rechazarlas, como de quien no responde a pasajeros impulsos, sino a planes meditados. Lo que es bueno, porque los gobiernos de los países parlamentarios suelen ser como jinete sin estribo a quienes la primera sacudida del corcel, o el primer viento de tormenta, ofusca y desmonta; y conviene grandemente tenerse con los pies afirmados en los estribos. Veces hay en que la ola arrebatada pero acusa prudencia y augura vida llevar acumulados los medios de resistencia a la ira y caprichos de las olas. “Venimos, señor—dijeron a Gambetta los diputados del Consejo de Gobierno del Banco de Francia, a rogaros que deroguéis el decreto que separa a M. Denormandie del gobierno del Banco.” “Convenid conmigo, señores, en que es imposible mantener a la cabeza de tan gran establecimiento nacional, un hombre que se ha colocado voluntariamente en actitud hostil al gobierno que rige a la nación.” Y M. Maguin, ex ministro de Hacienda, gobierna ahora el Banco. No bien toma posesión el Ministerio, Barodet, diputado republicano, presenta y solicita que se

declare urgente una moción en que demanda la remoción de la Constitución. “No puede el gabinete, responde Gambetta, identificarse con una proposición que amenaza la existencia del Senado. El Senado y la Cámara de Representantes deben discutir previa y amistosamente los puntos a que alcance la reforma que el diputado Barodet intenta. Luego de esto, examinará el gobierno la proposición.” Alzase Clemenceau, que ha podido presidir en Lyon a 3,000 obreros, congregados a oír una lectura del escritor ameno y conversador hábil, diputado por Belleville, Tony Révillon: “No entiendo—dice—la teoría de Gambetta que hace necesaria para la reforma la consulta con el cuerpo que ha de ser reformado.” “Lo entenderá a su tiempo el señor representante.” Se vota. Por 368 votos contra 120 se rehúsa a la proposición de Barodet, la declaración de discusión urgente que impetraba. Mas el Senado, donde domina un grupo rebelde a mejoras, vencido ya en la Cámara, castiga a Gambetta en sus secuaces, y llamado a elegir un senador vitalicio, vota por 124 votos contra 117, en favor de Voisins la Vernière, candidato del recio centro izquierda, al que auxilia con sus votos la derecha. Y es vencido Herold, candidato de los grupos de la izquierda.

¡Qué animada la prensa! ¡Qué celo en dar al público los más menudos detalles! Ya dice un periódico de nuevo la bellaca conseja de que es Spuller, el redactor de la “República Francesa”, el que apunta los actos de Gambetta y escribe las arengas que con poder meramente físico recita luego el orador tonante ante la Cámara, lo que es cosa peregrina, porque de fijo que si Spuller hubiere de dar a Gambetta su personalidad, se quedaría con ella, y se pondría donde está Gambetta; mas de esto Spuller ríe y acepta la subsecretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ya anuncia otra hoja, lo cual es cierto y es bien, que los subsecretarios asisten a las deliberaciones del Ministerio con lo que es mayor el consejo, y más presto el despacho, porque se hace de seguida lo que de otro modo tuviera que dejarse a consulta con el subsecretario. Ya afirma un diario que renunciarán todos los enviados diplomáticos, y que Challemelecour, ministro en Londres, y hombre sobrio, elocuente y penetrante irá a Berlín. Ya confiesa un periódico extranjero que la sencillez y seguridad de los primeros actos del gobierno de Gambetta han causado desconcierto en sus enemigos, que lo esperaban vano y olímpico, y lo hallan humano y modesto; ya sesudos corresponsales de la prensa inglesa aseguran que París ha acogido con cariñosa confianza la política simple y honrada, por todos entendida y anhelada de todos, que inicia

Gambetta. Ya se regocijan los escritores parisienses con el tributo de espontánea y calurosa admiración de los miembros de la Cámara de Comercio de Inglaterra al sistema de educación de Francia, que con ser imperfecto, ha merecido a los absortos ingleses la opinión de que tenía la Gran Bretaña mucho que aprender de Francia en las escuelas técnicas francesas. Ya, en suma, se discute sobre la posibilidad de un tratado libre-cambista con Inglaterra; se habla de la vuelta a París del caballero Carlos Dilke, enérgico demócrata, que de subsecretario de Negocios Extranjeros en Londres, sale a reasumir en la vieja Lutecia, trocada hoy en eabeza del Universo y casa de las artes, que son madres perpetuas, las negociaciones para el tratado de comercio; y se lee cómo los socialistas, airados con el advenimiento de Gambetta al poder, fijan en las paredes carteles rojos en que va escrito, como un eco del menguado debate de Túnez “Muerte a los especuladores”; y se celebra, con aplauso vivo, a una excelente madre y esposa, la señora Perrée, que con singular brillo acaba de adquirir en rigurosa prueba de examen el grado de doctor en medicina de la famosa escuela parisiense. Y ya se aguarda con impaciencia desusada, un libro nuevo de que el escándalo espera pasto, y regalo la curiosidad mórbida, y enseñanza los hombres graves, que el libro se llama y su título lo explica, “La presente misión de los soberanos por uno de ellos”.

Los actos primeros del nuevo Ministerio, y las declaraciones de su jefe, confirmarán la faena de prudencia, resistencia y creación a que se creen obligados. “Ni puedo alterar, dijo Gambetta al general Chanzy, la pacífica y digna política extranjera de Francia; ni puedo desconocer que el resultado de las últimas elecciones me indica que Francia ama una política franca y enérgica contra los excesos de poder del clero.” Y a Monseñor Freppel, obispo que habla con gracia e intención, y combate con viveza, le respondió así en la Cámara Waldeck Rousseau, negando el derecho del clero, que Freppel defendía, a excitar, aún desde el púlpito, a los católicos a que votaran según sus doctrinas en las elecciones: “No, el clero no puede mezclarse en las elecciones políticas de la nación, que deben estar libres de toda traba de conciencia, y toda presión de juicio. Todo el Ministerio opina que el clero debe mantenerse dentro de los límites del Concordato, y usará el gobierno sin ira, pero sin vacilación, todos los medios legales para imponer al clero, si de buen grado no lo observa, el respeto que deben merecerle la ley y la Constitución de Francia.” Así quedó anulada, entre grandes aplausos, por 402 votos contra 93, la elección del diputado clerical que el obispo Freppel defendía. ¿Qué

significa, se preguntaban los diarios de París, la entrada en el Ministerio de Marina del caballero Gougeard, cuando era su antecesor ministro notable y persona excelente? Y respondió al punto Gougeard, llamando de nuevo al servicio, en vindicación de la libertad de conciencia ultrajada, y "para no mantener vivos sucesos que recuerdan la época más triste de la historia contemporánea de Francia", a cuatro altos empleados de Marina, que fueron depuestos dos años hace por haber asistido al entierro civil de un niño. Gambetta ase con mano firme la cuestión candente, y declara, en circular a las potencias y en la Cámara, que la expedición a Túnez significará llanamente la protección de los intereses franceses, y de Europa en junto, en Túnez. "Francia, añadió, está resuelta a mantener, sin exceso ni presión, su tratado de amistad con el bey."

Se dice que la bandera Europea llevó el espanto y la muerte a una gran tropa de tunecinos, en las cercanías de Djerid; que los franceses han anunciado a los terratenientes del contorno que amparen sus propiedades movibles, porque pudieran correr riesgo en el arrase, en la "razzia" de las haciendas de los árabes por los franceses que se acercaron a reprimir y castigar sus invasiones. Se comenta la visita a Gambetta del ministro Morton, en honra del cual se ha cambiado el nombre de la plaza en que vive en el de Plaza de los Estados Unidos, y se adelanta ya la reintroducción de los productos del cerdo norteamericano en los mercados de Francia.

Más de una dolorosa noticia cierra éstas, y contrista a los buenos republicanos de París, y a los que gustan de ver cómo por el asiduo estudio, el honrado propósito, la consagración real y dolorosa, alcanzan los hombres los puestos a que en la estima pública les dan derecho sus merecimientos. Le Faure era uno de éstos, y Le Faure ha muerto. Fue un estudiador infatigable, que veía el ejército de su patria, no como la horda arrasadora, ni como cuerpo sofocador de motines, sino como ordenada agrupación de hombres inteligentes que vinieron a ser como fortaleza de la patria y casa de honra. Quería hacer olvidar aquella mengua de Sedán, dando virtud y ciencia a los soldados. Quería gobierno franco, política clara, ministros puros. Y acaba de morir en el camino del Ministerio que, por la ciencia de él y ardor generoso, parecía estarle reservado. El levantó con sus revelaciones desde Túnez, acerca de la incuria del gobierno de Francia con los expedicionarios, ruidosa y reciente tormenta de cólera. El interpeló severamente, con el respeto que se debe a los que van a caer, mas con la sinceridad que se debe a la

patria, al Ministerio de Ferry sobre aquel abandono. Es de llorar la muerte de un hombre que quería hacer instrumento de la razón, el instrumento del espanto.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 13 de diciembre de 1881

I T A L I A

Roma de gala.—“¡A Depretis!”—Venecia y Viena.—Promoción de cardenales.—Ecos del Vaticano.—España y León XIII

Nueva York, 26 de noviembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Roma, que se puso de fiesta para recibir a sus reyes a su vuelta de Austria, ha visto en estos días espectáculos hermosos y cosas amenazadoras. Roma entera tomó parte en las muestras de entusiasmo que acogieron a Humberto y Margarita, y el Quirinal, el Obelisco de Fidias, los palacios viejos, las callejas miasmáticas y oscuras, todo estaba vestido de luces. Era una fiesta llena de jovialidad, como hecha para recibir a reyes jóvenes. En las calles mezclábanse a los ancianos soldados, las gallardísimas mujeres del Trastevere, tipo eterno de amor fervoroso y belleza pictórica. De aquellos óvalos graciosos y dignos, tranquilos y puros, han tomado los grandes pintores los de sus vírgenes. Su hermosura es sólida, majestuosa, reposada. Sonríen, como quien premia. Miran, como quien besa. En pintarlas pasaba Fortuny, el famoso pintor catalán, largas y memorables horas, cerca de sus casuchas miserables, que como mugriento faldero de magnate descuidado, se apoyan en las paredes de espléndidas moradas. De esas luces estaba llena la noche de la recepción la enfermiza Roma, ¡cuna del pensamiento viejo, horno del pensamiento nuevo, casa del arte, pensamiento eterno!

Andaba, y anda el mundo político tan animado como las calles romanas. A Depretis, el veterano parlamentario, lo amenazaba con su mayoría hostil el Parlamento. El señor Crispi dispone de treinta votos, y fluctúa entre Depretis y la mayoría, por lo que Depretis imagina hacerse de su auxilio, lo que le habilitaría para triunfar de la coalición. En estos cuentos y recuentos se entretenían los vehementes políticos en los pasillos de la Cámara de Diputados, y el Primer Ministro disertaba en la sala de las leyes sobre lo que debiera ser motivo permanente de disertación de todos los ministros, sobre la producción agrícola, cuando

repentino desorden conmueve la tribuna de los extranjeros, suenan gritos, se ve como a hombres que luchan, cruza el aire un revólver que va a caer en medio de la sala; y se escucha una voz que dice: "¡A Depretis!" ¿Quién comete tan audaz atentado? El revólver rozó al caer la sien del diputado Modini, y no dio fuego, a pesar de la violenta caída. El culpable es arrestado, examinado, identificado. Es un Mecalusso, un siciliano, que montó en ira porque el Primer Ministro no le concedió la audiencia que pedía. Pedía la audiencia para vindicarse de los cargos por los cuales estaba bajo la vigilancia de la policía. Y en la mañana misma del día del suceso, fue a rogar al cuerpo de policía que le vigilasen durante el día muy estrechamente, porque se sentía sin las riendas de sí, y capaz de excesos. Dícese que quiso disparar desde la tribuna sobre Depretis, y que detenido a tiempo, lanzó despechado el arma al aire. El hombre de Sicilia está entre paredes duras, y las del Congreso siguen oyendo la palabra desembarazada y sesuda del Primer Ministro, ocupado ahora de reformas agrícolas, y del aumento gradual del ejército, a cuya idea le llevan, como a urgente faena, el prestigio singular de que la joven Italia goza, el peso que de buen grado se le supone en la inquieta balanza europea, y los riesgos que pudiera en caso de incuria correr próximamente, si alguno de los problemas del Mediterráneo en que está vitalmente interesada, se resolviese, o amenazase resolverse, de una manera que injuriase sus intereses actuales, o los que en lo porvenir ve Italia ya como seguros. A tamaños de nación, robustez de nación. A país importante, conmovido en lo interior y desafiado desde lo exterior, fortalezas que lo escuden, y hombres de armas que defiendan la independencia, hacienda y brillo de la patria. Eso piensa el Ministro. Y por grados ha de hacerse el aumento, de modo que se responda a la necesidad sin afligir con gravámenes nuevos; y se sienta el beneficio y no la carga.

La visita a Viena parece ciertamente destinada a apretar la amistad que hoy reúne bajo un mismo áureo techo aquellos que ayer, entre nubes de pólvora y sobre yerba enrojecida, cruzaban con frenética rabia los aceros. Venecia misma, que odió tanto a Austria, y parecía en el tiempo de su dominación virgen tierna en brazos de ogro, ha obligado a sus bandas a tocar en la plaza de San Marcos el himno marcial de Austria, porque le han amado a su buen rey, y ella paga en amor. De amor fue siempre la ciudad misteriosa, la querelosa, la femenil y lánguida Venecia. No extraña, narrando la visita, *La Gaceta Oficial* de Roma el esplendor notorio con que vistieron los monarcas austríacos su ciudad y su real casa; que ser espléndido va con ser Habsburgo. Ni extraña tam-

poco, sino que las alaba y agradece, y dice de nuevo que ellas fueron el objeto verdadero de la visita, la sinceridad, la alegría viva, la cordial afabilidad con que fueron en Viena acogidos los monarcas italianos, en prenda de que las dos monarquías limítrofes quieren asegurar la paz en que viven, y hacer de modo que anden a una en el movimiento europeo, sin celarse, ni envidiarse, ni amenazarse, ni temerse, Roma y Viena.

No tan tranquilo como Humberto en el Quirinal, con la tranquilidad aparente de los reyes modernos, está el Pontífice León XIII en el Vaticano. Nótase en la maravillosa casa como alarde de vida, ora sea que intente influir con su energía y movilidad en el gobierno italiano para obtener de él mayor amparo y reverencia; ora que, como afirma un arzobispo que viaja por el Canadá, se haga, ya en vísperas del viaje a Malta o a Salzburgo, el minucioso inventario de las riquezas que el palacio opulento acumula; ora que las esperanzas, los desalientos, las menudas intrigas, los intereses grandes, que siempre despiertan una promoción de cardenales, den hoy al hogar de Pedro nuevo calor y brillo inusitado. Una semana antes del día en que se celebra aquel en que nació sobre cama de paja el creador de la doctrina, se cubrirán de capelo de seda y ricas joyas los magnates del dogma de aquel pequeñuelo pobre. Una semana antes de la Nochebuena se harán, en consistorio solemne, las promociones, y ya se susurra que serán los favorecidos el Patriarca de Venecia, y los arzobispos de Dublín y Nápoles, y se unen a estos nombres como si se les viera ya con el capelo, los del arzobispo de la católica Viena, del revuelto Argel, de la magnífica Colonia, de la risueña y brillante Sevilla. Ha puesto tristeza en el Papa el cambio de gobierno de los españoles, de cuyos jefes puede aguardar ahora hidalgo respeto y delicada cortesía, mas no aquella filial sumisión y brioso empuje que hallaba en el resuelto, profundo y hosco Cánovas. Con un buen presidente de ayuntamiento creen los liberales españoles que basta a la ventura de un pueblecillo de aldeanos; mas cree Cánovas que los hombres han menester sentir, como Job, en su cuerpo estremecido, el trueno del Creador, y verle envuelto en rayos, coronado de llamas chispeantes, apretando en las manos montañosas riendas de cadenas.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 14 de diciembre de 1881

31

ESPAÑA

Gran debate parlamentario.—Castelar, Cánovas y Sagasta

Nueva York, Noviembre 26 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Magnífica casa ha construido España a los elaboradores de sus leyes. Ampararse de aquel pórtico griego, pasar la mano por sobre los músculos de bronce de los leones que lo guardan; detenerse con la muchedumbre de curiosos que aguardan asiento, o de tristes que cazan empleos, en aquel saloncillo donde, con tarjetas, recados y cartas, entran y salen al templo famoso los ujieres de la Casa de Representantes; o, ya más felices, penetrar de brazo de un caballero diputado por aquellos solemnes corredores, y gigantes salas, que parecen al neófito entusiasta pobladas de grandiosas sombras, y henchidas de rumores sacerdotales,—es para un hombre de nuestra raza un placer beneficioso y penetrante, que le dispone a todo acto de bravura, noble empleo de la mente y heroica maravilla. Luego de tratar con los sacerdotes, se abre Sésamo, sin que por eso se hallen los dineros del Conde de Montecristo; se rompe el encanto, y no son siempre apóstoles incólumes ni labios vírgenes de interesada apostasía, ni seres descomunales, los que halla el imparcial curioso en el palacio desencantado. Pero es lo cierto que al entrar por aquellos salones vastos y magníficos, sube a los labios, como vapor de abismos, la palabra ardorosa y tonante; y parece como que se pegan de súbito a los hombros las alas del genio.

Teatro ha sido de grandezas y ruindades, en estos días últimos la casa famosa. Oíanse hoy como los golpes sonoros y recios de una maza de plata en casco abollado,—y era Martos que hablaba; y se vieron luego como llamas volantes y columnas de humo de colores, y aves fantásticas de asiático plumaje, y pálidos geniecillos de crepúsculo revolotear por el augusto anfiteatro,—y era el discurso triste, ondulante y cadencioso de Castelar desalentado; y luego pareció que un oso despedazaba entre sus

brazos colosales a un jilguero,—y era Cánovas que con implacable seguridad analizaba la política inquieta de Sagasta;—y semejó después que una astutísima zorra se deslizaba por entre las garras del oso robusto, áspero y corpulento como un monte, y puesta fuera de su alcance, movía como en tono de reto los maliciosos ojos, en tanto que disponía los ágiles pies a nueva fuga,—y era el discurso de réplica de Sagasta, flexible, impalpable, luciente, ágil como hoja de acero florentino. Al punto, como gigante ponderoso, provisto de incontrastable hacha de armas, se levantó Cánovas con la presteza de quien va a seguro triunfo, blandiendo grueso legajo de notas tomadas durante el discurso de su rival diestro, a responder la plática agresiva de Sagasta. Mas no bien se puso en pie, pareció como si desde los bancos de los diputados se hubiesen desatado sobre el arrogante ex Ministro hambrientas jaurías: y oyóse grandísimo tumulto, como de canes que combaten; alzaronse a la vez puños y voces; las injurias, como dardos volantes, cruzaron el aire. La gran casa era presa de las locas pasiones. No con mayor vocerío celebran o injurian a los lidiadores de toros los grandes plebeyos, trocados todos en plebeyos en el ensangrentado circo. Tales variados cuadros, dolorosos o espléndidos, ha visto en Madrid en estos días el público de la casa de las Cortes.

Ya habla Martos, con su voz llena, su ademán tribunicio, y su límpido estilo, afirmando que optaba por la propaganda firme, pero pacífica, de las ideas políticas majestuosamente expuestas en la Constitución vindicadora de 1869; ya Sagasta, refrenando, de mala voluntad, en sus móviles labios la palabra agria, le había dicho en respuesta que con la Constitución de 1876 se quedaba, puesto que entendía que de las dos calamidades de que sufría España, la una era la guerra civil, y la otra era el cambio demasiado frecuente de Constituciones. Crecía a cada sesión en solemnidad el hermoso debate. En España, como en casi todas las monarquías parlamentarias, es la discusión de la respuesta que el Parlamento ha de enviar al discurso con que el monarca inaugura sus sesiones, ocasión empleada en la fijación de puestos públicos, en la explicación de programas de gobierno, en el esclarecimiento de los puntos capitales de la política corriente. En este debate júzganse a la par la situación respectiva de los partidos militantes, y el progreso, a la nación siempre grato, de los magnos hombres que aspiran a regirla. Es un duelo entre jefes de ejército. En otros debates lidian las avanzadas, los cuerpos de guerrilla, a las veces la vanguardia. Pero en la discusión del mensaje a la Corona, abandonan sus tiendas, armados de sus mejores armas, los más famosos y bravos capitanes. Cada partido exhibe sus miras.

Cada agrupación repite su programa. Cada bando solicita del Congreso que conforme a las opiniones responda al discurso del rey. Allí los grandes rivales cruzan, ante los ejércitos respetuosos, sus espadas grandes. Y se estaba de lleno en el alto debate.

El día 14 de noviembre, los carruajes que llevaban a las puertas de la casa de los diputados diplomáticos graves y damas suntuosas, abríanse difícilmente paso por entre los animados grupos que discurrían por las calles vecinas al Congreso. Extranjeros notables, apuestas madrileñas, ceñidos generales aguardaban pacientemente, en espera de puesto en las tribunas, a las puertas de la casa famosa. Rebosaban las anchas escaleras en gentes que aspiraban a lograr entrada. Reñíanlas, rechazábanlas con gran dificultad, los guardias de orden. En lo interior, llenaban la alfombrada arena del gran circo los belicosos gladiadores, y como en espera de máximo suceso, llenaban los caballeros diputados con desusada premura los muelles bancos carmesíes. Y en lo alto, a semejanza de los tiempos en que en estrecha galería, vecina al techo, artesonado con piñas del viejo oro de América, veían las nobles damas de hermosos ojos negros las grandes fiestas de la antigua Corte en la zaragozana Aljafería, llenaban las estrechas tribunas elegantes señoras que parecían, por el murmullo suave de las voces, y el agitar las plumas de abanicos, y el mover dentro del brillante traje el cuerpo esbelto, más que junta de damas, sesión de mariposas. Y era que Castelar, tras prolongado anuncio, hablaba. Con voz honda y acentos amargos comenzó su discurso que, más que romper de alba, pareció caer de tarde. ¡Fue cosa melancólica; y como nube parda, que iluminó, como si la luz rebelde quisiese al fin abrirse paso en un deslumbrante rayo, cayó sobre los tenaces ultramontanos españoles aquel golpe de ira luminosa! Explicó Castelar su benevolencia para con el gobierno sagastino, e hizo de modo que ella pareciese en estrecha concordia con su vida política anterior, en todo lo cual veíase como dominaba un deseo de aparecer, más que como un volcador de las cosas que son, amparador ansioso de las que fueron, y aguardador pacífico de las que habrán de ser. Parecía a las veces, durante aquella elocuente, ora apasionada, ora adolorida plática, como si se estuviese oyendo a alguien que quisiera arrepentirse de sí mismo. Dijo Castelar que sacrificaría, caso de ser preciso, a la revolución, tanto cuanto le había ya sacrificado; pero que era ahora su leal entender, en imitación de lo que los reformadores prácticos de Francia y los Estados Unidos hacen, que a la prensa y al Parlamento deben fiarse el triunfo de las esperanzas de los demócratas, y que éstos deben batallar en le-

gales batallas, y mover como arma única, lengua y pluma. “¡Aborreced, como yo aborrezco, la guerra civil; y sobre las tendencias desastrosas de las provincias separatistas del norte de España, alcemos con brazo incontrastable la salvadora bandera de la Unidad de la Nación!” La República Francesa que, como domador cercado de fieras que las embrida con recia mano a todas, saca mayores condiciones para existir de sus peligros mismos, le pareció, comparada a la monarquía de Portugal, a pesar de sus hábitos liberales, grandemente amenazada de crisis revolucionaria, motivo de desconsuelo para la monarquía española, y de legítima esperanza para los republicanos discretos y aguardadores. Afirmó entre nutridos aplausos que las variantes liberales de la política monárquica de España, por loables y beneficiosas que le pareciesen, ni le parecían más que una previsiva educación del país para el advenimiento de una sólida república ni habían de ser parte a conmovir su honda fe y su inquebrantable devoción a sus ideas republicanas:—“¡Mi conciencia, mi naturaleza y mi historia me lo impiden!”—Ni cree posible desconfiar de la bondad de una forma de gobierno que da a la historia de los hombres naciones tales como la nación de Norteamérica: “¡Cómo,—exclama entre vítores,—cómo podremos olvidar a ese caudillo nobilísimo de un pueblo libre que cayó en el puesto de la honra, mártir de su deber, después de ardua carrera señalada por singulares merecimientos y honesta bravura, como ejemplo de republicana fortaleza, arrebatado por la mano de un cobarde asesino a su abnegada esposa, sus amantes hijos, sus amigos leales y su gran nación!”—“Bien habéis hecho”,—decía después, volviéndose a los atentos y agradecidos ministros del actual gobierno,—“bien habéis hecho en volver a la ciencia perseguida la libertad que le faltaba. La ciencia tiene derecho a ser libre, a ser respetada, a gobernarse por sí misma. Habéis hecho bien, os digo, en devolver su autonomía a las Universidades, y sus legítimos profesores, apóstoles del librepensamiento a las profanadas cátedras. De la tiranía del Estado, y de toda otra clase de tiranía debe estar libre la ciencia: libremente han de cruzar el inmenso espacio, en busca de la verdad que ha de redimirlos, los que enseñan y los que aprenden, no sea que la tiranía y la fe fanática, lleven, como han llevado en Rusia, al regicidio y al nihilismo.” Y como si las manos del orador admirado, no hubiesen perdido aún completamente su hábito olímpico, alzó al cabo, de ruda manera, su látigo de fuego sobre los ultramontanos españoles. “Yo os conjuro”—decía Castelar a los ministros—“a que asistáis a la prudente y generosa Italia en su tarea de separar el poder espiritual del temporal. En tiempo alguno han sido las

manifestaciones del Pontífice menos veneradas, ni los cónclaves más respetados, ni las peregrinaciones más frecuentes, ni los peregrinos menos molestados. Unanse, como van unidos en el espíritu benéfico y humanitario que las engendra, la Iglesia y la Democracia; y vivan en paz fraternal no interrumpida Italia y España”.—Inicióse al fin, con su caudal de opulentas imaginaciones y levantados pensamientos, el período de clausura del admirado discurso, ora en silencio religioso, ora entre clamorosas palmas escuchado; y habló en él Castelar del progreso que adelanta, y de la libertad que ha de ir con él del brazo; y de la obligación en que los que asisten al cortejo solemne están, de limpiar de obstáculos la vía de los que, como Sagasta y sus secuaces, en inevitable y saludable preparación para la república, respetan el decoro humano; y vuelven a la razón los fueros que le estaban siendo arrebatados, y educan, con su liberal conducta, a España para los días del gobierno propio, y el peligroso pero redentor ejercicio del sufragio universal. De la valía de sus hijos logran valía los pueblos, y la gloria de los que nacen en nuestra misma tierra es como legítima dote nuestra, y nuestra gloria. De cariñosa emoción y cordial asombro empujados, cercaron los diputados españoles al orador famoso. Se sintió amado, lo que predispone a amar, y hermosea a los viles, y a los grandes magnífica. Movían allá en lo alto, como alegres, sus alas las encantadoras mariposas. Vitoreaban los concurrentes a las galerías. Decían bien del inspirado tribuno los graves embajadores. ¿Cuándo pueblo y dama no sintieron, con lozana vehemencia, las cosas hermosas?

Tributo, más que respuesta; red alevosa, más que pieza de debate, fue la réplica de Sagasta a Castelar. Por su benevolencia hacia el gobierno y valioso y sincero apoyo, le dio gracias: firmemente convencido se mostró de que no cabe para España prosperidad sino en el mantenimiento de la monarquía. Y lamentó, con fina frase y blando modo, que su admirable amigo, a manera de los que en otro tiempo le ayudaron a volcar del altar los dioses que hoy venera, no imitase a los nuevos demócratas monárquicos y abjurase de las ideas que le llenan ya de amarga tristeza y figurase entre los mantenedores decididos de la remozada monarquía.

Muy reñida y trascendental batalla siguió a esta que, más que lidia, fue fiesta de la palabra. Era Cánovas al día siguiente el orador. Su palabra se hincha, se encoleriza, parece lluvia de piedras puntiagudas, persigue, golpea, azota. Otras palabras hieren como acero; las de Cánovas, como peñascos. Las dispara con cólera. Sabe que no le aman, y no ama. No disimula su soberbia, y exhibe su desdén. Mandar, le es fuerza.

Le ha quedado ya el hábito del mando. General hosco parece cuando habla: no disertador cortés. ¡Oh, y es un analizador terrible! Se entró por las huestes sagastinas; reveló los misterios de su composición; hizo sangrar las heridas ocultas, despertó vanidades mal dormidas; de los campos de que venían los adictos a Sagasta, dedujo con lógica implacable los campos adonde iban. El sabe que se le hace guerra a muerte, y usa para luchar armas mortales. Lidia a más con ventaja:—que él se cura poco de disimular que trabaja en bien de España, y se sitúa como defensor legítimo, leal y eficaz de la monarquía. Cree, con justicia relativa, al ver las cosas desde su punto de vista, que abrir la casa a nuestros enemigos es darnos a ellos, y no librarnos de ellos. Parece la política de Sagasta más hecha para aprovechar a los enemigos del rey que al rey; y cree con irrecusables pruebas, interesada y condicional la lealtad de Sagasta y de los suyos. “No podéis servir al poder sino minándolo. Venís de la revolución, tenéis su espíritu, procedís con sus medios, pararéis en ella. ¡Morirá por vosotros la monarquía que se fía de vosotros!” Pendía el Congreso de los labios de aquel hombre osado. Acumulábase la cólera en los bancos de los diputados sagastinos. Parecía aquélla una lucha fantástica, en que un guerrero solo venciese en el enemigo campamento a las numerosas huestes rivales. Como lastimados en su cuerpo se sentían los secuaces de Sagasta. Casa de ira iba siendo la casa de las leyes. “¡Que defendéis la libertad decís! Sí: ¡yo también la defendía: yo permitía también el ejercicio de todas las libertades,—menos la de atacar la religión y el trono,—menos la de predicar, en medio de los esfuerzos maravillosos de una reacción monárquica, que parecía imposible, la bondad de las ideas republicanas! Os habéis contentado con muy poco y habéis sido muy humildes, en vuestro debate con Francia a propósito de los ultrajes hechos a los españoles en Saida. ¡Ved que España no puede permitir que desaparezca ahora el imperio de Marruecos, y que cuando desaparezca, ha de recabar de él, y guardar para sí, lo que de él es necesario. España tiene en Africa su marcado destino: la oposición a que se cumpla el destino de reforma en Africa no está en el estrecho de Gibraltar: está en los Pirineos!” ¡Graves cosas, de gran manera dichas! Como mar en creciente oleaba la Cámara; y de mar en creciente notábase ya el ruido.

“¡Buena era a fe la libertad que dabais a los españoles!”—replicale Sagasta. “Hacerse odiar no puede ser el medio de conservarse en el poder. No a vasallos, sino a hombres pensadores y libres, tiene que gobernar aquí la monarquía. No se gobierna en el tiempo contra el tiempo. Poder

que no se amolda a su pueblo, cesa. Nosotros, no vosotros, salvaremos a la monarquía: ¡vosotros, que, en tanto que obrabais sin represión ni freno alguno, poníais freno férreo a vuestros compatriotas, e impedíais a honrados y discretos republicanos la reunión en un sencillo banquete!” —“No ha de dividirnos de Francia el señor Cánovas”,—decía después el marqués de Vega Armijo. “Con lealtad obra para con España; y con lealtad obrará España para con ella; Francia es nuestra amiga. Ella ha accedido a nuestros deseos: ella ha reconocido la justicia de nuestras demandas por el desastre de Saida: y hoy los derechos de España están garantizados, y España no ha quedado por ello en obligación alguna con Francia. Ni os inquieten, conservadores, nuestras colonias, que precisamente para conservarlas les daremos, les hemos comenzado ya a dar, las libertades de que España goza.”

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 16 de diciembre de 1881

32

ESPAÑA

Final tumultuoso de un debate.—El canal de Panamá.—El poder temporal del Papa

Nueva York, Noviembre 26 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Así, entre estos ruidos de batalla y cerradas justas, entre estas airadas voces, anuncios de tormenta, y estas magistrales pláticas, prenda de majestad espiritual, llegó el fin del debate brillantísimo, en el que en suntuosa y artística manera, habían dado forma ordenada, compacta y visible a sus aspiraciones múltiples y encontradas, los jefes de las agrupaciones políticas que hoy lidian a la luz en la caliente arena española. Mas no bien había terminado Sagasta el discurso arrogante e hiriente, lleno de mal oculto fuego de batalla, con que cerraba, en réplica general, viva y airosa el debate de la contestación de las Cortes al mensaje del rey Alfonso; no bien acababa de hacer gala del número y calidad de sus secuaces, y de apuntar, con ademán de triunfador la peligrosa soberbia y espíritu de aislamiento que distinguen a sus rivales; no bien venía de señalar, como valiosísimo don suyo a la monarquía, la suma de auxiliadores demócratas, antes recios enemigos, que su política liberal había granjeado a la monarquía; no bien, como reposando de la victoria estruendosa que el debate memorable aseguraba a su política,—se alza, armado de gran número de notas, y como dispuesto a librar definitiva y mortal batalla, el indomable Cánovas. Como Ministro del trono, Sagasta se ve obligado a demostrar su capacidad de defender el trono, y en esta arena, Cánovas siente que la lid es suya. Gritos de ira álzanse enseguida de los bancos de los amigos del Ministerio. Estalla al fin la acumulada cólera. No quieren que hable Cánovas. El debate está cerrado. El discurso de Sagasta le ha puesto fin. “¡Basta!” “¡Basta!” “¡A votar!” “¡A votar!” Hablan a un tiempo aquellos tres centenares de hombres iracundos. Pónense de pie. Incrépanse con increíble dureza. Abandonan unos sus bancos; otros mueven sus manos, como si fueran a usar violen-

tamente de ellas; otros salen precipitadamente del anfiteatro, para dar calma al enojo, o para darle empleo. “¡Orden! ¡Orden!” claman inútilmente los Ministros: “¡A vuestros asientos, señores diputados!” “¡Respetad a los que merecen respeto, diputados de la mayoría!” exclaman junto a Martos, Moret y Castelar, los diputados demócratas. “¡No abuséis de vuestro poder!” silban las galerías: de pie están en sus tribunas las damas, los diplomáticos, los grandes, los generales. Todos defienden a Cánovas de la mayoría que le teme y lo ofende. “¡De miedo de oírle protestáis: le tenéis miedo!” La libertad oprimida cautiva a todo pecho generoso; y nadie recuerda entonces que Cánovas ha oprimido muchas libertades, sino que la de él lo está siendo; y apoyan a Cánovas. Sagasta, con visible descontento, habla a sus partidarios rudamente, y los llama a la calma. Ebrio y rojo de ira está en su sillón presidencial, ronca la voz, rota la campanilla y fatigado el puño, el presidente Posada Herrera. Exasperado Cánovas se sienta: y la furia fue ya entonces la dueña de la casa. Vítores estruendosos saludan al vencido; silbos e injurias caen sobre los numerosos vencedores; crúzanse denuestos entre los diputados y las tribunas; trábanse y decídense lances personales; muéstranse los diputados los puños amenazadores; indigna la violencia; disgusta el descortés tumulto; asorda el ruido. Al fin habla Sagasta: “¡Mal estáis haciendo, señores diputados, a vuestro propio concepto y al de la Cámara! Desconoce y rechaza vuestras razones el gobierno, y ruega al señor Cánovas, con encarecido ruego, que haga al gobierno las observaciones que se preparaba sin duda a hacerle.” Desdeña hablar Cánovas. En medio del tumulto se recoge el voto, por mayoría considerable favorable a la política de Sagasta. Por corredores, escaleras y calles continúa la agria contienda. Mohínos quedaron los sagastinos de aquella que hubiera sido, sin aquel escandaloso remate, poco durable mas deslumbrante y honrosa victoria.

Ni senadores ni demócratas han estado en ocio: en la casa de aquellos, se han sacado a plaza las cosas de América: y en el teatro de la Alhambra celebraron fiesta los demócratas monárquicos. Había anunciado el marqués de Seoane una interpelación al gobierno, que diera de sí la definición de la política de España en la cuestión que surge del canal de Panamá. Como propiedad suya mira el canal el gobierno norteamericano. Francia, con poco acuerdo hizo saber no hace mucho tiempo al gobierno de los Estados Unidos que era el canal empresa de un ciu-

dadano francés, mas no de Francia, que nada quería, ni nada se reservaba, de los probables beneficios de la magna empresa. Inglaterra, movida de justa previsión y no de celos, estima que debe garantizar la neutralidad del canal en junto con los Estados Unidos, con lo que se estorba que éstos se miren como absolutos dueños de la vía que, si por una parte lleva al oeste de la Unión norteamericana, por otra lleva a la India. Y el marqués de Seoane inquirió al marqués de Vega Armijo la actitud de España en la próxima contienda. “Vigilaremos”—dijo el Ministro sagastino—“por los intereses españoles que en el istmo estén o pudieran llegar a estar afectados: y será en esa batalla diplomática nuestra política amoldada a la de naciones que tengan en el canal intereses semejantes a los nuestros.” ¡Dolorosa cuestión, preñada, ay,—y no para los españoles—de amenazas!

Otro marqués, a más de estos dos del Senado, tiene la política española, que es caballero menudo de cuerpo, y grande en la política menuda. Viene de casa vieja, y es hijo de duque; pero ama los tiempos nuevos, y vive en ellos. Es ingenioso, activo y osado. Concibe con rapidez; habla con brío; organiza con presteza. Para construir, le faltan tamaños; mas para derribar, le sobran fuerzas. Ni de libros empolvados, ni de húmedas aulas le viene su ciencia, sino de fuerza propia, irregular y desbordada. De literatura cuida poco, y cuida más de echar abajo a sus enemigos. Tiene arrebatos generosos, y expedientes fecundos. Este marqués, que es el de Sardeal, presidía con el gallardo Moret el banquete que los demócratas monárquicos se dieron ante gran concurrencia, en el teatrillo de la Alhambra. Por cierto que fue en la escena de este teatro donde estrenó Vico, el primer actor de España, la leyenda dramática de Marcos Zapata, que pudiera ser máximo poeta: *La capilla de Lanuza*; fue allí donde el público frenético, arrobado por la melodía cautivadora de aquellos límpidos y alados versos, empleaba en hacer salir a la escena el laureado autor tanto tiempo como acababa de emplear en oír su obra; fue allí donde con voces generosas, que no hallaba después frecuentemente, clamó en discurso elocuente contra el mantenimiento de la esclavitud el áspero crítico Manuel de la Revilla, dos meses hace muerto; fue allí donde con arte singular, y pasión tierna, y gracia suma, movía los enamorados corazones en tiempo no lejano, una delicada criatura, blanca y airosa como un lirio, la actriz italiana Pasquali. Y allí fue donde entre sonantes vivas, anunció Moret a España, desde aquella mesa de banquete a cuyo torno se sentaron 300 demócratas, que intentaba traer a la política española la democracia levantada, conciliadora, oportuna, aclamada, aplicable, de

John Bright, el orador glorioso, el librecambista ardiente, el Píldes del enérgico Cobden, el inglés que ama a los Estados Unidos y a Irlanda, el ministro de Gladstone, el anciano fogoso de cuya vasta mente y bravo y sano corazón viven enamorados los ingleses.

Vese, pues, que la democracia española, antes de entrar en su período pleno de creación, adelanta en su lento y previo período de imitación. En un pueblo no perdura sino lo que nace de él, y no lo que se importa de otro pueblo. Mas estos devaneos, copias, deseos honrados de introducir en el suelo patrio experiencias que en otro suelo han dado resultados felices, son inevitables, necesarios y útiles. Con el imperfecto ejercicio de la libertad que permiten, y de su choque mismo con las necesidades y espíritus reales de la patria, resulta el pueblo nutrido y preparado para ejercer luego la libertad de su propia y original manera. Aunque dividida y dispersa en grupos sueltos, la democracia arraiga cada día con raíz más honda, entre los españoles, que la ven briosa, estudiosa, amiga de lo nuevo, buscadora de lo útil, prendada de su tiempo y trabajadora. En esto están empeñados los hombres que respetan y favorecen el desarrollo del maravilloso poder humano: y se alzan a su frente con sus históricos vestidos y sus venerados rostros, los obispos de España, puestos en la faena de obligar al gobierno de su nación a que favorezca con poder positivo el poder temporal del Papa. La lucha está siendo formidable y abierta. Sagasta quiere el matrimonio civil, la enseñanza amplia, la conciencia libre, y a Italia unida: los prelados españoles, que no ocultan que obedecen en su compacta campaña actual a insinuaciones del Pontífice, quieren mantener incólume la divinidad del Sacramento; dejar el matrimonio como obra divina que, aunque hecha en la tierra, con elementos terrenos ha de resolverse mas allá de la tierra; arrancar de manos de los hombres todo libro que no sea estrictamente ortodoxo; expulsar de sus cátedras a los profesores que enseñan el modo de usar con dignidad y utilidad nuestra libre razón, y reemplazarlos con maestros que sometan todo brío mental y toda ansia de ciencia del espíritu a la palabra eclesiástica; y quieren, sobre todo esto, que la mano de Alfonso, como en otro tiempo la mano del torvo Felipe, confirme con su dominio real de los hombres al representante del humilde Jesús, y blanda el arma vengadora contra el monarca y los pensadores y el pueblo italiano, que han arrebatado al Pontífice romano su poder temporal. El cardenal arzobispo de Santiago, el arzobispo de Valencia y el obispo de Soria, Huesca y Salamanca, que es el confesor del rey, interpellaron al gobierno, desde aquellos asientos del Senado en que recuerdan aquella grande época

de las Cortes españolas en que era la Iglesia brazo poderoso y dueña del monarca y de las almas. Dilatada y amargamente hablaron el arzobispo santiagués, y el obispo salmantino; dijeron durezas del gobierno de Italia; pusieron en alto el que ellos estiman deber filial y católico derecho de restaurar en su silla del Señor, al Sumo Pontífice, y movieron al gabinete de Sagasta a que protegiese, como a la fiel España cumplía, la libertad de la Sede Católica. Fuera del Senado, los prelados han levantado con sus actos una abierta protesta. Con el primado de Toledo, que no ha tomado aún su asiento en el Senado, ni prestado su juramento de lealtad, llamaron a las puertas de los oradores Pidal y Ortiz, mantenedores incansables de los derechos de la Iglesia, supremacía absoluta de sus doctrinas, y poder real del Papa: llevaban a Pidal y Ortiz la bendición de León XIII, y los ardientes plácemes de la Iglesia de España. Pidal tiene vueltos los ojos a Donoso Cortés, y con poderosas dotes de combate, arremete con pujanza juvenil contra todos los que intentan nivelar o alzar la libertad del hombre sobre la libertad del sacerdote. Sabe de latín, de Biblia y de oratoria. Le ve la Iglesia como su hijo amado. Movimiento en favor del rey Don Carlos parece el movimiento actual de los magnates de la Iglesia: que ellos creyeron que la monarquía de Alfonso venía, no a salvarse a sí propia cortejando con éxito los bandos diversos que batallan en la política española, sino a salvar la doctrina católica amenazada, alzándose como dura fortaleza, e insalvable dique, a la ola arrolladora del espíritu moderno. Y vuelven los ojos de nuevo, hacia aquel a quien Pidal defiende, de quien fue apoyo y voz aquel orador bíblico, de alma tierna, profética elocuencia y llaneza apostólica, Aparisi y Guijarro; vuelven los prelados los ojos al rey Don Carlos, que hace poco preguntaba al gobierno de México si podría ir a la hermosa república a vivir en calma con su esposa y sus hijos, lo que mereció hidalga y firme respuesta de los gobernantes mexicanos: “Venid, y respetando nuestras leyes, seréis aquí dichosos.” No esquivó el marqués de Vega Armijo, que es hombre de pensar maduro, palabra sobria y estilo sentencioso y neto, la respuesta a la interpelación de los prelados; ni se intimidó por la oposición que el Senado anuncia a las leyes civiles de Sagasta, que han sido limadas ya de sus mayores asperezas; ni por la importancia que a la visita e interpelación de los obispos se ha dado en la regia casa y en los más aristocráticos salones. Habló secamente y seguramente.—“Confía España”—decía—“en los visibles y honrados esfuerzos del gobierno italiano por proteger el decoro y libertad del Pontífice: no queráis, señores prelados, porque no lo quiere el rey y España no lo quiere, que vayamos a mez-

clarnos, como capitanes intrusos de inexcusables aventuras, en los asuntos interiores de una nación extranjera y una potencia amiga y a perturbar su paz en la misma capital de la nación”.—“El gobierno”—añadió después el Ministro de Justicia—“cree que logrará término amistoso a las negociaciones que acerca del matrimonio civil tiene entabladas en el Vaticano: lo desea, lo anhela, gozará con lograrlo. Pero si no lo lograre, por acaso, ¡mantendrá sin debilidad y sin complacencias los principios del decreto que ha sometido a la aprobación de los senadores, y sacará en salvo, sin miedo a los prejuicios y a las tradiciones, las invulnerables y sagradas prerrogativas del Estado!”

Muy animada, a lo que se ve, anda la risueña Corte. Pero el rey se prepara a abandonarla, y a ver reyes. De tres viajes de Alfonso se habla. Que irá a Austria, a ver de nuevo la tierra de su esposa, afirman unos. Otros afirman que no irá a Austria, sino a Inglaterra, a pagar a la reina Victoria sus especiales bondades. Y ya se da por cierto que Lisboa se prepara a recibir, en los mismos días en que leerá la benévola Caracas estas cartas, al príncipe de Gales y al rey Alfonso. Seguro parece este último viaje, y más seguro desde que el nuevo Ministro del amenazado rey Don Luis, el famoso conservador Fontes Pereira de Melho, muestra deseos de apretar la amistad de Portugal y España. Era Melho, grande enemigo de los liberales, inspirador del gabinete de Sampayo, creado como para dar tiempo a que se calmase el rencor que la política acre y represiva de Melho, había despertado en los demócratas portugueses. Siéntese de nuevo fuerte, teme el gobierno a los demócratas, y Melho reentra en liza.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de diciembre de 1881

33

ESPAÑA

Los prelados y Sagasta.—Arma oxidada y arma nueva.—Castelar y Francia.—Gibraltar para España.—Ferrocarril nuevo

Nueva York, 10 de diciembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

¡Cuán interesante, cuán peligrosa, cuán trágica lidia tienen empeñada los poderosos de la política española! La revolución, que ha tomado del brazo al monarca, procura arrebatarlo a sus huestes naturales, y apartarlo de su vieja silla de oro, y la Iglesia, madre de la monarquía, fulmina sus anatemas contra la revolución. Los nobles andan divididos y se amparan los unos de la Iglesia y los otros, movidos de aquel espíritu que animó a Juan de Lanuza y halló feliz forma poética en García del Castañar, combaten en el campo nuevo. En el ejército tiene poco bando el rey, y lo tiene grande la república. El pueblo, la gran fiera adormida, como que reposa. No se le ofende, y espera. Esto tiene de cuerda la política de Sagasta, y de salvadora para la monarquía: no ha de ofenderse a aquellos a quienes no puede vencerse. Oír quejas justas es mejor modo de acallarlas que volver las espaldas con desdén a los querellosos. Que el rey viva para su nación y la gran masa humilde, quiere el precepto liberal, y el precepto conservador quiere que la nación viva para el rey, y para el mantenimiento de su séquito. De esta permanente lucha que no ha de rematarse sino con el remate de uno de los dos enemigos, porque a ambos va la vida en la contienda, hay ahora en el Senado de España un grave incidente. La libertad, que tiene fe en sí, aguarda. Las instituciones viejas, que van perdiendo la fe, se exaltan y provocan. No conciben ellas el turno pacífico de los partidos en el poder, ni el acatamiento a las necesidades urgentes de los tiempos modernos, ni la justicia de la prueba leal de todos los modos de gobernación, ni la conveniencia de mantener un gobierno medio en países en que batallan opiniones extremas, ni el buen hábito de captarse, mediante concesiones parciales y benévolas, la voluntad de los adversarios. Se creen con derecho nato al poder omnímodo. In-

tentan sofocar la voz de la naturaleza humana. Blanden aún el estandarte verde de los autos de fe. Besarian, aun con labios amantes, la mano huesosa y fría de aquel monarca tenebroso y lívido. Si el rey Alfonso no las apoya, si no excluye a los políticos revolucionarios, si no vuelve a las manos de Cánovas aquel sombrero histórico con que cubrió irreverentemente su cabeza en plena sesión de Cortes, rompiendo así el freno de comedia que con las Cortes se había dado,—las instituciones viejas alzarán bandera de rebelión contra el rey Alfonso y buscarán monarca nuevo. La revolución, que ve en la monarquía un modo de prepararse para el goce de la libertad, para el advenimiento definitivo e irrevocable del gobierno popular, aconseja lealmente al rey un cambio tácito de servicios, por el cual puede salvar a la nación y prolongar la existencia de su trono. Las instituciones viejas acaparan las armaduras oxidadas de los museos reales, las carrozas carcomidas de Juana la Loca y Carlos II, las estatuas de piedra de los monarcas góticos, los atriles gigantescos que sustentan en bordado espaldar de bronce misales corpulentos, en cuyas páginas de rugoso pergamino dibujaron letras negras y rojas los monjes demacrados y sombríos de Zurbarán y Ribera; y con todas esas históricas riquezas alzan barricada a la cohorte batalladora de la época, que viene calle arriba, en gran tren de vapor, ¡cargada de piquetas, de arados, de libros, de buques, de dragas, de limas que rebajan montes, de botones eléctricos que hacen volar islas, de cuchillas que sajan las cordilleras y echan a hervir juntos en la colosal herida los apartados y rugientes mares! Esa es la lidia.

La casa del combate es ahora el Senado. De un lado se sientan los ministros revolucionarios, hojeando las leyes de reforma que descansan en la barra de luciente caoba. De otro lado, con paso solemne, van a sus amplios sitiales, envueltos en sus ropas majestuosas, los grandes de la Iglesia, los arzobispos y obispos, los grandes de la monarquía, el hosco Cánovas, el batallador Pidal, aquellos caballeros de las edades idas, que defienden las prácticas de los tiempos de hierro en que se usaron cascos rudos y corazas poderosas, que la misma naturaleza da ya como pasadas, porque no hay ya ni cráneos recios ni pechos roldanescos que sustenten las viejas armaduras.

De una parte, el Ministerio, con sus hombres sencillos vestidos de trac negro, quiere que el maestro enseñe conforme a razón y el discípulo aprenda libremente, y no se amolde a un patrón férreo, sino se eche alado por los campos vírgenes a buscar leyes no descubiertas y desconocidas maravillas. Quiere que sea libre el católico de casarse conforme a su ley,

y el que profese distinta fe, de casarse conforme a su fe, como el católico. Quiere que la Iglesia tenga mando en las almas, mas no estorbe al Estado, ni le prohíba tomar cuenta propia de los que nacen, se unen, se apartan y mueren. Quiere, con la venia del Pontífice, restablecer en España la ley de educación liberal y matrimonio civil y la supremacía del Estado en los negocios del Estado.

Frente al Ministerio se levantan, en compacto núcleo, los prelados y los conservadores que los apoyan. Quieren que, sean cuales sean las doctrinas que surjan del empleo incontrastable de la razón humana, se enseñe exclusivamente en las universidades la doctrina católica. Quieren que, sean o no católicos los que se unan en matrimonio, se unan por la ley de la Iglesia, aunque juzguen violación que las sectas cismáticas o herejes obliguen a los católicos a casarse conforme al cisma o herejía, y no a su ley. Quieren que el Estado no tenga lista de los que nacen, casan, fallecen, sino que acuda, como a poder exclusivo y máximo, a proveerse de datos estadísticos en los registros de la Iglesia. Quieren, en suma, mover tal guerra al Ministerio de Sagasta, a la sombra de la bandera religiosa, que se espante el rey de las voces de alarma y anatema de las clases aristocráticas, y desampare a los ministros revolucionarios, o que se vea Sagasta compelido a buscar la alianza de los elementos hostiles a la monarquía, con lo que volverá al campo canovista la hueste moderada que, herida por la soberbia del Ministro, pasó sus tiendas al campo de Sagasta; con lo que el rey habría de ponerse al lado en que se agruparan todos sus mantenedores.

Los periódicos hacen en este combate el oficio de guerrillas y avanzadas. Tirotean, azuzan, enconan, prueban fuerzas. Unos anuncian que el clero condenará desde el púlpito las leyes invasoras, otros opinan que cardenales, arzobispos y obispos, que en número de veinte tienen asiento en el Senado, protestarán solemnemente, y en cuerpo, contra las reformas, y abandonarán sus asientos; éstos adelantan la protesta unida de todos los prelados de la Iglesia española; aquéllos mantienen que el matrimonio civil y su inscripción en el registro del Estado deben preceder a la unión religiosa; un diario dice que el nuncio del Papa alienta a los prelados en su resistencia: en otro diario léese que el gobierno de Sagasta ha entrado en arreglo amistoso con el Vaticano, del cual espera venia para que la ley española establezca que los católicos se casarán ante el altar católico, y los disidentes ante la mesa del alcalde, no siendo matrimonios ni bautizos válidos si no quedan inscritos en los registros del Estado. En esa actitud quedan los bandos combatientes.

Lucha semejante espera al gobierno en la Cámara de Diputados, por más que allí la resistencia haya de ser menor; no porque la reforma que en la Cámara se proyecta sea menos grave, sino porque el gobierno cuenta entre los diputados suma mayor y menos rebelde de partidarios que la que le apoya entre los senadores. Intentan los liberales de España lo que en vano ha poco intentaron los liberales de Inglaterra. Los demócratas quieren lo que quiso Braulaugh: que el diputado que sea cristiano, jure fidelidad a su nación por la ley cristiana, y el que no pertenezca a la fe, no sea forzado a jurar por ella, sino a empeñar promesa honrada de guardar las leyes nacionales. Creen los diputados reformistas que no deben los disidentes religiosos hacer violencia a los diputados católicos, ni éstos a aquéllos, sino que ambos deben gozar iguales libertades respecto a su fe. Y el gobierno no se ha opuesto a la presentación de la reforma, sino que ha consentido buenamente en ella, cumpliendo así la oferta que hizo a los demócratas, a cambio de simpatías y apoyos democráticos, cuando los monárquicos liberales y los adversarios de la monarquía se sentaban en los primeros bancos, frente al tonante y desdeñoso Cánovas.

El Día, periódico grave, que ha traído a la prensa española el carácter general, la elevación doctrinaria y la discusión tranquila que dan especial tipo a la alta prensa inglesa, puso a un lado un instante sus juicios sobre la política del Ministerio español, para dar casa a un vigoroso artículo en que Castelar juzga al actual Ministerio francés. Programa de su propia política, más que examen de la ajena, es el artículo de Castelar. En él afirma que los hábitos inteligentes de la nueva Francia, y la gloriosa independencia e histórica desenvoltura del pensamiento francés, junto con los crecientes e indiscutibles triunfos de la idea republicana, no dejan duda de que la república está firme y definitivamente establecida en Francia. Repite con Thiers que la república, si ha de ser, ha de ser conservadora. Compara la desacordada tentativa de 1848, con la serena majestad de la república de 1870. Cree que en fundir los elementos varios de la vida francesa, y no en excluir alguno de los elementos, está la salvación y el crédito de las instituciones nuevas. Contrasta la república cuasi monárquica de Thiers, con la república reformadora de los radicales hoy triunfantes. Es duro para Paul Bert, el Ministro de Cultos, y para Alain-Targé, el Ministro de Hacienda; y habla con reprimido desdén de sus compañeros de gabinete a quienes, sin aguardar, como fuera de justicia, que hayan probado sus recursos de mente y carácter, estima inferiores a aquellos que como Freycinet, Challené, Lacour, León Say y

Ferry, han alcanzado por años u ocasiones, amplia fama. Prevé peligros; y cree que los trae a la república la tirantez dogmática, alarde de racionalismo, y anuncio de energías de los ministros de Gambetta, y estima el genio de éste como más poderoso, original y avasallador que el de Guizot y el de Thiers. Con mayor aspereza censura a Clemenceau, y su cortejo bullicioso de inquietos ultrarradicales, y excita con voces apasionadas a los republicanos conservadores a que hagan en torno de Freycinet, y le dejen ser cabeza de un partido paciente y moderado que, en vez de poner en riesgo, ponga en salvo, por si aún no lo estuviesen, las modernas instituciones de la generosa Francia.

Mas, ¡ay! bueno es que se dé de mano a todo rencor, a toda impaciencia, a toda prisa insensata, a toda generosidad irreflexiva, a todo imprudente ímpetu, a toda justicia no llegada, y es bueno que se fundan todos los elementos fundibles; pero con aquellos elementos que de verse más cerca, más se enconan, y de tratarse más, más se repelen y abominan, ¿qué ha de hacer el político desesperado de acordarlos? Si la lucha es miserable, si la repulsión es instintiva e invencible; si el alejamiento y rencor han de ser permanentes; si toda tentativa ha sido inútil; si la ley de conservación parcial que anima a cada elemento, se opone al ansia de fusión amistosa que anhelan los políticos prudentes, ¿qué ha de hacerse al cabo, sino ponerlos a luchar, para que el más justo venza al más terco, y sea la casa de un dueño y no de dos condueños enemigos, de los cuales el uno quiere reparar y ornamentar el edificio, y ensancharlo, y hacerlo casa de pobres; y el otro quiere cerrar rejas, y tenerlo mohoso y agrietado, y dejar a la puerta la vida nueva, que llama a grandes voces?

En el Senado alzó un senador cubano gran tormenta. Y no fue a propósito de Cuba, que es nido de ellas, sino a propósito de Gibraltar. Ni sorprende ni estremece más el rayo al labriego, que la pregunta de Güell y Renté, senador por la Universidad de la Habana, sorprendió y estremeció al Ministerio. Como de un fantasma huía de la pregunta el Ministro de Relaciones Exteriores. “¿Por qué, por qué—preguntaba el senador Güell—no se intenta ya que Gibraltar, llave de España, y de un mar llamado a ver hazañas españolas, vuelva a poder de España?” Mayor sorpresa causó al Ministerio la interpelación de Güell, porque, a pesar de la convencional fraternidad que el gobierno alardea para con los representantes de Cuba, y de no dejar ocasión sin decir que son hijos de la nación, e hijos amados, paréceles faena de intrusos, o hurto de sus derechos, que un representante de la Antilla piense y proponga en cosas de la nación.

Los sufren, como testigos necesarios. Los rechazan, como compañeros libres. De desdeñosa, de iracunda, tuvo la respuesta del severo marqués de Vega Armijo, que, en vez de afrontar valerosamente el caso grave, o aprovecharse de él para dar al país, como materia de pensamiento la idea osada y justa, increpó con aspereza al interpelante, doliéndose de la materia de la interpelación, y dijole con señalada descortesía, y notoria imprudencia, que los recursos de España y su posición en Europa, no justificaban sino hacían extrañar que a miembro alguno del Senado ocurriese poner mano en asunto tan delicado. Brusca, bien se ve, que fue la proposición—mas no inoportuna, ni violadora de derechos, ni hostil a España. De amar de sobra a la metrópoli vienen sobre los colonos estas ásperas respuestas ministeriales, y de estimar como reales, derechos nominales. El siervo no ha de valerse del permiso que para hablar le dé el señor, que como señor, recordará que lo es, y padecerá el siervo. Güell y Renté es brioso, y hombre de sano corazón y puros pensamientos. Es muy estudiador y emparentado por su hermano con los reyes. Ha decidido a despecho de la ruda censura del noble Ministro, llevar la cuestión del recobro de Gibraltar al tribunal público, y mover la opinión, y agitar la prensa, por si estiman aprovechable su proyecto, que consiste en ofrecer a Inglaterra en cambio del peñón valiosísimo alguna rica colonia en la costa de Marruecos. ¡Pero a fe que es curioso! ¡No hay quien no piense en voz baja en España lo que el senador dijo en voz alta y véase qué espanto movió el buen senador! Ni pueblos ni hombres han de ser tan medrosos que lleguen a tener miedo de sí mismos. En buen hora que la política sea artística, y pocas ciencias requieren tanto arte y mesura y estudio y buen gusto como ella. Pero ha de ser sincera. Demorar un problema, no es más que agravarlo. Fuera de España no ha parecido mal el exabrupto del honrado Güell.

Y dentro de España, todo es júbilo con la creación del nuevo ferrocarril a través de los Pirineos, que el Senado acaba de autorizar, y que correrá de la alegre Zaragoza a la solitaria Huesca y subirá por el alto Aragón, rico en niños y en mozas robustas, a Jaca y Canfranc, de donde irá a hundirse en un túnel de cuatro millas que horadará a los Pirineos por la garganta de Sampont, y saedr a a luz de Francia en tierra de magníficos viñedos. Se enlazar a, salvando montañas, con el ferrocarril del centro y sur de Francia, de modo que desde su establecimiento se emplearán ocho horas menos de las que hoy se emplean en abotonarse en estas noches frías de diciembre el gabán de viaje al salir de la sala dorada de la Opera, y desaboton arselo, para parecer galán e hidalgo, en la

misma Carrera de San Jerónimo, camino de las Cortes, del misterioso paseo del Prado, de los cerrillos en cuyos agujeros viven los vendedores de arena de la vieja basilica de Atocha, donde yace el arrogante Prim, bajo su vestido de hierro de Eibar, con incrustaciones de plata y de oro.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 28 de diciembre de 1881

FRANCIA

Orador.—Historiador.—Dramaturgo.—Jules Claretie.—Camille Pelletan.—Renán.—“Marco Aurelio y el Siglo II”.—Gambetta y Paul Bert.—“Le Petit Jacques”

Nueva York, 10 de diciembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*

Un nuevo orador, un nuevo drama, un nuevo libro. El orador se acaba de anunciar brillantemente: el drama arranca lágrimas: el libro cierra una serie que ha hecho época: Renán, Claretie y Pelletan no son, por cierto, nombres nuevos. A ellos cabe la honra reciente, porque de ellos ha sido el reciente trabajo. Alcanzar fama, no es más que el deber de mantenerse constantemente a su altura. Sólo los inútiles tienen el derecho de ser perezosos. El talento que se posee es una deuda que se ha de pagar: la anticipa el Creador y los hombres la cobran.

¿Quién no lee las cosas deleitosas que escribe Jules Claretie? ¿Qué revistas hay más áticas que las que él publica en *La Independencia Belga*? Hace amar lo que ama y pone de presente cosas antiguas y remotas. Es honrado, es ingenuo, es piadoso. No es grande, sino bueno. No tiene genio, sino ingenio. Con más móvil que Jules Janin, no tiene su hondo modo de ver. Capaz de rechazar, movido de impulso noble, o de sano instinto de verdadera belleza, todo lo que no es puro y bello, no hace por alcanzar, como alcanzó Sainte-Beuve, aquellos altos dominios de la crítica, desde donde se ven las puertas del pensamiento, y el mar en donde paran. Es un guía, no es un juez. En la revista de sucesos, domina la gracia, la gracia culta, que consiste en la elegancia y armonía de los movimientos. En la historia, sólo llega a la crónica calurosa, veraz, animada. En el teatro, sólo alcanza al drama. Las regiones trágicas, las regiones de síntesis, aquellas cumbres mentales en cuyas cimas se aduermen las nubes del cielo, y desde donde descienden el trueno y el rayo, no son sus regiones.—Las obras de Claretie son un paisaje de Watteau, no de Corot: cosa suave, coloreada, buena de ver, melodiosa, blanda. Pero no tiene las lugubreces del crepúsculo, las lejanías de la perspectiva, la

onda de fuego en que el sol muere, la sombra habitada y palpitante, la hondura de la noche. De una novela de Jules Claretie se ha sacado el drama nuevo, el "Petit Jacques", que ahora atrae a París al Ambigú, teatro un día de farsas y hoy de dramas. No es el Ambigú la casa real de la comedia, como la Comedia Francesa, ni su antesala, como el Odeón, donde prueban fuerzas y hacen ejercicios preliminares, actores y poetas.—Coquelin no recuerda allí a Molière; ni Got revive con "El abogado Pathelyn" la ruda y medulosa farsa aristofánica de la Edad Media; ni Mounet-Sully hace de galán violento; ni Delaunay, de voz meliflua y sonora, hace de poeta en la "Noche de Octubre" de Alfred de Musset, a Mlle. Favart, que hizo de Musa. El Ambigú es el teatro del drama de emociones, donde va el corazón a ser sacudido, y no la mente a ser regocijada. De pasiones vehementes, raptos fogosos, dolores espantables, contrastes vigorosos, y lengua encendida, han de estar hechos los dramas que el Ambigú ampare. Allí fue donde, entre las convulsiones de una agonía tremenda, murió ante un público ávido el obrero ebrio de "L'Assommoir" de Emilio Zola, que sin que esto sea juicio de toda su obra, que tiene de defectuosa lo que tiene de sistemática, y de loable lo que tiene de espontánea, es un libro sano, útil, premiable, porque saca a luz secretos horribos, y señala, con habilidad de anatómico, las cuevas imperceptibles donde nace y se desenvuelve el vicio moderno. No en nuestras tierras de América, que son honradas y nuevas, y no hechas a magnas vilezas, sino en aquellas ciudades de Europa de cuyos barrios bajos parece haber huido acosado por la miseria el amor casto, generador de bienes, debiera leerse ese libro, en la hez de esos barrios espumado, como guía y consejero de artesanos:—que no hay modo de detener al que corre ciegamente a un precipicio que desconoce, como llevarle al borde de la sima espantable, y ponerle el rostro a sus vapores, y decirle:—¡Mira! Eso es "L'Assommoir", y por eso es sano: la pintura de la sima.

Viene a cuento esta memoria del libro, porque el que adaptó a la escena la novela de Zola, ha adaptado también la conmovedora novela, hasta hoy poco conocida, de Jules Claretie. Busnach es el adaptador: él hizo comedia de "Naná", lo que valió tanto como poner en drama un artículo de costumbres. Y es también de Busnach, que conoce mucho de resortes del teatro, la adecuación a la escena francesa de "El Testamento de Farlan". El "Petit Jacques" es un Santiaguillo enteco, un niño de alma amante y cuerpo flojo, un hijo de albañil que vive en su hijo. Pierre Girard no quiere el calor del sol, sino el de Santiaguillo. Por darle fuerza y curarle de sus males, daría Girard la vida. A punto estuvo de

darla: ése es el drama. En poder de un Laverdac, compañero de infancia del juez La Roseraie, hay un papel que comprometería, de ser sacado a luz, el porvenir del juez ambicioso. "Tened abierta la ventana de dicho cuarto, que vuestra compañera de infancia quiere revelaros secretos graves": eso escribe La Roseraie al que tiene el documento acusador; enviando al joven caballero el recado como si fuese recado de su esposa. "Pierre Girard—dice alarmada la mujer de La Roseraie: tu hijo está enfermo: ¿quieres ganar algún dinero para él? ¡Vuela a casa de Laverdac, dile que su vida corre peligro, dile que esté en acecho!" Girard vuela, que va a hacer un bien, y a ganar dineros que alivien la suerte de su Santiago. Llega, no le dejan entrar y lucha; un hombre, que acaba de herir mortalmente a Laverdac, sale huyendo; Girard se lanza a detenerlo. "¡Miserable!" exclama con tono singular el asesino, y lleno aún del vigor nervioso del crimen, echa al obrero en tierra y huye. La justicia viene: el muerto está allí: Girard, que es fiel, no quiere decir de qué le viene el dinero que se le halla encima. Protesta en vano: llora en vano: levántanse diligencias, y acusado de asesinato, y tenido por el asesino, va ante el juez. ¡El juez! ¡Girard ha oído otra vez la voz del juez! Le ilumina idea súbita: saca un arma y se adelanta, como para herirlo, sobre el magistrado: "¡Miserable!" clama La Roseraie con aquel tono singular del día del crimen. "¡Ah, tú eres, tú eres!" dice Girard triunfante.

"¡Sí, yo soy, yo soy"—murmuraba La Roseraie trémulo; "pero si callas que yo he sido, y mueres en silencio, yo haré rico a Santiago, curará, se hará fuerte, se hará dichoso! ¿Tú ves? ¿Doscientos mil francos es gran suma? Pues muere en silencio. Pierre Girard: ¡yo le daré 200,000 francos!"—Y allá va Pedro camino del patíbulo: pues ¿qué modo mejor de vivir para su hijo, que morir por él?—¡Oh, qué tenues luces interiores debieron venir a dar celestes tonos al rostro de aquel hombre rudo! Mas ¿quién dirá la verdad? La Roseraie, que teme de su esposa, la ha hecho encerrar en un asilo de dementes: Hippolyte Louchon, vagabundo de teatros, cantante de suburbio, ruin perezoso, hecho a placeres bajos, cingaro de ciudad, vio el crimen, y pudiera contarle, pero La Roseraie lo ha hecho su mayordomo, que es puesto excelente, y ha abierto al bellaco su rica tabaquera, de la que fuma Louchon con gran deleite: ¿quién dirá la verdad?—Louchon el cómplice, porque callar un crimen es cometer otro, cuida de Santiago. El niño, que es de exquisita naturaleza, sueña de amores, porque padece de sueños. Llama a su padre, lo ve cubierto de cadenas, con el rostro hundido en las manos delgadas, con el cabello encanecido; lo ve andar, seguido de carceleros; lo ve a la

cabeza del cortejo lúgubre; lo ve ya en el patíbulo: Louchon, que lo oye, lo acalla en vano, y queda trémulo, de modo que a poco no puede ya acallarse a sí. De grandes hielos cubrió la vida vagabunda el espíritu bueno de aquel hombre; pero la virtud, que es paloma que aletea siempre en el fondo del alma, mueve al cabo las alas, y rompe los hielos. Louchon, espantado, corre a la casa del Ministro de Justicia: cuenta el crimen; cuenta el martirio, y su vileza, y el milagro. A su Santiago vuelve Pedro, y al calabozo el juez malvado: ése es el drama. Lo que hay en él de maravilloso es lo que hay de cierto: el heroísmo de Pedro. Hubo hace quince años un mal hombre, un Doiz, que puso en riesgo de morir, de modo semejante, a una mujer inocente. El combate eterno puesto así de relieve, mueve a llanto los ojos: se augura éxito grande al "Petit Jacques": hace llorar: llorar es bueno. Cuando no mueve a más, mueve a tener compasión de los que lloran. Hacer llorar es mejorar. Pero carece el drama, que es la hábil agrupación de hechos conmovedores y opuestos en torno a un acto heroico y admirable, de aquel perpetuo carácter de bondad que da a la obra dramática la expresión de un sentimiento perpetuo. Es preciso pintar lo constante, para alcanzar gloria constante. Prometeo estará siempre clavado a la roca; Harpagón apagará siempre, cuando vea dos luces encendidas, una de las luces; Hamlet se preguntará siempre, pálido de duda, qué es él y qué es la duda; Segismundo será siempre lo que es todo hombre, lobo domado. Tales dramas son los que viven, los que tienen esencia permanente. Y luego:—falta en esas combinaciones de hechos emocionales aquella majestuosa interdependencia, y aquella imponente sobriedad y aquel riguroso orden, que quiere la razón bien educada. Esa es la aristocracia de la razón: la lógica que no excluye la fantasía, porque la fantasía tiene su lógica, sino que le da bridas de seda y freno de oro. Para saber abandonarse, se necesita saber contenerse. Mas es una de las escuelas de los tiempos esa del melodrama, y puesto que ablanda corazones, en época en que tantas causas llevan a encenderlos, merece bien de la crítica literaria, esta sana escuela.

El libro último de Renán, aderezado de todas las galas del estilo, saca la mente de estos tiempos, y la lleva a aquellos en que andaban a la par en las calles de Roma, predicando los unos el deber por la razón, y los otros el deber por la fe: estoicos y cristianos. "Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo": ése es el libro de Renán, séptimo y último volumen de su obra sobre "Los Orígenes del Cristianismo". "Jesús—dice este libro—ocupará en la historia humana espacio inmenso: continúa siendo el cristianismo el lecho de la gran corriente religiosa de la humanidad."

Hay criaturas dotadas de un maravilloso don de post-visión y pre-visión, como hay otros para quienes lo pasado es piedra, y lo venidero es sombra, y sólo lo presente es vida. Hay hombres que tienen la dote singular de reconstruir las épocas antiguas, y sacarlas a luz con su real aspecto, sus luchas verdaderas, sus detalles pintorescos, sus movimientos íntimos, sus fuerzas ocultas, que son siempre las fuerzas poderosas. El viejo sistema histórico juzgaba por los actos; el nuevo por las razones de los actos y las pasiones de los actores. Y es ley que para saber el caudal del río, se vaya a su fuente. Aquel pío emperador, gala de los hombres, que amó y obedeció aquellos preceptos que en su cama de paja y a la luz de una lámpara de barro escribió, mal abrigado en su vivienda húmeda, el esclavo Epicteto, está en el libro de Renán como fue en vida: manso, profundo, amante justo, firme, grandioso. Allí está aquel hombre, envuelto ya en la aurora de la religión nueva, cumpliendo serenamente deberes que le amargan,—castigando amigos traidores, cuando él era perdonador, —peleando por Roma briosamente, cuando él era capitán mejor en paz que en guerra. Allí está, ya recibiendo lecciones de su maestro rústico; ya dirigiendo de lejos la campaña de los partos; ya combatiendo faz a faz a los pueblos rebeldes del Danubio; ya escribiendo a la sombra de su tienda de campaña sus doce libros de honrados "Pensamientos"; ya compartiendo, como alma que no gozaba sino vertiéndose en otras almas, su carro de triunfo con sus dos hijas; o doliéndose, con honda amargura, de los vicios que adormecían y envilecían a Roma; o apretando a su seno confiado a su esposa Faustina, que tenía aún la mano mordida de los besos frenéticos de los robustos gladiadores. Allí se ve aquella alma clara, serenamente triste, nutrida de la dolorosa fe estoica, que quería el cumplimiento enérgico del deber rudo, sin esperanza alguna en premio posterior, ni cielo premiador, ni ángeles buenos. Allí se ve la ciudad, como en tiempos del buen monarca estuvo, en manos de los filósofos, y poblada de ellos; se asiste a la mejora de las leyes, que nunca fueron más grandes que en el período de los Antoninos; se oyen por las calles las luchas de los sofistas y cristianos, de griegos y de sirios, de cínicos y extravagantes. Se escucha de unos que el imperio es de los filósofos extranjeros, y que está a punto de morir en manos de los pensadores ásperos, la blanda lengua latina. Oyese de otros que los cristianos, educando los hombres para el cielo, se los están robando a Roma. Asítese al libre ejercicio de los derechos humanos, y a la libérrima contienda: aconsejan los hijos de Jesús que se padezca sonriendo, como quien va por senda de espinas a jardín ameno de embriagadoras rosas: los de Epicteto mantienen que el

deber sin esperanza de recompensa es más glorioso, y más segura la virtud que viene del testimonio de sí mismo, y no de fe cambiabile o peccedera. El emperador dado a cultivar el deber, descuida las artes, y más que hombres agraciados y estatuas de mármol, quiere hombres buenos, inquebrantables como estatuas. ¡Se ve en el libro de Renán aquella época de renuevo, aquel siglo laboriosísimo, aquel combate entre la escuela de la virtud laica y la escuela de la virtud religiosa, aquella lid entre la razón y la maravilla, la ley desnuda y la ley ornada de manto de colores, y el alma romana que va a encerrarse con las cenizas y huesos de su cuerpo en la urna de bronce, y el alma cristiana que vuela con las grandes alas blancas de los ángeles a perderse en espacios tibios, inacabables, gloriosos, nacarados, perfumados!

Se ven en la obra nueva dominios que en el siglo segundo alcanzaba ya la cristiandad; se cuenta la delicadeza del dogma, las seducciones del culto, la victoria de la ley cristiana; la revolución social y política que originó la nueva ley, y el modo como en Marco Aurelio y en su siglo se fueron confundiendo el mundo griego y el mundo sirio, y fue absorbido el hombre del Lacio por el hombre de Judea.—Vese en el libro cómo, ya para el siglo segundo, iban corridas las primeras estaciones de aquella vía de tiempos que había de acabar, como en término resplandeciente, en el Papado, y se asiste a la primitiva humildísima *Ecclesia*, que no conocía diferencia entre sus miembros, y a la elección de los *presbíteri*, que eran ya jefes, y a la creación de los *episcopi*, a quienes se dio el caudillaje de los presbiterios, y a la de un obispo superior, que fue el romano, con lo que quedó ya en el siglo segundo preparado el metal con que se forjó al cabo la corona de aquel que había de posar su divina sandalia sobre las coronas de todos los reyes de la tierra.—Todo eso está contado en lengua calurosa, con frase a la par alada, por la fantasía, y maciza, por el pensamiento. No estorban en el libro el juicio a la belleza ni la ciencia a la gracia. Y ya Renán anuncia la que estima que debió ser primera parte de su libro, y no emprendió por parecerle de más urgente examen la segunda: la “Historia de los Judíos”, donde serán explicadas las tribus, narradas sus discordias, confrontados sus méritos, anotadas sus transformaciones, ensalzados sus patriarcas y analizado todo aquel proceso, que duró centurias, al cabo del cual vino a ser convertida la corona de relámpagos de Moisés en aquella de luz de estrellas que ciñe los cabellos castaños del Hijo de Belén.

El orador nuevo es Pelletan—no aquel que “puso la mano sobre el corazón de la Francia y lo sintió latir”, sino Camille Pelletan con cuyo

nombre han aparecido en *Le Rappel*, el activo periódico de combate, muchedumbre de artículos políticos señalados por su frase neta, aguda y justa, y por un vigor de hombre joven y pensador no probado que les daba realce y tono. Discutiase en la Cámara, y era por cierto un debate peligroso para el Ministerio de Gambetta, la política de Túnez, y se levantó a atacarla ese escritor juicioso, y diputado nuevo, que no había alzado hasta entonces su voz de neófito en aquellas bóvedas famosas, donde resuenan aún voces tan altas. Mas a poco se vio que las escaramuzas de la prensa habían hecho el brazo del nuevo guerrero a la formal batalla de la Cámara. No hay como pensar firmemente para hablar elocuentemente. Lo que está definido en el juicio, será de seguro bien puesto en los labios. Pronunciar discursos, por más que nazcan del calor del instante las palabras que dan molde a las ideas hirientes, es, más que decir lo que se está pensando, decir lo que se ha pensado. Pues ¿brotan acaso en la rama las frutas maduras? Brillante y elocuente fue el discurso de Pelletan, que con la Francia republicana ve el fortalecimiento de carácter de la nación, y su unión cordial con los pueblos de la tierra, y execra esa política enfermiza, y avarienta de conquista que aqueja a los pueblos pobres, ambiciosos, corrompidos o ignorantes siervos de un monarca, o de su propia avaricia. Atacó la política del gobierno francés en Túnez, que cree desleal, dañosa a la patria, y preñada de amenazas para Francia. Era para el orador nuevo, como para Gambetta, que había de contestarle, día de prueba, para Gambetta, porque había de defender sin tibieza, por ser francesa, a la par que sin calor por no ser la suya, la política del Ministerio que precedió al suyo; para Camille Pelletan, porque las Cámaras y la prensa, no revocan usualmente su primer veredicto. De caballero de palabra ganó fama el escritor en este primer encuentro; y confirmó Gambetta la que goza por hábil y por franco. Es la cuestión de Túnez para el gobierno de Francia como aquel picacho suizo a cuyo borde detuvo el cazador al Manfredo de Byron: no hay en su torno más que hondos abismos. Hay que tener el pie hecho a alturas para andar por ellas. Ni puede cejar Gambetta, por lo que importa a los destinos de la nación que se la tenga por fuerte y briosa, en la guerra emprendida; ni puede, por lo que la guerra tiene de excesiva, innecesaria y peligrosa, gustar de ella. Costeó diestramente, en la discusión de la nueva subvención de guerra, por estas honduras. Parece cosa fija que habrá de cambiarse, si no el empuje, que ya viene dado, el carácter de la invasión. Si algo tuvo la invasión de anexionista, ahora se quedará cuerdamente en invasión protectora. Luego de cometido un

error irremediable, no queda sino cejar en él hasta donde el decoro dé permiso. Ni de hondísimo abismo puede salirse de un salto; sino cabalgando sobre breñas. “¿No existe un tratado con Túnez?”—decía Gambetta, que arrancaba con cada una de sus frases, por lo diestras, difíciles de hallar e imprevistas, murmullos de asombro:—“pues la guerra se dirige a mantener el tratado que existe. ¿No nos da el tratado derecho a suprimir los abusos de la administración del bey, por ser esa supresión tal que interesa a todas las naciones? Pues a eso va la guerra. Francia no quiere anexarse a Túnez, ni puede abandonarlo. La guerra iniciada continuará mas no con propósito de anexión, sino de protectorado. La anexión es peligrosa: el abandono comprometería nuestro prestigio. Es la cuestión saber si deseamos, sin entrar a correr odiosas o fantásticas aventuras, tener una política extranjera. Pasemos a Argelia: ¿cómo hemos de descuidar nuestra influencia en Túnez? Se nos dice que no sólo a Túnez sino a Trípoli, dirige Francia sus ojos ambiciosos. ¡Oh, no, no es deseable tener a la Puerta por inmediato vecino! Cómo ajustaremos el protectorado de Francia, no lo sabemos aún, mas no van más allá de ajustarlo las aspiraciones del gobierno.” “Y si el caballero Perin”—dijo Gambetta en respuesta a un ataque de este diputado republicano—“cree que Francia intenta repartir, como la Gran Bretaña, sus fuerzas por todas partes de la tierra, he de decirle que el gobierno de Francia sólo desea seguir una política francesa, y legar intacto a sus sucesores el patrimonio que de sus antecesores acaba de recibir. Francia no ha de seguir la política insular. Nuestra política es defensiva, no conquistadora; y de carácter nacional, atenta al desarrollo, y no a la merma, de los intereses del país”. 400 diputados votaron con Gambetta: 52 contra él.

Un discurso ha venido a dar tamaños políticos a un diputado. La Cámara acaba de rechazar a otro diputado que se mostró pobre de tamaños en otro discurso. El caballero Amagat, que con olímpicos alardes, voz de batalla y trágicos arreos, libró quijotesco combate, entre las risas de la Cámara, contra el Ministro Ferry, en el caso de Túnez, ha visto su elección anulada, como la de otros en esta misma Cámara lo ha sido, por venir probado que debieron a influencias directas del clero su elección. Y ésta es, junto con la revisión de la Constitución, que importa la creación de un Senado abiertamente republicano, la obra capital del nuevo Ministerio: no azotar al clero, sino nivelarlo a los tamaños de la común ciudadanía: no quitarle derechos, sino quitarle derechos especiales. “¿No veis”—dice Paul Bert—“que en país donde, en uso de su razón, abrazan los hombres diversas religiones, todas las religiones han

de estar por igual garantizadas? ¿No es Francia, desde tiempos remotos, hogar en que la fe rebelde y la fe leal se disputan en lucha reñida el predominio? ¿Cómo dar a uno todos los derechos? ¿Cómo negar a otros los derechos que damos a sus adversarios?” Y así Paul Bert se muestra, no el odiador airado que arremete ciegamente contra lo que odia, sino el pensador maduro que realiza con energía lo que ha venido meditando lentamente. No viene a sustituir a ninguno, sino a mirar con ojos iguales a todos, por más que esto duela a los que han sido perpetuamente favorecidos. Así decía al recibir en comisión oficial a los empleados del Departamento de Cultos, de que es jefe: “El Ministro de Cultos no debe ser religioso, ni antirreligioso. La administración de este Departamento no tiene el derecho de mezclarse en los dogmas, ni juzgar de su verdad, ni condenarlos, ni profesarlos: su tarea es una mera tarea de policía nacional, de vigilancia, de dirección, de cuidado, para que ningún derecho de corporación sea herido, ni lo sea en sus derechos el Estado. Existe el Concordato, y deben modificarse, como violadoras de él todas las leyes subrepticias y aisladas que han venido dulcificando sus prescripciones, aceptadas por la Iglesia: venimos a cumplir y a exigir el cumplimiento estricto del Concordato. Queremos amparar al clero en sus derechos, y librarle de los que quisieran arrebatárselos; pero no queremos que sea el clero un cuerpo nacional enfrente a la nación. Nos abstendremos, como pensadores, de toda violencia y de toda persecución raquílica y mezquina. Hablamos y obramos francamente. Queremos grandes cosas y no haremos pequeñas cosas. Cuanto se ha dicho de mí se evaporará. Pronto ha de verse que no soy por cierto un revolucionario desenfrenado, ni un reformador escandaloso y rudo, sino un hombre sencillo y enérgico, educado en el estudio de la ciencia y en el respeto de las leyes.”

Ese es el programa de Paul Bert, y ése el de Gambetta, y a atacarlo se apresta Jules Simon, el filósofo amable, el escritor llano, el polemista vigoroso, el actual caudillo de la república conservadora. Mas, ¿dónde va a traerla? Acontece en Francia con los periódicos una verdadera maravilla—y es que el periódico, que en otros países es una entidad moral, consistente, consecuente, que perece cuando perece la política esencial, alquila la fama de su nombre y sus facilidades de distribución a inquilinos que lo ocupan transitoriamente. Así, aquel *Gaulois* chispeante, donde todo escándalo tenía casa, y todo ataque a la república hallaba eco y aplauso, va a ser ahora, en manos de Jules Simon, un periódico republicano; principalmente nacido a defender la política de

unión estrecha con la Iglesia. Muy católico y muy realista era el *Gaulois*, y en verdad que no le sentaba mal el nombre, porque de vez en cuando resplandecía en él aquel viejo y maligno chiste galo. En vez de aquellas historias anecdóticas, de aquellas ásperas y descorteses censuras de Emilio Zola, que eran antes los editoriales del periódico, brillarán ahora en sus columnas la verba fluida, penetrante y clara de Jules Simon, y los argumentos de Barbou, Lamy, y Laverrière, que están en favor de la concesión de derechos de preferencia al clero. A nadie se oculta que viviendo en guerra el Senado y la Cámara de Diputados no ha de andar bien la república; y de ser el Senado como es, reacio a las reformas de que el país se ha declarado por las elecciones partidario, habrá de vivir siempre en guerra con la Cámara. Por eso quiere Gambetta, y con él la Cámara de Diputados, la revisión de la Constitución, que ha de hacerse por los dos cuerpos legisladores reunidos, y consistirá en hacer de modo que las ciudades estén más directamente representadas que como hoy están en el Senado y en privar al alto cuerpo de la prerrogativa de enmendar los acuerdos de apropiación de dinero que tome la Cámara. Contra esta revisión se alza el *Gaulois*. La ley eclesiástica en Francia es el Concordato, y a cumplirlo quiere limitarse la república liberal. Pero Jules Simon quiere algo más que la observancia del Concordato: quiere el predominio del clero católico. De una parte, Paul Bert llama a sí, como su secretario, al caballero Quilly, sacerdote cismático, vicario un tiempo del padre Jacinto: del otro, el diario alegre y batallador, que no dejaba antifaz de dama sin levantar, ni hazaña de teatro sin publicar, ni desván de actriz a la moda sin huronear, ni cuadro sin juicio, ni libro bueno sin anuncio, ni personaje ilustre sin entrevista,—publica ahora que Jules Simon, el republicano sin tacha y sin miedo, abre campaña desde sus columnas contra toda modificación del Senado, y toda merma de las inmunidades que hasta hoy ha venido gozando el clero católico. En Roma se atan a la vez los hilos de la política francesa, y es anunciada la intención del Pontífice de permanecer en amistad con el gobierno de Francia, en tanto que no sea su labor, labor de agresión marcada al clero. Y como el cardenal Guibert, que es arzobispo de París, y otros prelados franceses, fueron a Roma, a hacer séquito en las ceremonias de canonización, platican de las cosas religiosas de Francia los prelados con el cardenal Jacobini, el activo y brioso secretario del Pontífice.

Un príncipe herido; un periódico nuevo; un canal a través de Francia; nuevos triunfos de los republicanos en elecciones suplementarias: "Le Jour et la Nuit", opereta de Lecocq, de argumento portugués; "Odette",

el drama nuevo de Sardou; victoria republicana en la elección de com-promisarios que han de elegir en enero a los nuevos senadores; honores al anciano Aníbal Hanlin, benemérito hombre de Estado de Norteamérica que va a representar a su nación en España: he ahí, en junto, átomos brillantes de la quincena. El príncipe herido es Murat, y el heridor el barón Vaux, autor de un artículo agresivo, en el *Triboulet*, periódico legitimista, que escribe con dardos y látigos; grave fue la herida que recibió el príncipe en el duelo. El periódico nuevo que se publicará en Marsella desde enero, y apoyará a la república liberal, tiene hermosísimo nombre: *Le Mirabeau*. El canal proyectado será tal que traiga a unirse, a través de las tierras, fértiles en ricos viñedos y campesinas de ojos negros, del mediodía de Francia, el majestuoso océano Atlántico y el Mediterráneo turbulento.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 30 de diciembre de 1881

35

ITALIA

Proceso ruidoso.—Ofensa al Pontífice.—Parlamento animado.—Ceremonia de canonización

Nueva York, 10 de diciembre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

De gala, de ceremonia, de emociones ha estado Roma estos días. En el Parlamento, gala de oradores; en el Tribunal, gala de libertades; en el Vaticano, gala de prelados. Han sido días de proceso por injuria al Papa: días en que el Papa ha creado santos: días en que los representantes de la nación han debatido con bríos sus intereses.

Eran los procesados dos periodistas conocidos, Mario y Capriciosi, y la causa del proceso, la publicación de artículos que se estimaban ofensivos al Pontífice, en un periódico muy leído, *Lega della Democrazia*, que goza de tal renombre que pudo exhibir en su defensa trece notables abogados. De lo mínimo se iba a lo máximo. De la escaramuza a la batalla campal. De la ofensa transitoria se tomó asunto para reñir el áspero pendiente combate entre los que mantienen la necesidad de dejar en casa que es suya al Pontífice cristiano y los que equivocadamente creen que con su violenta y estruendosa salida de Roma tendrán ganancia la libertad humana y la italiana. Respetar es ya un derecho a vencer. Odiar es quitarse derechos. La *Lega della Democrazia* no fue absuelta: a prisión y multa fueron sentenciados Mario y Capriciosi por injuriadores del Pontífice.

Y hay combate animado en el Parlamento. Unos quieren que el rey haga política de rey, y no de Presidente de la República, y lamentan que Humberto no se hubiese unido a Alejandro III en el pensamiento de tomar un acuerdo común e internacional contra los culpables de tentativa de regicidio. Otros sostienen, que debe tratarse con blandura a los partidos extremos, para que, con libertad de exhibirse, se exhiban como son, y mueran: no que combatidos, y no probados, quédales el derecho de

probarse y la justicia de intentarlo, y puede estimarse en lo exterior como a debilidad todo exceso de fuerza. Mancini defiende con brío y fortuna la política del reino, su resistencia a aceptar dominio extraño en el Mediterráneo, su descontento de la invasión de Túnez, su decisión de mantener al Pontífice libre y respetado, su actual y sincera amistad con el imperio de Austria.

Pero si los ojos de los nuevos y vehementes italianos se fijaban en las peripecias del proceso ruidoso, y en el debate brillante y grave de la Cámara, los ojos de los fieles se volvían a la casa del Pontífice, donde llevado en hombros de sus fieles y pintorescos *sediarii*, a usanza de la Edad Media alhajados, llegó a las gradas de su trono, de oro, y subió a su resplandeciente silla, entre acordes solemnes, trinos de alabanza, columnas de incienso y fervientes plegarias el humilde y trémulo anciano. “*Tu es Petrus! Tu es Petrus!*” cantábanle en coro los músicos sagrados; y 1,500 fieles, contritos y maravillados, se prosternaban ante él como ante Pedro.

¡Oh! ¡qué misterio, un alma de Pontífice!

¿Qué puertas no se abrirán, qué celajes no se dibujarán, qué armonía celeste no murmurará bajo su túnica reluciente y recamada, en el pecho encorvado de ese anciano, cuando a la par que asciende por alfombra mullida, como nube, se ve envuelto en ondas perfumosas y azuladas, y oye notas dulcísimas, como jilgueros que se van con manso vuelo, y oye decir, bajo la nave rica y resonante: “*Tu es Petrus! Tu es Petrus!*”

Era día de magnífica fiesta, en que en seno de mujer surgió en forma de hombre la doctrina, día 8 de diciembre y en que León XIII declaraba santos a Labré, a Claire, a Laurent y a De Rossi. Las campanas tocaban sus sonos de fiesta. El cañón retumbaba. El anciano cantaba débilmente: “*Veni, Creator!*”

Había tomado el previsor gobierno abundantes precauciones, policía numerosa guardaba las puertas del Vaticano. Tras de la iglesia de Santa María estaban en armas tres compañías de Bersaglieri. Por las puertas de bronce entraban los poderosos invitados, ya magnates de la Iglesia, ya de la nobleza, ya de la Banca, ya de tierras extrañas, ya guardias suizos, los gendarmes del Pontífice, la Guardia Palatina, la Guardia Noble. El alto salón que hace techumbre al vestíbulo de San Pedro resplandecía, como poblado de estrellas: festonaban las tapicerías bandas anchas de oro; y en flotantes banderas se veían representados los milagros de los santos: estaba el trono del Pontífice cubierto de hermosísimas flores.

Allí llegó León XIII, sonriendo con tristeza, bendiciendo con afabilidad, mirando con ternura. Le seguía suntuosa corte de prelados. Y cuando se sentó, y alzó sus cánticos, había en torno suyo los priores de las órdenes monásticas, ciento treinta y tres obispos, sesenta y seis patriarcas y cardenales. Alguno, el débil anciano Mertel, cayó en la ceremonia desvanecido.

Adelantáronse hacia el Pontífice el Cardenal Procurador, el Maestro de Ceremonias y el Abogado Consistorial, y éste leyó la demanda primera de canonización. Ordenó en nombre del Papa el Secretario de Breves, que se cantasen las plegarias y las letanías. Cantáronse. El Abogado hizo la segunda demanda y León XIII alzó al cielo los ojos, y el templo oyó el hermoso: “*Veni, Creator!*” Leyó el Abogado entonces el ritual de la santificación. Campanarios y fortalezas dieron a este punto las señales del cristiano regocijo.

“*Confiteor! Confiteor!*” decía el Papa, y movía la pálida mano, y con su bendición vertía sobre la cabeza de los fieles plenaria indulgencia.

Ofició luego el Pontífice; en griego y en latín se leyeron los evangelios y la epístola; y en latín aliñado y elegante dijo después de ellas su plática prudente el soberano, en honor del día solemne para la cristiandad; porque nació de él y en elogio de las virtudes de los nuevos santos: nada dijo de áspero ni de mundano: no censuró, como esperaban los curiosos, al gobierno de Italia; no se quejó de las penurias de la Iglesia; y cuando se refirió a la celebración usual de la ceremonia de canonización, que era antes en San Pedro, que la muchedumbre apegada a las prácticas de su fe visitaba en aquel instante mismo en procesión copiosa, no dijeron los labios del anciano más que estas dos palabras: “*Hodie prohibemur!*” “Hoy se nos prohíbe”.

Acabada la misa solemnísimas, recibió el Papa, en el altar de la Capilla del Sacramento, las cinco coronas de oro que le tendieron los cardenales *pro misa bene cantata*. Y el fatigado y benévolo hijo de Pedro se entró a reposar de aquel día memorable y triste, y la muchedumbre de damas y caballeros, ornados con uniformes recamados de oro, entráronse en los carruajes elegantes que en torno del Vaticano aguardaban a sus dueños, y fuéronse arrastrados por los briosos corceles, que respiraban con júbilo el aire cargado de luz de aquel día hermoso.

M. DE Z.

36

ESPAÑA

*Puertos y porteños.—Tres periodistas excomulgados.—Arabes a Arabia.—
Rey joven y embajador anciano.—Mayoría rebelde*

Nueva York, Diciembre 24 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Hay al norte de España un pueblo de gente recia, como norteña y laboriosa, que por una parte extiende al borde de la mar un amplio muelle y elegantes casas, y por la otra encarama sobre picos y cerros una poblacioncilla de pescadores que con sus casuchas, retorcidas calles y ásperos pedregales da al rico puerto aire de ruin villorrio: es Santander. En Santander, que vive de las harinas que embarca a Cuba, forzada a recibirlas, y de los azúcares que de Cuba le llegan, vense en los meses de invierno, a la llegada de los vapores correos que vuelven de La Habana rebosantes de soldados, ejércitos de mozas, que como muchedumbre de moscas de colores revolotean en botecillos negros en torno de los buques colosales, más que de curiosidad, movidas del deseo de llevarse de huéspedes a sus casuchas, a los buenos soldados, que como van de cumplir sus años de servicio, llevan en su caja de latón la licencia absoluta, y en sus bolsas de listado una que otra dobla de oro que luce como maravilla y gala fantástica a los ojos negros de las robustas santanderinas. En Santander, como mieses que van a ser segadas, o corderillos que triscan inocentes, camino de la casa de morir, embárcanse en vía de América, niñuelos sonrosados que parten con la venia de padres ignorantes, o con el anhelo de escapar a las quintas venideras, o deslumbrados por las promesas criminales de los agentes de emigración, camino de aquel El Dorado en cuya busca fatigaron caballos y abollaron arneses los soldados de Spira y de Berrio. ¡Aún creen en El Dorado los buenos vizcaínos y gallegos! En Santander salió de manos del pulcro hablista y batallador católico Pereda, armado con todos sus arreos de pelear, contra los hijos del siglo, el brioso justador y celebrado hombre de letras Menéndez y Pelayo. De Santander son las bandadas de mujeres trabajadoras que con el agua a la rodilla, cargan o descargan de los buques haces de bacalao que manejan diestramente; las hermosas aguadoras, que, sin más

sostén que su linda cabeza, mantienen en alto el grueso cántaro, caminito de la fuente; la Alameda melancólica, cuyos árboles pujantes se alzan y juntan con majestuosa bóveda, cual si con ellos hubiese querido hacer naturaleza excelso templo, y el bullicioso Sardinero, lindo pueblo de baños, con sus alegres damas veraniegas, que parecen sueños o magas marinas, vestidas no de trajes ligeros, sino de las espumas de la mar. Y de Santander han sido ahora tres excomuniones de periodistas liberales, con que el obispo del lugar ha puesto en agitación y zozobra a la comarca. Unos sacerdotes leyeron desde el púlpito la excomunión episcopal, y otros, por no estimarla acertada, o por no traer sobre sí a sus airados feligreses, rehusaron leerla.

Se funda el anatema en que los periódicos cuyos directores han sido excomulgados, han atacado sin mesura al clero,—mas es sabido que España anda ahora en escaramuzas religiosas, azuzadas por los conservadores vencidos, que quisieran echar a Sagasta del lado de los revolucionarios incrédulos, y recabar para sí toda la valía que tiene el apoyo de los católicos en nación católica. De modo que no se ha visto el acto del obispo como caso aislado ni como accidente local, ni como pena a determinadas culpas dogmáticas de los periódicos santanderinos, sino como acción de guerra, librada con la mira de provocar a represalia e ira a los gobernantes liberales, que ya anuncian, con reposada firmeza, la investigación del gobierno en estos súbitos anatemas del obispo. Ha sido ésta, para España, ocasión de agrios debates, y para los porteños del norte,—más hechos a cosas de comercio y a embarrilar harinas de Valladolid, y catar gustosos vinos de Lecanda, que a estos alardes y revueltas, motivos de desusada animación, y de corrillos—en la pintoresca y embalsamada calle de San Francisco, y de animadas contiendas en las lujosas casas de la plaza de la Libertad, y de más exaltado vocerío en el café Suizo, donde discuten los provincianos españoles como en la plaza pública los griegos, ya los merecimientos del torero, ya la gracia de la actriz, ya la virtud de la dama, ya los precios del mercado, ya los riesgos y la política de la nación.

No es sólo Valladolid, ciudad famosa, que tiene ahora, a par de sus palacios solariegos, espléndido teatro, ni es sólo el pueblo en que se habla, como el francés en Tours, con más precisión y fuerza la lengua de Castilla; ni es sólo, en suma, tierra de riquísimos trigales y afamados viñedos,—que es también morada de hombres generosos que acaban de abogar con su habla rica porque haga de manera el Gobierno de España que, porque acabe la vergüenza para los españoles, acabe la ignominia

que la existencia de la esclavitud echa sobre los que se aprovechan de ella. Que la elocuencia de los tribunos es más que gala, crimen, cuando se lamentan, a modo de Boabdiles, desde los escaños de la casa de las Leyes, de un mal bochornoso al que pudieran dar en tierra, con reducir a ley sincera sus lamentos. Pero es de temer ¡ay! que cubiertos de grillos y de harapos saltarán luengos años cequias y cercas, con sus aperos de labor al hombro, los infortunados esclavos de Cuba. Es hermoso decir bien y alzar la voz en la solemne Cámara como sonido de arpa melodiosa. ¡Oh, qué buen discurso fuera echar a andar en el salón de Cortes a una de esas manadas de esclavos!

Como cuarenta mil familias árabes han salido de tierras tunecinas a pedir amparo al sultán marroquí Muley-Hasan, y como tiene España, para empresas futuras, y como quien ve a lo propio, puestos los ojos en Marruecos, esta cuestión que bulle ahora como nueva, y parece cercana a violentas soluciones, preocupa a los políticos de España. Teme Francia a Marruecos, porque pudiera ser que los árabes de la comarca diesen auxilio a los árabes que se alzan, con el estandarte de Mahoma, contra el poder francés en Túnez. Ve Italia como hacienda suya esas tierras de moros, que juzga necesarias a su mantenimiento y rango de nación. No quiere Inglaterra que venga a menos el dominio espiritual que en los marroquíes ejerce, ni que vayan naciones de Europa a hacerse dueñas de una tierra que pudiera dejarle libre, o cerrarle el paso a la India. Ni ve España con ojos serenos tentativa alguna encaminada a levantar, por el prestigio y dominación ajenos, obstáculos al absoluto señorío que en secreto prepara y con ansia anhela en territorio que ve como prolongación del actual de España, y como llave de futuro maestrazgo en las revueltas luchas de que han de ser teatro entre naturales e invasores, y entre conquistadores diversos, los pueblos del norte de Africa, y las aguas coléricas del Mediterráneo, hechas ya a batallas. ¡A qué ha venido la raza de Mahomet! ¡Sobre qué floja cabalgadura flota ahora el manto de Solimán el Magnífico! ¡Qué bulliciosas y sangrientas algaradas aguardan a las tierras donde el *rawi* canta sus trovas relucientes, como si las palabras de su canto fuesen joyas, y abre el *kakis* sus flores místicas! ¡Cuánto tardan en resolverse los problemas históricos! aún está el conquistador de Asia a las puertas de Constantinopla.

Contener quiso primero, y repeler quiere ahora la tierra de Jafet a la tierra de Sem. Quiérese a toda costa, como en venganza de su oriental paseo de siglos, volver los brillantes árabes a Arabia.

Y no dominan los árabes con menos dificultad a sus indómitos corceles, que Sagasta a su rebelde y murmuradora mayoría de diputados. ¿Pues qué es el triunfo político, para esos cazadores de empleo, sino la entrada a la vida muelle y al goce de los bienes públicos? Hacer política es cambiar servicios, y se forma en las filas de un caudillo, dándole apariencia de señor de muchos hombres, y dueño de muchas voluntades; ¡no ha de ser gratísimamente, sino a cargo de la prebenda que se aguarda del caudillo en el día de la victoria! Las ideas son para tela de bandera cosa magnífica; pero para tela de gabán son muy ruin cosa. Y todo esto quieren los caballeros diputados: tela de gabán. Tiene Sagasta muchos grandes tenientes, de nombres grandes como Balaguer, Navarro Rodrigo, Romero Ortiz, Linares Rivas, Pelayo Cuesta; y en torno a cada teniente se agrupa una pequeña cohorte, y de la junta de éstas está hecho el partido sagastino. Mas como las tenencias son tantas, no tiene el ministro tiendas para todas; y quieren los sectarios de esos hombres políticos afamados que de ellos, de quienes esperan recompensa, sea la cartera ministerial, que está llena de ellas; y no de los que ahora la poseen, que por ser especialmente adictos a Sagasta, miran más al bien de éste que al de los tenientes y sus cohortes. Los diputados descontentos mantienen que deben ser ministros, Cuesta, Romero y Navarro, y otros como ellos, en vez de León y Castillo, el de voz voluminosa; Albareda, hábil en negocios y atenciones de fomento; y el abogado Alonso Martínez. Pero Sagasta anuncia que sostendrá a León, porque le hacen falta sus bríos para arrancar leyes benévolas para los esclavos; y a Albareda, porque él ha de rematar el ferrocarril nuevo a Francia; y a Martínez, por que él sirve al Gobierno de mampuesto contra los católicos, que no han de llamar irreligioso a un Gabinete en que este abogado bueno, y buen hijo de la Iglesia, tiene asiento.

Y a la vez que se anuncia la salida del general Serrano para Francia, adonde va a reemplazar al duque de Fernán Núñez, que goza hoy la Embajada española,—el anciano Aníbal Hanlin entra en carroza de oro, tirada de arrogantes caballos coronados de plumas, por las puertas del Palacio de Oriente, donde resuenan músicas triunfales, e inclina su cabeza llena de canas, en nombre del Gobierno de los Estados Unidos que le envía con palabras de amistad, ante el rey joven, que le recibe con singular benevolencia.

JOSÉ MARTÍ

FRANCIA⁴

Rochefort.—Un proceso por calumnia.—Gambetta en el Senado.—Cómicos y cruces.—Un gallardo Ministro

⁴ La primera parte de esta crónica se encuentra en la sección *EUROPA: Crítica y Arte*.

Nueva York, Diciembre 24 de 1831

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Días ha, conmovía a Roma el proceso de un periodista, a quien sus correligionarios ofrecieron luego, como en desaprobación del veredicto que le declaraba culpable de ofensa al Pontífice, un suntuoso y animado banquete: ahora, el proceso de otro periodista, acaba, más que de conmover, de sorprender a París. Rochefort era el procesado, el hombre iracundo, siervo del odio, que ha quebrado todas las plumas con que se alaba y defiende, y ha afilado todas aquellas con que se injuria y se ataca; el hombre frenético, en quien un vago amor a los débiles está desfigurado por la cegadora cólera y la encarnizada furia con que acomete a cuantos gozan en la vida de la calma, la gloria o el respeto que él no goza. Y de sus errores se venga fingiendo o exagerando errores en los demás. Escribe como pelea en duelo. Enseñaban una vez a un experto español, el buen esgrimidor Ezpeleta, dos espadas de desafío, y conoció al punto, en lo mellada y golpeada, la que había servido a Rochefort. Maneja pluma y espada como maza. Cuando acusa, espanta. De ninguna villanía duda y todos son para él capaces de cometerla. En un tiempo le poseyó la ira juvenil, que lleva a cosas nobles, y rasgó con la pluma de Juvenal el manto de abeja de los Napoleones. Hoy le posee una ira tremenda; la ira de los vencidos; la ira de los ancianos; la ira de aquellos que ponen su ambición en altura a que no alcanzan sus medios a satisfacerla, una ira lívida. Muévele, sobre todo, a enojo, la buena fortuna de los prohombres republicanos. De querer ir por sobre todos, le ha venido el quedar tras de todos. No quiere en política nada seguro, visible y compacto, ni defiende el triunfo de ideas que calmen y rediman. Quiere el descrédito de sus adversarios. Le enojan con su fama, y sacude, como un manto de áspides, su enojo. Cuanta acusación violenta quiera hacerse

a los republicanos vencedores, halla casa en el periódico de este republicano vencido. Le sobra personalidad, pero le falta personalidad amante.

Se sabía en París que León Renault, ex prefecto de policía de la ciudad, había ido a Túnez, tres meses antes del comienzo de la guerra, a negocios de Bolsa y de comercio. Decían especuladores notables que había obtenido del bey concesiones para el establecimiento de un monte de piedad y un Banco nacional, para la administración de los faros de Túnez, para el monopolio del esparto, para la explotación del mármol tunecino y para el disfrute de sus haciendas que habían de dedicarse al cultivo de la vid. Pública era ya la existencia de la sociedad Marsellesa, la Compañía Bone-Guelma, y la sociedad de los Batignolles, que habían, a lo que se decía, conseguido favores del bey para la construcción de ferrocarriles y muelles, el laboreo de minas, y la apertura de canales. Vino a esto la expedición a Túnez, y con ella vinieron los desaciertos del gobierno de Ferry, cuyo representante en Túnez era un caballero Roustan, muy estimado entre sus correligionarios, y a quien parece reservado no lejano encumbramiento. Comenzó entonces a rumorarse que Roustan era, a más de agente diplomático de Francia, agente de negocios de las compañías francesas que se proponen la explotación de Túnez; enviáronse a Rochefort datos que le parecieron suficientes, y una mañana leía París con asombro un artículo acusador y violento, que publicaba Henry Rochefort en *El Intransigente*: “El Secreto de la Cuestión de Túnez”, en que sostenía que era la causa de la guerra una causa meramente pecuniaria, y que tenían partes en las empresas que en Túnez se querían proyectar, personas que gozan de toda la estima del gobierno, y que con poderes de él trabajan.

En nombre de Roustan, denunció el periódico el buen amigo de Thiers, e imperfecto ministro Barthélemy Saint-Hilaire. Exigió al Tribunal que, si en defensa de Roustan se hacía la denuncia, Roustan debía hacerla y no el Ministerio. Roustan volvió de Túnez e inició el proceso. El anciano Saint-Hilaire lo defendió en el Tribunal con calor. Lesseps, Wadington y Contouly, ministro ya de Francia en México, tuvieron para Roustan altos elogios; nada venía a dar fundamento a las acusaciones de Rochefort, contra quien se aguardaba próxima sentencia. Mas de súbito, el Tribunal anuncia la absolución de Rochefort, por él mismo inesperada.

¡Qué ha sido, aún no se sabe! ¿Precipitó tal vez la decisión de los jueces la lectura de una carta en que se daban detalles minuciosos de los hábitos de dos cónyuges de alcurnia, que recibían sumas a cambio de los favores que alcanzaban de la Regencia, cuyos cónyuges vivían en estrecha amistad con Roustan? ¿Ha querido el gobierno, influyendo

sobre el Tribunal, quitar a Rochefort el derecho de las víctimas, de que se preparaba a usar, seguro de su sentencia? ¿Ha querido mostrarse el gobierno en total y provechosa independencia del poder judicial, y no traer sobre sí el descrédito de apoyar, por solidaridad habitual y dañosa, a un empleado culpable? ¿Ha parecido bien al Ministerio nuevo desembarazarse de este modo indirecto de las responsabilidades que el veredicto del Tribunal echa encima de los Ministros anteriores? ¿Por qué se denunciaba a Rochefort por haber acusado falsamente al agente del gobierno en negocios impuros, a Roustan? Si de esto acusó y en esto se ha ratificado, y no se le juzga culpable de abuso, es porque el Tribunal estima justa la acusación, y culpable a Roustan, y cómplice al anterior Ministerio. ¿O estaba formado acaso el Tribunal de partidarios de Rochefort? ¿O no desea el Ministerio de Gambetta traer sobre sí la acusación de que encadena, en plena era de voceada reforma, la libertad de la prensa? ¡Varios y numerosos motivos, entre los cuales no se alcanza aún, a través del cable, a ver lo cierto! Mas ya los periódicos republicanos de nota y respeto anuncian, lo que no parece incierto, que la opinión reprueba el fallo del Tribunal, y que caso de ser removido Roustan de su empleo en Túnez, será remunerado, porque su fama no padezca, con otro de mayor estima. Bien le viene—que ha perdido con costas su proceso. Loable es, y deseable, en la fundación de las repúblicas el empleo del talento crítico,—mas de la crítica bondadosa. Se debe, aun cuando se destruya, tener la mira puesta en la manera de fundar. No hace más el ingenio de Rochefort que hacer más odioso su odio. Si es justo, lo es de tal manera que no lo parece. Mas no: que la justicia no ha menester de ser violenta. Como está segura de sí, es sabia.

Este debate de las cosas de Túnez ha sido durante esta quincena en mayor grado que las rencillas domésticas, la ocupación de periodistas y políticos y dio ocasión a Gambetta para establecer, de manera más clara, sus propósitos en el caso tunecino, que tan mal preparado le viene, y tan mal mirado por el país, de sus predecesores. Creyeron éstos tal vez que con intentar conquistas, halagaban a su pueblo, fantástico o batallador; y he ahí que hallan, no ya aquellas huestes ciegas que morían decenas de años ha de oftalmía en Egipto y de cansancio en Rusia, y morían alegres, como los hindús bajo las plantas del elefante sacro, bajo los cascos del corcel de batalla del recio Bonaparte, sino una nación sencilla, cuerda y trabajadora. Luchará, mas por defender su suelo, no por adquirir el ajeno. Ni ha de defender la extrema libertad propia, para ir a oprimir, con extrema opresión, la libertad ajena. Declaró Gambetta en el Senado.

que no está obligado en lo de Túnez por los actos y propósitos del Ministerio precedente, y anunció la presentación de un proyecto de administración en Túnez, para cuando el país esté pacificado, lo que ha de ser en febrero, en cuyo proyecto han de verse las honradas intenciones de la Francia, y su conducta abierta. En cuanto a la deuda de Túnez, decía Gambetta, que quede garantizada como quedó la deuda de Egipto. Si mantiene Francia sus armas en la regencia africana, mantíenelas porque a eso la obliga el tratado de Bardo, que ha de rehacerse a su tiempo de manera que Francia quede amparada, y Túnez independiente; y los pueblos de Europa, seguros de la política amistosa y sensata de la República Francesa. A mil y cien hombres, y no a más, ascienden hasta hoy las pérdidas de Francia en Túnez. Ya el gobierno ha llamado los destacamentos que han padecido más en la expedición, y a su encuentro caminan las tropas que han de reemplazarlos. De una parte Sidi Ali, hermano del bey y presunto heredero del trono de Túnez, acusa a Roustan y se niega a entenderse con enviado alguno del gobierno de Francia, pues a éste, y no a enviados, desea detallar su acusación: de otra parte, Roustan recibe felicitaciones de los colonos tunecinos. Y el Senado vota nuevos créditos para los gastos de la expedición. Y cuarenta mil familias árabes han ido a ampararse del gobierno de Marruecos.

Así quedan las cosas de Túnez, en tanto que Waldeck-Rousseau se enajena las voluntades de los negociantes políticos con una circular en que recomienda que se den los empleos públicos, no como premio de pasados, o gaje de futuros servicios de partido, ni en obediencia a instigaciones de parciales, sino cuando el empleo sea necesario, y el candidato plenamente apto. Gallarda es la política de Antonino Proust, el Ministro de Artes; y severa la de Paul Bert, que con el mismo empeño examina los órganos respiratorios de los cocodrilos, que se da al estudio y recordación de las leyes que obligan a los obispos de Francia a no alejarse de sus diócesis sin previo conocimiento del gobierno. No quiere hacer Paul Bert nada que esté más allá de la ley escrita, ni consentir a los empleados de la Iglesia acto alguno contrario a la ley: lo que es cuerdo en hombre tachado de excesivo anhelo de acometimiento y novedad. Su severidad consiste en ser ejecutor firme de la severidad ajena.

A vuelta de algunas murmuraciones de diputados económicos, muy temerosos de gastos nuevos, ya tienen aprobación de las Cámaras los dos útiles Ministerios nuevos: el de Agricultura, cuya creación es idea ejemplar, y el de Bellas Artes, a cuya cabeza han puesto un artista. Del cultivo de las artes industriales ha venido gran fama a Francia, y gran

provecho a Inglaterra, y ya Proust anuncia su propósito de convocar sin demora una exposición de Artes Industriales. Hace bien a los hombres quien se ocupa de dar bella forma a los objetos que han de rodearlos. El lujo es un placer, no por sí mismo, que fuera entonces placer vulgar y abominable, sino por las bellezas que acaudala. Ayuda a vivir una casita limpia y bien aderezada. A eso se encaminan las artes industriales: a dar apariencia hermosa, y contornos elegantes, a las cosas de uso: a saborear café en una taza donde asome el sombrero opulento de un mosquetero de Meissonier; a vaciar en esbelta copa el agua que viene a la mesa en alta jarra estrecha, cercada de pámpanos lujosos, y rematada, a modo de asa, por un curioso ángel, que mira en la jarra honda, empinado sobre la hoja frondosa, con las dos alas tendidas, como nuestros hijos deben mirar en nuestras almas. Y ha hecho también Proust un acto de justicia. Coquelin, el actor elocuente, ha reclamado con energía, para los comediantes, el derecho a artistas de otras artes concedido, de lucir en el ojal del frac la cinta roja. Es bueno, aunque no lo parezca a espíritus ligeros, que los hombres anhelan poseer para sus actos y merecimientos la sanción de la patria. Mas hasta ahora se venía negando a los actores, como remembranza de los tiempos en que se negaba a sus cadáveres sepultura eclesiástica, el honor de ser condecorados con la insignia de la Legión. Got, el actor excelente, hubo al fin del Ministerio de Ferry, su cinta roja, mas no como comediante, sino como maestro de comediantes, la que fue distinción singular. Y Proust, ahora que pertenece a la humanidad nueva, y a aquella legión de hombres estéticos y áticos que ha surgido con la joven república, escribe, como satisfacción de la dilatada injusticia a los que tanto hacen por la gloria de Francia, una carta generosa y afable, en la que muestra el asombro con que siempre ha visto que se niegue una recompensa honrosa al que interpreta el genio patrio en forma viva y contribuye, con la creación de tipos heroicos, a la grandeza nacional, cuando el premio anhelado se concede a los que interpretan iguales creaciones en lienzo o en mármol.

Y si se toma de allí y de aquí cuenta de las menudas noticias del cable, se ve que Charles Blanc, que entre otros libros deliciosos, ha escrito uno de gran valía "La Gramática del Arte", está a punto de morir, y de dejar caer de la mano la pluma con que escribe ese hermosísimo periódico que se llama la *Gaceta de las Bellas Artes*, porque un cáncer hambriento le roe el rostro. Se ve que, a lo que se dice, el príncipe Rolando Bonaparte ha vendido en novecientas veinte mil libras esterlinas el derecho que por su esposa tiene en Mónaco, la villa del juego: que el

tenaz Naquet, ha logrado que la Cámara de Representantes tome en consideración su proyecto de divorcio: que Naquet mismo ha formado con Leckroy, Floquet, y diputados de no menor fama, un nuevo grupo parlamentario, que cuenta sesenta y ocho miembros, unidos bajo el nombre de "Izquierda Radical", para servir como de intermediarios entre el actual gobierno, y los irreconciliables intransigentes.

Chalmet Lacour, amigo de Gambetta, que lleva a su política severa aires marciales, ha iniciado en París su proceso contra Rochefort: el gobierno, a quien se supone descosido de privar de popularidad al procesado, persigue a *L'Evenement*, por haber dado cuenta excesiva de las sesiones del proceso de Roustan, para evitar con este anuncio que la prensa de ahora dé cuenta mayor del proceso de Chalmet Lacour. Y Luiller, un comunista, de sangre ardorosa, injuria de modo mortal a Si-bour, sobrino del arzobispo de París, a quien los comunistas dieron muerte. Y el público contento aplaude a "Odette" y saborea los chistes bocacianos de la linda "Manola" y el buen "Don de Gómez", personajes alegres de una nueva opereta, que hemos de ver en la quincena próxima, si place a *La Opinión Nacional* darnos asiento.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, enero de 1882

38

ITALIA

Benjamin Mecalusso.—Loco de hambre.—Los nobles deben encabezar la democracia.—Buena reina Margarita: Quirinal y Vaticano.—Despedida de los prelados

Nueva York, Diciembre 24 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Italia es tierra de pobres resignados, de nobles que venden en silencio reliquias de familia, que han venido a ser reliquias de arte, de alegres cingaros, para los cuales la luz del sol, la sombra de los árboles y el beso de la mujer amada son alimento. Allí la cólera hierve, como en pecho de moro, y se desvanece, como cólera de mujer. Allí parece el amor ley suave, benéfica y perpetua. Allí se mata de exceso de cariño, no de exceso de odio. Los bandoleros mismos son a veces azote, y a veces amparo, de las miserables aldeas. La pobreza es buena compañera, y se vive en paz con ella. El hambre es una menguada sierpecilla, a quien se adormece al son del órgano o del arpa. Hay consuelo en los efluvios de aquella perfumada naturaleza, en los coloquios melódicos de aquellas arboledas musicales, en la paz soberana de aquellas vastas playas límpidas, en la imponente majestad del mar sereno. La desesperación no es de aquella tierra plácida, donde los hombres pálidos del norte van a deshacer, al sol de Nápoles, las brumas frías que traen, como alas de ave fúnebre, asidas a la frente. Allí donde la penuria es hábito, no se concibe que sea ira. Por esto se vio con extrañeza y como hecho nimio, el de Benjamín Mecalusso, un mísero, que en medio de animada sesión en la Cámara de Representantes lanzó un revólver al aire, y exclamó con un grito imponente: “¡A Depretis!” Más que crimen, fue aquel acto una queja. Más que queja, la concepción enfermiza de un vagabundo.

“Estaba loco—dice—no de odio, sino de miseria. Pedí socorro a la policía y la policía no quiso socorrerme. De larga pobreza y de escasez de alimentos me vino el valor necesario para este acto mío.”

Ni enternecido, ni convencido, pidió el fiscal siete años de prisión para Benjamín; pero el tribunal, generoso, ya porque certificase la penuria del vagabundo, ya por más altas razones, entre las que tal vez no

haya sido la menor la utilidad de la clemencia, desoyó al fiscal rudo, y ha sentenciado al preso, culpable de atentado contra el Presidente del Consejo de Ministros, a un año de reclusión, y un año de libertad previa en la isla de Ischia, más doscientas liras de multa. No parece que fuera Mecalusso culpable en realidad de propósito de crimen contra el anciano y meritorio Depretis, sino buscador de escándalo, y hombre sin lazos ni respetos hecho a prisiones, no contento con la pobreza que no sabía vencer con su labor honesta, ni desagradado de saciar ruidosamente sus rencores. Así imaginan la venganza los espíritus ruines: quieren vengar en los demás impotencias propias, de que debieran en sí tomar venganza. Parece a estos bellacos que la vida les debe premios y regalos, y no se paran a ver que en la tierra no hay más que un goce real—el de labrarse a sí propio, el de cavarse en la roca hueco holgado, el de triunfar de la casualidad indiferente, el de ser criatura de sí mismo.

Y en esta Cámara de Diputados, cuyos debates detuvo un momento el revólver de Mecalusso, se han dicho estos días cosas excelentes, tales como las que dijo el marqués Alfieri, que estima indispensable que las clases directoras encabezen las huestes democráticas, no para oponerse a ellas, ni extravíarlas, ni engañarlas, sino para hacerlas ir por sendas útiles, no por aquellas en que claman, y se fatigan y perecen en vano, azuzadas de coléricos y de fanáticos, o en seguimiento de fantasmas. ¡Qué tacto se ha menester para llevar un pueblo de un mundo a otro! ¡Del gobierno de los Este y de los Borbones a aquella república que preparó Guillermo de Orange, o a ésta en que ahora prosperan, libres de reyes, de perezosos y de advenedizos que medren a su arrimo, los cantones suizos! Así los ciegos avarientos de luz, suelen enfermar de nuevo, de darse al goce de la luz sin cordura ni medida. Y a los pueblos, como a los corceles indómitos, ha de dirigirse sin que ellos entiendan que se les dirige. Mostrarles la obra, es perderla. El patriota bueno ha de hacer a su patria, en vida al menos, el sacrificio de su mayor gloria. Con tal cautela y juicio parece que guían a la renaciente Italia el generoso Humberto y sus ministros.

En tanto, la amable reina, que ve en el trono más que propia hacienda casual y pasajero beneficio, abre con asombro unas cajas colosales que encaminadas a ella han ido de América, y con sus elegantes manos hoja llena de gozo aquí una novela de Cooper, allá un estudio sobre los grandes hombres de Emerson, de este lado la historia de Bancroft, de éste la admirable Historia de Holanda que escribió Motley, y el “Hiawatha”, poema indiano de Longfellow, y el “Thanatopsis”, meditación filosófica de

Bryant, y un discurso de Webster, y otro de Clay, y “El Cuervo”, creación de Edgar Poe; e Irving, y Greeley, y Prescott, y Payne; y toda la cohorte de pensadores y poetas de la Unión Americana:—que dicen que la reina preguntó con gracioso mohín, como de persona discreta que duda sobre la existencia real de la literatura de los Estados Unidos, a un poderoso americano, y el poderoso le envía en esas colosales cajas su respuesta. La reina, agradecida, aprende: no hay joya que le guste como un libro.

Más sombras que en el Quirinal hay en el Vaticano, a cuyo anciano jefe fatigan, más que los dolores de su cuerpo, las amarguras de la Iglesia. A veces pasean tristemente, poniendo en contraste el rostro apenado con el alegre vestido de franjas rojas, amarillas y negras que inventó Rafael para ellos—los fieles alabarderos del Pontífice; y es que esos días se murmura en palacio que el papa León XIII sufre con más viveza de sus males. En esta semana ha visto con pesar como lo más granado de Roma celebraba, en memorable banquete, al caballero Mario, condenado días antes a multa y prisión por estimarse injuriosos al Pontífice varios artículos que publicó en la *Leggenda della Democrazia*: mantenedores de la monarquía y de la república se unieron en esta taena de plácemes, y en torno a la brillante mesa se juntaron radicales, republicanos, y anticlericales, sin que fuera aquella fiesta desordenada ni bulliciosa, sino propósito grave y deliberado, nacido de mentes poderosas, y puesto en acción por personas de popular renombre y fama de sensatos. Ya ha bendecido el Pontífice una capilla nueva, en honor de los santos de Italia y de Francia que canonizó ha poco, y, cuando vio reunidos en redor de su trono, a los altos dignatarios de la Iglesia que volvían, rematadas ya las fiestas, a sus diócesis, les pidió,—como si respondiese con su súplica a secreta queja, y diese cuenta pública del enconado cisma que reveló el canónigo Campello,—gran paz y fraternal armonía, por ser más que nunca necesarias a la cura de la Iglesia las amistades de sus hijos. “En estos muros—les decía—puso Dios el poder de contener a las masas encrespadas, y en estas manos débiles ha puesto, como en las de todos sus vicarios, la fortaleza necesaria para embridar las pasiones de los hombres. ¡Ved como injurian a nuestra Iglesia, a despecho de estos poderes con que protege y salva! ¡Con locura y audacia nos niegan estos beneficios que hacemos, de refrenar y de calmar! ¡Pueda Italia algún día entender a qué la obliga su amor a la libertad, y pueda llegar a creer que el Papa sólo ha de traerle prosperidad, y no riesgos!”

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, enero de 1882

FRANCIA

El invierno en París.—Elecciones en la Academia Francesa.—Sully Prudhomme, poeta.—Cherbuliez.—Pasteur.—Candidatos y vencedores.—Obedeced a César.—Gambetta y Vitelio.—Triunfos que son derrotas.—Batalla política.—Batalla parisiense

Nueva York, 7 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Con el invierno vuelve París a su existencia mágica. Con los copos de nieve vienen las elecciones académicas, las contiendas parlamentarias, las bodas famosas, los libros nuevos, los dramas pergeñados durante el cálido verano a la sombra de los naranjos de Italia, de los tilos alemanes, de las casas blancas de Bongival, de los álamos severos de Argenteuil. De la costa de Pau y Niza, de Mónaco, de los feudos familiares, de las aldehuelas perfumadas y sonrientes, tornan los parisienses, no bien da a los vientos de octubre, el rudo San Humberto, los sones impetuosos de su trompa de caza, y puéblanse de sus contertulios los cafés de los boulevares; de profesores sabios la Sorbona; el Odeón, de sus actores nuevos; de sus alegres aprendices, encaramados en altos caballetes, el museo del Louvre; de su solemne público la sala dorada de la Gran Opera; de nuevas salas los diarios, y de extranjeros ávidos, que parecerán a poco frutas estrujadas, los vastos hoteles. Durante el verano, París está como casa habitada por la servidumbre en las vacaciones de sus dueños, que anda toda confusa y mal servida, y como vivida por quien no cuida de ella. Los *fiacres*, como que se arrástran. Los teatros, como que dormitan. Las gentes, como que andan contra su voluntad. Mas no bien soplan los vientos nivosos, aderezan los sirvientes la casa abandonada, para que no hallen falta en ella los opulentos dueños, y éntrase con noviembre a un palacio encantado, donde danzan a la par, de invierno a estío, las Musas y las Hadas.

En estos días de ahora, fue la mayor fiesta en la Academia Francesa, por cuyos asientos luchan hoy los caballeros de las letras como por la esbelta Alicia o la ardiente Hildegunda encaraban bridones y quebraban lanzas los recios caballeros de otros tiempos. Con la muerte de Littré,

quedó vacío de espíritu profundo un cuerpo humano, y vacante un sillón de la Academia. Y como ha poco murieron Dufaure y Duvergier d'Hauranne, eran tres los nombramientos que había de hacer la corporación célebre y fueron grandes como de mortales que se sienten dioses y aspiran a un cubierto y mesa donde Mercurio ríe, Júpiter fulgura y Hebe escancia, los esfuerzos de los ansiosos candidatos para alcanzar esta suma honra. Que pasa con los nombramientos de las Academias lo que con los títulos de nobleza, y con las uvas de la parra de la fábula: no hay cosa que se reciba mejor, ni dé más gozo, ni que se afecte más tener en menos. A bien que hay algo que disgusta en las prácticas de la Academia Francesa. No llama ella al candidato, sino que el candidato ha de llamar a ella. No concede el honor, sino que obliga al honorable a que se confiese suficientemente vanidoso para creerse digno de él, y suficientemente pueril para demandarlo. ¡Bien se estén los honores donde están, si es que hay que ir a buscarlos! Ha de impetrar el candidato la venia de los miembros de la Academia; ha de llamar a las puertas de cada uno de ellos, expresarles sus deseos, y encomendarse a su bondad; ha de pedir apoyo a este Ministro, que es persona de predicamento entre los académicos, y a aquella dama, que los reúne a saborear moca, y dar muestra de su ingenio en su salón lujoso. Ha de hacerse de la amistad de Julieta Lambert, que impera por sus méritos, y los de sus gracias, entre los académicos republicanos, y del amparo de la baronesa de Poilly que es persona que brilla y puede con su mandato, o su sonrisa, que es mandato, granjearse el voto de los académicos monárquicos. Porque no se entra comúnmente a la Academia por lo que se lleve de merecimiento, sino por lo que éstos vayan acompañados de razones políticas y recomendaciones; por lo que se ve que Maxime du Camp, que muestra brío en el ataque de las avarientas clases nuevas, es preferido a Paul Deroulède, que le excede grandemente en lo brioso, y usa de su arpa para engastarla como empuñadura a su inquieto sable de soldado,—de soldado que quiere morir del lado allá del Rin, luego de haber hendido y puesto en tierra el casco germánico; y se ve que donde se sientan vivos, que parecen muertos, porque han dado poco de sí, y ya no dan más, como Cucivillier Fleury, Marmier Champagny, faltan franceses, que aun después de muertos, estarán vivos como el austero Luis Blanc, que ama con igual ternura la República y la hermosísima lengua gala. Y Alphonse Daudet que ha escrito "Fromont jeune et Risler aîné", que es una excelentísima novela, que parece, en lo agitada, un drama; en lo severa, una historia; y en lo exacta, análisis de anatomía. Y tantos otros, que valen hoy lo que valió

Gustave Flaubert, que escribió no con pluma, sino con estilo de oro, y nunca fue académico,—sin que su prosa pueda compararse por lo nítida y robusta a más que a los versos de Charles Baudelaire, ni haya en la lengua de la moderna Francia cosa mejor que "Salambo" y "Bouvard et Pécuchet".

Una elección de académico es espectáculo animadísimo; cuentan y recuentan los periódicos los votos que suponen que habrán de favorecer a cada candidato: refieren las visitas de éstos, con lenguaje embozado, o sin embozo; cronican las amistades y enemistades de los pretendientes, cuyas obras sacan a relucir y a ser de nuevo pesadas, comentadas y parangonadas. Con cada día, salen a luz cálculos nuevos. A éste le añaden el voto que quitan a aquél. Escudriñan la intención de los caballeros académicos, que han de elegir a sus coparticipes en la honra. Esta vez contendía gente ilustre. Henry Bornier, con sus dos hermosos dramas bajo el brazo, "Attila" y "La Fille de Roland", que han vuelto a hablar a los franceses la lengua altiva y sonora de Corneille, llamaba humildemente a las puertas de la Academia. François Coppée que ha escrito "Le Passant" y "Les Humbles", y hace versos con aquella elegancia y madurez con que Cellini cincelaba copas, aspiraba a una de las tres sillas vacías. Disputábase además el médico Pasteur, que ha hecho menores los misterios de la naturaleza humana, Eugenio Manuel, el poeta de los pobres; Paul Janet, el filósofo perspicaz y amable; Augusto Maquet que con Alejandro Dumas, el padre, aderezaba aquellas novelas de historia y caballería, que son nidal de dramas y a modo de epopeya perdurable de los tiempos que retratan: Víctor Cherbuliez, el novelista suizo, que no acierta a dar a los tipos que observa felizmente en actos aislados aquella consistencia y parecer carnal necesarias a toda obra de ficción que aspire a vida larga; Sully Prudhomme, el poeta amado de Víctor Hugo, que cree que las alas del espíritu son cosa, que no debe arrastrarse por la tierra, y las lleva soberbiamente en alto a riesgo de que no sean vistas por los hombres; y Charles de Mazade, que es como decano de la crítica, que ha puesto a su servicio pluma ágil y mente avisada, y toma nota de los tiempos, y les extiende acta de vida en su mesa de redactor de la meritoria *Revista de Ambos Mundos*. Parecía a los hombres de letras que era más propia la candidatura de Pasteur para una Academia de histólogos, que para la de los mayores letrados de Francia; abogaban unos diarios por Coppée, que es poeta favorito, como Catule Mendes, y otros abogaban por Sully Prudhomme, que es poeta tierno, grave y sincero, en quien hallan los críticos rudos excelencias tales, que juzgan que sólo las exceden las

del secular Víctor Hugo; mantenían los favorecedores de *La Revista* que bien podía Mazade, que es el ujier y coronador de los talentos franceses, entrar, donde entró hace dos años el anciano Labiche que es el monarca del *vaudeville* retozón y maligno, y como un Paul de Kock del teatro; con Paul Janet, que da forma deleitosa a ideas profundas y pone en luz, con singular acierto, el hondo propósito humano que engendra y empuja a la forma la obra profética de los poetas, estaba la Sorbona, hecha a aplaudirlos; Bornier, que ha cautivado dos veces el ánimo inquieto de los parisienses con sus versos vengadores, sonoros y robustos, en sus dramas en que parece que se escuchan el caer de los puentes levadizos y el andar del centinela en las almenas, llevaba a la Academia sobrado séquito de afectos para hacer probable su victoria y sobrado sentido republicano para no ponerla en riesgo en casa que la da aún gustosa a los tiempos viejos, y ve como burdos y mal nacidos a los nuevos tiempos, que no van a recoger yerbas en los alrededores de Versalles, calzados, como el benévolo Jussien de zapatos de seda, sino que cobijado el rostro bajo el fieltro rudo, y puesto el pie viril en el surco de labor, y la mano fornida en el arado, descujan la tierra, y le piden fruto a par de flores, porque de éstas sobradas ha habido en las casacas lucientes de los cortesanos, ¡y de aquéllos harto tiempo han escaseado en las cabañas de los pobres! Y Bornier no fue electo, sino Sully Prudhomme, autor del “Vase Brisé” y de “Justice”; y, Cherbuliez y Pasteur. El médico sucede a Littré, que vió en el alma humana, con ojos de médico; el poeta, sucede a Duvergier d'Hauranne; y al severo Dufavre, el novelista suizo. No ha dicho París, por cierto, que no merecía Pasteur esta honra, puesto que le es debida, en pago de la que acaba él de dar a Francia en el Congreso de Médicos de Londres, en que fue reconocido como descubridor magno y benéfico, y jefe natural de los congregados, y en que recabó innúmeras alabanzas por sus hallazgos felicísimos en sus estudios de fermentación, de generación espontánea, de enfermedades hasta él desconocidas, y por él conocidas, que venían afligiendo a hombres y a brutos, y de los modos con que en los tejidos de unos y otros se propagan, llevados por esos animalitos infusorios que pueden vivir sin oxígeno, males rápidos y terribles. Pasteur ama a la ciencia como a una hija. La estudia con fidelidad, con ansia y con esmero. Daría por ella su vida, y ha estado ya a punto de darla. Entraba en su casa un amigo a darle noticia de su elección en la Academia, y no lo halló trémulo de deseo como autor nuevo que espera noticias en la noche del estreno de su drama, sino sentado ante una vasija de agua, bañándose los bordes de una peligrosa herida que acababa de

hacerse en su laboratorio. Y eso cuestan todos los triunfos: sangre. De las venas, o del alma.

Mucho se ha hablado de estas elecciones en París, que hace, como ningún otro pueblo, gala amorosa de los merecimientos de sus hombres de letras, a quienes corteja, acaricia y sonríe; mas no se ha hablado de ellas tanto como de una ráfaga de cólera que brilló cual relámpago nacido de nube negra, en la Cámara de Representantes. El odio es un tósigo: ofusca, si no mata, a aquél a quien invade. Y hacen, algunos de los impacientes innovadores que se llaman en la política de Francia radicales, política de odio. Ven con ojos de ira, no ya, que esto fuera entendible, a cuantos altos militares dieron remate con su energía y sus armas, a la Comuna, sino a todos aquellos hombres de guerra de quienes aguardan los partidos pacíficos vigor y amparo en días no improbables de revueltas populares. De estos militares son el mariscal Canrobert, que lleva nombre famoso; el general Galliffet, notorio por sí, y por la gallardía e ingenio de su esposa; y el general de Miribel, a quien, en los días en que se tuvo por cierto que el general Mac Mahon intentaba dar, con un golpe de estado otro de muerte a la república de Francia, se nombró, como si se le creyese peculiarmente capacitado, Jefe de Estado Mayor, del que, por nombramiento del nuevo gobierno, vuelve a ser jefe ahora. Y como a este nombramiento han acompañado el de Galliffet y Canrobert para miembros del Consejo Superior de Guerra, los airados radicales alzaron sus clamores en el Parlamento.

De Marsella vienen en Francia las tormentas; de Marsella tomó nombre el himno de la libertad batalladora; de Marsella fueron a París aquellas brillantes e impacientes turbas que acampaban, a los ojos del animoso Lafayette, en el colosal Campo de Marte, y pactaban la federación, y celebraban con gozos y alardes que recuerdan la plaza griega, el día en que, con la Bastilla, vino a tierra, cual cáscara roída que da paso al águila naciente, el tenebroso mundo viejo. Y de Marsella ha venido Clovis Hugues, el diputado joven y ardiente, que exaltó con sus recriminaciones coléricas los ánimos de la Cámara Francesa.—“¡Decidme, general Campenon, cómo habéis osado poner tal suma de poder ejecutivo, del que dependen vida y paz, en manos de un soldado que no tiene más méritos que el de obedecer ciegamente la orden que recibe, aunque sea ésta la de dar muerte a un diputado!” “¡Decidme qué república defendéis, cuando os rodeáis así de reaccionarios sospechosos, y negáis esos puestos a militares republicanos!”—“Sepa el diputado de Marsella que cuido más de reorganizar el ejército francés que de impedir con distinciones

mezquinas su reorganización. Necesito de hombres probados y me rodeo de ellos. No les pido consejo para la aceptación del puesto militar que les asigno: soy su jefe, y se lo ordeno. Respondo de mis actos, y estoy contento de éste. ¡No he de responder más a estas preguntas!”—“¡Así ofendéis a los militares republicanos, general Campenon, que les negáis toda aptitud, y sólo la concedéis a los reaccionarios!” A este punto estaba encendida ya la cólera. Dicese que Campenon, trémulo de ira, se lanzaba a la tribuna a responder al diputado marsellés; que Gambetta, con ademán imperativo y desdeñoso, le intimó que no respondiese a Clovis Hugues; que Henry Maret, radical como el de Marsella, gritó a esto:

“¡Obedeced a César!” “¡Os pido, señor Presidente”, decía con voz inflamada y tonante el tribuno, “que llaméis al orden a ese injuriador!” “¡Pues os llamaré Vitelio, si no os place César!” “¡No he oído al señor diputado!” dice el Presidente. “¡Repetid, Maret: repetid si os atrevéis, lo que habéis dicho!”—exclama Gambetta. Pero Maret no lo repite; se oye en la sala como ruido de ola: olas son los hombres, y mar subida. El Presidente dio el suceso por acabado,—mas no los diarios, que al alba próxima ostentaban ya, desde sus kioscos de los bulevares, tomada de Tácito sobrio y tremendo, la historia de Vitelio. Como Gambetta dirige la república pujante, intenta Jules Simon hacerse jefe de la república resistente. Ambos aderezan sus campos de batalla, y alzan sus tiendas, y preparan sus ejércitos, para la venidera elección presidencial, y el *Gaulois* de Jules Simon fue de los diarios de París el más fiel a Tácito, y como hace parte de la leyenda gambettista un caballero Trompette, que es cocinero de Gambetta, y servidor muy fiel, trajo a cuenta el periódico hostil aquel cocinero de Vitelio, en cuya compañía huyó el emperador romano de la revuelta que amenazaba su vida, y echó al fin su cuerpo muerto al Tiber.—¡Da dolor, ver a grandes almas ir por sendas pequeñas! Eso acontece cuando se olvida el bien ajeno, y se piensa en el propio. Para deslucirse, no hay más que amarse. Más que a triunfo, que en realidad lo ha sido para el Ministerio, han tenido los radicales a derrota la súbita exculpación de Rochefort de los cargos de calumnia que contra él hizo Roustan. Cuando se acusa a un gobierno de absorbedor de los poderes públicos, y un poder público obra respecto de los acusadores con independencia de los intereses de los gobernantes, y contra ellos, la acusación queda sin crédito, y el gobierno lo gana de respetador e imparcial. Esas mismas injurias de Rochefort, alcanzaron a Chalmet Lacour, hombre que tiene puesta la vista en lo futuro, y es hoy ministro en Lon-

dres, a quien acusó de haber sido en las empresas de los capitalistas franceses en Túnez, lo que fue el duque de Morny cerca de Napoleón en los reclamos criminales de Jecker contra México: un corredor criminal. Chalmet Lacour ha abierto proceso a Rochefort, mas citó en la acusación la ley en que la fundaba, y no la citó íntegra como es de orden en los tribunales franceses, por lo que se dio por no hecha, y se mandó que se iniciase el proceso de nuevo. No hay medida mejor de la superioridad de un adversario que la cólera de sus enemigos.

Creyeron hallar los radicales causa de escándalo en el proceso de Rochefort y Roustan, y derecho a clamar contra la intervención de Gambetta en el poder judicial del que esperaban sentencia contra Rochefort, y éste fue absuelto, con lo que los alegadores de cesarismo quedaron mohínos. Quieren empujar al Ministerio de Gambetta de modo que caiga en sus filas radicales por su deseo de conservar la popularidad de que goza en las clases humildes, con lo que perdería el apoyo de las clases medias y altas o se refugie en las filas conservadoras, con lo que se daría golpe de muerte, porque dejaría vacante, a que la ocupasen los radicales, la jefatura de las clases humildes que con su deserción abandonaría: y ven que con grave modo, y como quien obra de acuerdo con propósitos prehechos, y no se los deja quebrantar, ni se espanta de injurias y voceríos, el gobierno da por una parte al caballero Castagnary, que es Consejero de Estado, la misión temporal de proponer la nueva forma del Ministerio de Cultos, con los cambios que a su juicio deben intentarse en las leyes que lo rigen, y sanciona sin vacilar el proyecto de Paul Bert, que pide a la Cámara que confirme enérgicamente los mandatos de la Convención entre la Iglesia y Francia, que son la ley única y presente que está obligada a cumplir en asuntos religiosos la República. Y de otra parte, captándose con aquel acto el apoyo de los innovadores osados, y con éste el de los reformadores pacíficos, o conservadores asustadizos, entrégase con el leal Campenon a la tarea de hacer del ejército de Francia, no levadura de motines, ni masa de rebeliones, sino organización formidable y compacta que dé en tierra con todo propósito de guerra interior a que pudieran azuzar aquellos que ven más al triunfo inmediato de sus odios o sus ambiciones, o sus teorías, que al triunfo lento y definitivo de la patria. Hay un dulce martirio en inmolar las propias aspiraciones al bien público. Hay un modo de hacer guerra: favorecer la paz.

En lo interior de Francia, andan a una las querellas positivas y las empresas de mejora. Los unos quieren sembrar la vid en Túnez, para no haber de recurrir a Italia y a España por vinos, que salen luego de

los puertos de Francia como vinos franceses; los otros mantienen que, siendo las cosechas menguadas y riesgosas, deben los capitales buscar más rápida ganancia en los juegos azarosos de la Bolsa, y se crean nuevas empresas por acciones, y entran en ellas con ansia igual pobres y ricos. Los previsores, con razón sobradísima, acusan de artificiales y perniciosos estos juegos de Bolsa; y aconsejan al pueblo de los campos, que afluye con sus ahorros a las ciudades, que se deje de bellas tiendas y tentadores cupones, y vuelva a sus trigales y vides. El Havre, que ya parece por la rudeza de sus hijos puerto inglés, añada ahora a sus riquezas, y a sus canales que le dan aire de ciudad de Holanda, y a sus atrevidos muelles que entran, como profundo cabo, en la revuelta mar, otro muelle excelente que puede albergar a sus costados los grandes vapores que cruzan el Atlántico: y esta mejora, pone de fiesta a la ciudad que ostenta frente a su museo, rico por cierto en cosas de la vieja América, las estatuas de sus dos hijos ilustres, que escribieron las honradas *Mesénias* y las páginas puras y trémulas de *Pablo y Virginia*.

París, en tanto, vive su vida febril, impaciente y suntuosa. París duerme vestido. París habita en un carruaje como bálsamo. El invierno de París es una noche brillante y prolongada. En las bibliotecas, jóvenes canosos, están inclinados sobre viejos pergaminos y trozos de papiro; ¡gustosa es la fama, mas en las tierras donde es cierta, se la paga a gran precio! Lindas artistas esconden de miradas irrespetuosas sus pies breves, copiando, en la cima de caballetes colosales, allá junto a los abovedados y magníficos techos del Louvre, los lienzos nubosos de Murillo y los de Rembrandt, que desdeñaba la luz del sol, y envolvía sus figuras en luz mística. Véndense por sumas cuantiosas, los cuadros de Gustavo Courbet que quiso el triunfo del pueblo pobre en el gobierno de la nación, y el de la verdad gentil o terrible, en el arte. Anúncianse ventas famosas, como la de las joyas de la Corona, que no sientan bien a la cabellera suelta de la joven república. Sientan mejor a las jóvenes, flores que diamantes. Y de otra venta se está en víspera: la de las prendas de la señora de Blanc, la opulenta dama de Mónaco, que llevó al cuello un collar de perlas que no valía menos de ciento cincuenta mil pesos. Dicen que es un cuento de Scherazada, su joyero, y que parece tesoro de rey indio, por lo resplandeciente y numeroso: allí el zafiro de Siberia, la esmeralda del Tibet, los diamantes de Africa: collar hay de diamantes valuado en cien mil pesos. Y se inquietan los franceses malhumorados, temerosos de que estas joyas ricas, como los más notables cuadros de sus grandes artistas, vayan a dar a manos de ricos de Norteamérica, como Machay o Vanderbilt, que pagan

por las cosas de Europa precios de fábula. Un periódico se maravilla de que Bichet, que es científico severo, diga que son cosas serias y dignas de estudio las maravillas del magnetizador Donato, que, a semejanza de aquel médico que escribió un libro lleno de certificados de gentes graves, para probar que a su voluntad podían perder las personas sometidas a su poder magnético, bien de súbito, bien por guiados, la memoria, el albedrío y el habla; asombra ahora a París con su extraño éxito, y, al decir de diarios de Francia, priva o da—a su capricho—calor a los que se someten a estas pruebas, y retira o devuelve la luz a sus ojos, o pone en su mente el concepto que desea ver en ellas, o les da a beber borgoña espumante, que el catador jura que es caldo, o con el poder anonadador de su mirada, les detiene, les concede, les acelera el paso, y el que ha poco yacía bajo su influjo, como muerto, rompe en saltos frenéticos y danzas fantásticas.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de enero de 1882

ESPAÑA

Usanzas de hidalgos.—Diputados de provincia y diputados madrileños.—Un mes en Madrid.—Católicos contra herejes.—La batalla de marzo.—Preparativos, recuentos y probabilidades.—La conversión de la deuda

Nueva York, 7 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Por ser usanza de hidalgos, y buena usanza, ir a pasar la Nochebuena a la aldea de los padres, o a la pesada casa solariega, o a la humilde ciudad de provincia, donde habla el progenitor sesudo, envuelto en ancha capa, con este platero, o aquel vendedor de paños, o aquel que vende drogas, y las cuenta; y porque el Ministro de Hacienda ha menester de calma y tiempo para convencer a los tenedores de bonos de la deuda española de la utilidad que a España y a ellos reporta la conversión que proyecta; y porque Sagasta necesita de estos meses para ver cómo ajusta las diferencias que entre sus sectarios van surgiendo, y para organizar sus huestes de manera que reciban sin daño, y sin venir a tierra, el mortal ataque que los ultramonárquicos y católicos les preparan,—Congreso y Senado han interrumpido sus tareas, y anuncian que no han de reanudarlas hasta marzo. Hay diputados fieles a su provincia, que la cortejan, y son de ella, y no tienen a menos, como hábito, y no como cortesanía, hacerse hueco entre los labriegos que calientan su rala capa parda y su chaquetilla ruin, al amor de la lumbre, que chispea en el ancho hogar, y conforta al anciano de rostro lampiño que cuenta de sus mieses, a la esposa que hila en paz, y habla con los ojos a las doncellicas de la casa, a las que no sabe mal que los mozos les recuenten las travesuras de antaño, cuando eran chicos, y merodeaban por las eras. Pero hay otros diputados, y son los más, que tienen a la provincia como escabel, y como pedestal; y la visitaron para hacer buena la recomendación del potentado o del ministro, en los días de elecciones, y ya no la visitan, porque gracias a las artes que ellos saben aguardan para la elección nueva, nueva recomendación de sus caudillos, en esa provincia, o en alguna otra, que, en dando en las Cortes, toda provincia es buena.

Para aquellos diputados caseros son la bendición de los abuelos, la buena sombra de la casa añeja, el sol alegre del risueño patio, donde un elector agradecido, porque le han pagado este reclamo, o dado agua a su huerto, echa a andar el marranillo o la gallina, y en donde, en tiestos de barro rojo, ostenta sus hojas menudas la albahaca, y las suyas felpudas el geranio, bien guardadas tras de cristales, no sea que las marchite el cierzo, lo que es fama que debe hacerse con todas las flores. Y para el diputado urbano, para el que fue a la provincia y no vino de ella, para el que se señaló en ateneos, tertulias y antesalas por su actividad, ambición, elocuencia, habilidad o brío, y se afilió en el bando de tal jefe que le place, a trueque de que el jefe, por verse defendido de ese buen soldado se valga de sus mañas y de sus amigos campesinos y le busque asiento en Cortes; para este gallardo madrileño, que no es fuerza haber nacido en Madrid para ser madrileño, sino hacerse de aquel donaire y ligereza, que como el perfume del vino generoso, son dotes de Madrid; para este vecino de las buenas casas de huéspedes de la calle Mayor, o la de Preciados, o las lóbregas de la calle del Sordo, que es callejuela, y va a dar a la hermosa plazuela del Congreso, por donde vive un Madrazo, pintor excelente, y de familia de pintores; para este diputado cunero, como se dice allá en jerga política, son los grandes y pequeños teatros, baratos y buenos; y el café aromoso de la cervecería inglesa, si es que no prefiere el de la escocesa, que está al doblar, en la calle del Príncipe, y a un paso ambos del Teatro Español, casa de encantos, donde las damas lucen sus hermosos ojos, y tienen puestos los suyos los poetas.

¡Qué buen mes, un mes de Madrid! Se va a la Academia de San Fernando, y se estudia a Goya, y frente a los retratos de la duquesa de Alba, siente el poeta joven arder en torno suyo enloquecedores pebetes, y flotarle en la espalda manto de beduino, con que pudiera, sobre corcel blanco, ampararla del frío, y llevar a los cálidos desiertos a aquella maravillosísima hermosura. Y se admiran los pies breves de la tirana María Fernández, que fue famosa cómica, señora de galanes. Y aquella santa de Murillo, que cura a los leprosos con sus manos, y al alma triste con verla. Se va al Museo riquísimo, a ver los Velázquez, que pasman; los Correggio, que convidan; y los árabes de Fortuny, que deslumbran. Se va al Retiro, que fue paseo de reyes, donde al sol de oro de Castilla, y en la clara atmósfera, limpia de impurezas por los aires de invierno, resplandecen, más que pasean, niños y damas.

Se pregunta asombrado el economista de dónde han fortuna esos lindos señores y suntuosas damas que así, en días y horas de trabajo,

huelgan. Se compran los periódicos traviesos, que se van ya haciendo periódicos ingleses, y alardean de graves, sin que por sobre la lengua levita londonesa deje de flotar, para quien sabe ver, el manto moro, porque los españoles empiezan a mirar mal los sueños, y bien los negocios, pero ellos no harán nunca negocios sino en la medida en que se los dejen hacer los sueños. Y ya entrada la noche, se va—lo que es desdoro para el culto Madrid—a ver lidiar un toro, sobre la escena una piececilla de un caballero Pina, que goza de fama por la abundancia, aunque no por el género, de su chiste, porque el chiste ha de ser como el jerez, y no como el vino grueso de Aragón; o se aplaude en Variedades, que es teatrillo risueño, a una compañía de actores, que ha pocos años lo era de calaveras y de obreros, y en fuerza de ser ellos criaturas de Madrid, y de verlas, y de copiarlas en los teatros provisionales que se alzan en los barrios por Navidad y Pentecostés, han venido a ser cómicos excelentes, que a todos sus rivales vencen en el arte de representar con gracia tipos madrileños. O se va a Apolo, en que, con ser teatro muy lindo, ni actores ni público hallan acomodo. O al Teatro de la Opera, que se llama el Real, y merece serlo. O a ese Teatro Español que a cada cual parece cosa de sí mismo, porque allí se ve la dama que le enamora, y el amigo grato; y hablan, por boca de actores familiares Alarcón y Tirso, y vive allí el ente misterioso de la raza, y el espíritu perdurable de la lengua. Al diputado que en Madrid se queda, aguardan esos placeres deleitosos; la entrevista furtiva en el Teatro de la Comedia, que es el favorecido de las altas damas, y los que van tras ellas, porque es airoso y cómodo; y allí trabajan actores en boga, que hacen gala de no ser actores de provincia y suburbio, sino del viejo Madrid, y de sus lindas marquesas.

Mas esta vez, algo más que esas alegrías de enero aguardan a diputados, senadores y ministros. Espérales en marzo una campal batalla, y han de fortificarse para ella. No han de dar al viento los enemigos la ocasión que el examen y debate de las leyes nuevas les ofrecen para poner en riesgo la existencia del gobierno de Sagasta. La lid, de que han sido nuncios las protestas de los prelados, y las excomuniones de Santander, está abierta. Y los lidiadores se están ajustando las armas. Es todo el código de un mundo nuevo el que ha de discutirse: allí aguardan, en la mesa del Ministerio, las leyes de reforma en el código civil y en el criminal, y en los procedimientos de ambos, las reformas de la tarifa, la ley que permite a las provincias y a las ciudades contraer empréstitos y demandar anticipos, las leyes que liberalizan la educación, concesiones de ferrocarriles, dictámenes sobre obras públicas. Y aguarda entre ellos

una obra real, hecha de la mano misma del joven monarca, que no es por cierto un proyecto para impedir la emigración de asturianos y vascos, que debilita a España, ni para reformar las quintas, que privan de sus mejores brazos a la agricultura, ni para hacer obligatoria la enseñanza, y el conocimiento del comercio y la agricultura, ni para favorecer la siembra y población de las comarcas desatendidas, no: sino para organizar el ejército y reclutar soldados.

¡Tal parece que se vive en los tiempos del Cid Campeador! Entrañan esas leyes la vida entera de la nación, y de salvarlas el Ministerio, sin quedar acreditada de irreligiosa la monarquía, luengos años de pacífica victoria gozaría el partido sagastino. A esto, pues, dirige con ojos ciertos sus ataques el partido conservador vencido: a que el gobierno de Sagasta no logre que esas leyes sean votadas, o no lo logre sin que quede acusada la monarquía de irreligiosa. Y en esto estriba ahora la habilidad de Sagasta, sin lo que de fijo habría de abandonar el poder: en hacer votar sus leyes, sin que esto atraiga nota de falta de ardor en la fe sobre el monarca. Porque si alguna raíz tiene la monarquía en España, fuera de lo que le dan espacio a echar las hondas divisiones que entre sí han abierto los mal aconsejados demócratas, es el espíritu católico, de que buena parte de España vive aún animada. Empujada de él, y aclamada por él, y como criatura de él, volvió la casa de Borbón al trono de Madrid, y sobre el partido conservador: que, cualesquiera que sean sus veleidades de mozo o sus previsiones de monarca, el rey joven ha de cejar ante el riesgo de verse abandonado y tachado de traidor por los que le trajeron al poder, para dar en brazos de un partido inquieto y revoltoso, hecho de retazos, y de todos aquellos que le lanzaron once años ha del trono. No dan, pues, los conservadores esta batalla como batalla política, aunque lo sea ciertamente, sino como batalla religiosa. Se disponen a sacar a plaza y calles todo estandarte de comunidad y bandera de iglesia que flamee en España, y presentarse con el imponente arreo de los nobles y obispos de otros tiempos, a los ojos inquietos del monarca; más como quien exige el cumplimiento de un tratado, y la paga de haberle traído al trono, que como quien da consejo y hace acto de vasallo. Revolucionan, para combatir a los hombres de la revolución. Dispónense a hacer alardes tales de lealtad a su fe, que más parezca España nación al paso de Pedro el Ermitaño que pueblo trabajador de un siglo laico. Aderezan los sucesos de manera que sea el debate de esas leyes un torneo a campo cerrado entre católicos y herejes, de modo que si el rey está con los católicos, ha de abandonar a los herejes, y si se desatiende del

clamor de aquéllos, y se va con éstos, ha de quedar tenido por hereje: y los suyos en libertad de volver los ojos en busca de príncipe más pío a quien sentar en el trono de Felipe. ¿Qué hará para conjurar ese peligro el diestro Sagasta? Porque así como, a pesar de su mayoría canovista, quitó el rey, atento al clamor de la opinión, el poder a Cánovas; así atento a los clamores nuevos, privaría el rey del poder a Sagasta, a pesar de su mayoría sagastina. Mas el rey ve que de los dos riesgos que corre su trono, el uno, que le viene de sus propios sectarios que le desconocerían cuando no representase sus desdenes y privilegios, es menos grave, por ser de clases decrépitas y añejas, que el que le viene del pueblo rebelde, decidido a desenvolver sus fuerzas, buscarse manera de gobierno que le permita vivir a la par de sus ansias y sus tiempos. Por lo que el rey no abandonará a Sagasta, en tanto que éste cuente con el apoyo de una porción señalada del bando católico. A lograrla, pues, dirigirá ese político hábil todos sus esfuerzos en estas vacaciones. Los de sus adversarios irán primeramente encaminados a privarle del concurso del grupo de estadistas severos que, con ser católicos fervientes, no estiman que la pureza del dogma se lastime, ni el código del Cristo sufra, con que los pueblos se eduquen ampliamente en acatamiento a las indómitas exigencias de la razón,—ni con que los intérpretes del dogma espiritual respeten el derecho de los pueblos a vivir en su época, y a sancionar el mutuo respeto que viene, como por mano suprema, ordenado, con el hecho de ser permitido que vivan en paz y mueran en paz sobre la tierra hombres de tan diversas comuniones.

Propónense los conservadores dividir los campos de manera que no haya campo intermedio, ni no se haya de estar con los heterodoxos, al lado de Sagasta, o con los ortodoxos, frente a él: y precipitar así a Sagasta, a que busque el amparo de las agrupaciones revolucionarias que tienen asiento en ambas Cámaras, por lo que, espantado el rey, privará del poder a aquel que no puede gobernar con las clases que lo trajeron al goce de un solio, sino con sus enemigos. Y así quedan los bandos: canovistas y prelados amontonan todas las fuerzas de la monarquía añeja y la Iglesia: Sagasta procura apretar sus lazos con la agrupación moderada y católica que hoy le apoya, y que ha de ser en la gran lid su único escudo, porque en tanto que tenga a su lado a los caudillos militares que proclamaron la Restauración, y a viejos grandes de España, no podrá tacharse al rey de ingrato, ni de enemigo de la fe católica. Junta Cánovas en torno suyo a los nobles soberbios y ásperos, que—como aquel conde de Jirón, que no reía nunca, y a quien es fama que presentándose vestido

de estudiante envuelto en jirones, hizo reír a la duquesa de Alba,—recibirán hoy de buen grado con la rodilla en tierra, la frente humillada y el candelabro en la mano, al monarca que honrara su palacio, sin ver que es ya el monarca caballero de su tiempo, que usa sombrero de “hortera”, como llaman en España a los dependientes de comercio, y “americana” humilde, que es el nombre de esas chaquetas largas que han puesto en boga los ingleses. Y Sagasta amonesta a sus revueltos partidarios, y les dice que no vienen bien batallas interiores, porque éste sea ministro, o aquél deje de serlo, cuando se tiene enfrente, armado de cruz e hisopo, a un enemigo diestro y formidable.

Invencible vendría a ser, caso de ganar la batalla próxima, por largo tiempo al menos, el gobierno de Sagasta, que rigiendo a la monarquía restaurada con los elementos de la Restauración, le habría conseguido sin embargo la benevolencia, si no el aplauso, de los elementos revolucionarios. Y grande sería entonces la victoria del partido liberal, que halló a su advenimiento al poder una deuda flotante de cuarenta y cinco millones de pesos, deudas privilegiadas y redimibles por trescientos ochenta millones, cinco déficit sucesivos que sin subir a más de veinte millones por año, no bajaron de diez, y deuda consolidada por más de mil ochocientos millones de pesos, sin que pudieran los acongojados contribuyentes abonar al Erario los ciento sesenta y siete millones destinados a los egresos nacionales y al pago del interés reducido de la deuda. Y el Ministro de Hacienda de Sagasta, que es el hábil Camacho, ha logrado, con aplauso de amigos y enemigos, convertir y consolidar toda la deuda flotante, privilegiada y redimible, en otra deuda que se llama del cuatro por ciento, puesta en circulación con un quince por ciento de descuento, redimible a la par en cuarenta años, cuya operación ahorra al Estado veinte millones de pesos anuales. Y aun intenta el Ministro de Hacienda reducir, con el cebo de un interés mayor, puntualmente pagado, el crecido valor nominal de la deuda consolidada, sólo que para pagar el interés que en la nueva conversión, que ya se elabora, se pactase, habría que demandar a las Cortes su venia para aumentar a los doscientos sesenta millones de pesos que han sido votados para el presupuesto del año próximo, una adición de ocho o nueve millones, que el país pagaría en ligeros impuestos domésticos y contribuciones indirectas para nivelar así igual suma aumentada a la lista anual de egresos, para mayores gastos de armada, ejército y fomento; aunque fuera mejor, por lo que al bien de los hombres importa, decir: fomento, armada y ejército. Que es hora

ya de que las fuerzas de construcción venzan en la colosal batalla humana a las fuerzas de destrucción. La guerra, que era antes el primero de los recursos, es ya hoy el último de ellos: mañana será un crimen.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 27 de enero de 1882

ITALIA

Las pascuas romanas.—Antaño y hogaño.—Roma disputada.—León XIII.—Bismarck y el rey Humberto.—Mazzinistas y federalistas.—El periodista Mario.—El profesor Ceneri.—El profesor Bovio

Nueva York, 7 de enero de 1883

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Eran estos días para Roma en años pasados solemnísimos días, en que la Iglesia hacía ostentación fastuosa de su pompa, y se adueñaba con los misteriosos hechizos del color y la hermosura, que realzaban sus fiestas, del ánimo de los viajadores vagabundos que habían venido a Italia, en fuga del invierno, a dar al cuerpo sol de Roma, y al alma sol de arte. Al son fantástico de marciales trompetas, que llevaban la mente a la visión de ejércitos divinos y de alados capitanes, de cascos relucientes y espadas de relámpago, el anciano robusto que era un dueño de Roma entraba en hombros de sus sillarios, por la puerta de bronce de San Pedro, y abatían a su paso las armas los rudos soldados irlandeses y los brillantes soldados de Francia que amparaban su trono y humillaban ante él las cabezas los potentados de la tierra, vestidos de sus más deslumbrantes atavíos; y cobijado por la capa pluvial, envuelto en nubes de perfumes, blandamente batidas por abanicos colosales de albas plumas, adelantábase el Pontífice hasta las gradas del altar excelso, que ostentaba tiaras relucientes de oro y de diamantes. Y decíase la misa de Pascua en griego y en latín. Y era Pío IX, el sacerdote que recibía de rodillas, entre los ecos de voces melodiosas, que parecían venir de lo alto, el cáliz venerado, a cuya ascensión venían a tierra con estrépito las armas de ornamento de los nobles, y las de batallar de los soldados, y acatábanse por súbito impulso, las sumas de mentes poderosas que habían llegado a producir, con su faena de siglos, cuadro de tan magnífica belleza.

Mas con los años cambiaron los sucesos, y los irlandeses se fueron camino de Irlanda, y camino de Francia los franceses, y el rey de la Iglesia quedó sin más dominio que el que tiene en las almas católicas y en el Vaticano, y el rey de Italia hizo su casa del Quirinal, que era la

del Pontífice en estío. Apedreados han sido en las calles hace pocos meses los caballeros fieles que acompañaban, a través de Roma a su humilde morada última, los restos de aquel que en la mañana de Pascua llevaba en la mano poderosa las llaves de oro que habían de abrir a los hombres las puertas del cielo, y no con misa de pontifical, en la Basilica, sino con recepción privada en su palacio, conmemoró León XIII esta vez el nacimiento de Jesús. Roma está ahora de batalla, y aquella recepción fue un acto de ella, y otro la del rey Humberto el primer día del año. Aprovecha el Pontífice estos días señalados, para hacer las declaraciones políticas que a su juicio urgen al bienestar de su sede; y nótase que, como si creciese su confianza en días mejores y cercanos que tal vez le depare la amistad de Alemania, ni se habla tanto ya del viaje del Papa a Fulda, a Colonia o a Malta, ni se observan en las arengas del Pontífice aquella melancólica reserva y estudiada medida que daba a sus discursos más aire de clamor de oveja que de rugido de león; y más son de plegaria que de amenaza. “¡Ved—decía a los cardenales en torno suyo congregados—cuánto es estrecha e intolerable la situación de la Iglesia Romana! ¡Oíd como me llaman rebelde a mi patria, y enemigo de Italia, porque demando el poder temporal de que he menester para asegurar el espiritual de mi Iglesia! ¡Mirad cómo se hacen caer odiosos anatemas sobre los leales católicos que piden garantías suficientes para la libertad de la cabeza de su Iglesia, y cómo la prensa y el populacho injurian a los mansos peregrinos, y cómo se convierten en triunfos democráticos las blandas sentencias con que el gobierno intenta amparar nuestro decoro! ¡Y esa que véis no es toda, la persecución que aguardo, porque os debo decir que la espero más cruenta! ¡Pero yo he de guiar la barca de Pedro por sobre las olas de ese mar alborotado, y he de mostrar mi fe, y pedimos la vuestra en el día en que plazca al Señor calmar la tempestad que hoy la commueve!”

Y el rey Humberto decía en el Quirinal el día primero del año: “Porque quiero que la respeten, Italia respeta a todos los pueblos que la distinguen con su amistad. Mas si por ajenos intereses y pasajeras conveniencias, se intentase coartar en modo alguno la libre acción de Italia en asuntos que le conciernen, porque acontecen en su territorio y dentro de sus fronteras, mantendrá Italia su derecho a regirse por su leal saber y su libre albedrío, sin acatar intervenciones inoportunas.”

Y Bismarck, a quien iban sin duda encaminadas aquella fe en el socorro de que hablaba León XIII, y esta amonestación áspera y brava de Humberto, se apresuraba a decir en los periódicos que de él se inspiran,

que la amistad que ya se pacta entre el Pontífice y Alemania, no envuelve idea alguna del imperio de coartar el libre ejercicio de los derechos de Italia.

“¿Y queréis,—dicen a esto los republicanos de Mazzini, que desean una gran república central, y los federalistas, que, fundándose en la antigua y próspera distribución de la península italiana, quieren una república federal,—queréis que no nos unamos en campaña contra una ley de garantías que mantiene como un monarca inviolable entre nosotros a un caudillo rebelde que busca sin embozo y sin descanso el amparo de los pueblos extranjeros, para favorecer su poder personal y el de su tribu, con detrimento de la integridad, grandeza actual y futura independencia de su patria?”

Y aún resuenan los aplausos que acogieron las ardientes acusaciones del osado federalista Mario, que respeta al rey, porque le viene su autoridad de un solemne y libre plebiscito, pero no quiere en Italia más rey que el rey, hasta tanto que la monarquía, que sólo vive en estos momentos hurtando prácticas ideales a la república, dé paso a esta amplia forma de gobierno con el apoyo que le da la práctica gloriosa de épocas pasadas. Pues ¿no fue Venecia republicana ciudad famosa y opulenta, dueña de las aguas del mar y del comercio de la tierra, y no es ahora Venecia monárquica ciudad entristecida y enfermiza, que no halla modo de rehacerse sino privándose de su histórica hermosura y repletando de arena, para hacer vulgar calle, no ya aquellos canales de negros peces alados, que mecían en su seno nidos de poesía y amor, sino los de vapores jadeantes, que sustituyen, con el silbato del contramaestre, la voz del lánguido barquero que cantaba en otros días versos del Tasso?

Es lo cierto que ya están de paz Alemania y el Pontífice, merced a fatigas de ambos de una hostilidad estéril, y haber menester Bismarck de los católicos para ejercer sin grandes angustias su poder, y el Pontífice, de Alemania para poner coto con este aliado temible a los desmanes del pueblo de Roma, que con procedencia singular y leyes enérgicas reprime el gobierno de Italia, mas no con tales leyes que contenten al jefe de la Iglesia. Ya el caballero Von Schloezer ha salido de Washington, donde representó a Alemania doce años, y va camino de Roma, donde pactó con éxito los preliminares de la paz entre el imperio y la curia; ya los agoreros anunciaban, con más prisa que verdad, que se proponía León XIII una vez firmada la paz con el emperador, valerse de ella como de arma contra Italia, que no le respeta, y Francia, que ciñe a los súbditos de la Iglesia y a las prescripciones generales que obligan a todo hijo y

vecino de Francia: y ya subieron a tanto los rumores que el rey de Italia adelantó su propósito de no cejar en el empeño de ser monarca de toda su monarquía, y defensor del derecho de su pueblo a regirse en todas sus cuestiones por sí propio; y el canciller alemán desmintió todo rumor de presión que pudiera enajenarle la buena voluntad de una potencia del mediodía, rival de Francia, que le interesa mantener apartada de los franceses, como anda por desventura ahora y no en amistad íntima con ellos, a lo que tal provocaría su enemistad con Alemania. ¡De cuán mezquinas y personales razones depende en los sistemas monárquicos, la paz de los pueblos! ¡Cómo, a los peligros que crean los apetitos de los hombres, vienen a unirse los riesgos que originan los temores o conveniencias de una casta de caudillos, más atentos al goce de un poderío monstruoso y quimérico, que al desarrollo rápido, íntima mejora y empleo útil de las fuerzas de sus pueblos!

No en vano ama Roma tanto a ese Alberto Mario, que con ánimo sereno y elocuente pluma pide para Italia días grandiosos en que pueda sin susto, y sin reparo, darse como antes a cultivar la hermosura, de que la admiración de los hombres la ha hecho templo, y el tráfico remunerador, que llama de todas partes a sus ricas costas. No en vano premia Bolonia, con cariño ardiente al profesor Ceneri, viril y elocuentísimo, que quiere que un solo hombre no sea rey de muchos, para que cada uno pueda serlo de sí propio, y que vuelve a la villa etrusca con sus lecciones afamadas; reflejo del esplendor aquel que gozó, como maestra insigne de cánones y leyes, en los siglos más brillantes, corrompidos y revueltos de la cristiandad. No en vano es el altivo Bovio tan querido de los jóvenes de Nápoles, por ser ley que donde fue más cruel la tiranía sea luego más amada y eficaz la libertad; ni hay voz más grata a la de los ardientes napolitanos que la armoniosa con que en vibrantes frases su profesor Bovio les excita a pensar libremente, porque es aire del alma, y a obrar con virtud, sin lo que fuera máscara odiosa el librepensamiento.

OSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

42

ESPAÑA

Reyes alegres.—Alfonso en Lisboa.—Lisboa fantástica.—Palacios viejos y artes viejas.—Una exposición.—Un banquete.—Un baile portugués.—Una corrida de toros.—Una noche de ópera.—La hermosa Cintra.—La histórica Villaviciosa.—Traje de reina

Nueva York, 21 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Naciona..*

Los reyes, que se sienten sacudidos en sus tronos viejos, necesitan acercarse para defenderse: la época mitológica vio los combates de los dioses y los hombres: ésta está viendo el combate de los reyes y los pueblos. La imaginación es águila, y vuela: el interés es cerdo, y anda despacio: y es la lucha de los pensadores impacientes y los pueblos perezosos una lucha entre águilas y cerdos. Pero no está lejano el instante en que en el seno de cada cerdo nazca un águila,—en que el hombre que viene despertando desde hace cuatro siglos, despierte cabalmente, y se adueñe de sí,—en que los monarcas como los dioses de la mitología, abran paso a los hombres. Es además un arte de la política tener a los pueblos como distraídos y aturcidos; y obligar sus ojos a espectáculos variados y nuevos, para que teniendo siempre qué mirar, no les quede espacio de mirar en sí, y se vean míseros y bravos y no se rebelen. Es también uso de comerciantes en riesgo de quiebra obsequiar a cohortes de huéspedes con suntuosos festines y mágicos bailes, para que no pueda ser sospechado de pobre quien hace así gala de rico, aunque luego de la fiesta vaya a hundir su faz aterrada, lívida de miedo, en los cojines de su lecho que riega su mujer con lágrimas medrosas.

El rey de España, acompañado de su esposa y su corte, ha visitado en estos días al rey de Portugal, que puso a Lisboa para la visita sus ropas de fiesta. Los cañones rodaron por las calles, las plumas flotaron sobre los cascos; las iglesias exhibieron sus riquezas; la sangre de los toros enrojeció la arena; se limpió el musgo de las piedras de los castillos feudales; se llenaron las cárceles de presos. Los palacios fueron rami-lletes de luces. En los bailes, el seno de las damas, cubierto de joyas, parecía nido de estrellas. Hubo fantásticos cortejos, alegres músicas, re-

cepciones de corte, comida regia en sala perfumada. Exposición de ricas artes viejas, fiesta de toros, fiesta en el teatro, romería a Cintra, que es cesto de verdor, donde se levantan aún ruinosos palacios, y caseríos derruidos, como gusanos colosales que asomasen la cabeza entre pétalos de una inmensa rosa. Hubo fuegos de artificio, en que pareció que Lisboa, y no sus reinas, estaba coronada de diamantes. Hubo revista de tropas. Y hubo gran cacería en los sotos famosos de Villaviciosa, que enferman a los reyes. Los ojos no han tenido reposo en esos días de fiesta.

Pocos días antes de la visita, rumoreaban los agoreros que se preparaban en la sombra modos de hacer pensar a los reyes en lo que estiman, los republicanos de ambos pueblos, extemporáneo e inicuo fausto, producido a costa de naciones empobrecidas, para redorar las casacas polvosas de los guardarropas monárquicos, y para el beneficio personal del rey letrado y el rey petimetre. Ya se decía, despertando honrados y enérgicos clamores de la misma prensa liberal, que algunos revolucionarios descortesés intentaban aprovechar la estancia de Alfonso en el palacio de don Luis, para hacer manifestación ruidosa de los sentimientos republicanos de los lisbonenses. Aún vive Portugal, como España vive, en el seno del combate ardiente entre exaltados y moderados; aún odian los liberales portugueses la áspera carta de don Pedro, las aficiones aristocráticas de doña María de la Gloria, el insolente gobierno de Costa Cabral; aún responden las plazas de Lisboa a los clamores impacientes de la plaza de Madrid, como en la mitad primera de este siglo respondían las intrigas y convulsiones de los huéspedes del Palacio de Belem, a las querellas y sacudimientos del Palacio de la Granja. Hoy, más que en vez alguna, teme el hijo del rey don Fernando, aquellas rebeliones populares que compelieron a su madre a jurar una constitución nacional, y se resistieron a reconocer en su padre al jefe de los ejércitos portugueses. Aún recuerda el actual ministro Fontes el gobierno autocrático del conde de Thomar y de Terceira. El rey don Luis, cuya frente se inclina, como si le fuera demasiado pesada la corona, o sintiera deseos de abandonarla, temió por su prestigio: sus ministros encarcelaron a los que de público se señalaban como cabezas de la manifestación republicana.—Y aún se pasean los presos por los sombríos corredores de su cárcel, leyendo artículos de Gómez Leal, cantando versos de Guerra Junqueiro.

En tanto el rey Luis y la reina María Pía, meditabundo él y ella airosa, dirigen el adorno del Palacio de Belem, palacio histórico. Recorrian el amable parque que lo circunda. Aderezaban para Alfonso las habitaciones que ocupó, veinte años ha, su madre. Recordaban, como quien

llora glorias perdidas, que no hace mucho tiempo engalanaban ese palacio mismo para el monarca de tierras que fueron portuguesas, para el emperador del Brasil. De ricos cuadros llenaron los altos muros y los aposentos de ricas flores. En aquellos balcones en que el cortejo de la opulenta Isabel se asomó al Tajo, iba a asomarse ahora el cortejo del hijo risueño que ocupa su trono. Vistieron los reyes a los guardias del palacio de amarillo y rojo, y adornaron el traje, porque María Pía es de Italia, con extrañas pecheras encarnadas y blancas. ¡Qué semejanza, la de los preparativos de un baile de máscaras, y los de una visita de reyes!

Paseaban la ciudad, que es solemne y hermosa, cohortes de gente nueva, gente buena del campo, que viene a ver reyes. El campesino de ancho sombrero y capa burda se codeaba en las hosterías con el pescador de cuello velludo, barba hirsuta, rostro atezado y gorro rojo. Tiene la capital portuguesa cierto aire de pueblo viejo, o villa de provincia, y andan las gentes como si fueran a la vez árabes, ingleses y franceses. Lisboa estaba afanada, sacudiendo sus tapices, desbrozando sus calles, pintando de fresco las casas ruines de sus oscuras callejas, embelleciendo sus hermosos muelles. Los reyes jóvenes venían contentos. Pasaban por las dehesas de Castilla, sembradas de trigales y matizadas de amapolas. Dejaban atrás bosques de robledales y de olivos. Hablaban, al ver desde el tren rápido sus añejos muros, de la buena porcelana que en otro tiempo se hizo en Talavera, tan celebrada como la del Buen Retiro. Consolábase el rey de la aridez de la comarca extremeña, porque si no da frutos, da toros bravíos. Los golosos de la comitiva platicaban en voz baja de farinetas de Salamanca, longanizas de Vich, y chorizos extremeños. De un lado se veían manadas de toros, nerviosos y despiertos, y de otro, esbeltas aldeanas maliciosas, gruesos curas de pueblo, pobrísimos pastores. En arrogante puente cruza el tren el Tajo, que aún baña pies desnudos de campesinas enamoradas, aunque no bañe ya las plantas sonrosadas de la hermosa Cava, ni las calzas de cuero y oro del ardoroso don Rodrigo. Ya en tierra lusitana, que oyó en otro tiempo crujir lanzas y chocar cimitarras, brillan los campos verdes, y se muestran contentas de su limpieza, las aldeas graciosas. ¡Qué arrogante va la locomotora, que en quince horas ha hecho el camino de Madrid a Lisboa, y lleva a la ciudad desde las fronteras a los monarcas de España, al sonriente Sagasta, al grave señor Fontes, a los consejeros de don Luis y de Alfonso, a los altos funcionarios de ambas casas reales, a la venerable marquesa de Santa Cruz, de blanco cabello y rostro apacible, a la elegante marquesa

de Medina de las Torres, que son damas mayores en el cortejo de damas de la joven reina de España, la agraciada Cristina!

La estación rebosaba de gentes, de banderas españolas, portuguesas y austríacas, de escudos con las armas e iniciales de ambos monarcas, de coronas de siemprevivas, de guirnaldas de rosas. Al pie de las paredes, había paredes de soldados. Uníase al plegar y desplegar de los abanicos de las damas que aguardaban en la sala de espera, el murmullo de la muchedumbre apretada en los alrededores de la estación. No se veían en la estación más que flores en manos de las damas, espadas en manos de los hombres. Brillaban los uniformes de los grandes oficiales portugueses, como si hubieran sido hechos de aquel afamado oro de Zanzíbar, que trajeron en sus barcos frágiles de la tierra ignorada sus antepasados valerosos. Se cuchicheaba que Cristina venía pálida: que el rey Luis distingue singularmente a Sagasta: que bien puede ser que al gabinete del señor Fontes suceda un gabinete liberal: que los reyes van a aliarse para emprender una vigorosa política extranjera: que el príncipe don Carlos, hijo mayor de don Luis, va a casarse con la infanta doña Paz, hermana de Alfonso.

Músicas marciales, que rompieron en el hermoso himno real de España, cañonazos lejanos, y algazaras de campanas animaron la llegada del tren real a la estación. Preparan sus armas para el real saludo los ocho mil soldados que hacen orilla humana al Tajo, en larga y brillante hilera, que va desde la estación del ferrocarril al Palacio de Belem. ¡Qué lujosas iban las carrozas de los reyes! ¡Qué brillar el de las espadas de los oficiales! ¡Qué centellear el del sol sobre los almetes! ¡Qué caracolear el de los briosos caballos en torno a los carruajes regios a que dan escolta soldados y peatones y caballeros! La multitud se apiña tras la compacta hilera de soldados. En el río, de todas sus banderas están empavesados millares de mástiles. Parece la brillante comitiva aquella procesión de Rubens, que se ve en el Museo de Dresde: todo es penacho, gala, reflejo. Parece hoy de nuevo Lisboa aquella ciudad celeste que vio Byron. Como sentada en ancho circo, a ver correr el Tajo, está la gran ciudad. En los montecillos sobre que se empinan sus suburbios, levántanse casas mugrientas y ruinosas, como mendigos viejos que se asomasen a ver pasar la alegre procesión. Las ventanas están enganaladas con colgaduras, y con mujeres hermosas; y las calles del tránsito están repletas de pescadores, curiosos y pilluelos. Alzanse a lo lejos conventos negruzcos que parecen monjes encapuchados y huraños. Y se pierde por las callejas la

muchedumbre colérica y harapienta, en tanto que las puertas del gran Palacio de Belem se abren a los joviales y risueños reyes.

A poco, era la fiesta en el Palacio Ajuda, morada de Pía y Luis. Entre generales vestidos de azul y oro; prelados de túnica escarlata, y los consejeros y sus esposas, están reyes y reinas sentados en torno de la mesa del festín, regalados con la blanda música de diestras orquestas, ruido de hojas de palma que adornan la sala, perfume de rosas, aroma del blanco y rojo Oporto. Don Luis y Alfonso cambiaron brindis de amistad, que en el rey portugués tomó la forma de deseos de que se estrechasen aún más los lazos de cariño que atan a Portugal y España, y en Alfonso fue hasta decir que así ha de ser, porque pueblos que tienen en lo exterior las mismas garantías que defender, deben unir sus fuerzas interiores, respetando su mutua independencia, y desarrollar de acuerdo sus energías domésticas. El de Borbón tenía a su lado a la reina Pía. El de Braganza, que sólo ha venido a ser rey porque sus abuelos nobles se rebelaron contra el rey de España, tenía al lado a la reina de España. Ya se hablaba en el banquete de la carrera de caballos con que se celebraba al día siguiente la visita de los esposos españoles, se encomiaba el hermosísimo paisaje del lugar escogido para la fiesta hípica, y la ligereza y buena sangre de los corceles.

Cerca de las bocas del Tajo fue la carrera, ya al caer de la tarde, cuando las blancas flotillas de los pescadores, como contentas de su labor, esmaltaban a lo lejos el majestuoso mar sereno, y los viejos conventos semejaban gigantescos frailes que van camino de la villa, cuando ya el sol no quema, a buscar la pitanza de la comunidad; y brillaban a lo lejos, como centinelas que no duermen, el alto faro que se eleva en la isilla que surge en mitad de la boca del río, y el lazareto imponente, y sus hermosas y altas casas, destacándose, como castillos de hombres de paz, del noble cielo azul de Portugal, solemne y límpido. En grandes pabellones estaban las familias reales: allí don Luis, y sus robustos hijos, hechos a cazar y a jinetear, y nutridos en las artes de la cetrería, en letras y en lenguas: allí estaba Augusto, el hermano de don Luis, que ama, como su padre don Fernando, los ejercicios atléticos: allí estaba, en lugar menos visible, como marcando grado inferior jerárquico, la que en un tiempo fue famosa por su hermosura, la condesa de Elda, esposa morganática de don Fernando. Alfonso y Luis bajaron a la caballeriza, acariciaron los corceles anglohispanos que triunfaron en la carrera, y felicitaron a sus

dueños. Y cuando ya la noche, en aquellos climas perfumados enviaba como ave de anuncio, sus leves nubes pardas, volvieron los monarcas en sus trenes de gala, y los portugueses y visitantes en rústicos y pesados carruajes, a sus palacios y a sus hoteles, donde les aguardan, brillantes ya los uniformes suntuosos para el baile de la noche, los atentos ayudas de cámara.

Nunca estuvo más bello el Palacio de Ajuda. En cada muro una panoplia: en cada peldaño un jarrón de camelias: por puertas y balcones haces de banderas: en el monumental corredor plantas del trópico: en la Cámara del Trono, en vasos preciosos, rosas grandes, o colosales hojas; sobre artísticos muebles y mesas incrustadas de marfil, nácar y bronce, ramos de raras flores. Y lo engrandecía todo y le daba aire de poética y mística hermosura, la tibia luz eléctrica, cargada de ternuras y misterios. No fue la fiesta, a que, como a todas las del rey Luis, que es culto y pensador, asistieron personas de todas las clases y todos los partidos —una de esas asiáticas recepciones con que enamora a sus nobles el Palacio de Oriente de Madrid. Fue fiesta de rey republicano. Y allí se veían sobre hombros de aristócratas, anticuados trajes de ceremonia, que llevaban penosamente como si a hombros de estos tiempos no sentasen bien trajes de otros; y mercaderes gruesos, y diputados provincianos, y periodistas montaraces, luciendo, mal de su grado, el calzón corto, las medias de seda y el zapato de hebilla de los bailes de corte. No esperaban a los invitados, gentileshombres de recamada casaca, que se retirasen luego de presentado el huésped, sin volver la espalda a los monarcas egregios, sino que éstos platicaban con las damas y los ministros, y don Luis hablaba como con buen amigo con Sagasta, que es caballero cortesano y sabe hablar y oír, en tanto que el alegre Alfonso valsaba pujantemente, y los huéspedes del palacio, que no eran menos de tres mil, entraban y salían a su placer, jugaban a las cartas, se lamentaban ante las pálidas bellezas de Lisboa, vestidas en su mayor parte de traje alto, del rigor de la etiqueta monárquica, que así sacaba a la vergüenza sus piernas atolondradas; o decían que habían visto al rey Luis hablando con el duque de Sexto, ayo del rey, de ño limpia fama, y con el marqués de Vega Armijo, severo personaje; o gustaban manjares excelentes y gratos vinos en las lucúleas mesas, rebosantes de flores, que no se vieron durante la noche desamparadas de los caballeros y damas de la fiesta.

Ser rey o cortesano es ser esclavo, y es más esclavo, y de mucha más menguada esclavitud, el cortesano que el rey; pero el día que siguió al

del baile fue de placer artístico, que fue a dar por desventura en la arena revuelta, en que caen en tierra, luchando como iguales, hombre y toro. Comenzó el día para los reyes, inaugurando, en el que ha de ser museo permanente de Lisboa, y es antiquísimo palacio remozado, la exhibición de tesoros “de artes retrospectivas” con que, como legítimo tributo de cosas que ya no existen a monarcas que dejarán pronto de existir, obsequió don Luis a los reyes de España. ¡Qué gozo para los ojos, y para todo hombre que sabe que cada hombre es en sí el resumen de los tiempos, y el hijo de ellos, las maravillas de joyería, armería, tapicería y pintura, congregadas en aquellas quince ricas salas! Una era de cuadros de portugueses y españoles: allí había Coellos, que son magnos paisajes: Berruguetes, que son figuras nítidas y macizas; Canos, que son lienzos llenos de seres ideales; allí había Joanes, Pantojas y Parejas, que son timbres de las escuelas de Valencia, de Madrid y de Andalucía. Veíanse en otra sala, en grandes mostradores de cristales, las joyas de Asia, las piedras valiosísimas, los abanicos indios de suave plumaje, las cajas bordadas de manos sutiles de artistas de Oriente; y las armas, cruces, coronas y preciados esmaltes que posee la familia real portuguesa. ¡Las plumas de aquellos abanicos eran de aves nacidas en comarcas remotas, donde doblaron la rodilla ensangrentada, al clavar en tierra la bandera triunfante de Portugal, el denodado Vasco de Gama y el hermoso Camoens! ¡Con qué tristes palabras recordaron, en los discursos que leyeron al dar por abierta la exhibición, todas aquellas glorias fenecidas don Luis II, y su padre don Fernando! ¡Con qué visible amargura volvieron los ojos a aquellos tiempos en que eran las casas de la ciudad, talleres de joyas y tapicerías acabadísimas, y las galeras portuguesas, señoras de la India y de la mar! Allí había una cruz y un vaso sagrado, hechos de aquel oro primero que trajo Vasco de tierra de Zanzibar realzado de piedras preciosas, reciamente embutidas en la cruz y el vaso. Allí se leían, en elegante cáliz de oro, unas gallardas letras árabes. Allí estaban turbantes y cimitarras, recogidos de cadáveres de ilustres moros en las antiguas lides portuguesas, a la par de mosquetes y espadillas cortas, y de largas espadas de ancha taza, y la áurea espuela con que oprimían los reyes batalladores los ijares de su corcel de combatir, y las ligeras armas de parada que usaron luego, como ornamento y símbolo, los reyes modernos. De pálidas e históricas colgaduras había una sala adornada en el museo, y era la más bella, entre las de Flandes, Francia, Portugal y España, que allí había, una de que es dueño el español duque de Medinaceli, y que ostenta, hechas de mano portuguesa, en seis metros de

lienzo bordado de cuatro metros de ancho, figuras de poderoso color y relieve, e intrincadas y caprichosas columnas de flores.

Pero reyes, diplomáticos e invitados quedaron absortos ante la colección maravillosa y deslumbrante de joyas y obras de arte de la Iglesia, que enviaron al museo, en honor de Alfonso, todos los templos del viejo Portugal. Allí las riquezas de la opulenta iglesia de Mafra, de la de Eborá, de la de Nuestra Señora de la Peña, de la de Lisboa, de la de Cintra, de la de Coimbra. ¡Qué lenguaje, el de aquellas casullas vacías, el de aquellos ciriales apagados, el de aquellos libros rugosos, el de aquellos cálices sin vino! ¡Qué proceso de las artes, desde el rudo vaso gótico, pesado cual casco de batallador, como que la mano del obispo estaba hecha a la maza del guerrero, hasta la oriental y fastuosa casulla, bordada de esmeraldas, zafiros, topacios y rubíes en tela de oro! Allí había altares y retablos, pergaminos y piedras, joyeros y joyas, atriles y cruces, sobrepellices y albas. Nunca se ha visto, en cosas de iglesia, colección más numerosa ni más rica. Asombraba a los mismos prelados, que fueron a la exhibición, y al baile del rey. La perfección y abundancia de aquella colección brillante valieron al rey Luis, que gusta de ser tenido por hombre de arte, y lo es, espontáneas celebraciones. Y quedaron sobre los altares de piedra, los cálices, sin vino. Y se fueron los reyes, camino de la plaza de toros.

No es la arena de Lisboa aquella arena de Madrid, de Valencia, o de Sevilla en que un pueblo frenético aplaude a la par, y con iguales palmas, al toreador que hunde su espada en el testuz del toro, o al toro que revuelve con sus astas las entrañas del caballo agonizante, y sacude luego al sol, con triunfantes mugidos, el cuerno ensangrentado. Se vocea, se injuria, se azuza como en las plazas españolas; pero ni el bruto muere a manos del hombre, ni puede hender sus astas, cubiertas en el extremo por una bola, en el pecho del caballo o del torero. Sólo puede venir allí la muerte de terrible golpe contra la valla de la plaza o contra la arena. Es el donaire, en imitación de los antiguos justadores moros, arremeter al bruto, caballero en diestro caballo, provocarlo, citarlo y detenerlo en su ciega carrera de un golpe de rejón sobre la cruz. La capa del picador flota al aire, en tanto que el viento agita las plumas del sombrero que alza en su mano triunfadora, y el bruto, ciego de dolor, escarba la arena revuelta que moja con su sangre. Capear al toro, afrontarlo, esquivarlo, encolerizarlo, domarlo, y hacerle bañar de espuma colérica el manto rojo con que el capeador excita y burla su furia, son,

a más del del rejón, los únicos lances de la lidia portuguesa. Luego vienen recios jayanes, lindamente vestidos, se abrazan al bruto, y dan con él en tierra.

De esa fiesta, que es toda de fieras, fueron los reyes a prepararse para otra suntuosísima. Era noche de gala en el Teatro de la Opera, que es gran teatro. Brilla la sala a través del cable, de tanto como brillaba. ¿A qué contar de la ópera, que fue *Hamlet*? Era el escenario el palco real, y no el escénico. No tiene teatro alguno europeo más majestuoso teatro real que el de los reyes portugueses. Cuatro pisos de palcos tiene el teatro y el palco del rey, que tiene su pavimento en el primero, élévase, como nave de iglesia gótica, sobre seis columnas de mármol, que se destacan de las paredes de estuco, hasta el piso cuarto, de donde del dorado techo bajan colosales colgaduras de terciopelo carmesí y de oro, más que para hermosear el palco regio, para que brillen más los árboles de luces que lo adornan. Lucía realmente, como un drama histórico, el palco de don Luis, que parecía, a la vez, escena de gran teatro, y caja de joyas. Allí estaban don Luis, vestido de uniforme de gala de marina, y la reina de España que llevaba traje elegante de pálida malva, cubierto de encajes sutiles, y al cuello un millón de pesos en diamantes: exhibición lamentable, que requiere ese modo áspero de pintarla: el Toisón de Oro colgaba al cuello de Alfonso, sobre su traje de Capitán General, cubierto de cruces: ceñía el cuerpo esbelto de la reina Pía traje de seda roja, que caía sobre larga túnica de encaje, y ostentaba un collar de maravillosas perlas y transparentes esmeraldas, que es famoso en Europa. Estaban sentados en círculo ante la baranda del palco hermoso. El padre y el hermano de don Luis vestían de militares, y de marino su hijo mayor. Y a par y detrás con ellos, como deslumbrador cortejo, los ministros españoles y portugueses, el flexible Sagasta, el cortés Fontes, veintenas de generales y almirantes, y magnates y prohombres de Portugal y España. De los hombros de dieciséis damas de honor, vestidas de azul y blanco, colgaba el manto azul, que es el de ceremonia en la corte portuguesa, y cruzaba el pecho de las damas de Portugal la banda de la reina María Luisa. Tal fue la noche de gala, y no fue más, noche en que no se vieron las joyas del alma, y fueron hombres y mujeres muestrario de joyeros.

Don Fernando vive en Cintra, y allí fueron los reyes a almorzar con don Fernando, el día siguiente. En la Arcadia se piensa cuando se entra en Cintra, la de valles amenos, la de bosques tupidos, la de castillos que se extinguen como cansados de llamar en vano a sus dueños, la de linfas

claras, cielo transparente, amables colinas. Se va a ella en tres horas, viendo de un lado el mar, y de otro las casas nuevas de los modernos nobles, que no son ya monumentos de soberbia, y fortalezas, como las de los nobles de otros tiempos, sino construcciones risueñas y ligeras, como de sibaritas que se sienten fatigados y saben que han de vivir poco, y dar la casa a otros señores. Parece que se ven asomar por entre las ramas de las arboledas de Cintra ninfas y faunos. Silvano tiene allí su morada. Las aves vuelan de las almenas del castillo moro, lleno de torrecillas y ventanas, al bosque espeso donde cuelgan del naranjal en flor sus nidos. Los claustros del castillo de don Fernando se derrumban, mas no se seca el agua de los torrentes espumosos que corre con ruido blando entre la maraña selvosa de hojas frescas. Por aquellos jardines en que pasean hoy el rey anciano y la condesa de Elda, pasearon en otros días los venerables alfaquíses, y piafaron, cubiertos de espuma, los nobles alfaraces. Aún brilla, decorado por los moros, el real palacio, en cuya arquitectura, como en la tierra en que se levanta, andan mezcladas razas diversas. En uno de sus departamentos está el Salón de los Escudos, que ostenta, pintados en su bóveda, setenta y cuatro de las más antiguas casas portuguesas. En Cintra se firmó la convención famosa, en tiempos en que bajo la mano del corso pálido, vacilaba como palacio de polvo bajo mano de gigante, la trémula Europa. En Cintra iban a morir en otro tiempo, como para calentarse los miembros ateridos, los ricos ingleses, y fue en tierra de Cintra donde floreció el naranjo primero que abrió sus azahares al aire de Europa. Unense allí casuchas a palacios, y quintas elegantes a musgosos escombros, y se pierde el espíritu contento entre aquellas sonantes arboledas, como si viviese en existencia superior, y se desligase de las ataduras urbanas. Por entre árboles y por sobre cerros iban reyes y servidores viendo castillos y selvas rumorosas, caballeros en sendos burros, que no saben de vasallos ni monarcas, ni obedecen a más rey que al labriego que les vocea e injuria, y les da, para avivarlos, rudas palmadas en las ancas.

Esa noche, ¡qué hermosa estuvo Lisboa! Ardía en luces blancas. Parecía vestida de manto negro, sembrado de guirnaldas, de coronas, de festones, de haces de estrellas. Parecía un volcán encendido, desamparado de súbito de su corteza de piedra. Ceñían las paredes franjas de luces. Bosque incendiado semejava el cielo. De los vaporcillos de recreo que atravesaban el río, se veía como una batalla de relámpagos. Y los buques del río habían envuelto en luminarias sus cascos y sus mástiles. Se oían músicas suaves y vocerío de pueblo.

Diez mil hombres de todas armas desfilaron en la mañana que siguió a esa noche bella, ante la plataforma real, decorada con los pabellones de España y Portugal, Austria e Italia. Pareció robusta la infantería, menguada la artillería, pesada la caballería. Y tres mil personas asistieron al baile costosísimo que los comerciantes de la ciudad ofrecieron en el Palacio Viejo, en las cercanías de Lisboa, a don Luis y a sus huéspedes. Y en misa, que oyeron devotamente, rodeados de la corte, en la abadía de Belém; y en toros, que lidió en honor de Alfonso un elegante de Lisboa, a quien es fama que costó la corrida, entre flores y toros, una veintena de millares de pesos, para que luciesen, a los ojos del rey risueño su habilidad de toreadores los jóvenes nobles de la ciudad; y en oír un drama clásico, de la tierra que cuenta entre sus glorias literarias al vizconde del Castillo, Almeida Garrett, y Herculano,—emplearon los reyes españoles, del brazo de los dueños de la tierra, su último día en Lisboa.

¿Y el pueblo? ¡Oh! el pueblo no quiere que se case el príncipe Carlos de Braganza, con la princesa Paz de Borbón. ¿Qué ha de pensar el pueblo, si en él, como dice en un libro tremendo y desgarrador uno de sus más briosos poetas: *encontram-se a dormir, junto dos homes das portas mendigos quasi nús, creanças quasi mortas?*

Pero los reyes españoles, antes de volver a su palacio de granito en la Plaza de Oriente, estuvieron de cacería en el sitio solariego de los duques de Braganza, en la histórica Villaviciosa. Sólo esperan los pueblos para despertar a que los reyes duerman; y cuando adormecido por los aromas de sus árboles del Retiro, y las blandas voces de las damas, dejó caer Felipe IV su cetro en las manos codiciosas del Conde-Duque de Olivares, los duques de Braganza se hicieron reyes, y con ellos Portugal fue libre. Es macizo y sombrío el palacio de los nobles de Braganza, donde los monarcas de hoy van a meditar ante los lienzos oscurecidos que conservan las efigies de sus gloriosos antepasados, por cuya paz eterna doblan las campanas de la iglesia vecina, que fundaron los arrogantes caballeros de la Orden Militar de Villaviciosa. Allí enfermó don Pedro, el primer hijo de doña María de la Gloria, cuyo trono vacante ocupó a su muerte su hermano el rey actual, don Luis II. Por aquellos sotos, que son ricos, ha andado cabalgando, y riendo con malicia de la fatiga de sus cortesanos, el cazador Alfonso. En aquellas selvas ha estado luciendo la reina María Pía su traje nuevo de amazona, hecho como el de las damas de su séquito, de terciopelo verde, que ciñe al cuerpo, ajustado por cinturón estrecho, en larga túnica, por la que asoma los

breves pies resguardados de miradas ociosas y espinas de la selva por calzas de cuero: flotan al aire, en la fantástica carrera, las verdes plumas que adornan su ancho sombrero de alas italianas.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 7 de febrero de 1882

43

FRANCIA

Elecciones de senadores.—Triunfo republicano.—Gambetta ante la Cámara.—Gobernar realmente, o no gobernar.—El proyecto de revisión de la Constitución.—Los teatros de París.—“El Noventa y Tres”.—“Las Mil y una Noches”

Nueva York, 21 de enero de 1882

Señor Director de la *Opinión Nacional*:

Copiosa en cosas graves ha sido en Francia esta quincena. Los monárquicos han sido una vez más vencidos y no violentamente, lo que no fuera cuerdo, porque los pueblos generosos se enamoran siempre de los oprimidos, aunque éstos sean los que en su día los oprimieron. Van los monárquicos franceses como en campaña de retirada, oponiendo el muro de un convento, el manto esmaltado de abejas de los Bonapartes, o el de flores de lis de los Borbones, a ese pacífico ejército de hombres fuertes y modestos que estudian y trabajan y se sientan, con poder incontrastable, en la casa de gobierno, con el libro a un lado y el arado al otro. Francia es gloriosa. Inglaterra, que parece la mansión de la libertad, niega a un diputado el derecho de sentarse en el Parlamento adonde le envía un voto numeroso, porque usa de su pensamiento libre. Los Estados Unidos que nacieron de padres que emigraron de su patria por exceso de amor a la libertad, y austeridad en la virtud, se inclinan a mancillar esa valiosa herencia, compeliendo a pueblos menores a que existan para el provecho y acomodamiento de la Unión Americana. Y Francia, que hereda de la historia errores arraigados y desórdenes, y todo hábito venenoso de gobierno, realiza denodada y serena ese tránsito grave de aquel mundo en que los hombres servían torpe y mansamente a un ser privilegiado, a este mundo nuestro en que los hombres se ennoblecen por el ejercicio y el gobierno de sí mismos.

Los monárquicos han sido vencidos, en campo limpio y en batalla justa, en que tocaba a cada combatiente parte igual de sol. De 79 senadores que acaba de elegir Francia, sesenta y seis han sido republicanos, comprometidos de antemano a apoyar la reforma de la Constitución, con que intenta Gambetta poner en modo de que vayan en acuerdo y

no en lucha peligrosa, la Cámara y el Senado. Trece fueron los monárquicos electos. Se pagan los pueblos más de lo que brilla y apasiona, que de lo que prepara en discreto silencio su ventura: y pasa a los gobernantes a las veces, como a los grandes actores en provincias, que no viendo estimadas las sutiles y admirables labores con que embellecen y vivifican el personaje que crean ante un público inculto, vociferan al fin y gesticulan, por lo que pasan a los ojos de los provincianos por actores que pasman y maravillan. Así los gobernantes, temerosos de ser olvidados o poco atendidos por su pueblo, si se dan a la faena silenciosa de preparar, con lentos adelantos y cuerdos detalles, la victoria definitiva de su sistema de gobierno, interrumpen o comprometen su labor, por no comprometer por su silencio y modestia su poder, con alardes de fuerza o de reforma que alimentan y placen al gusto popular. Esas elecciones para senadores nuevos, a pesar de llevar en sí tal importancia, que de ellas dependía la tranquilidad doméstica de la nación, sin la que, en pueblos como en hombres, se pierde toda capacidad para obra grande, se han hecho en Francia con señalada calma, ya porque los pueblos latinos sólo aman lo que los pone en riesgo y los agita, y, sibaritas del peligro, gustan de verlo sobre sí para vencerlo, más que de sofocarlo antes de que surja; ya porque la detenida labor preparatoria con que todos los bandos de Francia habían dirigido a sus fines estas elecciones, y el conocimiento de sus mutuas fuerzas a que habían venido durante la faena previa de convencer votantes y enajenarlos al adversario, había previsto de antemano el resultado de los votos, y menguado en el interés que una elección dudosa hubiese inspirado. Y de esos sesenta y seis senadores republicanos, De Freycinet, el ex ministro, ha sido electo en tres departamentos, como en premio de su honradez y de su entereza, y Labordère, el militar que rehusó obedecer órdenes que creía que llevaban a ensangrentar a Francia, y robarle su libertad, con aquel golpe de estado que fue temido en tiempos de Mac Mahon, ha triunfado con los votos de los intransigentes.

¿A qué, pues, se dieron luego de este triunfo los espíritus ligeros, y los que, como Horacio, gustan más de regalarse a la sombra de los tilos, con vino viejo cerca de su amada, que de ir a segar la vid con sus manos de guerrero en lo recio de la batalla? ¿A qué luchar por la revisión de la Constitución, si era el objeto de ésta organizar el Senado de modo que estuviese en acuerdo, por tener mayoría republicana, con la mayoría republicana de la Cámara? ¿A qué luchar por una victoria que ya tenemos conseguida con las elecciones? Mas no pensaba así Gambetta, en lo que ha obrado con esa mira en el porvenir y busca de lo estable

que imponen con su grandeza serena y su patriotismo fructuoso, obediencia a sus sectarios rebeldes, y respeto a sus enemigos tenaces. Ha de darse forma permanente a instituciones que han de ser permanentes. Los fundadores de un pueblo, que van fundando con él una época, serían nimios si se satisficiesen con el triunfo efímero en una batalla aislada, que puede ir seguida de una derrota que comprometiera el nuevo sosiego público, y con él la riqueza y la energía de la nación. Es de pueriles contentarse con haber ganado una batalla a sus enemigos. El que ama a su patria, ha de tender a fortificarla de manera que no puedan estremecerla ni ponerla en riesgo los caprichos de sus hijos. Puesto que es indispensable, en un país lleno de adversarios ambiciosos y avisados, que para que no se aprovechen de las querellas de los hombres republicanos que lo rigen no haya ocasión de querrela entre la Cámara, que hace las leyes, y el Senado que las sanciona; es indispensable constituir el Senado de manera que, por estar elegido por los mismos votantes, y en la misma forma que la Cámara, vaya siempre en saludable acuerdo con ésta. Y puesto que la Cámara tiene el deber de ahorrar a su pueblo gastos que estima innecesarios e injustos por más que los sancionen alguna vez hábitos seculares y necesidades aparentes, es también indispensable que no pueda el Senado, por acariciar a instituciones cuya gratitud le halaga, y cuyo influjo teme, restaurar aquellas sumas que la Cámara declare inoficiosas y caducas.

Pero venían poseyendo los diputados extraños miedos de la lucha, aun aquellos mismos diputados que en cortejo compacto apoyan al gobierno, que no tiene sobre ellos dominio pernicioso y exclusivo, sino ese natural influjo que el ejecutante de un propósito ejerce entre los que lo estiman loable y práctico. Solicitados los unos por los republicanos conservadores, que ven la lucha con ansia, porque saben que la revisión de la Constitución los aleja del Senado, como están ya lejos de la Cámara, y por tanto de la gestión de los negocios públicos; y azuzados los otros por los republicanos intransigentes que quieren impedir a todo trance la consistencia que ganaría el gabinete republicano que, a los beneficios que la república ha traído a Francia, uniese los de establecer sólidamente, con la concordia de los poderes legislativos, la certidumbre de la calma doméstica, aconteció que comenzaron a anunciarse de público deserciones de adeptos y rebeldías de amigos que pondrían en caso de derrota el proyecto de revisión de Gambetta. Nada movió a éste, sin embargo, de su propósito; que no le importaba que sus amigos lo abandonasen si quedaba él, por haber cumplido con su deber, amigo de sí mismo. En

alto decía que ni le asustaban combates necesarios, ni necesitaba del apoyo de los que los temían. Para transacciones, hartas ha habido. En preparar se consumen energías preciosas. Es prudente no acelerar soluciones prematuras, pero una vez que se ha reconocido de su necesidad, es tiempo de llegar a soluciones. Sin éxito le observaron sus amigos cuán irritados tenía a los republicanos avanzados, el nombramiento del periodista Weyss, tan hábil como voluntarioso y autoritarista, para desempeñar la Dirección Política en el Ministerio de Negocios Extranjeros, a quien nombró Gambetta, por aprovecharse de la ciencia del hombre, sin tener en cuenta sus merecimientos de partido; y le encomiaron sin éxito la imprudencia de afrontar a esa cohorte poderosa, azuzada por los republicanos conservadores que anuncian en el "Gaulois" de Jules Simon, que, si se vota el escrutinio de lista que Gambetta quiere, será antes de dos meses dictador; y por la infortunada contienda de los agentes de policía con los republicanos intransigentes que en procesión fúnebre iban, en el aniversario de la muerte de Blanqui, a mostrar su amor y respeto ante la tumba de aquel venerable y colérico anciano: Gambetta anunció que, a riesgo de perder el poder, en que no quiere estar sino de la alta y libre manera con que puede emplearlo en bien de su patria, presentaría a la Cámara, cualesquiera que fuesen los temores de sus adeptos, los esfuerzos de los conservadores, y las iras de los intransigentes, el proyecto de revisión de la Constitución, que asegura a Francia un gobierno decoroso, robusto y estable, a la Cámara el éxito de sus labores, y al país su calma que las resistencias reaccionarias del Senado constantemente amenazaban. Y respondió a una numerosa comisión de diputados que fue a saber de él su determinación final sobre la presentación del proyecto, como si con esta pregunta le intimidasen o pusiesen valla a su energía, que, resuelto a salir del poder si no se ponía por la reforma al país en condiciones de que su poder le fuese útil, nada más había de decir de lo que iba en el proyecto dicho. Afrontando esos miedos, esos intereses y esas cóleras, ha leído ante la Cámara, que le oyó como de mal grado primero y a poco con asombro, y al punto con respeto, el juiciocísimo preámbulo que justifica la necesidad de la revisión de la Constitución, y el modo sencillo con que se propone realizar ésta. Nunca pareció más firme, más imponente, más pujante. Su palabra no era torrentosa ni iracunda, sino reposada y convencida. Se presentía al luchador magnífico. Se veía a un maestro de hombres. Ni cortejó el éxito, ni aparentó desdeñarlo. No provocó la declaración de urgencia, que hubiera podido traer en la Cámara aquel día, agitada e hirviente, la derrota prematura del proyecto.

por más que la mayoría de los miembros de la Cámara hayan sido electos en sus distritos para llevar a cabo la revisión que ahora temen, porque tal vez dudaron un instante de la capacidad de su caudillo para permanecer en el poder, y quisieron captarse los favores de los que pudieran sucederle, o porque a la revisión de la Constitución sigue el proyecto de reforma del sufragio, y el establecimiento del escrutinio de lista, que hace creer a algunos diputados, en la necesidad de una próxima elección, en que pudiera su representación correr peligro. Pues ¿cuándo ha sido otro el obstáculo del hombre que el hombre? Y ya se aplaca la ira que produjo en los diputados vehementes la firmeza serena e incontrastable de Gambetta; ya dictamina sobre el proyecto una comisión especial numerosísima; ya se cree que, a merced de la rudeza, actividad y tenacidad con que se le ataca, enfrenará las pasiones de los suyos y descubrirá los móviles de las pasiones de los ajenos, ese hombre de Estado de mano firme y mente poderosa.

¿Adónde va París en tanto, a divertir sus ocios y a reposar sus faenas? Es de bellacos y de petimetres, creer que París es ciudad de huelga, placeres y vicios: no tiene el trabajo humano mejor tienda de campaña, ni las ciencias más ocupado laboratorio, ni las letras más asiduo devoto que París. Los parisienses están ahora, como que es año nuevo, de plácemes y estrenos. En el Chatelet, que es teatro grande, despliéganse en el escenario todas las joyas de la fantasía, los cuentos mágicos de Scherezada, y los pasmos y glorias del Oriente: y hay camellos y elefantes, y Aladino y gran casa de tigres, y amores de sultanes y sultanas, y extravagante arbitraje de Cleopatra, que trae a la escena todas las maravillas, bañadas de luz intensa, del Egipto, en un capricho poético, dialogado para obra de espectáculo, que se llama "Las Mil y Una Noches". Abraham Dreyfus, que había escrito ya "La Gifle", y esas *comediettas* de antefiestas, ligeras y brillantes como espuma, gana aplausos con una comedia de reír, que se llama "La Institución de Santa Catalina", en la que dos niñas bellas que piden novio a la santa, como las doncellas guatemaltecas lo piden cada martes a un señor San Antonio que hay en el pueblecillo de Cocotenango, hallan al fin, tras intrigas curiosas y revueltas, esposos dignos de su resignación y de sus méritos. Hennequin y Albert Millaud, han escrito "Lili", linda comedia, salpicada de música, donde luce la Judic su flexible hermosura, y Dupuis su vigoroso genio cómico, que pasa de oficio, y llega a sumo arte. En la Galette, Paul Meurice, amado de Víctor Hugo, da a las tablas, con singular fortuna todos aquellos siniestros y magníficos personajes del "Noventa y Tres" del Maestro,

como llaman al poeta glorioso sus discípulos amantes y sumisos. El París encendido; la Vendée humeante; y aquellos tres colosos, que discutían la elaboración del mundo nuevo a puñetazos en una mesa de taberna y el austero Cimourlain, y el feroz L'Imanuz: allí están todos, seguidos del público agitado, suspenso, ardiente y clamoroso, y conmovido como aquel público osado y sensible de los dramas griegos. ¡Oh sana y generatriz naturaleza ya tan desconocida y olvidada, no han de ser los dramas cantos de lira, ni mostrador de ingenio, sino escenas potentes y desgarradoras, donde se vea, en sus simas y en sus cumbres, el corazón humano!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 8 de febrero de 1882

44

FRANCIA

Caída de Gambetta.—El Ministerio de De Freycinet.—Razón grandiosa.—Intereses contra reformas.—La batalla.—El domador rompe su hierro de domar.—La Cámara contra el tribuno.—En el asiento de la izquierda.—Programa del gobierno nuevo.—El programa necesario

Nueva York, 4 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*.

Toda reforma origina un cambio, y todo cambio lastima intereses. Excepto en los grandes momentos históricos, en que se revela en el fondo del alma el león dormido, o en los grandes caracteres, que son leones que no duermen, los intereses se oponen siempre tenazmente a las reformas. Hay que esperar, pues, para que las reformas triunfen, ya a que su necesidad se haga tan visible que aquellos que se negaron a aceptarlas acudan espantados a decidir las, ya a que los intereses de los que hayan de decidir las vengan a estar del lado de las reformas. Por eso ha sido vencido Gambetta, que ha dejado ya de ser Presidente del Consejo de Ministros de Francia. Y a eso espera. La paciencia es la dote de los fuertes. ¿Por qué ha de impacientarse el que nada quiere para sí, sino para su patria, y sabe que obra honradamente? Decía el latino que era harta grandeza haber intentado lo grande. La gloria no cede a los amantes bruscos que corren tras ella y la fatigan, sino a los amantes dignos, que la respetan e intentan ganarse su afecto por sus altas obras. Gambetta ha cesado de ser Presidente del Consejo, y De Freycinet, teniente suyo un día, y hombre austero y modesto, le sucede.

La lucha ha sido empeñada, y la derrota ha sido una victoria. Se siente regocijo narrando las acciones de un hombre sincero y enérgico que no quiere gobernar a los hombres, si para gobernarlos ha de cortejar sus vanidades, y de ir amoldando la Justicia,—que ha de dar, y no recibir moldes,—a los intereses y pasiones de los que han de ayudarlo en el gobierno. Para Gambetta, hay gusanos en el fruto de todo árbol cuya raíz está comida de gusanos. Y puesto que la nación le había encargado su cuidado, había de podar toda rama moribunda que estorbaba el desarrollo de las ramas nuevas, y de limpiar de insectos la raíz roída. Ma:

los que viven a la sombra del árbol, hallan buena su sombra, y jugoso su fruto, y no quieren que se sacudan las raíces.

En una nación parlamentaria, es necesario que el parlamento sea la copia legítima del pueblo que lo eligió. Y si no lo es, ha de tenderse a que lo sea. Una nación no puede ser como una mente juvenil, llena de ensueños, de errores, de relámpagos, que ya lleva a morir sonriente y magnánimo en el torreón que luce la bandera amenazada de la patria, ya a perseguir, cual niño que echa a correr tras una mariposa, a una visión gallarda que encarna momentáneamente sus ansias de belleza. Una nación ha de ser como matrona grave que cuida de sus hijos, no como doncella irreflexiva, de alma blanda a los arrullos de todos los galanes. Una nación ha de querer que los elementos que la forman sean estables, sanos y grandiosos, y vengan de fuentes limpias y constantes, que corran a la luz, para que se pueda ver cuando se enturbian, y acudir en sazón a purificarlas. Ni la política ha de ser arte de escarceos, retazos y tráficos, ni es digno de la confianza de su país el que mira más a parecer bien a sus adversarios,—por su seguridad y gloria de hombre hábil,—que a intentar y realizar todas las mejoras que crea beneficiosas a su pueblo. Avergüenza la pequeñez de los hombres en los tiempos que corren. No ven la vida como un deber, sino como una casa de gozos. La verdadera grandeza es la mayor locura. Ser puro es ser bellaco. Osar lo justo es poner en riesgo a sus conciudadanos. ¡Y no va habiendo más modo de vivir que ceder a toda indignidad privada o pública! Hace bien el orador de Francia en buscar a riesgo de esta gloriosa derrota que ha sufrido, el modo de enaltecer los caracteres, de librar a la generación naciente de esa existencia irresoluta e infructífera que sofoca la actividad de los pueblos en toda época de tránsito y renuevo, de salvar a los representantes de los compromisos de compadrazgo y villorrio, que llevan al angosto Parlamento tal suma de intereses y miedos personales, que no hay modo de arrancar a la Cámara medida alguna enérgica y creadora, porque cada tímido representante, que mira más al bien de sí que al de la patria, teme herir con ella las creencias de tal dama, que le ayudó con su influjo, tal sacerdote, que puso en su favor a sus feligreses, o tal rico de aldea, que es hombre poderoso en eso de elecciones. Ni escribe el escritor, ni habla el orador, ni medita el legislador, sin libertad. De obrar con libertad viene obrar con grandeza. Y en Francia, ese es el daño: los diputados, son diputados de un distrito, y llevan a la discusión de las leyes todos los compromisos sigilosos a cuya merced han asegurado su elección. Va el diputado al Parlamento obligado a no hacer cosa que disguste a sus

patronos de provincia, y cargado de demandas de sus comitentes, de los cuales uno quiere que el río cruce por su heredad, y otro que el camino de hierro pase por frente de su hacienda, o que sea su hijastro ujier del Tribunal, o su pariente domine del pueblo, y el diputado merca con su voto aquellas gracias, y deserta de su bando, para pagar a los ministros la merced, o queda obligado a ellos, y no es ya su adversario rudo, sino un contendiente manso y bondadoso. O se expurga de estos males el sistema electoral de Francia, o no podrá gobierno alguno, nacido de los tratos y convenciones de diputados así comprometidos, intentar la política de fundación que ha de hacer de la Francia moderna un pueblo sólido y glorioso.

Ese ha sido el combate. Para que la Francia, que ha expresado repetidamente su voluntad de vivir en república, sea gobernada de cierto, y no de nombre, por los republicanos; para que sea legislada por un cuerpo de legisladores enérgicos y libres; para poder iniciar una política robusta, desembarazada, sincera y saludable; para establecer aquel gobierno de hombres sensatos, que han de tener a la vez la dureza de los ricos para resistir, y la paciencia de los tejedores para elaborar; y para crear aquella manera de gobernación que ha de durar siglos, y deba sustituir, como que se aplica a trabajadores, comerciantes y letrados, a aquella otra monárquica que ha muerto, porque ya los castillos de los barones feudales se han trocado en factorías, y se hacen más arados que hachas de armas; para dictar, en suma, las leyes nuevas de los tiempos nuevos, es fuerza buscar modo de que los hombres encargados de esta tarea ruda y grandiosa, no traigan a ella miras egoístas y compromisos ruines que cercenen la majestad y la pujanza de las grandiosas leyes nuevas.

Ese ha sido el combate. Siendo causa de la inestabilidad de los gobiernos de la república y la pobreza de la política republicana, la actual manera de elegir a los diputados por distritos y no por listas departamentales, con arreglo a las cuales votaría cada elector por hombres de sus ideas que le fuesen desconocidos, y cuya libertad no coartarán con demandas ni favores,—era necesario que a la elección de diputados por distritos, se sustituyese la elección por listas departamentales. Y siendo el Senado, no freno de la Cámara de Diputados, como debe ser, sino adversario de ella,—urgía renovar, puesto que la Constitución que creó al Senado autoriza la renovación, el modo de elegir senadores, para que éstos fueran electos con igual amplitud en los campos, donde anida la libertad, que en las ciudades, donde se forja la manera de violarla.

En la última campaña electoral, ése fue el programa de los republicanos adictos a Gambetta, que con ese programa triunfaron: la revisión del Senado, y la votación por lista, y no por distritos: "el escrutinio de lista". Llegado Gambetta al poder, pidió a la Cámara que, unida al Senado, acordase las reformas necesarias en el Senado, y consagrarse el escrutinio de lista como nueva manera de elegir los diputados de la Cámara. Pero los representantes electos montaron en cólera, al ser invitados a votar una ley que desautoriza su elección reciente, y les incapacita tal vez para la próxima, porque no es lo mismo ser persona notada en una ciudad o pequeña comarca, que gozar de fama y crédito en un departamento. Todo fue protestas y acusaciones. Decían que Gambetta escondía propósitos dictatoriales, y anhelaba el escrutinio de lista para figurar a la vez en todas las de Francia, y compeler a Grévy, con este plebiscito indirecto, a que le cediese la Presidencia de la República. Eligió la Cámara una comisión de examen hostil al proyecto, en la que unos abogaron por la revisión total de la Constitución, que quieren que se renueve de tal modo que cierre las puertas de la vida política a todos los poderes vencidos; y otros sostuvieron que debía estarse por las reformas del Senado, mas no por el escrutinio de lista; y otros, que fueron los menos, defendieron ambas reformas.

Escasos de razón los diputados, más ganosos de inmolar la reforma que de inmolarse, hacían caudal de todo incidente. La lucha llegó a ser tal que pareció que, si la Cámara votaba el escrutinio, quedaba como sierva de Gambetta. En su entrevista con la comisión, ésta sostuvo que el Congreso y el Senado reunidos para revisar la Constitución podían discutir más o menos reformas que las propuestas a la Cámara por el gobierno. "¡La Constitución os dice que no puede eso el Congreso y el Senado reunidos, y si lo establecéis para que no se discuta el escrutinio de lista, estableceréis un precedente revolucionario, y daréis derecho de intervenir en él al Presidente de la República!" "¡Y a nosotros nos parece —replícaros! a esa intimación de Gambetta los comisionados,—que quien nos habla de intervención del Presidente nos injuria, y vuestro deseo tenaz de hacer votar el escrutinio de lista cuando aún están distantes las elecciones en que ha de aplicarse, envuelve ideas ocultas de medro personal que la Cámara de la nación no debe satisfacer!"

En vano objetó Gambetta la inconveniencia de llamar a congreso a los Cuerpos Legislativos para medidas aisladas, cuando llamados ahora, era decoroso y oportuno que discutiesen las reformas de que en las últimas elecciones se había mostrado partidario expreso el país. Explicó

en vano sus altas miras. Ofreció en vano que respetaría la existencia de la Cámara actual, aun cuando reconociese como modo de elegir diputados un distrito del modo con que acaba ella de ser electa. "¡Vedle,—azuzaban clericales y monárquicos regocijados con aquel obstáculo levantado por los mismos republicanos en el camino del caudillo de la república,—ved con que altivez se pasea por entre vosotros, ved con qué mal reprimida cólera se mesa con su mano pálida los cabellos, encanecidos de ambicionar!"—"¡Ahí lo tenéis,—voceaban los extremistas: habla como un monarca, pide como quien pide lo suyo, os trata como a sus siervos naturales, y quiere, con su primer acto, postrar a sus pies la Cámara!"

Jules Simon decía en el *Caulois*: "¡Obedecedle, y será antes de dos meses dictador!"

Jean Lemoine decía en los *Debates*: "¡Respetad a ese hombre extraordinario, que cree a los demás capaces de la propia inmólación, porque él sabe inmolarse!"

"¿En qué, clamaban los amigos del tribuno, en qué está la dictadura? ¿En apelar personalmente a la comisión de examen del proyecto? ¿En realizar en el gobierno el programa que acaba de ofrecer al país que realizaría? ¿En pedir a los diputados electos para apoyar la revisión del Senado y el escrutinio de lista, que votasen las medidas para apoyar las cuales habían sido electos? ¿En solicitar de una Cámara que encierra los elementos de la Cámara anterior que votase de nuevo el escrutinio de lista, que ya había votado la Cámara anterior? ¿En anunciar que de ser vencido en este lance, renunciará a gobernar, porque no puede gobernar sin medios de gobierno? ¡Decid más bien que estáis hechos a usar de los principios, no como deidades, que merecen culto, sino como armas de combate, que se quiebran luego que se usan; y os exaspera hallar un hombre fuerte y sereno que se cree obligado a poner en práctica, con riesgo de su poder, los principios que le han servido para llegar al poder que arriesga! ¡Decid más bien, diputados ambiciosos, que os negáis a aconsejar la necesidad del escrutinio de lista, porque perdéis con él las probabilidades de ocupar esos asientos que debíais abandonar gozosos, si eso hubiese de redundar en el enaltecimiento de los caracteres, la pureza de las leyes y el decoro y tranquilidad de vuestra patria!"

El día 26 de enero ardía en pasiones la Cámara de Diputados. Se oía el ruido especial de los hombres coléricos. Rebosaba la tribuna de diplomáticos. Parecía que se iba a cometer una mala acción. Había grandeza en aquel magnífico escenario. Fue el día de la discusión del proyecto de Gambetta. Entre protestas y aplausos había leído días antes

el diputado Andrieux,—más hábil, como tantos otros, para destruir que para fundar,—el informe de la comisión de examen del proyecto, que estimó buena la revisión del Senado, e inoportuna y como reveladora de osadas ambiciones personales, la parte de él que se refiere a la adopción del escrutinio de lista. El diputado Dreyfus apoyó a Gambetta, y el diputado Legrand a la comisión.

Lockroy, polemista ardiente, pedía que se acordase la revisión total de la Constitución, contra Julien, que acusaba de loca, demanda semejante.

“¡Responda el gobierno lo que haya de responder a nuestro informe!” decía desde la tribuna Margaine, el presidente de los comisionados.

Y se vio adelantar hacia la tribuna a un hombre sereno, majestuoso, pálido. Rumor de asombro llenó el palacio. Le abrían paso, como movidos de respeto. Era el Gobierno.

La voz del orador no tuvo nunca la obediente blandura, súbito encrespamiento, y humildad apacible de aquel día. No injuria, porque los fuertes nunca injurian. No se encoleriza, porque el que aspira a gobernar a otros, ha de gobernar sobre sí. No se abate, porque ante el que cae con honra, los que hacen caer son los abatidos. Su palabra se hinchaba, como ola de mar, y se desbordaba, sonante y luciente. Defendía su proyecto, echaba en cara a los comisionados sus contradicciones, llamaba crimen al intento de comprometer, con una revisión total de la Constitución, el decoro de la nación; deteníase de súbito, para repetir, en raptó fogoso, a la comisión aquellas mismas palabras porque se había creído injuriada; callaba un punto, y como los comisionados oían sumisos, ya quedaba su queja sin influencia, contestada y vendida; en períodos solemnes, que amigos y enemigos ahogaban con aplausos estruendosos, rechazaba, como domador soberbio que quebrase en la jaula de los leones su hierro de domar, aquellas villanas acusaciones de intentar violar en provecho propio las libertades y el honor de Francia. ¡Qué poder el de la palabra honrada! ¡Qué gran domadora la palabra humana! ¿Qué importaba que, al bajar de la tribuna, la Cámara rechazase, movida del temor de desaparecer por una ley que hería su prestigio, el proyecto que demandaba la adopción del escrutinio de lista? Aquel hombre que caía íntegro, quedaba íntegro. “¡Ahí os entrego,—decía aún un momento después, dominando con su voz vibrante y avasalladora el rumor de los grupos tumultuosos,—ahí os entrego, no mancillado por una concesión indigna, no conservado a trueque de cábalas humillantes, el poder que me entregasteis! La altivez en la defensa de la libertad necesaria para

cumplir con los deberes que él impone, ha de ser igual a la presteza para abandonarlo, cuando se nos nieguen los medios de ejercerlo dignamente!”

Y de la Cámara fue el Presidente del Consejo de Ministros a presentar su renuncia y la del Consejo al Presidente de la República, en cuyos salones paseaba y platicaba en la noche de aquel memorable día, no con aquel fingido regocijo del ambicioso desengaño, ni con aquella desazón que nace de obrar torcidamente, sino con la serena desenvoltura de quien no tiene que temer la voz de los demás, ni su voz propia. Tal parece que ese hombre es ahora más poderoso que cuando era dueño del poder. Volverá a él, llamado por los que se lo arrebatan. Volverá, con todo el prestigio que merece aquel que saca mejor templado su carácter, de cada lucha en que se pone su temple a prueba. No cae por inepto, ni por imprudente, ni por soberbio, ni por débil: cae por sincero. La Cámara, hecha a vencer ministros, no ha querido dejarse vencer por este que goza fama de vencedor. La Cámara no ha querido darse el placer maligno de abatir a un fuerte. Sólo que hay debilidad oculta en todo alarde innecesario de fortaleza. En suma: un interés y una preocupación han vencido a Gambetta. El interés fue el que tienen los diputados en no desautorizar su elección reciente, y comprometer o acelerar su elección próxima. La preocupación fue la que azuzaron clericales, monárquicos e intransigentes, de que, siendo un combate de faz a faz el primer acto de Gambetta en la Cámara, Gambetta, que de quedar vencedor pasaría por el humillador de los diputados de Francia, había de sucumbir, con causa o sin ella, para que no pareciesen siervos suyos los diputados y el señor de ellos. Y en verdad que hay errores saludables. Viene bien que el que ejerza el poder sepa que lo tiene por merced y por encargo de su pueblo, como una honra que se le tributa y no como un derecho de que goza.

Francia tiene, pues, ministros nuevos, y Gambetta, a cuya merced queda el Ministerio que le sucede, por el número de votos con que cuenta en la Cámara, se ha sentado otra vez en aquella misma silla de diputado en que su consecuencia le da el derecho de sentarse siempre: su silla de diputado de la izquierda. De Freycinet, hombre práctico, político previsor, orador reposado y astuto, y caballero modesto, es el jefe de los nuevos ministros; que son Jules Ferry, el enemigo jurado de la Compañía de Jesús, a quien llaman en París “El caballero de la democracia”; León Say, a quien viene de abolengo, como que es nieto de Juan Bautista Say, el escribir con sencillez galana, y el dominar las ciencias económicas; Cochery, que está siendo ministro permanente, de puro ser buen ministro,

lo que merece en verdad, como premio de aquella amistad leal que le unió a Thiers, a quien acompañaba en los días de la negociación de tregua con Prusia, cuando volvía el glorioso anciano con los ojos rojos de llorar por la desventura tremenda de la Francia: ¡magnífico Lázaro, la tierra francesa! ¡Ese, y no otro, es el pueblo de que han de ufanarse y maravillarse los humanos! El almirante Jauréguiberry, que ha hecho hazañas de guerra en Crimea y China; Varroy, administrador excelente y laboriosísimo ingeniero; Humbert, que es abogado de nota; que escribió muchas páginas en el Diccionario de Antigüedades Griegas y Romanas de Daremberg, mejor que el de Rich; Tirard, fundador de una casa de joyas, de quien cuentan que cruzó armas una vez con un escritor que se río de su chaleco amarillo; y Goblet, letrado, orador y periodista de no escasa valía, son los Ministros de Marina, Fomento, Justicia, Comercio y Cultos. El de Guerra es el general Billot. “¡No temáis—dijo De Freycinet en su discurso de presentación ante la Cámara,—no temáis de este Ministerio agitaciones estériles, ni cóleras políticas. Venimos a administrar, más que a conmovér. Venimos a favorecer toda labor de utilidad pública. Venimos a gobernar como hombres de negocios, más que como hombres de partido. En lo exterior, paz; en lo interior, trabajo. Tenemos fe en nosotros, y en vosotros. La libertad no peligra en nuestras manos, porque asegurar el bienestar de un pueblo es el único medio verdadero de asegurar su libertad.”

Y allí estaba, sentado en su silla de diputado de la izquierda, aquel que cree también que un pueblo trabajador es un pueblo libre, pero que sabe, porque su grandeza se lo dice, que en la época de tránsito de una civilización bárbara y corruptora, señalada por el enflaquecimiento de las naciones en provecho de las castas favorecidas, a otra civilización dignificadora y pacífica, que los hombres han de señalar como la edad en que han entrado al conocimiento y ejercicio de sí propios,—los legisladores han de ser algo más que mayordomos de pueblos, algo más que zurcidores de voluntades, algo como los Carlomagnos de la paz.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 22 de febrero de 1882

45

ESPAÑA

Los pueblos y los políticos.—La guerra de los generales.—Crisis en marzo.—Reyes nuevos y reyes viejos.—Peregrinos a Roma.—Fiesta en palacio.—El gobierno y el nuncio.—“Urge educar a las mujeres”

Nueva York, 4 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

¿Qué son los pueblos en manos de los políticos de oficio? Estos los mueven como si fuesen escudos de batalla, y se sientan sobre ellos, luego del triunfo, o los ponen en alto, en la hora de la derrota, como banderín de pelear. Están siempre los pueblos como de tránsito y de susto, y no bien se sientan, contentos y generosos, a su banco de trabajo, y suena el mazo en el yunque, y la hoz en el trigal, y hierve el vino en las cubas, y en los lagares el aceite, ya se detienen sierras y martillos, y se acongojan los labriegos, y caen flojos los brazos desmayados, porque tal general, descontento de que no quieren hacer prohombre a su sobrino, da airado con el pomo de su sable en la mesa de gobierno, o tal hombre civil anhela mantenerse en el poder, poniendo en concordia efímera, a capitanes ambiciosos y uniendo en mayoría transitoria a odiadores de bandos diversos, por ser el odio ligamento fácil, tal como si un mendigo quisiese ampararse del frío halando de un lado y otro del cuerpo, para hacerse capa, los míseros harapos. ¡Cuándo habrá de ser que se fatiguen los hombres de esas tierras viejas de ser gobernados por vanidosos logreros! ¡Cuándo, en cruzada urgente y majestuosa, sembrarán de escuelas útiles y prácticas, como misiones de la religión moderna, ciudades y aldehuelas, suburbios y villorrios! ¡Cuándo, con súbito alzamiento del decoro, que echa abajo montañas, y con pujante rebelión pacífica, apartarán de las urnas de votar a diputadillos y a alguaciles, y pondrán en esas copas de salud nombres de gentes sanas y buenas, que den a su tierra patria, zozobranante y congojosa, gobierno digno de hombres!

Ya están en guerra los caballeros mariscales. Ya el general Serrano, que ayuda a bien morir a la monarquía, para que le caiga en los brazos, y lo haga Presidente de la próxima República, se enoja porque el general

Martínez Campos, brusco y astuto, se niega a nombrar gobernador de Madrid a otro general elegante, que mueve bien la espada y la palabra, y está más del lado de la república que del lado del rey, el general López Domínguez. Ya, como la mayoría que apoya a Sagasta está hecha de secuaces de Serrano, que ven mal que los amigos de Alfonso crezcan en poder, y secuaces de Martínez Campos, que sólo en la fama de leal al rey que goza su caudillo, fían honores y salarios,—anúnciase para marzo una ruidosa quiebra, tras la que Campos, que se unió a Sagasta para dar en tierra con Cánovas, se apartará del Ministerio de Sagasta, como para hacer puente con un gabinete hecho de sus sectarios del ala liberal del partido canovista, al formidable Cánovas, que no estima que, abandonado de Campos, cuyo prestigio de traidor a la república por amor al rey le ampara, pueda Sagasta continuar gozando del poder, en unión de los demócratas, a quienes habrá de aliarse, y contra los miedos de Palacio, que teme a neoconvertos, las camarillas militares, que tienen puesta la espada del lado de la pitanza, y los clamores de las castas privilegiadas, que hacen mampuesto de su lealtad al rey. Es como un baile de disfraces, bailado sobre un tablero de ajedrez, a cuyo torno duermen descuidados los verdaderos jugadores.

Así, como sacudidos violentamente por una mano enérgica, parecen mezclados por un instante líquidos entre los cuales es imposible toda mezcla, por lo que, a poco de estar en reposo, vuelven a mostrarse sueltos y distintos, como es ley de naturaleza,—así, agitados por el odio común al enemigo fuerte, parecieron unidos de modo muy estrecho Martínez Campos, que vive del renombre de haber desenvainado su espada en pro del rey, y Sagasta, que vive de contentar y traer cerca del trono a sus enemigos naturales. El general, aunque no se le vea, lleva siempre ceñida la espada, sin que la pluma le parezca buena, a no ser que sea para ganar fama de benévolo y cuerdo, suscribiendo lo que no intenta cumplir. Y en los de Sagasta como en los de don Salustiano Olózaga, brillan siempre, a través de los vapores de corte que se los anublan, relámpagos revolucionarios. El general vive de apegarse al trono, y del provecho de haberlo alzado, en sus hombros en la revuelta de Sagunto. Y Sagasta de no acercarse demasiado al trono, puesto que, si no ha de ganar la confianza total de éste, no le es bueno perder el agradecimiento de sus enemigos; por lo que el general se asusta de las concesiones que Sagasta ha menester, siendo condición de muerte para el uno, que quiere placer a su monarca, lo que es condición de vida para el otro, que quiere por el bien del rey, placer, más que a él, a los enemigos del rey. Los de Sagasta se van hacia

los demócratas, de quienes no les apartan doctrinas, sino fe en la habilidad de los diversos caudillos, y en los provechos que de su habilidad les vengan. Los de Martínez Campos se van hacia los conservadores, a cuyo lado les mantiene el miedo de perder, por comulgar con los demócratas, la confianza del monarca. De modo que, en el mismo gabinete, cuanto hace Campos mira al Palacio de Oriente, por cuyas maravillosas escaleras se pasea el rey joven, y cuanto hace Sagasta mira a la plaza pública, en cuyo seno ven ojos penetrantes cómo se fragua y templa la tormenta. A esas diferencias ha venido a poner colmo el nombramiento para Gobernador de Madrid del general Castillo, que defendió con histórica bravura de asaltos de carlistas, a la hambrienta Bilbao, a la luz de las hogueras encendidas en los palacios de la villa por las granadas enemigas, en aquella guerra en que, por celos de generales, vinieron a morir en las crestas y laderas de Somorrostro los más gallardos mozos de la tropa española. Querían los de Sagasta a López Domínguez, que sabe más de artes de ciudad que de artes de batalla, y tiene más afición de servir a su pueblo que a su monarca. Por lo que Campos nombró a Castillo, con gran ira de Sagasta y los suyos, por parecerle más aficionado a servir a su monarca que a su pueblo. Así quedan ahilados los ejércitos que han de entrar en liza en las próximas Cortes.

Y por ser el día de San Alfonso, el escogido por Martínez Campos para publicar el nombramiento del general Castillo, fue mayor el ultraje, y más clamoroso el vocerío de los liberales que se sienten por este hecho como expulsados de Palacio, y como sospechados de traidores, por un rey a quien sacrifican, por los gozos y beneficios del mando, su fiereza, sus ideales y su decoro. Viendo como no les aprovecha este sometimiento, hablan de guerra, y comienzan a ver que no pueden parecer leales al hijo los que no fueron leales a la madre; y que son vanas su humillación y mansedumbre, y pierden tiempo valioso en conciliar lo inconciliable. A los castellanos viejos ha de parecer lo que decía Calderón en su hermosísima habla vieja, “que el traidor no es menester, siendo la traición pasada”, lo cual vale tanto, en moderno romance, como que, una vez conjurada por el advenimiento de los liberales al gobierno, la revuelta que amenazaba al trono, no importa ya al trono, luego que se ha servido de ellos, tener contentos a los liberales. Estos y canovistas, y moretistas, hormigueaban en la noche del santo, en el espléndido palacio como abejorros de oro,—que no abejas. Las damas lucían, en torno al rey afable y a la reina vivaz, sus mantos de gala, y las que no pertenecen a la servidumbre de la casa regia, ostentaban ante ella en los negros

cabellos las ricas diademas, en los labios encarminados, la sonrisa de corte, y en los trajes suntuosos el cuerpo esbelto, que se salía de ellos como opreso. Ya no doblan la rodilla y besan la mano del monarca sus vasallos,—porque por algo corren los tiempos, y en éste la faena consiste en poner en pie a los hombres que estaban arrodillados,—sino que todas las castas y poderes del país pasan, con sus arreos de fiesta, encintados y bordados, ante el rey que los ve pasar; de pie bajo su trono, en tanto que en las arcadas del palacio, brillando como joyas al sol, lucen damiselas curiosas y niños contentos sus trajes de domingo; y los cesantes, recostados en los pilares de los arcos, miran pasar, arrebujados en sus capas, las carrozas lucientes, y las mozuelas de las Vistillas venden aguardiente de anís, panales y agua; y las bandas marciales pueblan los aires de animados himnos; y la luz del sol juguetea con los pomos de los machetes, las hebillas de los uniformes, y las hojas de las bayonetas de los soldados. ¡Fiesta de rey moderno! Antes vestía el rey de cuero y hierro, y era conde batallador, que defendía de moros a sus comarcas, y dejaba como el Cid a su Jimena, al salir a guerrear, “veinte y dos maravedises para que se regalase cada día”. Por lo cual, y por otras cosas, se ve que no son éstos tiempos de reyes.

De reyes no—mas sí de tentativas para impedir su desaparecimiento. La Iglesia quiere, en pago del apoyo que da a la monarquía, ser apoyada por los monarcas. Y vuelve los ojos a Alemania, que le ofrece apoyarla, porque necesita ahora de los votos de los partidarios de la Iglesia para su política interior; y los vuelve a España, donde se disputan el gobierno la monarquía republicana, semejante a la de Italia, contra la que la Iglesia pide amparo, y la monarquía autocrática, cuyos miembros llenan los salones del nuncio del Pontífice, a quien aman y obedecen. Así como es más viva la llamarada última de una bujía que se extingue, y más lúcida la mente de los hombres en el instante en que, ya en brazos de la muerte, ven desde las puertas del mundo nuevo con más claridad el mundo que dejan, así son más vocingleros y alardeadores los esfuerzos de los partidos políticos amenazados de morir.

Los partidarios del gobierno de castas en España se aprovechan ahora, por la ineficacia de la casta real, y el empequeñecimiento de la nobiliaria, del influjo temible y aun cierto de la casta religiosa, a quien encomiendan la disposición y el éxito de la batalla acelerada por demanda de auxilio de la Iglesia de Roma. Ya llegan los actos de los católicos y las protestas de los liberales a parecer voces de guerra. El nuncio del Pontífice envía a los obispos una circular, en que les excita a favorecer el reclutamiento

de peregrinos que los católicos de España quieren enviar, en prenda de su fe, a postrarse a los pies del Pontífice, en Roma que les espera montada en ira. Los periódicos piden al gobierno que prohíba al nuncio la instigación de un movimiento político, en que los secuaces de don Carlos hagan gala de su lealtad y de su número. El gobierno de España dice al de Italia que no protegerá a peregrino español que se haga culpable de acto ilegal o demostración política alguna en Roma. El Ministro de Estado español dice en el Senado que estima suficientes las garantías de que goza el Pontífice en Italia, mas no se opondrá, porque no es derecho suyo oponerse, a las tentativas que pudiera hacer Alemania para mejorar la situación de la Santa Sede. El obispo de Madrid, en documento que va firmado por mucho señorío, ruega al pueblo español que se congrege, como hijos que van a ver a padre anciano, en torno a la bandera de los peregrinos que salen para Roma. Escúchanse agrias voces, con que el Ministro de Estado de España increpa al nuncio por favorecer con empeño y sin embozo el que es abiertamente, so color de religión, movimiento carlista. Y no se oyen por todas partes más que comentarios de las frases osadas y vehementes en que aboga por el Pontífice, “víctima de liberales”, el obispo de Madrid. Es una lucha encarnizada, afeada por el odio.

Un grupo de hombres estudiosos, negando los oídos por algunos instantes a este concierto de iras, ha estado meditando en torno de la mesa del Consejo Supremo de Educación, en la actual desventura, y modos de remediarla, de las mujeres españolas. No están en España a nivel el amor al fausto y los medios de satisfacerlo, por lo que los hombres, temerosos del conflicto que les acarrea el matrimonio, comienzan a huir de él. De tanto galán que anda de sobra nace el riesgo de tanta criatura que anda hambrienta. Y de tanto coser en las buhardillas frías, mueren, como a viento que segase todas las flores del prado, frágiles mujeres, moradas de almas amantes, que se van de la tierra sin empleo. Centenares de doncellas pobres acuden atentas, no fatigadas de la labor del día, a las clases abiertas para ellas en el instituto libre que fundaron, seis años hace, personas caritativas. En balde piden que se les admita a oficios de telégrafos, oficinas y correos. En vano dan muestras de pericia y capacidad singulares en exámenes frecuentes. En vano ostentan grados académicos, ganados en campaña cerrada contra maestros astutos y profundos. Aún cruzan, como parvadas de mariposas, a quienes se están cayendo ya las alas, riendo, triscando, y gracejando, aquellas calles llenas de talleres, a cuyas puertas con el sol que se va, aguardan a la presa

fácil turbas de criminales galancetes. Aún andan de vuelta ya al hogar. que vive del jornal de la pobre hija, por aquellas estrechas baldosas de las callejas de los barrios ruines, que alegran con su ingenuo regocijo. la flor humilde con que sujetan al pecho la mantilla, y el taconeo sonante de sus pies pequeños y veloces. Aún se ve, en la humareda espesa de los cafés madrileños, mancharse rosas y quebrarse lirios.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de febrero de 1882

46

ESPAÑA

Peregrinos y carlistas.—Los católicos de don Alfonso y los católicos de don Carlos.—El Pontífice, el nuncio y los ministros.—Nocedal.—Baile en Palacio

Nueva York. 17 de febrero de 1882

Señor Director de La Opinión Nacional:

Ni es nunca en Madrid el invierno estación desocupada, ni lo está siendo, por cierto, el invierno de este año. No hay mente serena, ni diario sin ira, ni partido sin congoja. Ante los amigos de los tiempos nuevos, que ponen en peligro sus conquistas, con el ardor con que batallan en pro de los intereses de pecunia o fama que de ellas le han nacido,—forma en fila, más temible por más rencorosa, y por vencida, aunque no más ligada ni compacta, la servidumbre de los tiempos viejos. Ni de Cuba, donde se hunde una plaza de toros, que es casa que no debe estar en pie, y sepulta a gran número de infelices; ni de los dramas nuevos, en que la Mendoza Tenorio, que es rica esencia en vaso endeble, luce sus artes trágicas o sus donaires cómicos; ni de historias de corte, porque es ley de las cortes que anden siempre abundantes en historias,—se han ocupado en estos días aquellos periódicos que se escriben, entre humo de cigarros y sobre mesa dura, al caer de la noche,—aquellos perezosos, que en lo mejor del día, resuelven las cosas públicas en sus pláticas, como resuelve drogas el mancebo en la farmacia,—aquellos graves desocupados, y personas de cuenta, que hablan maravillas y se rebozan en capa añeja en torno de las mesas apretadas del Café de la Iberia, o del más rico y famoso Café Suizo. No se ha hablado en Madrid en estos días más que de peregrinos y carlistas.

¿Irán los peregrinos a Roma? ¿Es la peregrinación un homenaje al Papa, una petición al rey, o un ostentoso tributo de lealtad a Carlos VII? ¿El nuncio, el amable monseñor Bianchi; es persona sincera, que de veras quiere que sea la peregrinación cosa de católicos, y no de rebeldes, o es persona doble, que en voz alta niega a los carlistas el derecho de organizar el viaje de los peregrinos, y en voz baja les habla como a los caros hijos de la Iglesia, y urde con ellos el modo de peregrinar?

¿Pues Nocedal, aquel abogado sutil, aquel político vivaz, aquel Sagasta de letras, aquel polemista batallador, aquel diputado temido, que parecía muerto,—no está muerto? Y es tal el número de preguntas, de comentarios, de suspicacias, de insinuaciones, de ofensas, de alarmas, que se cruzan en los animados diarios madrileños, que pudieran a su sombra, como a la de los dardos del ejército de Jerjes, darse la próxima batalla.

¿Irán a Roma los peregrinos? ¿Les rogará el Pontífice que no salgan de España? ¿Obrarán de tal modo que el gobierno de España prohíba la peregrinación? Tales rencillas se han movido; en tales bandos se ha separado el elemento católico; en tales angustias han puesto los bandos rivales al Pontífice y a su nuncio, que por cobrar sueldo del rey, y por ser quien es, ha de presumirse que es fiel al rey, que ya se dice que León XIII y su nuncio desean que el gobierno de España ponga coto a tanta avaricia de sacar bien para sí, de lo que sólo había de hacerse en bien del Papa.

Intentaron los católicos de Alfonso dar batalla en campo católico, que parecía aún en España todo almenado y formidable, al gobierno de los partidos liberales, más vencibles, en torneo monárquico, con estas armas que con otras: mas lo intentaron en provecho del partido alfonsino. No bien fue pública la idea, como los carlistas hacen arma principal de su lealtad religiosa, se hicieron del arma, como suya, los católicos de Carlos. Que están los carlistas hoy en ocasión de victoria como el desierto en cuanto a aves, y no habían de dejar pasar, sin pretender asirla, esta ave que les cruza por su desierto. Mas si a los de don Carlos importa poco, a trueque de mostrarse vivos y fuertes, acompañarse de los de don Alfonso, los de don Alfonso no han de querer, porque les temen y odian y les interesa no darles ocasión de vida, ir acompañados de los de don Carlos. Y antes cejarían en el empeño, que consentir en ir a Roma como tenientes de sus enemigos. Que los de España no van a Roma, sino por lo que se haya de decir de ellos en España. Y no ha de haberse esgrimido un arma, para que nuestro contrario nos la arrebatase, y nos la sepulte en el costado. El nuncio del Pontífice, urgido por los ministros visibles del rey, que son los liberales, y los ministros invisibles, que son los conservadores, ni confesaba que veía sin enojo los activos trabajos carlistas, ni ponía mano en impedirlos. Se habló de retirada del nuncio de Madrid, y del embajador español del Vaticano. Buen número de obispos, que aman más a su Pontífice que al Príncipe Pretendiente, negaron en documento público a las juntas carlistas el derecho de encabezar, ni hacer carlista, la peregrinación. Las juntas que obedecen al hábil Nocedal, se

reunieron para preguntar al Pontífice si desaprobaba sus trabajos, para no seguir en ellos, o los aprobaba, para continuar en su labor, aunque no pluguiese a los obispos. El cardenal Payá y Rico, que es arzobispo de Santiago, dijo que el Pontífice quería ver a los hijos de la Iglesia y no a los que hacían de la Iglesia antifaz y mampuesto, y medio de logro. El embajador de España en el Vaticano repetía en incesantes telegramas que el Pontífice anhelaba que no tuviese carácter político el viaje de los españoles a Roma. Se decía en voz alta que, a seguir siendo como ya era, un motín sigiloso la peregrinación, haría el gobierno que no saliesen de España los buenos peregrinos. Dijo *El Liberal*, muy leído periódico, y escrito por hombres jóvenes, hechos a la lid política, y avisados, que el nuncio había recibido orden del Papa de ayudar a Nocedal, cabeza de los carlistas, en las labores de organización,—a lo que respondió el nuncio publicando un telegrama del cardenal Jacobini, Secretario de Estado de León XIII, en que declara que la peregrinación a Roma ha de ser dirigida por los obispos, cabezas naturales de los católicos, y no por Nocedal, cabeza de los carlistas. Y de esto se sigue no ser cierto, como los malévolos susurran, que se da en sigilo a los católicos de don Carlos el amparo que en lo visible se les niega;—que como no irán navarros ni vascongados a Roma, puesto que no van los carlistas, la procesión de viajeros se hará al cabo, mas muy mermada, porque los de don Carlos tomarán a empeño entonces, mostrar que la España católica está con ellos, y privar de esta ocasión de alarde a los secuaces de don Alfonso. Urge poner en claro estas urdimbres, para que los hombres sacudan al fin sus lanas y se libren de las tijeras de los cardadores.

Hubo en la Bolsa de Barcelona pánico, y en la de Madrid, aunque duró poco; y en el palacio de los reyes hubo duelo y baile. Fue el duelo por una dama ilustre, que nació en Inglaterra, cuidó de la infanta Isabel, casó con el conde Calderón de la Barca, y deja buenos libros sobre España y México. Y el baile fue suntuoso, porque da aquel palacio aire regio a cuantos cobijan sus ricas techumbres, y se amparan de sus resplandecientes artesones. Hecho por un autor de poema parece aquel palacio. Escalera hay tan armoniosa y solemne, que parece estrofa. Y de ver a la infanta Isabel, que de duelo por su aya, recibía en su habitación la visita de pésame de los concurrentes a palacio, volvían las damas regocijadas a gustar en las ricas mesas de la cena sabrosos manjares en vajilla de plata; y vino rojo de Francia en las esbeltas copas.

FRANCIA

*Gambetta, Jules Simon y Freycinet.—“La Unión General” y los labriegos
lioneses.—Un libro nuevo.—Edmundo de Goncourt y sus amigos.—La
mujer parisiense.—“La Foustin”*

Nueva York, 17 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Gambetta está de viaje, Jules Simon, de derrota, y Freycinet de triunfo.—Jules Simon, dueño hasta hoy del Senado, en que imperaban miras de alianza con los poderes viejos, ha visto rechazar, por 157 votos contra 101, el proyecto encaminado a quitar virtud a las últimas leyes de expulsión de eclesiásticos rebeldes al poder civil; y aun caído Gambetta, triunfa el Senado de Gambetta. En la Cámara, los diputados aplauden, y confirman con 287 votos contra 66, el propósito de Freycinet, de aplazar la reforma de la Constitución para cuando sea oportuno sacarla a plaza. Y Gambetta anda por Suiza, y no en el gobierno; que siempre fue seguido por los hombres quien sirve a sus intereses, y no quien, por servir a la justicia, pone sus intereses en riesgo. Fue como dar a un león comida de urracas. Un hombre alto, ha de obrar altamente. Ser gobernante de hombres, no ha de venir a quedar en ser su cómplice. Si se ha de deber el triunfo a ocultaciones, a compraventas de decoro, a retaceos de la justicia, a compadrazgos y comadrerías—sienta mejor a un hombre grandioso el honor de la derrota que los regocijos del triunfo.

Gobernar hoy en Francia es como corcusir retazos sueltos, lo cual es tarea buena para costureros, no para escultores.—Gambetta cree que no puede gobernarse honrada y eficazmente en un país parlamentarario sin que el Parlamento sea honrado y libre, y no hecho para el beneficio privado de sus miembros, sino para darles casa augusta, bajo cuya techumbre piensen cosas magnánimas y seculares, urgentes en país magno que ha de durar siglos. Mas los que meditan en lo porvenir no tienen tiempo para darse a satisfacer todos los gozos y apetitos de lo presente; y como los hombres no aman de buen grado el martirio, ni son comúnmente seducidos por los placeres solemnes y sumos del propio sacrificio,

y pensar en sí está más en uso que pensar en los demás, aconteció que los actuales parlamentarios, que sacan provecho del Parlamento y modo de vivir de presente, no quisieron dar eje al carro, ni casa grande a la república grande, ni cimiento a la república, ni manera de ser, libre y decorosa, al Parlamento de Francia. Por lo que Gambetta bajó sereno y contento del carro sin eje. Y volverá, cuando le permitan poner el eje al carro. Lo cual ha de ser antes de que el carro esté desvencijado. Suele pasar a los pueblos, lo que a las casas enemigas de médico, que llaman al fin al médico, pero demasiado tarde.—Gambetta anda por Suiza.

Y alrededor de sus arcas vacías, andan como sin alma los pobres labriegos lioneses, que iban en procesión a Lyon, como a París a comprar billetes de Law se iban en los tiempos de danzas y flores del regente, o como las pobladas de antaño salían de cuajo de sus pueblos a que les curase de todo mal el adivino de la villa. Iban en procesión a comprar los papeles santos, que daban, como el pez y el pan de Nuestro Señor, muchos panes y muchos peces,—los papeles de que decía bien el señor cura, que ponderaba a sus feligreses las maravillas y fecundidad de aquella moneda prodigiosa, que se vendía en los mostradores de los bancos de La Unión General, banca grande donde habían puesto a crecer preladados y reyes sus ahorros, animados de júbilo secreto, cual si pudieran con riendas de oro poner freno a este hermoso corcel piafador en que cabalga, con sus alas de luz, el espíritu moderno. Ya se veían de nuevo los reyes destronados sentados en sus tronos; y aquellos obispos feudales, que decían misa armados de casco y coselete, limpiaban ya sus espuelas de pelear:—que el caballero Bontoux les había prometido que si ellos le daban sus bolsos y su amparo, él subiría a tanto sus dineros que por ellos habrían de ser nuevos señores del orbe. Y aconteció que como ya no se batalla como entre el señor de a caballo y el pagador de los pechos, cuando éste tenía que ampararse, armado de sayo de lana y garrote, de los golpes de lanza, espada y daga del señor que se venía encima en su corcel, todo armado de hierro,—no fue esta vez de los magnates la victoria, sino de los pecheros, y La Unión General, toda dorada de oro de reyes, vino a tierra. Quebró con grande estrépito la banca milagrosa, y están ahora las buenas gentes de los campos, que por amor al medro y fe en sus padres de almas, pusieron sus dineros en la banca, con aquella experiencia, mas sin aquel gozo, de los mexicanos que vieron por primera vez caer al suelo humeante la cabeza ensangrentada del divino caballo español.

Los unos por avaricia, y por fe los otros, y los más por pereza, y no pocos por boga habían echado a andar, en esa barca de piloto ciego que llaman Bolsa, su buena fortuna. Mas es adagio que río que crece de súbito, crece con aguas turbias. Y el torrente estruendoso deslumbra, se despeña, salta, devasta,—mas no hace buenas las tierras comarcanas, como el agua serena del arroyo. El azar, como Saturno, devora a sus hijos. Los hijos de Ceres y de Jano, de la agricultura de la paz, duran más que los hijos de Saturno. Así la Bolsa de París, que resuena de día como la fragua de Vulcano, y brilla como vivienda mitológica, ha hundido en ruina súbita a aquellos hombres locos, caballeros en el vértigo, que fian a la suerte caprichosa el cuidado y reproducción de sus haberes. No hay más que una vara, a cuyo golpe se abra en agua pura toda roca: es el trabajo. La riqueza que por otra vía nos venga trae oculto, en su seno cubierto de seda, un nido de sierpes.

Pero París, como la Mimí Pinsón de Alfred de Musset, trueca en diamantes para adornar sus dedos las lágrimas de sus ojos. Y más ocupado que de las arterias y mañas de Bontoux,—y del espanto y pobreza de sus nobles y de los campesinos de Lyon, empobrecidos a una,—y de la majestuosa caída del hombre más brillante y previsor de la nueva república,—está ahora París en hojear, con su elegante mano nerviosa, las páginas pulcras de un libro de Goncourt, un libro pequeño, como otras muchas cosas admirables, y como aquellos pomillos de esencia que cuelgan en trenzas de oro del cinto recamado de las ardientes damas persas. El vino de Navarra pesa y el de Burdeos chispea, y el de París aturde, como pócima.

No hay extranjero que no se crea en París como en sus tierras de familia, donde todo le es grato y conocido, y es lo cierto que todos son en París, menos los parisienses, extranjeros. Ríe el hijo de París, como el de Atenas, de los bárbaros. Y se sienta en su gabinete de estudio, o en su silla de curioso reidor, a ver estrujar almas en aquel lagar de almas, como el que viaja por tierras extremeñas, se sienta en el lagar, a ver quebrarse, mondarse y trocarse en aceite las olivas. Hay Edmundo y hay Julio de Goncourt, y no se sacan ventajas en contar las maravillas de un mueble de Boule, de un techo de Lebrun, o de un crucifijo de Cellini, porque saben de arte ambos hermanos, como saben los pajarillos de sus nidos. Pero de Edmundo es el libro parisiense, el libro lóbrego y luminoso, el libro cándido y terrible, el libro sonriente y espantable, el libro terso, sonrosado, pulido y ameno. Edmundo de Goncourt, que ama la realidad, abomina la fealdad; y cuando pinta lo feo, le da la belleza

que le falta con la manera de pintarlo. Así hizo en Calibán Shakespeare. Y por vencer a Calibán, así hizo en *Nuestra Señora* Víctor Hugo. Eran todos amigos, Flaubert, los dos Daudet, el buen Durant, los dos Goncourt, Zola. De Durant, maestro muerto, era el método, y él tendía a los vivos sobre su mesa de escribir como el fisiólogo a sus liebres palpitantes sobre su mesa de mármol. De Flaubert, que vestía como moro, y cincelaba como godo, era la solidez maravillosa, la solidez radiante. De los Daudet, y más de Alfonso que de Ernesto, es la precisión, una precisión científica, que les da aire de médicos distinguidos, buenos médicos, amables, que alegran la alcoba del enfermo con sus trajes correctos, y el espíritu apocado con las galas de su plática amena. De Zola, es la desnudez que repugna, cuando es intencional y violenta, hecha, como los cascabeles del polichinela, para atraer gente a la plaza; pero que se impone y asombra cuando es espontánea. Y de los Goncourt, es la elegancia suma, el aire de salón, cargado de ámbar, el reflejo misterioso de la luz en la ancha colgadura voluptuosa, y ese vago susurro, como de pájaros que anidan, que se siente en los lugares en que los hombres aman. Goncourt, como Feuillet, escribe con guante blanco: mas no imagina, como Feuillet, criaturas tremendas o nubosas, vagas como la espuma en que las talla; no es, como Feuillet, exaltador y compasivo, no halla gozo ni utilidad en exagerar la bondad humana, porque si no le enseña al hombre la maldad no sabrá precaverse de ella, ni en exagerar la maldad de los hombres, porque no lleguen a morir de espanto, de verlo todo impuro. Y es Goncourt cual aquellos artistas refinados, a quienes disgusta como faena de aprendiz la tarea fácil. Sabe que en esta hermosa naturaleza, donde no hay dos seres contradictorios, y es cada ser como nido de gérmenes y suma de resúmenes de todo cuanto vive, se encrespa el alma, y ruge, y lidia, y duerme, y murmura como un mar pujante: y sabe que es el alma en París como un mar turbio. El cuerdo, que es domador de fieras, se sienta sobre las panteras y leones, y mira con esperanza a la tierra, y con ternura al cielo. El loco que gusta de catar los manjares que no conoce, vagará en aquel mar como barquilla blanca despedazada por las olas.

La mujer de París nace a espantarse; pugna por ser joven, y se halla vieja; por ser pura, y se ve impura; por beber en la copa de la vida, que halla exhausta y manchada. Y sedienta, muerde al cabo la copa venenosa. En su alma, como en los paisajes de Díaz, se ve, por entre la selva negruzca el cielo azul; mas la ciudad, vasta como selva, envuelve como en apretada maraña los caminos del cielo. Cada bocacalle es una fauce. Cada teatro, casa de tósigos. Cada hábito una mancha. El gozo

es tan bello que parece justo. El deber es tan recio que parece azote. Tan maltratado el trabajo que mueve a rebeldía. Y en el sofá de cada hombre ocioso se sienta Mefistófeles. No es allí la vida para las mujeres que en aquella cuna nacen, árbol jugoso y lento, que tiene semilla, y crece a tronco, a ramas, a pomos; sino vestidura implacable que impregna al cuerpo del recién nacido de los jugos de la vida vieja. Se piensa con ajenos pensamientos; se goza con deleites artificiales; se muere por ajenos ideales; se ama con el amor ajeno. A esa criatura complicada, que muere a veces sin hallarse a sí misma, y sin haber tenido tiempo de buscarse; a esa mísera y hermosa en quien la depravación precede a la inocencia; a esa criatura que llama a todas las puertas de la tierra, fatigada de beber aguas salobres, en busca de aguas puras; a esa mujer encantadora y horrible, bella como una niña, hábil como un duende y frágil como un vaso; a esa mujer de París quiso pintar Goncourt en *Madame Gervaisais*, en *Renée Maupérin*, en *Manette Salomon*. Y este libro que los parisienses leen hoy ávidamente se llama *La Foustin*, que es una actriz, de alma de llama, que va con su espíritu,—triste de la tierra—como la llama del cielo. Unos dicen que *La Foustin*, que prueba las copas de la vida, sin hallar una que ajuste a sus labios, es Sarah Bernhardt; pero dice Goncourt que esa mujer luminosa, vivaz, sedienta, arrebatada, triste, tiene más de aquella pálida Rachel, que preparaba con sus manecitas de hada cenas caseras para Alfred de Musset, que de ninguna otra actriz de Francia. Porque eso es *La Foustin*, la vida de un alma parisiense, y la vida de una actriz. A la vez pinta Goncourt los tormentos de un espíritu exquisito, puesto a vivir entre gentes que lo espantan, y las escenas bulliciosas y risueñas de esa existencia de teatro, donde todo es brillante y fugaz y ficticio como la lentejuela que ornamenta los trajes de los actores—y para, de tanto vestirles el cuerpo, en aposentarse en su alma. Hay en el libro ensayos de *Fedra*; y de amores hermosos, y de amores brutales. En cenas de actores platican poetas. En horas de victoria, vienen los hijos de sus obras, pintores, escultores, críticos, a poner flores, y murmurar avaricias, ante la actriz bella que triunfa. Junto a *La Foustin*, que llamea y se evapora, vive su hermana, rica en cosas de cuerpo, que engruesa, ríe y se arrastra. La doble vida, de espíritu que aspira, y carne que ceba, se vive en el libro. Hay páginas que son de historia. Hay conversaciones, caídas en realidad de labios célebres. Hay escenas que parecen de Meissonier en lo exacto, de Manet en lo osado, y de Madrazo en lo vívido. Y hay, en suma, para el que lee, ese encanto indefinible y saludable que viene de contemplar una

obra bella. Leer nutre. Ver hermosura, engrandece. Se lee o ve una obra notable, y se siente un noble gozo, como si se fuera el autor de ella.

¡Desconfían de la humanidad los cobardes y los míseros! ¡Los hombres serán hermanos, en tanto que los reúna la común contemplación de las obras hermosas!— Y *La Foustin* tiene de esa elegancia miniaturesca, de esa factura nítida, de ese engranaje de joyero, de esa solidez de esmalte, de esa belleza plástica que dan gozo.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 7 de marzo de 1882

48

ITALIA

Los ancianos.—Milán.—César Cantú y los milaneses.—Los cambios en la historia.—Cantú dice como reforma su libro.—El mundo nuevo.—Garibaldi en peligro de morir

Nueva York, 17 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Los ancianos, coronados de canas, como los montes coronados de nieve, resplandecen. Hay tanto gozo en venerar como en ser venerable. Es nauseabundo un anciano que ha vivido vilmente. Es glorioso, y da anhelos de gloria, un anciano que ha vivido bravamente. Esos son monumentos que andan, y que aun cuando caen en la tierra, y emparedados en su ataúd se hunden en ella, quedan en pie. Así aman los lombardos a su anciano; a aquel que ha escrito tantos libros que pudieran ser pedestal para su estatua; al que huroneó en los mundos, y sacó de ellos para ponerlas a la luz, hazañas de guerreros, maldades de tiranos, cantos de bardos; a aquel trabajador, que ve la noche como una culpa cuando ha pasado el día como un regalo; al que, aún pequeñuelo, contaba ya con verba alada y fogosa las maravillas de la libertad, las cóleras de los pueblos, y las heroicas rebeldías y las magníficas batallas de las repúblicas de Italia, que batallaron con coraza de oro; a César Cantú, ya octogenario.

Dícese ahora que el alba, que es en Lombardía fiesta de pájaros, le ve en su mesa de labor, tajando con su ciclópea historia lo que halla errado y viejo, y poniendo a trueque todas las que los hombres nuevos, celosos de la tierra, han arrancado de sus senos. Dícese, que como lo tiene ofrecido, trabaja el historiador en traer a nivel de este tiempo de asombros aquel libro, que con haber parecido obra de investigador pasmoso ha medio siglo, parece ahora en uno y otro trecho, obra de estudiante adornado, o de poeta perezoso, que cree que lleva el mundo en sí, y dado al regalo de mirarse, no ve al mundo. Dícese que el patriarca, no cansado de andar, ni de maravillarse, toma de nuevo su sombrero de sol y su bordón, y como viajero que anda en busca de fuentes de río, mueve el paso hacia las selvas escondidas, donde es fama

que surgen fuentes nuevas. Y hace el anciano de su pluma a la par cincel que amolda las edades, y les da aire de estatua, y piqueta que echa abajo briosamente los pedestales flojos y cansados, sin que mueva al artista a compasión la estéril hermosura de su obra inútil. Parece el anciano lombardo, en esta faena de mente, como un hombre que lleva a cuestras un monte.

Dos meses hace, Milán estaba alegre, Milán afamada, con su Corso Francesco, esmaltado de tiendas, a cuyo umbral piafan los corceles uncidos a elegantísimos carruajes, llenos de aquellas damas escultóricas, hermosas como estatuas animadas. Bajo sus plazas, que son bosques, frente a su catedral sonriente, que es como hija suntuosa, en aquella familia de altos templos góticos, esquivos y negruzcos, que más que obras de hombres, parecen tallados de mano divina en seno de montañas, de donde ha caído al soplo de artífice la capa de tierra, para que los humanos admirasen la obra sombría y desnuda de la divinidad maravillosa; junto a las paredes de aquel palacio que ostenta aún en uno de sus frescos al "pallido corso" del poeta Carducci, todo arreado de Júpiter, puesta la mano férrea en la cabeza del águila vencida; por aquella ciudad elocuentísima, hecha a matar tiranos y vencerlos, paseaban con desusada animación letrados y alumnos, y se reunían en grupos, y hablaban con aquel gesto vehemente y rostro luminoso de los discípulos de Sócrates, visible aún en jóvenes de Francia, cuando hablan como novicios en templo de Sol, del maestro Víctor Hugo. Y era que Cantú leía en la Sociedad Histórica de Milán, por él creada, las causas de los cambios que ya realiza en su obra, y hacía el coro al hosanna de los tiempos y volvía de los bordes de la tumba, cuya frialdad le dio en el rostro, con su libro reformado bajo el brazo, como si la muerte le hubiese dicho, con sus labios severos, que no la merece quien no ha comprado con su labor infatigable y útil, el derecho de pasear por su palacio silencioso.

Los años santifican: los años embellecen; los años, como aliento poderoso, soplan sobre el espíritu, y le dejan limpio, y libre de esas pasioncillas gusanosas que nos lo envenenan y nos lo roen en lo mejor de nuestra vida. ¡Y es hermoso ver rodar, al soplo recio del tiempo, cuerpo abajo esos gusanos! Ama más el hombre viejo. Y se le ama más. Si erró se le perdona. El hombre tiene necesidad de venerar. Goza en olvidar lo impuro. Exagera, como si necesitase mucho de él, lo puro. Nadie, en aquellos días de conferencia del historiador, que fueron dos, y dos festejos, recordaba a aquel narrador acusado de haber torcido los hechos, de modo que callaban la verdad, por decir bien de la Iglesia; nadie

recordaba al diputado, que en obediencia al mandato del Pontífice, negó su voz a su nación, y se apartó del Parlamento, porque no quería su Pontífice que los suyos fueran "ni electos ni electores". Veíase sólo al trabajador maravilloso, que ha puesto en junto en forma bella todos los trabajos de los hombres; al narrador fluidísimo, que pone magia y brillo en cuanto narra; al investigador altivo, que prefiere errar en lo que ve por sí, que copiar sin yerro lo que han visto los otros; a aquel niño precoz que antes de bozo tuvo fama, y escribía en los bancos de la escuela la historia de las gloriosas ligas lombardas, que poblaron la tierra milanese de guerreros, e hicieron cejar a los hombres rubios y voraces, que venían, sacudiendo como maza su cetro de emperadores, a abatir con su brazo del norte los pueblos de la luz, y sentarse, como sobre canes, sobre ellos. Veíase sólo aquel bravo cautivo de los austríacos, abominador de los tiranos de su tierra, que de las pajas del jergón de su calabozo fabricaba plumas, y de la mecha carbonizada de su bujía hacía tinta, escribía con ellas en la sombra *Margherita Pusterla*, y dibujaba en su mente los contornos de aquel gran libro futuro, de aquella *Historia Universal* valiosa, que dio casa a los tiempos.

No es uso en Italia, como en Francia y en los Estados Unidos, leer en público, ya porque es pueblo cercano al mar, y hecho de espuma, ya porque la palabra meridional se desborda del vaso que la encierra, y gusta más de aletear libre como águila, que de andar entre rieles, como vagón de ferrocarril. Pero el amor al anciano, el afán de oír su voz, en tantos años no oída, el anhelo de saber de aquel maestro en el arte de contar; las reformas que entiende que han de hacerse en el arte; el placer de mostrarse noble, amando a quien merece ser amado y esa ansia con que se apegan los hombres a todo lo que se va, como ganosos de borrar con un amor cuasi póstumo el remordimiento de haber mirado con tibieza al que está en riesgo de irse, llevaron a todo Milán a las lecturas de César Cantú, el contador mágico, el descriptor pintoresco, el pensador rebelde, que de una parte mira a la Biblia como libro capaz de errar, y no como libro revelado, y por otra acusa a su época de ciega y pretenciosa.

Aquellas dos lecturas fueron una confesión, un anuncio, una batalla; confesión generosa y espontánea de los crecimientos maravillosos de los hombres de estos cincuenta años; anuncio de la tarea que es fuerza emprender para poner la historia de ha cincuenta años a par de lo que se sabe en estos años nuestros, y batalla contra esa fe en la omnisciencia

humana que oscurece y mengua, y saca de Dios el espíritu de los hombres. Y fueron además las dos lecturas una procesión de pueblos.

Para César Cantú, la mente tiene límites. Ciertamente es que ha de pretenderse trasponerlos, porque los astros andan, y deben andar los hombres,—mas es cierto también, como Cantú piensa, que reconocerlos es más honrado y más científico, y más saludable, que negarlos. La historia universal no ha de construirse con arreglo a las creencias parciales y sectarias del que la escriba—sino como un reflejo leal de lo que el Universo dé de sí. “La tradición—dice Cantú—ha de ser su base: la tradición sujeta a buena crítica.” En lo que yerra, porque ya la razón va demostrando lo que puede ser, y no se ha de enseñar que fue lo que no pudo ser. “¿La historia universal—decía el lector, a quien oían absortos y ansiosos los fieles milaneses,—pregunta a la paleontología cuántas edades han pasado desde que las aguas depositaron treinta grupos de estratos fosilíferos sobre las primitivas rocas ígneas? ¿cuántas centurias se han necesitado para formar los estratos coralinos en que reposan las Islas Británicas? ¿cuántas para la formación de las rocas madreporicas que sustentan las islas del Pacífico? Pues, ¿quién puede responder a estas preguntas, si el hombre, único ser que aquí abajo tiene la noción del tiempo, no existía entonces?” Como iba examinando las ciencias, que contribuyen con sus revelaciones a la historia, para ver qué debe la historia tomar de ellas, echaba en cara a los biólogos la inconsistencia de sus asertos, puesto que si es verdad, como los biólogos dicen, que toda la vida surgió de una célula primitiva, diciendo con esto que el mundo no fue producido por creación, sino por continuado desenvolvimiento, viene siempre a pararse en que alguien empolló la célula, y le dio vida, y la dotó de facultad de sentir y dar conciencia. En cuanto a cosas; ¿cómo ha cambiado el mundo! La tierra va quedando como hornalla de que se sacude la ceniza, llena de carbones encendidos. Pero en cuanto a hombres, no quiere el anciano lombardo creer que corren parejas el adelanto moral y el material, ni quiere creer que acusen adelanto esa fe nueva en el abolengo del hombre, que le hace nacer de simios, ni la creencia en que el conocimiento de sí ha venido desenvolviéndose de seres que no tienen conocimiento, ni que el mundo de fenómenos psíquicos, el soberano mundo espiritual, haya nacido como un vástago del orden físico, del bajo mundo corpóreo.

Mas ya no hay valla para los modos de saber. La ciencia histórica ha crecido y cambiado, a la par de todas las ciencias. Se han descubierto pueblos ignorados. Se han sacado a la vida naciones sepultadas. El

Egipto de Jorge Ebers, no es el Egipto de los sabios de Napoleón. Ni el rey Osimandias, en cuya existencia real se creyó antes, es más que un mito, como el rey Mery. Y los hicsos, aquellos pastores, no fueron déspotas rudos, sino reyes sabios, que alzaron ciudades y llenaron los desiertos de monumentos. Y los muy celebrados catálogos de librerías, son inventarios de muebles sagrados, y no nombres de libros. Babilonia surge de entre las sombras, con su séquito de astrónomos caldeos, que descubrieron el zodíaco, y su torre que acabó Nabucodonosor, y que comenzó, cuarenta generaciones antes, el primer rey babilonio. No es igual, mal que pese a los tenaces, la cronología histórica de los asirios a la cronología bíblica. Se sabe más de los fenicios, caballeros de la mar, y de los árabes, caballeros del desierto. Ponen pasmo a los hombres los templos borrados de la India, que parecen montes trabajados con obra de encaje. Ciñen los brazos de damas alemanas los brazaletes de las heroínas de Homero. De Italia, tan anhelosa de saber, no se sabe aún la cuna:—y a Milán mismo no se le recuerda de más lejos que de cuando era capital de los ásperos insubros. Ni ya empieza la historia de galos y germanos en los tiempos en que Vercingetórix peleó sin fortuna, y Tácito escribió con encendido estilo, sino en los fondos de las selvas, donde los ancianos barbudos daban leyes, de pie sobre los dólmenes. La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella. ¡Y en esta Edad Moderna, parece que los hombres tienen ya escogido el punto en que han de apoyar sus escalas en el cielo!

“¡Adelante, siempre adelante!” Así decía medio siglo ha César Cantú famoso, y los milaneses acaban de oírle decir, con la juventud perpetua del genio.—“¡Adelante, siempre adelante!”—No arrancará ya su historia de aquellas fuentes cercanas, y aquellos nimbos confusos, de que la arrancó hace cincuenta años, sino de las fuentes nuevas, y de las sendas recién abiertas en las entrañas de lóbregos bosques. Tomará de las ciencias nuevas lo absolutamente cierto, y dejará a un lado lo hipotético, lo presuntuoso, lo probable. Inclinará su cabeza nevada sobre pergaminos y sobre archivos, y buscará las causas de los sucesos, no en las razones visibles, que son casi siempre falsas razones, sino en aquellas íntimas, que están en cartas y bibliotecas, y andan ignoradas. Errará probablemente el anciano maravilloso. Historiar es juzgar, y es fuerza para historiar estar por encima de los hombres, y no soldadear de un lado de la batalla. El que puede ser reo, no ha de ser juez. El que es falible, no ha de dar fallo. El que milita ardientemente en un bando político,

o en un bando filosófico, escribirá su libro de historia con la tinta del bando. Mas la verdad, como el sol, ilumina la tierra a través de las nubes. Y con las mismas manos que escribe el error, va escribiendo la verdad. La pluma, arrebatada por un poder que no conoce, va rompiendo las nubes que alza. Y a despecho de sí mismo y de sus pasiones, la verdad quedará dicha, porque reposa en el fondo de los actos humanos, como la felicidad en el fondo de la muerte; y el escritor glorioso, buen hijo de la brava Lombardía, habrá hecho un servicio a los hombres.

Y en tanto que el cardenal Jacobini, Secretario de Estado del Pontífice, recibe en su casa con halagos al barón Von Schloezer, que viene de Alemania a ajustar la paz del imperio y de la Iglesia, y que, con voto copioso, acuerda el Parlamento de Italia, menos sujeto a compromisos de distritos que el de Francia, que las elecciones de diputados sean por departamento, y no por distrito,—van tristes por sus calles los napolitanos, temiendo que el héroe que paseó victorioso la Lombardía a la cabeza de sus francos, y puso la bandera de tres colores en los palacios de Roma, muera al fin cuando tal hombre no debía morir,—en el seno de aquella ciudad que alzó con su bravura de los pies de sus imbéciles monarcas, en el seno de Nápoles. Acostado en camilla, pasó oyendo sollozos Garibaldi por aquellas calles en que aún resuenan los vítores con que, al paso de su caballo de triunfo, le saludó la ciudad alborozada. Unos son padres de hijos; y otros, como Garibaldi, cuya muerte se aguarda, padres de pueblos.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 8 de marzo de 1882

49

ESPAÑA

El ejército parlamentario.—Varios cuerpos de ejército.—Ideas e intereses.—Las contribuciones y los contribuyentes.—Un nuevo académico.—Cuba.—Alianza Ibérica.—Amistad de Francia y España.—Castelar y los esclavos

Nueva York, 4 de marzo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ya están al abrirse las Cortes de España. Habrá batalla entre los cortesanos de buen grado, que por altanería de su carácter o hábito y tradiciones aman de veras la corte,—y los cortesanos de mal grado, que, traídos por el propio interés a las gradas del trono, sienten en ellas la tristeza de la libertad perdida, de cuyos campos nuevos vienen, y a donde aún les lleva lo que tienen de hijos libres y fieros de las montañas del norte, e hijos impacientes y belicosos de los caballeros del desierto que alzaron un día sus palacios de encaje a la sombra de las montañas rosadas de la Andalucía. Habrá batalla entre canovistas y sagastinos. Y como Sagasta fundió, al excesivo calor del común odio, de metales de varias naturalezas su espada de batallar, enfriado ya un tanto el odio primero, puesto que los odiadores ocuparon el puesto apetecido, la espada amenaza caer, suelta la liga, rota en pedazos, a menos que no la funda de nuevo Sagasta con presteza, y mezcle en ella, si el rey tiene a bien dejárselas mezclar, materias afines: lo cual quiere decir que habrá batalla entre los diversos elementos del partido sagastino, en cuyo seno lidia Martínez Campos por la preeminencia del rey, con la que va la suya propia,—y el astuto general Serrano, y Balaguer, el poeta catalán, y Romero Ortiz, el orador culto, y López Domínguez, general de la libertad, mantienen la necesidad de que el gremio de los conversos a la monarquía obre sin tutor y sin vigía, y sean los amigos excesivos del monarca reemplazados en el gabinete por aquellos que el monarca tiene con justicia como amigos excesivos de la revolución.

Es el duelo mortal, que no se esquivo. Estas de ahora, son escaramuzas. La libertad no puede vencer con un rey que desconfía de ella. El rey no puede entregarse a la libertad que lo desama, volcó el trono de

su madre, y sólo se ampara de su trono para adquirir a su sombra fuerzas con qué volcarlo. Se creará, de la próxima ruptura que se aguarda con la reunión del Parlamento, un partido intermedio y vago, encabezado por Martínez Campos, a quien llaman los norteamericanos “hacedor de reyes”, cuyo partido será sólo puentecillo frágil, que traiga de nuevo sin transición brusca al poder, al hosco Cánovas, con lo que se encenderán a toda prisa las hogueras revolucionarias en el campo de Sagasta, —o se entregará de lleno el rey, contra lo que anuncian sus precedentes y sus intereses le aconsejan, a la banda democrática, con lo que se engrosarían un tanto las filas carlistas, mantenidas en la esperanza de hallar un rey a lo don Pedro, y entrarán al gobierno con Sagasta los secuaces de Moret, que no vacila en servir graciosamente a don Alfonso de Borbón, aunque en las puertas de su ministerio, cuando era ministro revolucionario, estuvo escrito por largo tiempo con grandes letras negras aquel letrero que decía: “Cayó por siempre la raza espuria de los Borbones”. Ambas cosas pueden acontecer, aunque como están en riña los intereses de la libertad y los del rey, y el rey ha de decidir en esta contienda de reñidos intereses, bien puede ser que la decida en su provecho, a menos que no vea beneficio indirecto en decidirla aparentemente contra él,—y que entren a suceder a Sagasta, si éste no retiene con sus voces melifluas a su lado a Martínez Campos,—si Martínez Campos aún no se siente fuerte para andar solo,—y su mermado séquito. Martínez Campos no es cabeza, sino brazo; y en cuanto a nudos políticos, sabe más de tajarlos que de atarlos. Con las dificultades han de venir los deslindes, y volverán a hallarse al cabo, de un lado todos los defensores del rey, o los que con defenderlo se defienden, y del otro los que por impaciencia de carácter, instinto de raza, convicción honda y honesta, tradición o provecho, aman la Libertad.

Y ahora se anuncia un campo nuevo de combate. Como el Ministro de Hacienda, que es Camacho, no pudo reducir la deuda de España de un millar ochocientos mil pesos a setecientos millones, sin ofrecer a los tenedores de bonos de la deuda, en recompensa del capital nominal que pedían, un aumento considerable en el interés efectivo de sus bonos, gravó con súbitas creces a los contribuyentes interiores, que organizan sindicatos de comerciantes y resisten desde los altaneros municipios, y se niegan a pagar los derechos de consumo, que en España, como en todas partes, vienen siendo odiosos, y los derechos de traficar, que ya no pagaban en la suma cuantiosa que ahora les exigen. El sindicato de comerciantes de Valencia, hace gala de resistir al gobierno en una circular que envía

a la prensa, y el gobernador de Valencia, disuelve el sindicato. Y el Ministro Camacho alienta, para que imiten al valenciano, a los demás gobernadores. En cosas de dinero, no es prudente obligar a ser generosos a los que no aprovechan directamente de su generosidad; y como a los mercaderes y pequeños consumidores, que no poseen bonos de la deuda, no importa el monto de una deuda que no ha de pagarse, ven de mal grado que se les echen cargas nuevas para realizar un beneficio nominal y beneficiar a bonos que ellos no poseen. Y los capitalistas de España se llaman también a engaño, por haberse engañado ellos mismos, porque, apenas presintieron el alza de la deuda, acaparraron bonos de ella, que tenían como riqueza segura, por el mayor interés que acarreaban, y el alza súbita que con él, y el aminoramiento de la deuda nacional, tendrían los bonos, y ahora acontece que han de aguardar a julio de 1883, que es para cuando juzga el previsor Camacho que los nuevos ingresos del gobierno estarán ya al corriente, y que el aumento de renta de la nación que con ellos ha calculado, será ya fijo, y le capacitará para el pago del interés nuevo de los bonos: con lo que los capitalistas, que ven llenos de sombras este año y el que viene, y más vecinos del umbral del Palacio que de la sala del trono a los amigos de Sagasta, se atemorizan y aíran, y dicen cosas duras del Ministro, que no ceja, y se prepara ya al debate recio que le aguarda en las próximas Cortes.

Y en la grave Academia ¿qué acontece? ¿Qué académico nuevo irá a sentarse junto a Alarcón, que debió su silla a la reforma de su fe política, más que a la de su estilo; junto a Guerra, cuya “Vida de Alarcón” el mexicano, sabrosamente escrita, se gusta como manjar delicadísimo; junto a Tamayo, que ha ganado con su pasmoso “Drama Nuevo” perdurable fama; junto a Valera, que faceta el estilo, como al diamante el abrillantador? ¿Será acaso un caballero de los tiempos nuevos el que entre ahora a la casa sagrada de la lengua? ¿Echegaray tal vez, que ha llenado la escena de España de personajes gigantescos, en los que, aunque parezca extraño a algunos, se empequeñece la grandeza de la concepción por lo confuso e imperfecto de la forma, lo cual acontece a toda cosa grande del reino de las letras, que anda cayendo y luciendo, y rebosando y jadeando, antes de hallar definitivo molde? ¿Martos acaso será el nuevo académico, cuyos discursos suenan a golpear de martillo de plata en bien templado yunque? ¿O Pi y Margall severo, que da a la lengua la solidez y la pureza del granito, y a la literatura de su patria obras nuevas, honradas y jugosas? ¿Será Moreno Rodríguez, majestuoso orador de la república, que pronunció años ha un excelente

discurso demosténico? ¿O Salmerón, que ingiere en el habla castellana el sesgo rudo, el vuelo intrincado, las voces superiores y pospuestas, y el vigor meduloso del habla alemana, que llevó a España ese maestro de los Giner y los Azcárate, que le siguen y le honran, el magno hombre don Julián Sanz del Río?

Pues no es, a lo que se dice, ninguno de ellos, sino el bravo mancebo católico, que, con méritos propios, aunque muy por bajo de todos esos méritos, en lo que hace a letras,—corre tras la fama de Aparisi y Donoso, que han dado en estos tiempos voz de profeta y voz de apóstol a la Iglesia de Cristo. Por defensor de ella lo eligen, más que por mantenedor de la buena lengua, sin que el lidiador ultramontano lleve a la casa académica más libros que ese brío con que pone en alto, y pasea en las cortes solemnes, el estandarte de don Carlos,—y esas agrias, valientes y pomposas polémicas suyas en que brillan más la lealtad del carácter, la energía del hidalgo, y el lujo de la imaginación, que esas dotes de buscar causa y hallarla, y jugar y escarcear con su lengua y expurgarla de lo impuro y enriquecerla con novedades legítimas, que han de brillar marcadamente en un letrado académico.

De Cuba, el nombre humilde que va al pie de estas letras, quita al que las escribe el derecho de dar juicio, aunque van atizadas las hogueras que en Cuba no fueron nunca apagadas; y mira tristemente como es inhábil, y será siempre inhábil, el gobierno de España para poner remedio a los males de la Isla, porque poner remedio a la Isla es quitárselo a España; y ve con dolor, y con miedo por los que ama, como van los gobernantes de la Antilla a merced de la banda española antillana, que compele a la banda liberal a una batalla tremenda y decisiva, para lo que no ha tenido la previsión ni la energía de prepararse. ¡Ah, cosas de la patria, que rebosan, y quitan freno, y ponen alas, a la pluma loca!

Del tratado de comercio de España y Francia hablaremos, por el cual entrarán desde ahora en España más baratos los vinos franceses, y las lindas cosas de Francia, que recibe también desde hoy a menos precio los artefactos españoles, y esos gruesos vinos primitivos de un vaso de los cuales hacen holgadamente los franceses una botella de sus vinos buenos. Y es notable en el tratado que España consiente en que los buques de Francia entren y salgan, como buques de su propia matrícula, en los puertos de la península y de sus colonias, de lo cual han de alegrarse los bebedores de la Antilla, a los que envían, como a siervos obligados a pagar a buen precio los productos del dueño, muy mal vino

los mercaderes catalanes, por lo que fue de moda y de necesidad en las Antillas comprar caras las botellas de Francia.

Y hablan de alianza, que es cosa trascendente, Portugal y España, la cual alianza propone a los portugueses el señor Barbosa, y rechazan, con su vigor de provincianos que aman y aborrecen a la par a la vieja metrópoli, aquellos briosos pensadores lusitanos a quienes sienta mal la primacía de España, que fue dueña de su tierra, y la unión de los monarcas, que tiene que venir en daño de los pueblos. Esta de la Unión Ibérica es trama antigua y generosa, mas no está aún en sazón, porque Portugal la mira con miedo, como si por ella fuese a reentrar en servidumbre de España, y no se haría hoy en virtud de arranque simultáneo y amigo de dos tierras vecinas, sino para favorecer planes monárquicos que ayudarían a don Luis a traducir en paz a Shakespeare, sin miedo a sus rebeldes, y pondrían a España en camino de recobrar a Gibraltar, y de extenderse por el Mediterráneo, a la vez que ayudarían a mantener en el trono, desde el cual atiende a sus pobladas caballerizas, al joven don Alfonso.

Dijo en París tales cosas, en una entrevista con estudiantes servios, el afortunado general de Rusia, el bravo Skobelev, que ha puesto en ocupación las buenas lenguas y las buenas plumas europeas, temerosas de que sea cierto, cual quiere el general, más ganoso tal vez de ganar gloria y extinguir nihilistas que de vengar razas, que invada el centro y oeste de Europa la ola asiática, y sean todas las comarcas de Europa comarcas esclavas. Castelar publicó, a seguida del discurso de Skobelev, su artículo de alarma, en que convida a latinos y a germanos a unirse estrechamente, de modo de hacer valla a las ambiciones rusas. Mas anda poco quien anda lleno de cánceres. Y Rusia está llena de cánceres. Señaló el término del siglo anterior la revolución gigantesca del Este. Señalará el fin del siglo en que vivimos la revolución tremenda del Oeste. Tentativas de invadir, y no invasiones reales, para sofocar males internos hará Rusia. Pero le morderán los pies y le roerán las manos los males internos. Este no es el siglo de lucha de las razas,—sino el siglo de afirmación de los derechos.

JOSÉ MARTÍ

FRANCIA

Mabille desaparece.—La Pomaré y la Rigolboche.—Cuadros y estatuas.—Millet.—Henri Regnault y “Automedonte”.—Caballos famosos.—Cosas europeas.—Gambetta crece

Nueva York, 4 de marzo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

París ha estado estos días, no de airadas revueltas políticas, sino de exhibiciones, y los “Mirlitones” en un lado mostraban orgullosos el retrato de un médico hecho por el pincel sombrío y acerado de Bonnat, que pintó a Víctor Hugo creando, a Thiers meditando, y la “Cremería”, que es sociedad de artistas que rivaliza con los “Mirlitones”, lucía un cuadro severo y nebuloso, en que el pintor Lerolle puso en el lienzo las sombras de la tarde, con aquella vaguedad mística y verdad leal con que pintó Millet sus cuadros,—Millet, que a poco muere de hambre, por haber dicho la verdad en el arte, como si fuese la verdad puñal que se vuelve contra el seno en que se alberga.

Tiene la tierra sus lobos y sus ovejas, y es fuerza, para gozar holgadamente de la vida, u ofrecer las carnes mansas al diente del lobo, y el vellón a su sueño,—o ser lobo. Aquel que quiera libertar a las ovejas de la servidumbre, morirá comido de los lobos y abandonado de las ovejas.—Y los “Mirlitones”, como sus rivales, han estado este año pobres de obras, porque los certámenes dan en camarillas, que los famosos no han menester, y que rechazan a los que puedan llegar a ser famosos, por lo que luego que sirven a los que los provocan, languidecen y acaban. Mas eran de ver un lienzo bueno de Bastien Lepage, que es artista genioso, a quien mueven anhelos de crear, y ve espíritus, y los pone en el lienzo; y una escultura de Gustavo Doré, esbelta, graciosa, osada, como todo lo que trabaja su cincel, o agrupa su lápiz maravilloso, que hace nacer en las láminas la yerba, y graba nubes.

Fue en otro tiempo casa de pintores noveles, de jóvenes bellacos y de desocupados extranjeros, un jardín en cuya atmósfera espesa se ahogaban las rosas.—Y ahora acaba Mabile, porque no le ha ido bien en tiempos

de la república.—Aquellas mozas que cantó Nadaud, aquellas reinas lívidas que historió Monselet, aquella Pomaré desenfadada, aquella Rigol-boche descocadísima, que ponía el pie, en su frenética danza, en el ala de los sombreros de los concurrentes al jardín, y en el decoro de los hombres, aquella Frisette frágil y reidora, aquella Rosa Pompón fornida y tentadora,—fueron un día como lucecillas de colores, alimentadas de óleo venenoso, que dieron brillo y alegría al jardín que vino a ser un ruin albergue y hogar desmantelado de los plebeyos del vicio. ¡Cómo consuela, cuando se anda por París, y se llevan los ojos llenos de las contorsiones frenéticas de mozos indecorosos, que truecan en muñecuelo de sonajas esta criatura solemne y radiante que puso la naturaleza en el cuerpo de los hombres—ver a esos mancebos aplicados, que llenan bibliotecas, laboratorios y academias, cuyo cráneo va quedando ya escaso de cabellos, absortos en la pesquisa de la verdad o la hermosura!

En Italia, en donde estuvo pocos días ha Gambetta, vivió un joven francés, morada de tal espíritu, que quemó a poco el pálido cuerpo que detenía su vuelo fiero; y de él, del ardiente y generoso Regnault, amigo del catalán Fortuny, pintor de Judit y de Salomé, y pintor de Prim; de Enrique Regnault es el hermosísimo *Automedonte*, que acaba de vender en esta tierra en cinco millares de pesos. Del pasto viene el hijo de Diores, que con una mano en alto embrida el caballo maravilloso que husmea, en la tempestad que se acerca, la muerte del glorioso Aquiles, y con la otra mano inclina a tierra otro de aquellos magnánimos y espléndidos corceles que presintieron y anunciaron el fin funesto de su dueño heroico. ¡Qué crinaje! ¡parece ola de mar! ¡Qué erguirse el de uno de los brutos, como para rasgar con sus manos elegantes el seno del viento tempestuoso, que trae muerte! Se oyen ruidos, y se ven espumas, y se escuchan de lejos los carros de la batalla en aquel lienzo. Eran caballos para que cabalgasen dioses—no como aquellos blancos caballos pacíficos que vio pastar Eneas al poner pie en tierra de Italia, y le parecieron nuncios de guerra, sino como aquellos que, uncidos a un carro, lanzó Mitrídates al seno de los mares mugidores, para templar con tamaño sacrificio la furia de las aguas encrespadas.

De novelas y cuadros, y de las cosas de Egipto, que quiere entrar a ser dueño de sí, y de Servia, a quien enardece igual anhelo, y de Rusia, que intenta ofuscar con sueños de conquista la mente inquieta de sus campesinos, se ha hablado más estos días que del arte suma, no loable, con que Rochefort agrupa cargos viles sobre aquellos cuyo éxito envidia, o cuya serenidad odia,—de las elecciones nuevas,—del viaje de Gambetta

por Italia,—de las escaramuzas que se anuncian en la Cámara de Diputados. En Egipto no quiere el nuevo gobierno de Francia costosas aventuras, o, temeroso de que le crean aventurero, busca, para entrar en ella, el acuerdo de un consejo de naciones, en lo que Inglaterra, que no anhela guerras nuevas, le acompaña. Hácense elecciones para el Senado y para la Cámara, porque allí faltan dos, y en la Cámara catorce representantes, y a pesar del poderío que los señores del feudo, o sus amigos, mantienen aún en las comarcas rurales, y a pesar de las aficiones monárquicas del señorío, de estos dieciséis electos hubo uno solo, el caballero Haentjens, bonapartista, que no fuese republicano. Y en París, donde hierve siempre la revuelta loca y generosa, y se es tirano en el modo de hacer frente a los tiranos,—lo cual es justificarlos en vez de hacerles frente,—fue electo Cadet, amigo de Gambetta, por mayoría abundante. De las cuatro comarcas que le eligieron senador, Freycinet escoge la del Sena, que honra señaladamente a quien elige, y en tanto que boga bien, como llevado por vientos amigos, el gobierno nuevo, nótase con asombro, lo que no causa extrañeza a los que lo previeron, que nunca fue más cierto el poderío honrado de Gambetta y que con caer voluntariamente, por no transigir ruinmente, no hizo más que costear un recodo difícil de la política azarosa, y dar en excelente fuerza. Se alzó imprevista tempestad que le sacó del sueño en que acumula bríos para grandísima batalla, y le lanzó al timón de la barca; pero los dioses de los vientos, no hechos a la viva luz de los mares a que les llevaba el piloto nuevo, le quitaron las riendas de la nave. Con lo que el piloto ganó fama y fue puesto en puerto, y entrevió la nación el mar de luz.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de marzo de 1882

ITALIA

Garibaldi.—El Kulturkampf.—Bey, Pontífice y pueblo.—Guerra por Roma.—¿Adónde va el Papa?—Liberales y pontificales.—Graves anuncios

Nueva York, 4 de marzo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Han venido de Italia escasas nuevas. Nápoles goza, oyendo decir que para Pascuas estará ya Garibaldi de tal manera restablecido que irá a Palermo, a celebrar con los turbulentos sicilianos el aniversario de sus tremendas Vísperas, y andan por toda Italia inquietos los ánimos, y el Vaticano esperanzado, y el Quirinal sombrío, y los republicanos impacientes, porque se susurran cosas graves, y vuelve a ser puesto en duda el dominio de Roma. Renace íntegro aquel antiguo problema del poder temporal de los pontífices.

Corre Italia el riesgo de venir a ser tierra distribuida y retaceada como Turquía y Grecia, por dar paz y contento a los pueblos magnos que son hoy señores de la tierra. Se lisonjean con esperanzas vanas los que creen que los emperadores y sus caballeros dejarán sentarse en paz a los hombres en su silla de hombres libres. Los jefes de los hombres trafican con ellos, como un dueño de hacienda de crianza trafica con sus rebaños. Hay seres excelsos que viven, como el Beato Angélico delante de sus cuadros, arrodillados ante ideas puras y excelsas, que toman a sus ojos de inspirados cuerpo real y aspecto humano.

Pero el caballo de Atila y la espada de Breno andan aún en la labor de segar y arrollar ideas excelsas. El Pontífice ha menester del apoyo de Alemania para que compela a Humberto a devolverle a Roma, que apetece. El Canciller demanda en cambio el apoyo a sus medidas de gobierno de los partidarios germanos del Pontífice. Ni Alemania ama al Pontífice, cuyo poder intentó echar en tierra con aquella larga y tenaz lucha por la cultura, que ya corre en la política del tiempo con el nombre histórico de Kulturkampf. Ni los católicos de Alemania aman al Canciller, cuyo gobierno y medidas abominan, aunque les presten ahora apoyo, y palabra y voto, en cambio del empuje que el Canciller ofrece a los anhelos de la corte pontificia.

Faz a faz, y con armas mortales, combaten los amigos de la Italia nueva y los defensores del poder temporal del Papa.

Dicen aquéllos que el gobierno de Italia garantiza sobradamente la independencia personal que el Papa necesita para el ejercicio de su poder sobre los espíritus, y que si el pueblo le amenaza, es porque el pueblo sabe que el Pontificado aspira a un dominio temporal que Italia ha sacudido, y ya no ama; es porque el pueblo cree que en el Vaticano se forja a la callada y en la sombra la espada que ha de segar el cuello de la nueva Italia, de esa Italia hermosa, cuyos hijos femíneos anhelan mostrar a la tierra que son aún aquellos que acompañaron a César a través de los Alpes y las Galias, y arrancaron en recia batalla el manto de pieles a las espaldas velludas de los ásperos bretones.

Y a eso dicen los amigos del Pontífice que no tiene poder para salvar de injuria al Papa el gobierno del rey italiano, que no pudo salvar de ella los restos de Pío IX: que ya no respeta la autoridad pontificia el pueblo de Roma, y el pueblo está cercano siempre de intentar esclavizar la autoridad que no respeta: que en caso de guerra de Italia y un pueblo extranjero no podría el Papa, que de fijo tendría relaciones en ese pueblo, porque las tiene en todas partes, comunicar con sus fieles, porque sería esto visto como traición a Italia: que el Pontífice debe gozar de libertad bastante para que, como quien usa de derecho propio, pueda entenderse por sí y sin intermediario con los católicos todos de la tierra.

Los amigos de la nueva Italia quieren a Roma para Italia, y brindan en altas voces con sus más hirvientes vinos porque la que fue ciudad de los emperadores, sea la casa perpetua de las ideas democráticas, emperatrices nuevas. Y los amigos del poder temporal quieren que vuelva a ser la gran ciudad, privada hacienda del Pontífice, y que las tierras que la rodean sean tierras neutrales, en neutralidad mantenidas por la vigilancia de los poderes de Europa; y que el rey Humberto pliegue mansa y humildemente la triunfante bandera, cuya asta luciente quebró en pedazos la cerradura de los calabozos pontificios.

Ya se susurra, con visos de verdad, que están en tratos el Quirinal y el Vaticano, que pueden ir hasta que el Pontífice y el rey acuerden llamar a consejo a las naciones todas de Europa, y someter a ellas la decisión del problema romano. Ya se niega con ira por los amigos del rey noticia que así pone en tela de juicio la hazaña difícil y la obra singular del pueblo de Italia, y de su propio padre. Ya dicen al rey los pontificales que no puede ser guardián ajeno el que no puede serlo de sí propio, ni mantener en respeto del rey de la Iglesia al pueblo romano,

el que no sabe mantenerlo en respeto del rey de la nación. Y ora se señala a Salzburgo, como lugar de refugio que el Pontífice elige, no sea que pongan en él las manos locas los coléricos romanos, enardecidos por la lucha violenta que comienza; ora se renueva el rumor de que no irá León XIII a Salzburgo, como se cuenta,—ni a los Estados Unidos, donde él anhela ir, por dar vuelo a la fe, y atraer ovejas con su mansedumbre, y con su pompa al rebaño católico,—sino a Malta, en que le dará alejamiento de buen grado la cortesía inglesa.

“¡Guarda!—dicen los italianos—que no volverá a Roma, sino a sentarse sobre nuestros cuerpos exánimes, el Pontífice que salga de Roma.”—“¡Guarda!—dicen serenos los amigos del papado—que hubo pontífices que abandonaron disfrazados la ciudad, y otros que no la ocuparon nunca, ¡y he ahí la Santa Sede en Roma!”

Y Humberto, en tanto, ganoso por una parte de ahorrarse la batalla a que le empuja un anciano a quien respeta, y a quien tal vez ama, cruza agitado sobre su caballo de cazador los sotos vecinos, como si le guiase espíritu de cólera,—mira ceñudo a los pueblos que rumian modos de poner en vergüenza y en guerras a su pueblo,—y aumenta sus soldados.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 24 de marzo de 1882

FRANCIA

Poetas nuevos y poetas viejos.—Augusto Barbier ha muerto.—Los terribles “Yambos”.—Los “Yambos” y la Academia.—Barbier, Musset, Gautier, Hugo.—Victor Hugo protesta contra la sentencia de los nihilistas.—La fiesta del patriarca.—Versos de Coppée, de Manuel y de Gramont.—¡Gloriosos ochenta años!—Un pesar de Mme. Edmond Adam.—La abrogación del Concordato.—Parvada de hechos

Nueva York, Marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

¡Qué generación ilustre de poetas, aquella a que ahora reemplazan Coppée agraciado, Déroulède impetuoso, Delpit atrevido, Manuel grave, Mendes cincelador, Sully profundo! ¡Qué generación de gloriosos rebeldes, aquella que se desciñó de la frente, como si se desciñera un yugo, la peluca académica, y mantuvo con brío que los cabellos abundantes de los jóvenes deben llevarse al aire para que los oreen los vientos, doren las llamas y fortifiquen las tempestades de la vida,—mas no encerrarse bajo la peluca polvosa de Laharpe, hecha a cubrir cabezas sin cabello! Porque no está sano el espíritu académico en vestir de formas arcaicas pasiones y creencias de épocas pasadas; sino de hablar puramente cosas nuevas. Y acaba de morir en Francia uno de aquellos robustos luchadores, que puso tanto oro en su primera lanza de batalla, que no pudo hallar luego, para las batallas nuevas, lanza de oro. Las almas, como las cuerdas, vibran y estallan. Acaba de morir Augusto Barbier, que escribió los “Yambos”. Luego escribió “Il Pianto”, “Lázaro”, “Las Silvas”, “Con los poetas”; pero aquella magnífica rudeza, aquel sacro ardimiento, aquella honestidad viril, aquella heroica cólera de los “Yambos” de 1830,—no señalan aquellas iras artificiales con que el poeta se empeñaba penosamente en mantenerse a aquella altura súbita a que le encumbró su ira real. Nació Barbier—en lo que anduvo afortunado—en época en que de las revueltas humanas habían surgido cosas nuevas, que herían los ojos. Miró y segó lo nuevo.

¡Grandes poetas nacen, en tierras donde lo que existe está ya cantado, o no es digno de cantarse, y mueren silenciosos y desconocidos, lleno el seno de tormenta, ahogados por sus cantos! Niégase el caballo noble del *sheik* a que le cabalgue el *felah* mugriento, como si hiciere ofensa a su

hermosura el ruin jinete; y las almas jóvenes y virtuosas, nobles como el caballo del Egipto, se sacuden, como se sacudiría la mano del felah, las vilezas que, apenas salen a la luz, les echa encima la vida. Los "Yambos" de Barbier fueron corceles árabes, en el garbo, en la armonía de sus contornos, en el fuego de la mirada, en lo deslumbrador de la carrera, en el brío de la mordida. Fueron el choque de un alma virgen y una nación vetusta; fueron el himno de guerra de los hombres jóvenes. Ni a Arquíloco ni a Aristófanes echaban ya de menos los franceses, porque había un poeta de veinticinco años que, como Aristófanes, ponía el dedo acusador en la frente de los culpables, y les flagelaba las espaldas con sarmientos de acero como Arquíloco. André Chénier había sido tan vigoroso como Barbier, pero más culto. Y no cauteriza bien mano blanda de dama, sino mano montuosa de herrero. La lengua de Augusto Barbier era a la par brutal y melodiosa: sus versos no eran angelillos retozones, ni damiselas de corte, sino jueces y profetas. De la victoria aspirada brotaron las "Mesenianas" de Casimiro Delavigne, que llenan el alma de veneración y de tristeza, y ponen en la faz palidez grave, como si se saludara a los vencidos: de la libertad ofendida brotaron los "Yambos". Los poetas, como las lonas de los buques, se hinchan con los vientos.

No hay en tiempos bonancibles poetas grandes. Ni hay tiempos agitados sin poetas; cada gran suceso halla un gran cantor. Mas no puede haber cantor grande allí donde no hay sucesos grandes. Y luego de los tremendos "Yambos" que no fueron por cierto como aquellos risueños e ingeniosos con que la hija de Pan y de Eco consoló a la tristísima Ceres, sino como manojo de llamas que el poeta colérico sacudía en la faz de los malvados y de los hipócritas,—se dio Barbier a estudiar, no ya en la vida, generosa maestra, sino en libros, maestros muertos. Su genio debilitado por su primer esfuerzo, se reencendía a veces al sol de Italia, o al calor de la indignación, este otro sol. Hasta que al fin, con asombro y pesar de los que habían visto en los "Yambos" a un poeta desembarazado, nuevo y viril, vino a ceñirse Barbier la peluca de Laharpe. Y no fue ya su musa como aquella madre de los campamentos galos, que con la profecía sacra en los labios, y la rama del muérdago en su mano, guiaba desnuda de pies y de cabeza a las huestes heroicas de sus pueblos, sino dama de letras reposada, temerosa del sol y de la nieve, trocada de color a puro afeite, que cultiva, entre ancianos almidarados y risueños, flores de ingenio al fuego de la estufa. Y el corcel árabe se trocó en pacífica hacanea, en la que cabalgaba sonriente, en su traje de sedas antiguas y abalorios, la acariciada Academia. "Llora,—decía Chénier a

la virtud,—llora si muero!" Y aunque si no en cuanto a vida, que él llevó muy recogida y muy austera, estuvo en cuanto a letras, a punto de ser como aquellos a quienes él había flagelado "zascandiles que bailan sobre la frase",—salta a la muerte de Barbier a los labios aquel verso suyo en que él decía que "su verso rudo y grosero era en el fondo hombre honrado". El era uno de los de la generación briosa. Sintió y habló, y fue grande. Se es grande en razón de la suma de sentimiento que se pone en lo que se habla.

El genio perfecto, como el sol, deja la tierra fecunda cuando se aparta de ella. El genio incompleto, el genio mental, el genio que tiene las alas en la frente, pero que no tiene los pies en el corazón, centellea y deslumbra y deja la tierra lóbrega, como la luz de los relámpagos; Barbier cantó, —no "en aquellos días de mala estrella para el canto" como dijo Bayard Taylor de los del poeta Bryant,—sino en aquella época, venturosa para las artes y las letras, en que, a modo de heraldos gentiles de los tiempos nuevos, tañía Alfred de Musset su lira de oro, colgada de rosas marchitas y de enebro, y de su guzla esmaltada y obediente arrancaba Teophile Gautier canciones vibrantes y amenas, y de su arpa olímpica, por entre cuyas cuerdas vuelan águilas, hacía brotar la poderosa mano de Hugo versos luminosos y terribles, que ora hendían la esfera como rayos, ora se despeñaban con estruendo, como lluvia de piedras encendidas que arrojaban sobre los hombres culpables los dioses coléricos. Barbier lució en aquellos días en que Gautier pedía que la rima no fuese un zapato cómodo, en el cual pudiesen entrar sin trabajo pies grandes y pequeños, —y Musset veía la luna sobre una torre, como el punto de una i sobre la i,—y Hugo, como para celebrar los veintiocho años que cumplía entonces, ponía en escena, como titán que había de poner espanto y rota en tierras de pigmeos, a su robusto "Hernani".

He ahí una mano generosa, ya que no sabe escribir más que la palabra suma: amor. He ahí un anciano resplandeciente, en cuyos ojos tristes y centelleantes se adivina el noble menester del alma humana de quitarse sus ropas de tarea y vestirse en la región de la luz serena su manto de triunfo. ¡Los que han derramado sangre tendrán que volver a la tierra a borrarla con sus lágrimas! Sólo tienen derecho a reposar los que restañan heridas,—no los que las abren. Y Víctor Hugo hace misión de restañar heridas. Hombres hay que no darían limosna a un pobre por no descomponer, con el ademán de dar limosna, su andar gracioso. Gentes hay que sofocan todos los movimientos de su corazón, y no le dan suelta hasta no ver si cuadran a la comunidad que les rodea.

Hugo ama y tiembla, y se espanta de ver matar, y cuando ve las manos febriles del verdugo enarbolando los maderos del cadalso, extiende hacia el juez duro los brazos generosos, y le pide, en nombre del Dios que crea, que no niegue a Dios y no destruya. Y dirán de él que es pedidor frecuente, y que prodiga sus clamores, y que ya va siendo uso que no haya crimen de otro sin protesta de él. Mas no se vive para ser aplaudido por los egoístas, sino por sí mismo. Es tal y tan inescrutable maravilla una existencia humana que bien merece que se intente su salvación, a trueque de parecer intruso o soberbio a los censores. No hay cosa que enoje a los hombres vulgares como las acciones extraordinarias que les ponen ante los ojos de relieve su propia incapacidad para ellas.—Por eso tiene la verdadera capacidad tantos enemigos. Víctor Hugo acaba de publicar una veheméntísima plegaria, en que ruega al zar de Rusia poderoso, que eche abajo el cadalso que espera a los fanáticos políticos a quienes su tribunal ha sentenciado a muerte. Si el zar intenta, a lo que dice, darse a la cura activa de las miserias de su pueblo, ¿por qué poner la mano de la ira sobre los que obraron erradamente, llevados del anhelo de curar esas miserias populares? Más culpables son los delitos por la intención que los engendra, que por el modo con que se cometen. Los crímenes no aprovechan a la libertad, ni cuadran a estatuas blancas, manos rojas. Pero ¿no son coautores de esos crímenes nihilistas la resistencia a conceder lo justo, y la impaciencia infructuosa que lleva, en vez de acelerarlo, a hacer vergonzoso y tardío el triunfo de la justicia? Perdonar es desarmar. Los patíbulos truecan en mártires a los fanáticos políticos. Su propia sangre, derramada por el verdugo, va a borrar la sangre ajena con que mancharon sus manos. La clemencia inesperada hará más bien al zar que la mortandad siniestra. ¡Ha de tenerse en cuenta que los montones de cadáveres son luego el pedestal de la venganza!

Y ¡qué día tan hermoso, el día 25 de febrero, en que cumplió Víctor Hugo ochenta años! París es como la familia del anciano. Juana y Jorge los nietos del poeta, tienen un padre en cada parisiense. Se sienten aquellos hombres agradecidos como los hijos del poeta. Un año hace, bien se recuerda que se colgaron de banderas alegres los arcos de la villa, y en los umbrales de la casa del anciano plantaron manos amigas un laurel de oro y ante su casa austera, señalada aquel día como lugar de peregrinación, pasaron con flores en las manos, y vítores en los labios, y lágrimas en los ojos, docenas de millares de hombres. El anciano, con sus dos brazos apoyados sobre los hombros de sus trémulos nietos,

lloraba silenciosamente. Sus labios temblaban como hojas de árbol a aire bonancible. Lucía su rostro, cual luce la nieve de súbito iluminada por el sol. Pusieron a sus pies alfombras de palma. Colgaron las paredes de su casa de coronas. ¡Oh, qué versos debieron fraguarse ese día en el pecho del anciano! ¡Tan hermosos debieron ser, que no pudieron hallar forma en los labios! Sólo los seres superiores saben cuánto es racional y necesaria la vida futura. Pues vivir, ¿qué es más que ser águila, encerrada en ruin jaula, en que viven a par búhos y palomas? ¡Ha de venir la atmósfera radiante donde puedan, camino del sol, volar las águilas!

Este año, fueron fiestas más íntimas. En los teatros, himnos de los poetas, y del pueblo, juez y poeta. En la casa, allá en la que se llama hoy Avenida Víctor Hugo, muchedumbre de amigos, que van a nutrirse de juventud en el espíritu de aquel anciano, muchedumbre de colegiales, a quienes pareció mayor honor ver “al maestro de frente poderosa”, que el honor de haber sido soldado a las órdenes de aquel “corso de cabellos lacios” de Barbier, en el sangriento día de Austerlitz. La Comedia Francesa abrió sus puertas sacras a la multitud que se entró por ellas a raudales, a gozar de la representación gratuita de *Hernani* famoso, que en honra del que desentrabó y renovó el teatro de Francia, daba la casa de la Comedia, que es templo del teatro. Ni a Esquilo ni a Shakespeare ha igualado Hugo, pero es Esquilo y Shakespeare del teatro francés. Entró en la escena de godo formidable, armado de casco poderoso y de coraza reluciente, que postró a los golpes de su hacha de armas recias, y humilló con sus pies calzados de sandalias de oro, a la muchedumbre de regocijados autorcillos, de cabellera empolvada, zapatos de raso, y linda chupa de seda de colores.—¡Qué vítores, cuando los concurrentes a la Comedia descubrieron en el fondo de un palco al poeta, sentado entre la linda Juana y el pensativo Jorge, que parecen ramas endebles, que perecerán cuando perezca el tronco, y que platicaban cariñosamente con Paul Meurice, brillantísimo ingenio, y con Augusto Vácquerie, poeta grave, y magno caballero de la prensa! ¡Qué vítores cuando el arrogante actor Mounet-Sully, de mirada fogosa y voz ardiente, recitó ante el busto de Hugo unos versos amables de François Coppée, en que celebra a la naturaleza pródiga que ha dado a su poeta bondadoso, brillador y osado, la noble edad del roble que resiste, del águila que vuela y del Sol que alumbra! Y luego acabada ya la fiesta del teatro, la muchedumbre rodeaba enajenada el carruaje del poeta, y gritaba ¡Viva Hugo!

En aquel mismo día, representaron los actores de la Gaité el drama conmovedor que Paul Meurice ha hallado en aquellas páginas del “Noventa y Tres”, que es libro que parece hecho de mano de gigante, y luego del drama, Eugéne Manuel, el amigo de los débiles, celebró en versos profundos y apasionados a aquel que ha previsto y presionado todo lo que los hombres aman hoy y sueñan y es cada día más grande y más bueno y lleva en sus pupilas claras cosas eternas, y abrió el siglo y debe cerrarlo, para que diga, con sus últimas voces, cómo se ha de amar. Y en el Odeon, que es teatro hermoso, se leían versos de Louis de Gramont que ha traducido a “Otelo”, y que, con acentos de hijo, loaba aquel que, nacido en época de grandes, ha sobrevivido a todos, porque fue más grande que todos. Y allá, en su casa hospitalaria, recibía el poeta de manos de los que prepararon la fiesta en su honor un año ha, una copia en bronce del “Moisés” de Miguel Angel, aquel hombre de bronce, y les decía en pago que aceptaba aquel presente con ternura, “y en tanto que llegaba aquel otro presente que es el más grande que el hombre puede recibir: la muerte”. Y como fatigado viajador que ampara el cuerpo cansado de los viajes en un puerto humilde y amigo, decía que viviría en sus nietos, y los legaba a aquellos que le oían, a que se los amasen y se los protegiesen. Y los que le oían se agruparon en su torno, como hijos que quisiesen sacar vida de sí, y quedar sin vida, por prolongar con ella la existencia gloriosa de su padre.—¡Horas de sol, tan gratas para el alma perturbada! ¡Espectáculo extraño, que acusa la mejora del espíritu, el de esos hombres enamorados de su apóstol! Flagelar a los apóstoles ha sido uso: no amarlos.

Ese goce hubo para Hugo. Y para la señora Edmond Adam ha habido un pesar. Es su casa palacio, taller de ideas, y como casa de la patria. Y es la señora amiga de las artes, por lo que, temerosa de que no bastasen al mantenimiento de su casa afamada, en que las ideas nuevas tienen una sacerdotisa digna de ella, los réditos de su caudal abundante, arriesgó gran porción de éste en juegos de Bolsa, de cuyos azares se suponía conocedora, por la amistad que la une a los poderosos de la política y la Banca, que influyen en ellos. Y se fue de viaje, y al volver se halló en grandísimas pérdidas, que hacen creer que no podrán ser ya, como eran, suntuosamente hospitalarios sus salones, y cuyo monto, que fue suma alta, ha pagado la dama perdidosa con singular fidelidad. Ha de sentirse ese capricho injusto de la fortuna. No es la señora de Edmond Adam, señora pretenciosa, ni dama empeñada en ahombrar damas,—que será en vez de enaltecerlas, rebajarlas y afeirlas,—sino espíritu ardiente,

levantado, a quien fueron concedidos a la vez la serenidad que conforta, el genio que guía, y la honestidad que ampara.

Y ahora viene esa parvada de hechos brillantes y curiosos que hacen siempre sorprendente, y siempre amable y nueva la vida en París. Al amor de una misma lumbre, hablan los concurrentes a un salón del libro nuevo del elegante De Cherville, que escribe “desde su jardín” cartas instructivas y sabrosas; celebran el éxito no amenguado de *El señor Ministro*, que es la novela última de Jules Claretie, y loan de paso las conversaciones seductoras que sobre la vida en París mantiene animadamente este poeta trabajador con los lectores de *Le Temps*, que es diario bueno; lamentan que no haya parecido cosa notable el baile *Namouna* en que Lalo, que escribe excelentes sinfonías, ha hecho más música de ciencia que de baile;—cuentan entre coros de risas el argumento de *Una Perla*, comedia nueva que no es para memorada entre nosotros, a pesar del éxito extraordinario que en París alcanza, porque cuenta cosas de Boccaccio que allá parecen naturales, y son diarias, y en la honesta Caracas parecerían como atentados al decoro.

Y en otra sala se habla de que la Cámara de Diputados tiene decidida la alteración, si no la abrogación del Concordato que viene ligando a Francia y a la Iglesia a deberes que una y otra desdeñan, o cumplen de mal grado; y se cuenta cómo la Cámara, con el aplauso del Gobierno, decidió por trescientos cuarenta y tres votos contra 139, el estudio atento de la proposición del diputado Boysset, que quiere que el Concordato sea abrogado; lo cual dejaría a la república en condición de obrar sin trabas y de frente, y no como obra ahora, que cuanto hace es falta, porque rige un compromiso entre el poder civil y el eclesiástico, que viene siendo ley desde el mes mesidor del año IX de la República, en que lo ajustaron el Papa de entonces y el Primer Cónsul, y al cual, en tanto que no lo revoque el poder que lo otorgó, ha de estar, de buen o mal grado, la república sujeta. Y diputado ha habido, que fue Jules Roche, el cual entrándose por una hendidura del Concordato que le pareció vulnerable, pidió la supresión inmediata de cuarenta y una diócesis, a lo cual se oponen los pensadores republicanos, porque creen que es tener en poco la grandeza de las instituciones de la república procurar su triunfo con artes menudas de gabinete y pasadizo. Creen que la república debe querer bravamente lo que quiere, y decirlo en voz alta y campo abierto, como cumple a gentes honradas y leales, mas no ir arrebatando con argucias el poder que juzga haber menester para su existencia: lo que

valdría tanto como querer hacer magnífico palacio con los materiales que arrancasen a las paredes vecinas uñadas de raposos. No zorras, sino águilas, ha de llevar tras de sí el carro de la República.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1 de abril de 1882

53

ITALIA

Fiestas y duelos.—El bravo Médicis.—Giovanni Lanza.—Humberto y los italianos.—Carnavales sangrientos.—Caballos y bujías.—El diario del canónigo rebelde.—León XIII y su secretario.—Cardenales nuevos

Nueva York, Marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

De grandes fiestas y grandes duelos ha estado estos días Roma. En el Vaticano andan los ánimos sobresaltados. Los romanos celebraron cariñosamente el día de San Humberto. En los carnavales hubo fiestas bárbaras. Y ha muerto Médicis. Y ha muerto Lanza.

Era la hermosa cabeza de Médicis como hecha para rematar el cuerpo de un buen soldado de la libertad. Era blando en la paz como conviene a quien sabe ser fuerte en la guerra. Los hombres sólo son pequeños cuando los fuerzan a serlo las circunstancias en que nacen o existen. Se magnifican, apenas les rodean circunstancias magnas. Decidió Italia ser libre, y rehacer la obra que desde la caída de Roma había sido deshecha, y Garibaldi y Médicis fueron soldados. Ellos batallaron juntos; ellos cabalgaron a la par por las llanuras argentinas en que los bravos de la Banda Oriental revolvían sus caballos entre las masas de soldados de don Juan Manuel de Rosas. Ellos libertaron Sicilia; ellos defendieron a Roma, y luego que la vieron libre, y cabeza del reino, pusieron sus espadas, quebradas por el puño, del lado de la paz. Hay espíritus blandos que se rizan como la superficie de los mares, a unos y otros vientos, y van donde va el aire; y hay espíritus tercos, en que, una vez que una idea arraiga, truécense en raíz de árbol, que no se arranca sino rompiendo con su empuje la tierra que la oculta. Así Médicis, espíritu terco. Sintió que debió amar la libertad, y se dio a ella como se da un can a su dueño. Nació en Milán cuando Milán era de austríacos, y de ver a su madre sierva de aquellos dueños, le poseyó un amor vivo a su madre, y un grande odio a los dueños. Previó que su brazo habría de defender a su patria, y se marchó a tierras extrañas, donde se batallaba, a educar su brazo. El, hijo de duques, se hizo en Portugal catador de Oporto. Peleaban

en tierra española liberales contra carlistas, y él ganó fama en Cataluña y en Valencia de bravo oficial contra los soldados de don Carlos. Era Buenos Aires, en tiempo de Rosas, mazmorra ensangrentada, y él fue a golpear, con el puño de su sable, a la cabeza de los "colorados", los muros de la mazmorra. Resucitó en Francia, donde siempre que es ahogada, resucita la idea libre, y, llevados de aquellos aires de 1848, dieron al mar Garibaldi y Médicis la barca "Esperanza", y alzaron en sus mástiles con alegría y fe heroica la bandera de tres colores de la patria que iban a fundar. ¡Cuánta derrota gloriosa! ¡Cuánta victoria maravillosa! ¡Cuánta serenidad en la desventura! De caer, no se tomaban más tiempo para embestir, que el de sacudirse el polvo de la caída. En Novara los vencieron, y como acababa de alzarse entonces Roma en república, fueron a Roma. Fortalezas tenía la ciudad contra las armas de Francia que la asaltaban, mas no fue ninguna tan recia como el pecho de Médicis. Dos veces le hirieron, y él hirió más de dos veces. Tras aquel mes de junio de 1849 que fue mes de hazañas y estéril defensa, cayó Roma, y fue vencido Médicis, que, once años más tarde, luego de que Garibaldi había puesto en tierra de Sicilia sus mil y un soldados legendarios, llevaba a los sicilianos cuatro mil amigos, y tomaba a Mesina, organizaba la milicia de Palermo y maravillaba en los campos de Volturmo, y ayudaba a rendir a Capua. Si le invitaban a rebeliones interiores, negaba su brazo a los soldados de oficio. Si se guerreaba con Austria enemiga, en 1866, batallaba contra Austria, y ganaba las batallas de Seveso y del Borgo. Como amigo le amó Víctor Manuel, y le tuvo por jefe de su casa y como a padre le miraba Humberto, que dejó en sus manos leales el cuidado de la casa real. Fue brazo y no cerebro. Fue virtuoso como una roca es dura. En batalla no lo hubo más bravo. Cerraba por entre los enemigos, clavaba en sus cañones la bandera de los libres, resplandecía como héroe griego.

Y murió Giovanni Lanza, que ayudó a Víctor Manuel a crear la Italia nueva. Estudió para curar males de hombres, pero le sacó de sus estudios el anhelo de curar los males patrios. Turín le tuvo entre sus estudiantes rebeldes y animosos; el Piamonte sintió antes su energía en sus destinos, que él en sus labios el bozo; Cerdeña, que reunió en los tiempos del triste Carlos Alberto su primer Parlamento, hizo presidente de él a Lanza. Fue ministro con Cavour, con de Mármora, con Sella. Puso los ojos en Roma, y ayudó a su rey a que pusiese en ella sus ejércitos. Fue constructor en esta época que se señala por el número excesivo de los que destruyen. Llevó al pecho, por haber auxiliado a crear a Italia, el collar de la Orden

de la Annunziata, que es orden de reyes. Y ahora que ha muerto, el pensador Minghetti, el elocuente Crispi, el polemista Bertí dieron a la Cámara sus méritos, y se vistieron de lienzos negros, para dar honra a aquel de quien la hubieron, la mesa presidencial y el banco de los ministros. ¡A cuán mala hora muere este hombre que supo crear, y aquel hombre que supo defender! No quieren los pueblos fuertes que se alce, en mitad del mar del sur, esta nación gallarda. La acosan, la amenazan, la minan, la aíslan. Bien hacen sus hijos generosos en posponer, para cuando la patria esté en asiento formidable, sus querellas y afanes domésticos. Bien hace el rey marcial en regir blandamente a su pueblo sensato que le acompañará, como a cruzada de la libertad, a la pelea en que los pueblos fuertes quieren sacar a prueba el brío de los vasallos del monarca joven. Es buena fortuna de este rey, de ir con su pueblo, en estos tiempos señalados por la lucha decisiva de los pueblos y sus reyes.

Así estuvo de gala la inquieta Roma el día de San Humberto y parecía sala de fiesta el corso, muy lleno todo de alegres banderas, y la plaza de Venecia y la de San Lorenzo lucían al aire coronas y pabellones, como para poner en el olvido la escena terrible que pocos días ha, dejó llena de sangre de niños y de hombres el pavimento de las plazas.

Fue el carnaval romano, no ya risueño y famoso, y gala de grandes, y días de buen chiste, y de ver damas, y de lucir carrozas, máscaras, corceles e ingenios,—sino este carnaval nuevo en que las clases llanas hacen nivel de la careta, y toman venganza ruda de los favorecidos del nacimiento o la riqueza, y sacan del disfraz valor para poner en público su ira. Y ya no pasean por bajo los balcones, cuajados de prelados y de damas, aquellos cortejos singulares de caballeros de la ciudad, y artistas alegres, y viajeros ricos, empeñados en lides de donaire con las romanas risueñas, que los cubrían de hojas de flores,—sino que corre riesgo de salir codeado, azuzado, ofendido, vejado, el que por su malaventura se echa a andar en esos días de carnaval por entre la muchedumbre descocada y desenvuelta que repleta el corso. Este año tuvieron los carnavales fin sangriento.

Aboliéronse, y repusieronse, aquellas terribles carreras de caballos, para las que eligen potros sin domar, cuyas cabezas nobles coronan de penachos, y a cuyo vientre aprietan cincha estrecha, de la que cuelgan bolas de acero erizadas de agujones, que al lanzar a la carrera los azorados potros, les flagelan y sajan los ijares, y los empujan, como si fueran despeñados, por entre las aceras henchidas de curiosos que con vocerío ronco y salvaje saludan de uno y otro lado del corso el relinchar,

el cocear, el rebramar de los corceles frenéticos y enfurecidos, que van a dar al cabo en la plazuela de Venecia. ¡Oh, y qué espanto este año! Un desventurado que no se refugió en la acera a tiempo cayó a tierra revuelto con un potro; sobre éste, cayó otro de los animales desbocados; recularon al verlos, heridos de terror, sus compañeros, y se entraron de súbito por la ancha masa humana, que rompió en alaridos espantosos, y se esparció, como huyendo de lava de volcán, por las calles vecinas, en tanto que en el balcón desde donde veía la fiesta la reina, caía una de sus damas desmayada, y, ya rendidos los corceles, se alzaban de tierra, expirantes, a niños pequeñuelos, a hombres y mujeres. Masa informe hicieron los cascotes de los caballos de la cabeza de un guardia infeliz. Y a poco ¡qué algazara en la plaza de Venecia! Ya no veía la reina Margarita desde su balcón la fiesta de las bujías de carnaval, en que es el juego ofrecer las bujías a que los transeúntes las apaguen y hurtarles de ellos, en tentar apagar las de otros; y Humberto conmovido estaba no en palacio, sino a la cabeza de las víctimas; pero allí donde los caballos feroces pusieron miedo y muerte, allí bullían las gentes, que llenaban el aire de risas y júbilos, y serpeaban las luces fugitivas por entre la masa boxeadora, y que al dar la medianoche, se echó como río en mar, en la plaza gigantesca, donde entre vítores estruendosos, la efigie de Carnaval, quemada a esa hora, moría chisporroteando.

Y hoy se clama porque esa usanza bárbara que llenó de horror a Roma, sea para siempre abandonada. Y el pueblo lee ávido, los rudos artículos en que *La Opinione* lo demanda. Y estas voces de diarios van unidas a las que anuncian que va a publicar un diario nuevo el canónigo rebelde de San Pedro, que abjuró de su fe y abandonó su canonjía. y tomó puesto entre los clérigos protestantes, que reciben con gozo al mundano y elegante conde Enrico de Campello. Y dicen que su diario va a llamarse *Il Lavaro*, y a decir mal de la Iglesia romana, de la que cuenta el conde raras cosas, y a decir bien de la Iglesia Protestante, con cuyos dineros va a imprimir su periódico el canónigo, de quien narran las lenguas oficiosas cuentos de abad frondista, que le muestran de antaño aficionado más que a cantar horas de coro, a pasear con hábitos seglares entre las turbas de la plaza de Colonna y ver las comedias burdas y zarzuelas salpimentadas que sacan a las tablas los actores alegres del teatro de la Alhambra. Por lo que no parece que preocupe tanto al Vaticano la creación del diario de Enrico de Campello, cuanto le preocupa la sátira recia e implacable de ese otro diario afamado que se llama *Fanfulla*, o del otro no menos famoso, *Capitán Fracassa*.

Y del Vaticano se cuenta que no están en paz el cardenal Jacobini y el Pontífice. porque éste declara que le tiene fatigado la ineficacia de la política benévola que trajo a la Iglesia con su advenimiento, y el cardenal mantiene, que de armarse en guerra ahora, no tendrá bienes, sino daños graves, la Iglesia. Pero publica León XIII su encíclica, en la que mueve vehementemente a los obispos de Italia, a que batallen por el poder temporal e independencia inmediata del Papado, y vean de librarlo de la tutela que le enoja. Y como Von Schloezer, que es el enviado de Alemania, no sale del Palacio, júzgase que el Pontífice tiene el apoyo del imperio, ganoso hoy, tanto como de atraerse votos de diputados clericales, de mover disturbios en la nueva Italia, porque no llegue a ser pueblo robusto, de cuyo poderío no viniera bien a los germanos. Y ya se cuenta que va a crear el Papa nuevos cardenales, y se dice que uno de estos ha de ser el reverendísimo Mac-Cabe, que en Dublín hace de arzobispo y lucha grandemente contra los caudillos de la liga agraria en Irlanda, que quieren que se revise en las tierras irlandesas el modo de poseer, por cuanto no parece bien que un puñado de señores de otra isla, posea toda la tierra y vivan malamente los esclavizados naturales, cuya labor no basta a pagar al señor arrogante la renta de las tierras. Dicese que los arzobispos de Sevilla y Argel y el patriarca de Venecia, contarán entre los nuevos cardenales. Y como mira el Papa con ojos amorosos a la rica y fiel Iglesia de Norteamérica, ya andan contentos los católicos de Baltimore, porque su obispo va a recibir, como recibió el de Nueva York, gracia del Papa.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de abril de 1882

54

ESPAÑA

*Los salones de Madrid.—Danza e intrigas.—Don José Moreno Nieto.—
Un orientalista.—Ya se abren las Cortes.—Iras en Cuba*

Nueva York. Marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ni Madrid puede ser lúgubre, ni lo ha sido en verdad este invierno. La corte ha estado alegre, y de baile han estado los cortesanos. Estos meses de febrero y de marzo son meses de tertulia y saloneo, y de anudar amores y preparar cábalas, y de platicar de damas y caballeros sobre las cosas más bellas de la vida y los problemas más arduos del Estado. Que París tiene a la señora de Edmond Adam, y Madrid a la señora de Buchental, que no va a la zaga de la dama francesa en elegancia, riqueza e ingenio. Y los parisienses celebran a la marquesa de Galliffet, que parece que da de la vida que le sobra a su hija que hubo vida de ella,—y los madrileños tienen para celebrar a la hermosa compañera del general Serrano, cuyos sectarios elegantes hacen cruel mofa, ante la hermosa dama que sonríe, de la manera llana y novicial con que trata a los amigos de su esposo la compañera del general Martínez Campos. Y en verdad que al entrar por la casa del general Martínez Campos parece que se oyen voces ásperas, y al subir las anchas escaleras de la casa del duque de la Torre, parece como que halagan el oído voces melodiosas. La hermana de Castelar, de ancha frente, inteligencia viva y modestos hábitos, oye en su salón concurrido cómo se hablan, a manera de hermanos que se echasen en cara las faltas a la madre, los jefes de los más opuestos bandos, que reñirán mañana en cortes, como hijos que clavasen con mano desatentada en el seno de la madre aceros profundos.

Dice bien de España este odio al odio. Los cabecillas de los bandos se pondrán a punto de morir; pero una vez a este punto, darán su vida por salvar del riesgo a que los han expuesto a sus rivales. España llegará al goce de la libertad sin aquella depuración enorme y tremenda de la República Francesa. Defendió la libertad con brío, antes que el resto de

las tierras, y merece gozar de la libertad en más paz que ellas. En los salones del conde de Casa Sedano, que es como un Morny de Cánovas, que salió de Cuba quince años ha, elegante y travieso, y es hoy en la corte de Madrid, señor de cuenta y conde de casa, que es un género novísimo de condes,—úrdense, en tanto que la mocedad danza, las tramas en que ha de hacerse escollar a Sagasta avisado, el cual agrupa en torno suyo séquito numeroso de hombres graves y atentos y decidores arrogantes e impacientes que desteejen con manos destrísimas las tramas que manos blancas y manos rudas tejen en la casa del Conde. Todo es bailar, o ir de teatros, en estos meses que anteceden al de Semana Mayor, en la cual saldrán a lucir las damas madrileñas sus sayas de medio paso, en seda verde, roja o amarilla, y sus chapines breves que parecerán cisnecillos de colores, y sus mantillas blancas, y abanicos luengos, y lánguidos ojos —porque es en esos días moda recogerse el cabello en alta torre, prendida con calados peines de carey muy fino, e imitar en un todo el garboso vestir de las señoras de la corte de aquel, sobrado benigno, monarca don Carlos IV de cuya corte fue rey el atrevido Godoy, esclava la desleal María Luisa, y pintor el glorioso Goya.

En esas alegrías andaba Madrid, cuando moría, en su casa humildísima, un hombre valioso: don José Moreno Nieto. Era hombre dotado de fuerza primaria. Creyente por benévolo, era rebelde por instinto. La fe que él creía su consuelo, era su tormento. La fe, como vigía avaro, apagaba en su mente toda luz que encendía en ella la razón. Fue Moreno Nieto uno de esos veedores perspicaces, a quienes es dado analizar con sus ojos clarísimos, todos los datos de un problema, y fibras de un cuerpo: mas no fue, o porque no le alcanzó la mente, o porque se lo estorbó la convicción filosófica, uno de aquellos constructores osados, y mejoradores briosos, que ponen mano en lo carcomido, y en alzar sobre sus ruinas edificio nuevo.

Era de ver cuando analizaba en aquellos sus discursos afamados algún conflicto grave de estos tiempos nuestros con qué pasmosa agilidad movía la mente y se entraba por entre los aspectos del problema y los iba desenmarañando y apartando, y daba al fin con todas sus raíces; mas era de apenarse luego, cuando al punto de indicar maneras de mejora a aquellos daños que había puesto de relieve, vacilaba y cejaba, como si tuviera miedo de investigar o de decir, o como si esa falsa conciencia que se suele aprender en libros y en escuelas, sofocase las revelaciones luminosas de su conciencia espontánea y real. Terminaba puerilmente lo que comenzaba grandiosamente. En analizar fue pujante; en presentar,

no tuvo rivales; en decidir, fue tímido. Otros luchan con los demás; Moreno Nieto luchó contra sí mismo. Era su palabra abundantísima: es fijo que a no ser por aquella su bondad excesiva, o por aquellas indecisiones y tormentos de su juicio, hubiera parecido uno de los más grandes oradores de su tiempo. Pero las oscuridades de la mente entorpecen las palabras, que salen turbias y desmayadas a los labios. Es preciso creer firmemente en aquello en que nos empeñamos que otros crean. Fue Moreno Nieto rector de la Universidad, y no ponía más cuidado en dejar pagado de su bondad al más venerado maestro que al más humilde discípulo. Hablar con él, era sacar lección de cortesanía. Tuvo en política, por las alturas en que andaba su mente, importancia de juez; y por su benevolencia y honestidad, cargo de conciliador. En saber, tuvo iguales, mas no superiores. Parecía su mente espejo, que retrataba lo que veía. Gustaba de ver sus discursos en letras grandes, y con anchos márgenes, como si llevara a todo aquel amor de la hermosura y aquel concepto de la armonía que dan a sus obras todas apariencias artísticas. Ha muerto pobre. Su amigo, catedrático austero, Pisa Pajares, y otro amigo suyo que lo amó y emuló, Cánovas del Castillo, han rogado a la prensa, que, en agradecimiento al amor y verdad que enseñó el muerto, muevan a los españoles a que lleven fuego y pan a la casa que ha quedado huérfana de aquel que se ha llevado en su mente el calor y el trigo de la casa.

Y ha muerto también el caballero Rivadeneyra, que supo mucho de cosas de Oriente, y habló sus lenguas y vivió en sus comarcas, y fue algún tiempo ha cónsul de España en Teherán. Allí estudiaba tal vez los orígenes de aquellos abencerrajes valerosos, que pusieron pie en tierra de España, y alzaron, frente a los lóbregos y corpulentos castillos godos, aquellos palacios alados, que parecen, más que hechos de piedra, hechos de espuma, en la hora en que a luz fresca del alba la bordan y decoran rayos tibios de oro y reflejos de nubes coloreadas.

De cosas de política, dícese que ni Martínez Campos cede a Serrano, ni Serrano y López Domínguez, que son uno, ceden a Martínez Campos, ni sabrá Sagasta cómo continuar gobernando con uno a la diestra y otro a la siniestra, cuando ninguno quiere estar a la siniestra, y los dos quieren estar a la diestra. Dícese que, como vieron los católicos que no habrían de sacar provecho político de la romería intentada, no piensan ya en ir a Roma, con lo que se ve que no querían dar muestra de fe, sino valerse del entusiasmo que la fe enciende, para azuzar discordias ajenas y medrar a su amparo. Dícese que como el Ministro de Hacienda ponía empeño en hacer pagar las nuevas cargas, y lo ponían mayor los mercaderes y

consumidores en no pagarlas, se concertó al cabo la creación de un nuevo sindicato del comercio, que no tuviese ofendido al gobierno como el que existía, para que el gobierno pudiese ceder sin desdoro a las demandas de los contribuyentes alarmados. Dicese en suma que andan graves las cosas cubanas, porque el bando español quiere ser rey del rey, y mandar solo en la Isla, y el bando liberal, que es un grupo de la población cubana, se ve amenazado y burlado, y tachado de desleal por los gobernantes de la metrópoli y los de la Isla, por lo que piensa en desbandarse, que será como decir que los que en la Isla sostenían la capacidad y voluntad de España para regir a Cuba amorosa y justamente, reconocen que no tiene España esta capacidad ni voluntad, y se niegan a luchar estérilmente en inútil combate.—Porque se les concediese gobierno autonómico luchaban; y ya dice el gobierno que es pecado de traición aspirar a la autonomía. Si continúan luchando les llamarán rebeldes. Y rebeldes les llamarán, si desisten abiertamente de la lucha. Esos males vienen a los pueblos de no decidirse a hacer a un tiempo por la libertad todos los sacrificios que la libertad merece.—Y ya se anuncia que, sofocando iras, ha ofrecido Sagasta, para ver de evitar que el bando liberal se disuelva, e ir ganando los votos de la Isla para los sagastinos, que presentará antes de abril en las Cortes sus planes de reforma en el presupuesto, y otros planes: lo cual hará para conjurar esta tormenta que le viene encima, y para que no se le merme en las luchas de Cortes el número de votos, con los que hoy le acuerdan los diputados cubanos. Mas es lo cierto que, sin acontecimiento alguno visible que mueva a tales temores, ya tiene el jefe de la Isla autoridad, que le envía el rey, de mirar como no concedidas aquellas leyes de libertad de prensa y de garantías de persona que como don raro y generoso, había enviado el gobierno de Sagasta a los cubanos: —¡jugueteos pueriles, indignos de los que los soportan y de los que los intentan! No se alcanza lo grande sino por medios grandiosos.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de abril de 1882

55

FRANCIA

Meses alegres.—*Plática parisiense.*—*Libros y dramas.*—“*L'abbé Constantin*”, novela nueva.—*La joven norteamericana.*—“*Son Excellence Satinette*”.—*Un discurso de Renán.*—*Un libro de Zola.*—*Alfred de Musset y su “Barberine”.*—“*Mon fils*”, comedia buena.—*El rudo Pedro y el elegante Santiago.*—*Cuentos y díceres.*—*La viuda de un poeta.*—*La deuda de Francia*

Nueva York, 1 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Son estos meses bellos para los parisienses, y no hay mano sin libro, ni teatro sin estreno, ni jardín sin flores, ni día sin su parvada de sucesos. ¿Quién no va a ver la *Barberine* de Alfred de Musset, en la que hace de esclava una hermosísima rusa, romántica amazona, de ojos sombríos, habla áspera, y continente majestuoso? ¿Quién pasa por aquellas librerías de los bulevares, que atraen como abismos, y dan gozo sólo con dejarse ver,—o por aquellas otras más modestas de las cercanías del Odeón, donde compran los pobres,—o por aquellas riquísimas y escondidas de la calle que va del Panteón al Luxemburgo,—sin hacerse del libro nuevo de Renán, o del de Zola, o del de Cherville, o del de Halévy? ¿Quién no se sienta a leer, al amor de una mesa de café, el *Gaulois*, que es diario osado y ameno, hecho todo de ingenio, donde Zola publica ahora su *Pot-Bouillie*, que es título en que el ingenio falta,—sin oír hablar de que Reinach, que escribe en el *Voltaire*, está al batirse con Rochefort, que no escribe con pluma, sino con saeta, y que, por celos mutuos, andan cambiando injurias y armas Périvier, del *Figaro*, y Cornely, del *Clairon*, y otros que escriben en el *Petit Populaire* y en el *Gil Blas*? De fijo que en una mesa cercana están hablando, entre penachos de humo de tabaco belga, que no es buen tabaco, y sorbos de café achicoriado, que no es buen café, del vehemente artículo en que Alexandre Dumas, que es hijo piadoso, compara su padre a Shakespeare, por la robustez en el pensar, la presteza en el concebir, y aquella originalidad y fuerza de creación que hacen de su novelilla más ruin, nido de dramas:—o de aquel otro artículo en que Aurélien Scholl, que escribe gallardamente, murmura de la crinolina, de la que es bien murmurar, porque hurta su ingenua nobleza al cuerpo femenino.

Hay en la armonía de las obras bellas algo de sagrado. Quebrar sus líneas, alterar su forma, disimularla, privar a los ojos del beneficioso espectáculo de la hermosura, que ennoblece, es como culpa de sacrilegio, que no ha de ser perdonada a sastre, ni a modista, ni a damas caprichosas que consientan en hacer mostrador de sastre su belleza.

Y ¿cuál es esa novela celebrada que anda ahora en manos de todos los que leen, que dicen bien de ella? Es *L'abbé Constantin*, de Ludovic Halévy, que ganó fama escribiendo con su amigo Meilhac obras de teatro sobrado especiadas, y ahora se ha dado a escribir libros puros, porque los pecados de antaño se le perdonen, y no le cierren las puertas los hogares, en donde es bueno ser amado, y la Academia, adonde miran con ojos codiciosos todos los que escriben en lengua francesa. Era Halévy desdeñador de embarazos en sus obras primeras, y Belot y Feydeau le ganaban en crudeza, mas no en intención osada. Y este libro de ahora es una historia hermosa, en que se cuentan los amores de una doncella norteamericana, adinerada y franca, con un teniente francés, pundonoroso y pobre, los cuales amores rematan, gracias a los buenos oficios del abate, que es varón llano y santo, en matrimonio, tras mucho resistir del teniente, que no quiere que le tengan por cortejador de herederas acaudaladas, lo cual vence la doncella de Norteamérica, que, habituada al dominio de sí misma, no halla mal en poner su mano generosa en la mano reacia del noble soldado. Esta mujer joven de los Estados Unidos, que anda ahora, como tipo singular, en lances de teatro y de novela, tiene en el libro de Halévy la serena honestidad y varonil firmeza que a las veces se notan en esta tierra en las mujeres jóvenes. No es por cierto la doncella neoyorquina, que nace aturdida, y vive loca, y muere sin haber vivido. Es tal vez la doncella buena de las ciudades interiores, donde la notoriedad pone freno a la libertad, y ésta no para en ocasión frecuente de pecado, ni lo modesto de la existencia acarrea ese insano apetito de parecer rica, que va siendo en estas damas ansia única, lo cual envilece y descarna la vida, y hace del alma anzuelo de pescar, y del cuerpo un festín de los deseos, y de la existencia un tonel de las Danaides. Halévy pintó con mano cariñosa a la doncella buena, que se llama Bettina en el libro, y dice la verdad con tan sencilla nobleza, que a nadie le ocurre llamarla atrevimiento, y hace de lado ciertos hábitos menudos de los pueblos viejos con tan casto brío, que pone respeto, en vez de invitar a los osados a que le falten a él. Y Juan Reynaud, que es el teniente, es tan reacio, que aunque Bettina, movida por su honradez, le tiende la mano que Juan no se atreve a pedirle, es fuerza que el abate le predique, y le diga que

no hay razón para su miedo de ser tenido por cazador de esposa rica, para que consienta en hacer hogar con Bettina acaudalada. ¡Hermosísimo libro hizo Feuillet de asunto semejante, que se llama *Le roman d'un jeune homme pauvre*, y que es joya finísima, que debiera estar, no en biblioteca, sino en joyeros! Como vetas delicadas de tenues colores tiñen las hojas de los pálidos narcisos, así delicadas escenas, frases inolvidables, arranques conmovedores esmaltan el libro sano de Feuillet.

Y ¿ese otro libro, de letras compactas y cubierta amarilla que aquél lee? Es *Une Campagne*, un tomo en que Emilio Zola, que escribe en el *Figaro* cosas justas e ingeniosas a las veces, y a las veces pueriles y brutales, ha reunido aquellos de sus artículos del año que tiene por mejores.

Y ese que lee con avaricia *La République Illustrée*, no lee el semanario hermoso, sino la novela que en él publica Edouard Cadol, que quiere fama, y la busca malamente, sacando a relucir gentes notorias en su novela *Son Excellence Satinette*, que es aquella baronesa de Kaulla, de quien se dijo que fue espía de Prusia, y puso sus gracias al servicio de su empleo, lo que es más para olvidado que para repetido. La inteligencia tiene sus nobles, y no parece ese Edouard Cadol uno de los nobles de la inteligencia.

Y ¿ese otro libro pequeño, que los periódicos copian y alaban, y los estudiantes leen ávidos, y deja la alegría fortificante que se siente cuando se entra en posesión de una verdad? Es un libro de ese que escribe con rayos de sol y nubes de colores, y dice frases que parecen banderas de combate que ha de llevar en la batalla de la paz la cohorte humana. Es un discurso de Renán, que éste leyó días hace en la afamada y augusta Sorbona, donde hablan los grandes, y oyen los que se sienten con fuerzas para hacerlo, y donde Renán dijo que era para montar en ira o mover a risa la creencia de que los hombres han de ser guiados, como por guía suma, por lo que han dado en llamar espíritu de raza, cuando es tal la magnificencia y esplendor del espíritu humano que en él comulgan a una todos los hombres, descuidados ya por fortuna de esos odios mezquinos y barreras de hábitos que en bien de sus apetitos, o en cura de sus miedos, han venido sustentando y aprovechando los manejadores de los hombres. “No es la historia humana—decía Renán—un capítulo de Zoología. El hombre es ser racional y ser moral. La libre voluntad está por encima de las sugerencias ruines del espíritu de raza. Una nación es un alma, un principio espiritual, elaborada de lo pasado, con vida en lo presente, y toda gran junta de hombres con mentes saludables

y corazones generosos puede crear la conciencia moral que constituye una nación.”—¡Oh, ya alborazan los tiempos en que no se erguirán, ni como amenazas, ni como barreras, las nacionalidades, y en que los hombres todos de la tierra, dados a amarse, sentirán en el pecho robusto la fruición benéfica, y el ennoblecimiento maravilloso, que vienen del viril amor humano!

¡Oh, los poetas, los caballeros de la paz, los heraldos de vestidura de armiño y de clarín de oro, de los tiempos nuevos! Esos espíritus inquietos, que azotan y consumen con llamas los cuerpos que los ciñen; esos hombres insomnes y extraños, de brazo perezoso, color pálido y miradas profundas; esos héroes enfermos, que de jirones de su corazón ponen las alas a sus cantos—esos son los nuncios generosísimos de la época magnífica, lejana. Hubo en Francia un poeta, de quien sacaron ahora a las tablas en la Comedia Francesa un cuento dialogado, que no previó los tiempos, y murió de vivir en el suyo, y no poder volver a los pasados—que fue Alfred de Musset. Tiene París su *Revue des Deux Mondes*, que es colección muy rica en maravillas, adonde, en lo que va de siglo, han llevado los talladores de la prosa, y los caballeros del verso, sus primicias, y en donde se tenía a gran gala publicar cosa que fuese de George Sand, o de Alfred de Musset. Y como Buloz, editor muy astuto, apremiaba a Musset por cosa nueva, escribió el poeta, con aquella su pluma de cisne negro, un cuento hablado, de una dama fidelísima, cuyo marido fue a la guerra, y a quien quiso seducir un galancete barbilindo, que se burlaba de la rueca en que la buena esposa trabajaba, de lo cual tomó venganza la casta dama dando una falsa cita al barbilindo, que fue regocijado y se halló preso, sin ver más que una rueca que le caía por la ventana, ni oír más que la voz de la traidora, que le decía que allá le iba la rueca, a que hilase en ella el monto de su pan, porque no comería sino por lo que hilase, y en razón del hilo que hiciera se le daría buena o mala pitanza. Por lo que el galán se dio a hacer hilo, en lo que estuvo hasta que vinieron a mofarse de él el marido que volvía cubierto de gloria, y la reina que acompañaba al buen soldado.

Pero era de ver en *Barberine*, que así se llama el cuento, y es tradición de Arabia, y de Nantes, y de la vieja Inglaterra, no la trama, desnuda y boccaciana, sino la rica labor de aquel tejido. Aquel estilo serpea como arroyuelo, ondea como humo de hashish, fragante y azuloso, sonríe, retoza, saluda, brilla, quema. Es como, si en vaso lleno de ricas piedras, rebosasen, al travesear en ellas una mano suave, las piedras de colores. Mas esas gracias de la lengua parecieron pálidas a los concurrentes a la

comedia, hechos a ver en el teatro los héroes nuevos de Hugo, que usan puñal de Esquilo, y versos nunca usados,—o esas otras creaciones atrevidas, brillantes y provocadoras de una turba memorable de paradojistas audaces y psicólogos. Y pasó *Barberine* desconocida, como pasa la sonrisa que embellece los labios de una virgen a los ojos de los hombres voraces y estragados.

La Comedia Francesa es teatro de maestros, y el Odeón, de principantes. ¡Qué gozo de hallar un nuevo hombre de mérito! ¡Parece como que se añade de súbito un miembro a nuestra familia! Ya le hacemos lugar entre nuestros hijos; ya le aderezamos cubierto en nuestra mesa, y servilleta blanca, y plato modesto; ya nos parece que estamos en deuda, por el placer que nos ha dado la obra humana, y salimos en busca de gente a quien decir bien de la obra, como manera de pagar la deuda. El principante que el Odeón ha sacado a luz se llama Emile Guiard, que ha hecho una muy linda comedia, no comedia de reír, que es cosa de poca monta, y queda para pequeños, sino buen trozo de copia; en que se da nombre inventado a seres reales, y se ven a la par, como andan por la vida, héroes y bellacos, y el corazón queda movido, y como contagiado del ejemplo heroico y ganoso de darlo. Esa es comedia.

Eso es *Mon fils*. Ya Balzac, profundísimo veedor, e imponente pensador, hizo novela de los dolores de una casa, en que una madre de dos hijos, desdeña al hijo bueno, que es humilde, y se da toda al amor y beneficio del mal hijo, que es hombre de ingenio, y de maldad, y brilla. En esta comedia de Guiard ¡cómo trabaja el buen Pedro, que es hombre de campo, y de virtud, en tanto que su madre, enamorada de su hijo Santiago, que estudiaba medicina, vive para el estudiante, que gasta lo que Pedro ahorra, y lleva vida de señor, favorecido por su madre y por su hermano! Para Santiago es el regalo, la buena novia rica, a quien ama en secreto Pedro, y el buen calor de madre, de quien se siente Pedro desamado, por lo que llora de esas lágrimas que no se ven,—y son riego fecundo, cuando no lava abrasante, para el alma,—en tanto que la madre alocada y el hijo preferido van camino de París, adonde llama a Santiago un enfermo agradecido, y donde, al cabo, a condición de que la madre campesina que urde el matrimonio no asista a él, Santiago, casa, con desdén de la noble Camila que le devuelve su promesa porque no le estorbe, con la hija acaudalada del enfermo. Y la madre vuelve llorosa a su terruño, donde el buen Pedro ara; y Camila, antes de casada, queda viuda; y Santiago, que hace vida de París, y vive como huésped avergonzado en casa de su rica y danzadora esposa, vuelve a las tierras

paternas, para morir en ellas, y burlar así fatigas que le pesan, y acreedores que le acosan; a lo que se rebela Pedro honrado, porque puesto que con la vida se contrajo la deuda, se tiene la vida empeñada a pagarla. y—“¡Ea, hermano, que no hay que llorar: si no tenemos tierras nuestras, yo araré las de otros. ¿No querrá de mí para su labriego la señora Camila?”—“¡Para mí, señor y marido te quiero, nobilísimo Pedro!” a cuyo grito se alzó la sala agitada y llorosa, y celebró con dilatadas palmas al autor bueno de esta comedia cierta y noble.

Ha de irse al teatro como a fuente de virtud: a templar el alma para lo difícil, a no perder el hábito de lo heroico, a familiarizarnos con lo extraordinario, de que la faena diaria nos aparta, a cobrar fuerzas.

Y a la salida del teatro ¿qué cuentan éstos que apuran, en vaso de cristal tenue, chocolate humeante,—o aquellos que saborean un buen lenguado, cubierto de salsa de oro,—o aquellos que a lentos sorbos gustan el coñac perfumoso de Angulema?

Cuentan que Bertall ha muerto, que fue dibujador eximio, y fue hombre de ingenio grandísimo, que publicó *La comédie de notre temps*, donde no hay tipo de Francia que no esté pintado, y *La vie hors de chez soi*, que es algo precioso, donde andan como vivos los alegres franceses, ya jueguen, con ademanes febriles, en torno a las mesas puestas de Mónaco, ya se adornen el ojal de la levitilla de verano con el menudo azahar que recogen del suelo florido de Menton, que es lindo lugar de reposo en el mediodía de Francia; ya suban fatigados, envidiosos de los tercos ingleses, las crestas de los nivosos montes suizos; ya ríen, cortejen, bastoneen y dancen en las alamedas de Pau benéfico y la amable Niza.

Cuentan que León Say, que es Ministro de Hacienda, no quiere que el gobierno deba mucho dinero, porque ya debe 121 millones de libras esterlinas, lo cual dice que fían de él, y está bien puesto, pues le dan tanto, pero le pone en riesgo, caso de guerra futura o disturbio imprevisto, de haber de acudir a ruinosos empréstitos para pagar las rentas de la deuda enorme, por lo que urge dar de lado el pensamiento de comprar para el Estado, como otros prohombres de la república quieren, los ferrocarriles de Francia, para cuya compra había de hacerse mayor la deuda de la nación, que ha de mermarse, y no aumentarse.

Cuentan que Vacquerie, que es poeta bueno, y autor de *Tragaldabas*, drama romántico, va a dar al teatro *Hans et Marie*, que es drama heroico, y trabajo de peso. Cuentan que fue curiosa la fiesta de la Media Cuaresma, en que las lavanderas y mozos y mozas de los mercados vienen a los

bulevares en procesión burlesca, y en aderezos raros y ridículos, de los que no fue el menos jocoso uno en que se hacía mofa de *La Unión General*, de mala fama.

Y cuentan que Gambetta pone ahora mano diaria en su periódico excelente *La República Francesa*; y que Juana Bonaparte, hija del príncipe Pedro, hombre sombrío, que mató al noble Víctor Noir, casó con Villeneuve Pargemont, marqués legitimista; y que la señora Autran ha muerto, y como antes de ser esposa del buen poeta Autran, lo fue del norteamericano Fitch, manda que con Autran se entierre su corazón, que fue ardiente y bueno, y con Fitch el resto de su cuerpo, como señal de póstuma lealtad. ¡Qué conflicto, en la hora de despertar, el de un alma con dos dueños!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

ESPAÑA

La calle del Florin.—Lacayos, generales y ministros.—Se abren las Cortes.—Los bandos enemigos.—Problema venidero.—Batalla de capitanes.—Las leyes liberales.—La ley de matrimonio.—Las reformas cubanas.—Dorregaray

Nueva York, 1 de abril de 1885

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ya está animada la calle del Florín, que es ancha calle, a la cual dan las ventanas que fueron tribuna de los oradores republicanos el día en que de buen grado dejó el trono el buen rey Amadeo, y entró la nación a ser hacienda, y la aventaron, cual suele con la riqueza no trabajada el rico nuevo. Ya se cierran las puertas misteriosas tras de los elegantes caballeros, en quienes se adivina señorío, ora porque les venga de creer que se los da lo viejo de su casa, ora porque lo tengan en sí, que es el mejor, ora porque lo hayan de encarnar en sí los votos y deseos de las personas mayores que los alzaron diputados por el distrito. Ya, rapados de cabeza, ligeros de pies, y solemnes como arúspices, recadean y mandadear los rugosos ujieres, que huelgan, como pastor en su traje de domingo, en las luengas levitas azules, esmaltadas de botones de oro, que les visten el cuerpo provinciano. Ya, como chispas del yunque de Vulcano, que debió ser rudo y torcido, vuelan palabras quemantes de los labios macizos de Cánovas. Ya, a manera de comisario del imperio, o de prestidigitador hábil, que llama la atención sobre sí para que no vean los espectadores curiosos las partes flacas del juego de la escena, vocea patria desde su banco de Ministro el ponderoso isleño, que administra las Islas, y se llama, como si para sí hubiera escogido nombres, León y Castillo. Y, a cada riesgo que, como una red, sale al paso de los ataraceados liberales, pone en alto el Ministro de las Islas el estandarte brillador y toca en torno pitos y tambores, como los ujieres de la Universidad de Zaragoza en días solemnes, y anuncia que del lado acá del mar está llena la tierra de menguados herejes, que osan cansarse de poner la cabeza abatida en almohada de cadenas, y de comer pan de Santander, y de sentarse en cumbre de volcán que oyen rugir, contra

cuyos grandísimos culpables sacude el estandarte el isleño bravío, para que con los juegos del sol encendido en el rojo damasco y áureos flecos, y con el eco sonante de sus voces, que hablan de honra y peligro de la patria, que es modo de aturdir y de llamar, se diviertan los ojos y se distraigan los oídos de los clamores católicos hostiles, retos de mercaderes enojados, murmuraciones de secuaces descontentos, y secas voces de Palacio,—que son cosas que traen como en pilares de cera el edificio sagastino, y en susto y en vaivén a sus inquietos moradores:—que se saben desleales a la monarquía, y más sus sepultureros que sus médicos y aguardan a su vez de su monarca, más que remedio, sepultura.—Son los guantes de los palacios reales como aquellos de Catalina de Médicis: perfumados con veneno. Y puesto que esas cosas van dichas, queda dicho que están ya abiertas las Cortes.

Quieren las batallas campos y batalladores. Ya los batalladores están prestos, pues, como arrecia la enemistad de los de Cánovas, agrúpanse, mal de su grado, en torno a Sagasta, sus tenientes ambiciosos, que creen que el goce casual de unas migajas de talento, que hubieron en el reparto universal, como en los granillos de azúcar de un homeópata suele haber una que otra partecilla de las medicinas que sobre ellos salpica el curador no son un deber de estar reconocidos a la naturaleza bienhechora, que les regaló con buenas dotes, sino un derecho a vivir en alto, como estatua de mármol, de que sea sustento, como tributo natural, la patria. ¡Como si fuera algo más la inteligencia que el deber de emplearla dignamente! Y, a más de sus tenientes, batallan con Sagasta los secuaces de Moret, que de él esperan mando, para cuando los amigos del general que trajo al rey, medrosos de reformar, deserten de las filas de los reformadores, que necesitarán entonces auxiliares osados, que serán los demócratas, de los que no gusta el rey. Y los secuaces de Castelar, que esperan cuerda-mente a que, a manos de sus propios mantenedores, venga a tierra la casa monárquica, para sentarse sobre las ruinas, con rostro afable y manos no cansadas. Y los secuaces de Martos, que hacen que sonrían, y ofrecen que apoyan, y están sentados ya sobre fusiles. Cánovas, en tanto, concierta con los suyos los modos de batallar, y como toda España está en grito contra el Ministro de Hacienda, porque por lucir de reformador ha cargado a España de gravámenes, y porque los pueblos son niños, que no tienen ojos para lo futuro, sino para lo presente,—contra el Ministro de Hacienda y sus reformas quebrará lanzas Cánovas. Como acontece que, con ofrecer mejoras a los cubanos, y enviarles a un Capitán afamado de benévolo, ha enviado Sagasta los males de la Isla, porque las mejoras

fueron burlas, y el Capitán ha sido rudo, y a los isleños confiados, a quienes la esperanza de esos beneficios confortaba, no queda ya hoy sino la esperanza burlada,—mantendrá Cánovas que intentar mejoras liberales en la Isla es darla a los rebeldes, y que cuando los pueblos han hecho ya una vez su mano a la guerra, no basta solamente arrancarles el arma de las manos, aunque sea besándola sumiso, como fue en Cuba, sino cortarles el brazo. Porque ve siempre delante de sí Cánovas, en las cosas de la Isla, aquella apuesta imagen del arcángel, que alza la espada recia, y pone el pie robusto en la garganta del gran ángel rebelde. Sólo que los cuerpos oprimidos, estallan.

Y como entre los partidarios de Sagasta, los hay que tienen miedo a descontentar a la Iglesia y al rey, más que porque les importe descontentarlos porque reciben gracia de su poder, y no esperan recibirla del poder venidero, o no tienen aún fe en su advenimiento,—Cánovas provocará combate en las leyes de matrimonio, que los de Sagasta piden tales que serán como ligaduras y mordazas para la Iglesia, y que forzarán a los medrosos a mudar de bando, y pasarse al de Cánovas, con lo que habrá Sagasta de llamar a sí, para no alzarlos en su contra, a los demócratas, si el rey le da permiso, en lo que cabe duda, porque no ha de llamar el castellano a los que echen abajo su castillo.

¡Qué caudal de sucesos! Si el rey se da, de miedo de enojarlos, a sus naturales enemigos, que lo son aunque no lo quieran ser, porque el que educa a los pueblos los aparta de los reyes,—rebotará la ira de los monárquicos, que son ya, con lo que llevan de alejados del mando, cárcel estrecha a su cólera,—y exigirán, con voces de guerra y con espada tinta en sangre, que rey que crearon no deje de ser su criatura. Y si el monarca vuelve a los suyos, y desatiende a los liberales y quita la ocasión de regentar a los demócratas conversos, que quieren yugo de oro, éstos limpiarán de sus sandalias todo polvo de monarquía e irán a avivar, en sus celos, los leños encendidos de la revolución. Nada sucede sin que tenga razón real de suceder. El hecho es un resultado, y como copa de árbol, la cual se ve, y viene de raíces invisibles. Cuando ya no haya raíces, vendrá abajo la copa. De esos escarceos, y calvario, y freno, ha menester la libertad en España. Es barco de dos velas el espíritu, y es la libertad una vela, y la prudencia la otra. A veces porque la prudencia retiene, imaginan los impacientes que estorba, sin ver que estorba como la tuerca de retención de los trenes que, acortando el paso en los despeñaderos, impide que el tren llegue en astillas ensangrentadas al

fondo de la peña. Contener es acelerar. La tardanza en la preparación asegura la tardanza en la posesión.

Estas pruebas, y demoras, y juicio que como esencia suya dejan, y reflexiones que vienen de ellas, son el caudal que la monarquía, que es como madre egoísta que fue bella, y tiene celos de la belleza de su hija, lega al cabo, como reparadora ofrenda, y como en descargo de su demora, a la república, su hija.

Ya ha habido batalla en Cortes, que fue recia, y de capitán a capitán. No hay miedo en echar a combatir a un juicioso de aldea, acorazado de la verdad, y hecho a obrar a la luz, contra un escarceador de Parlamento, hecho a esgrima italiana, que es saltarina y juguetona, y salta como cebra, y revolettea como tábano y hiere de costado. Pero es temible la batalla entre dos esgrimidores, porque, como se conocen las artes, se las esquivan, y el más astuto da al fin con las hendijas de la armadura del contrario. En esos pueblos de Europa que viven ahora en época de tránsito, en que no cabe medro sin ocultar la verdad de lo que desea, porque si se está por lo pasado, se corre riesgo de perder el apoyo de los que están a lo futuro, que ya comandan, y si se está a lo futuro, córrese riesgo de descontentar a los amadores del pasado, que mandan todavía; en esos pueblos históricos, que son ahora pueblos embrionarios, y como en larva, lo cual se ve en lo confuso de sus letras, en lo inquieto de sus hombres, en el descolor de su teatro, en lo vario y numeroso de sus leyes, en lo híbrido y movedizo de sus teorías; en esos pueblos en renovación, en que se notan a la par, como señales de estos tiempos, la pereza, entendible de los poseedores de antaño, en dejar de poseer, y la pereza, meramente humana, y tal vez útil, de los poseedores venideros en recabar su definitiva posesión, son las lidias de los Parlamentos como simulacros de batalla, y boxeo con guantes, en que, a la par que se hace vacilar y bambolear al adversario, se le da cortésmente, por miedo de que, montado en ira, desnude la mano, y dé con ella recio, y porque en esta mezcla de creencias que lleva a los hombres a comenzar en sus adversarios, o a parar en ellos, todo hombre sabe que golpea un tanto de sí, y único elemento del mundo nuevo, en aquel en quien golpea, y da suavemente.

En suma: discútese en Cortes, por una y otra razón, que hay más de una, la política visible, y no la cierta. Que la política es como el rostro, que no revela, sino encubre. Los de Cánovas pidieron a las Cortes que aprobasen un voto de censura al gobierno de Sagasta, y Cánovas, con sus artes de Italia, apoyó la petición, y dijo que habían sido vanos y peligrosos los alardes de bondad de los liberales para con los cubanos, que no se

satisfacen, a lo que parece, con cosas de poca monta, y a lo que respondió León y Castillo, como si fuese cierto, y no lo estuviesen oyendo periodistas desterrados, y cubanos obligados a estar fuera de Cuba, que los isleños gozan de los mismos derechos que los españoles, lo cual sería en verdad triste cosa para los de España. Y no hubo fracaso del gobierno, o lado vulnerable, en que no hiriese Cánovas temible. Pero como el Ministro de Justicia reconociese, a un ataque áspero del censor, que el Parlamento tiene el derecho de rever los actos de todas las autoridades públicas, para que éstas no queden sin castigo en sus errores, como decía el censor que iban a quedar, fue alejado de la discusión el voto de censura, no sin afirmar Sagasta que nunca se vieron gatos y mujeres en paz tan perfecta como en su tranquilo gabinete, de lo que rieron extraños y propios, y el mismo que lo decía.

Y hay leyes nuevas, como la del matrimonio, que, a cambio de que la Iglesia se obligue a reconocer que son válidos los matrimonios civiles, y que han de inscribirse todos los matrimonios, para que tengan validez, en el registro civil,—reconoce, lo cual parece a la Iglesia más injuria que concesión, que son válidos, a par de los civiles, los matrimonios meramente religiosos. Los tribunales eclesiásticos y la Sede Romana deciden ahora de las querellas matrimoniales, y la ley nueva quiere que sean estas querellas decididas, como todas las demás, en los tribunales de la nación, y no en los de la Iglesia. El matrimonio bien contraído en cualquier otra nación, es bueno para la ley nueva. Y si uno que se desposó luego de los esponsales, se arrepiente de casarse, no será obligado a casarse, sino a pagar los costos del proceso que le mueva el ofendido. Ve la Iglesia que pierde, de ser votada esta ley, arma mayor: y no habrá esfuerzo que no haga porque no se la prive de esta arma.

Como el haber ofrecido a los cubanos reformas decisivas había reencendido las esperanzas de los isleños, y el enviarles reformillas de befa, más hechas para irritar que para apaciguar, ha traído nueva y grave agitación a la Isla, que de los liberales de España esperaba crédulamente bienes, y ve ahora, como otros vieron de ha mucho, cuáles bienes ha de esperar de los liberales,—vese el gobierno de Sagasta forzado a idear reforma que parezca buena, y vuelva la fe a los que la tienen perdida, por lo que ha presentado en Cortes una ley en que anuncia que entraba, para seguridad y contento de los cubanos, la autoridad, hasta hoy nunca entrabada, de los Capitanes Generales, de los cuales dice la ley en el preámbulo cosas gravísimas, y en la que, como para poner alivio a los males que causan, da a los Capitanes el derecho de suspender las garantías

constitucionales,—aunque tienen,—en lo que ve la magna concesión que ha de poner en gozo a la Isla—que anunciar la suspensión de las garantías a la metrópoli, luego que las hayan suspendido, como al Consejo Supremo de la Isla, en que son consejeros el Obispo de La Habana y el Arzobispo de Santiago, y el Segundo Cabo de la Isla,—que se llama así del tiempo en que se llamaba cabo a los jefes de ejército, como a Cortés, a quien el duque de Rivas llamó cabo,—y del Intendente, y del Regente y Fiscal de la Audiencia, que es como si se hiciese en fábula un consejo de lobos, para saber de ellos si había estado bien el comerse a una oveja. Y la ley dice, para que el gozo de la Isla no se amengüe, que si el Consejo Supremo no aprobase la suspensión de garantías ordenada por el Capitán General, éste no ha de estar a lo que el Consejo opine, que es justamente lo que se hacía en Flandes, en los tiempos en que era rey de España Felipe el Segundo, y gobernaba a los flamencos el buen duque de Alba.

Y otra ley se ha leído en Cortes, que es la de empleados en Cuba, la cual admite a los hijos de la Isla a puestos menores, la cual sería ley muy codiciada en otra tierra, mas no ha de hallar aplauso mayor en una tierra que prevé tales daños, y sufre ya talmente, que ha de mirar con ojos flameantes de corcel rebelde esa merienda de ratones.

Peleó en tierra de Cuba, y ha muerto en la de España, un caudillo de la majestad, acusado de cruel, y que valió más para capitán de horda que para hombre de estos tiempos, en que parece que el hombre que ha vuelto a merecer la libertad por la sangre que ha vertido por ella, reentre en el goce de ella. El que ha muerto es Dorregaray, que fue jefe de carlistas, y lugarteniente de don Carlos. Era hombre apuesto, rudo en el consejo, y recio en la batalla. Llevó los hombres a morir;— ése debiera ser el epitafio de los mandadores. Y ése es su epitafio.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas. 1882

57

ITALIA

Las catacumbas y los arqueólogos.—Hallazgo.—Irene y Agape.—Una columna egipcia.—Un conde asesino.—Una condesa valerosa.—Opera póstuma.—Los siete cardenales nuevos.—El día del Pontífice

Nueva York, 1 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ha estado Italia toda espantada del crimen de un conde, el cual ha muerto de veneno, que le llevó a su prisión su esposa. Los arqueólogos han estado de fiesta, porque han hallado cosas nuevas curiosísimas. Y a la par han celebrado los fieles de la poesía el nacimiento de Virgilio, y los de la Iglesia el de León XIII. Y siete capelos adornan ya la cabeza, antes tocada de la humilde mitra, de siete cardenales nuevos, escogidos entre los que más brillan y batallan por el recobro de los dominios de la Iglesia.

Roma abunda en arqueólogos, y éstos veneran al profesor Rossi, que, como varón moderno espantado del ruín modo y viles causas que se descubren en la batalla de la vida, se ha refugiado en lo muerto, que no engaña, ni mata, y da al hombre el placer inefable de crear, dándole a hallar de nuevo lo perdido, y el de conocer la causa de las cosas, que es insaciable y noble apetito de nuestra alma. Las piedras, para esos hombres, son espíritus esclavos, criaturas benévolas, míseras, mudas, que quisieran hablar a quien les habla, y no pueden hablarle. Interrogan esos buscadores con largas miradas los secretos de las piedras. Un vapor espiritual y luminoso emerge de los monumentos agrietados y negruzcos. Parece que las miradas ansiosas del observador ponen vida en las ruinas que observa. El estudiaador las acaricia, como si fueran cosa suya, y muy amada; y las mueve con esmero, como si no quisiese lastimarlas. No es un duelo, sino un enamoramiento. Y al fin la piedra cede, movida a piedad de su amador, y le habla. Así ha andado por las catacumbas de Roma el arqueólogo Rossi: se sentó donde se sentaron los cristianos hambrientos; se entró por las sombrías cuevas donde murieron, alimentados de divina fe, y clavadas en el seno, seco de hambre, las agudas

uñas, y los ojos en la cruz amada, hecha con hondos canales en la piedra, de donde salía, a favor de la sombra, lumbre de abismo misteriosa; ha echado abajo con sus manos los restos de las tapias que, para que no les alcanzasen los soldados de los emperadores, alzaban tras de sí, en los negros recodos de las callejuelas de la inmensa cueva los cristianos perseguidos; ha sentido ante aquellas tumbas húmedas de paganos y de fieles que pueblan los vastos muros subterráneos, como ante todo martirio, se doblan, como al poder de mano férrea e invisible, todas las rodillas; y ha hallado al fin, allá donde se alza, un tanto lejos de Roma, la puerta de San Sebastián, una piedra que explica aquel misterio de la cena profusamente repetido, entre inscripciones varias, en los sepulcros de aquellos hombres que vivieron en los tiempos en que la luz tenía que refugiarse, de miedo de los hombres, en las cuevas. Y ¡aún está empeñada la batalla, y aún es culpa la luz, y causa males a quien en sí la lleva; e ira a aquel que ve que la lleva otro, o no se quiere que se vean, puestas a ella, sus deformidades! En gran número de sepulcros en las Catacumbas anda pintada una cena misteriosa, a la cual tenían unos como imagen de la Eucaristía, en que se recibe, merced al bien obrar, el pan eterno, pero que era para otros aquel banquete místico con que celebran las almas que reposan la llegada a su huerto del labrador que, porque fue bueno, y aró bien, va a reposar. Pero ahora ha hallado el buscador Rossi una pintura al fresco de la cena, que es tal que pondrá paz a las disputas de los arqueólogos, porque en aquellas inscripciones de cristianos se dice que, luego de morir, las almas descansaban en paz y caridad con Dios, y allí se ve a un cristiano sentado a la mesa del banquete entre dos figuras alegóricas, a una de las cuales, que es Irene, o la paz,—de aquella buena Iris, mensajera de Juno, que está en el cielo porque nunca dio a Juno nuevas malas: “Irene, da caldam”, porque era uso de romanos mezclar el vino con agua caliente; y a otra de las cuales, a Agape, que quiere decir en griego caridad, y entre los cristianos de la primera Iglesia era nombre de banquetes de paz: “Agape misce mihi.” Con lo que se ve, que el banquete de las tumbas es de aquellos tiempos en que aún tomaba el sentimiento nuevo formas a la poesía antigua, y que con él se celebraba no la sangre que no se seca y el pan que no se endurece, sino el descanso del espíritu de los fieles, que comen sentados,—y no de pie, como se come en la vida,—entre la paz y la caridad. En eso está el trabajo de los hombres: en celebrar esos banquetes en la tierra.

No es de las menores maravillas de Roma la Biblioteca Alejandrina, ni es de poca monta entre sus curiosidades un librito, forrado en muy

rugoso pergamino, que cuenta cómo era Roma ha dos centurias, y que, como testimonio de que aún pervadía a la ciudad cristiana el espíritu pagano, llámase “El Mercurio errante de las grandezas de Roma”, en cuyo libro ha hallado el bibliotecario razón de una columna egipcia, de granito rojo, que ha de estar por la plaza de San Luis de los franceses, cerca de donde se alza ahora el Senado, y tuvo Roma en los tiempos del Papa su casa de correos. ¡Qué será de la plumilla ruin que escribe esto, cuando así yacen debajo de la tierra, con los pueblos que los admiraron, los monumentos nacidos a conmemorarlos? ¡Qué ridícula, la soberbia humana! ¡Qué sabia la modestia! ¡Qué mundo inmenso, el mundo en que es tan pobre cosa un hombre que padece tanto! ¡Parece Egipto pueblo hembra, hecho a seducir por su hermosura, y a ser así codiciado y profanado! ¡En París se alza, como gigante que acusa, y desterrado que se queja, el obelisco de Luxor! ¡Y en Roma, hace de cimiento a los palacios de los históricos Patrizi y los arrogantes Giustiniani, esta columna hermosa, escondida bajo tierra en castigo de su crimen, el crimen de haberse erguido!

Viene ahora a la memoria, por culpa bien distinta, ese conde asesino, que ha traído preocupada a Italia, no hecha a ver castigados crímenes de condes. Fue cosa sombría, que ha rematado en tragedia. Era Alejandro Faella noble en pobreza, comido de avaricia, y tenía amigo rico, que se llamaba don Virgilio, y era párroco. Fue siempre el Faella hombre torvo y temido, que luego de haber fabricado una casa de campo, que allá llaman “villino”, y de haber abierto en ella una cisterna, que decía él era para guardar vinos, despidió un día al ama y criados, y a cuantos en la casa había, lo cual fue en el día en que, cubierta la cabeza de su bonete de uso, y doblada sobre el brazo la capa sagrada, fue a ver la casa nueva don Virgilio, que anduvo con tan mala fortuna que puso el pie en la boca de la cisterna que Faella había sellado mañosamente con unas rajadas de leña, tapadas con una red, oculta bajo yerbas y hojas secas, entre las cuales, al remate del año, fue hallado,—cubierto de piedras, y con la mano alzada como para protegerse en la horrenda caída, el cadáver del misero don Virgilio con su bonete y su capa de paseo: a cuyo descubrimiento se vino, entre otras razones, por haber recibido el subprefecto de la ciudad un singularísimo documento, que fue un folleto sobre locomotoras, algunas de cuyas palabras impresas unidas a las que iban escritas sobre ellas, decían que don Virgilio había ido a Génova, porque se sentía en vena de recorrer la tierra como misionero, y que elegía a su amigo querido, el buen conde Alejandro, para que repartiese, conforme

a su juicio, su hacienda entre los pobres de Imola, que fue el lugar del caso. Y Faella decía que le debía el párroco muy gruesa suma, en cuya deuda se iba, y por lo cual le dejaba sin duda aquel testamento, como medio de pagarle. Pero como la última vez que se vio a don Virgilio, se le vio en compañía del conde; y como era raro que el párroco acaudalado hubiese tomado dineros del conde en penuria, por más que enseñase el conde las cartas de pagar del párroco, y notasen los campesinos que la cisterna había desaparecido, y que de ella emanaba extraña fetidez, vínose a aprehender al conde, de quien se averiguó que había falsificado gran número de letras de cambio de personas varias, con las que había recabado grandes sumas, y que aquella cisterna en que murió el párroco, no fue para el párroco hecha, sino para un acreedor de Faella, que era acreedor y amigo. En eso iba el proceso, y no ha acabado. Dicen que murió de mal de corazón; pero los que el día antes de su muerte vieron salir de su celda a una mujer arrogante y pálida con los labios lívidos, la frente erguida, y los ojos brillantes y secos, dicen que murió como se moría en los tiempos de nobles en Italia. ¡Aún es ésa una virtud, cuando se ha cometido un crimen: saberse matar!

La fiera condesa se ha ceñido las tocas de viuda; a la par que los romanos aplaudían, como si con sus voces amorosas quisieran despertar a aquel hombre afligido que vivió en Bérgamo, y cantó sobre la tierra cánticos celestes, la ópera póstuma del triste Donizetti: *El Duque de Alba*. ¡Qué tormento, tener los pies atados a la tierra, y sentir en la frente aires divinos, y en el corazón trova amorosa, y las alas entrándose en las nubes! La claridad del cielo, de puro viva, ciega a la tierra. La superioridad es una especie de locura. ¿Pues qué ha de hacerse, con candelabro de Venecia suntuoso, en cueva oscura en que los hombres andan arrastrándose? De esos males sufrió el que dejó sin terminar *El Duque de Alba*, que fue puesto en escena en el teatro de Apolo, que es en Roma gran teatro, y en donde ha pocos años, porque no supiera el pueblo villanías de nobles, representábase otra ópera de Donizetti, *Lucrecia Borgia*, con un nombre de máscara, *Elisa de Fosco*. Así como cantaban la *Traviata*, mas no la llamaban *Traviata* sino *Violeta*.

Más graves cosas que esas de poner vendas a los ojos populares, ocupan ahora al Vaticano, donde, en el día aniversario del nacimiento de su jefe, oyó la Iglesia de su pastor quejas sentidas, y palabras de fe, y voces de batalla, como que dijo el Pontífice que era en verdad tan grave la cuestión romana, que no podía fiarse al tiempo ni al silencio el encargo de resolverla, sino que ha de hacerse de modo que la libertad y

dignidad del jefe de la Iglesia sean amparadas de toda extraña influencia, lo cual cree León XIII que ha de ser al cabo, porque las pasiones que los demagogos azuzan en los países que no aman ya a la Iglesia, vendrán a espantarlos de manera que buscarán refugio en los brazos del Papa, como depositario sumo que es sobre la tierra de la moralidad y el orden. Cuyo discurso dejó contentos a los miembros del Colegio Sagrado. Con el nombramiento de siete cardenales consagró León XIII el mes que con ese discurso había empezado, y son los cardenales nuevos el arzobispo de Dublin, que se llama Mac-Cabe, y es celosísimo mantenedor de la Iglesia Romana en Irlanda, que es tierra muy católica; monseñor Joaquín Lluch y Garriga, que es arzobispo en Sevilla, y tiene agradecido, con su fervor activo, al Papa; Charles Lavigérie, arzobispo en Argel; Domenico Agostino, que ya lleva el palio en Venecia; Angelo Jacobini, primo del Secretario de Estado de León XIII; Pietro Dasagni, Secretario del Sagrado Colegio; y monsignore Ricci-Paracciani, mayordomo de la casa del Pontífice en tiempos de Pío IX. El premio aviva el celo, obliga al que lo recibe, y enciende en ardor nuevo al que lo desea. De Alemania, que entra en miedo de los que piensan libremente, porque del pensar con libertad en religión, se viene a pensar con libertad en política,—vienen ahora a Roma voces que, aunque parecen de auxilio, son de angustia, y el Vaticano remozado, se apresta a la liza, y le da jefes.

Luchan así por el poder los hombres, en tanto que con amorosas trovas, luego de mil novecientos años de nacido, celebran los romanos a aquel que cantó en versos dulces como el jugo de las uvas sabrosas de Falerno, y cuya sana y benéfica poesía, que engrandece y alegra, fue como aquel noble vino de Sabina que, en honor de Mecenas, había guardado Horacio en vasos griegos.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

ESPAÑA

Cataluña contra España.—Barcelona revuelta.—Madrid agitado.—Proteccionistas y librecambistas.—Sesión solemne.—Sagasta afronta la rebelión.—Castelar, los demócratas y los catalanes.—Ha de vetarse el tratado de comercio con Francia.—Cafés y teatros.—Sarah Bernhardt en Madrid.—El teatro hermoso.—Un torero moribundo

Nueva York, 15 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Rudo ha sido el principio de la primavera para España. Se ha rebelado Cataluña, que quiere que sus productos ásperos y costosos sean preferidos en el resto de España a los más baratos y mejores de otras tierras. Ha hecho frente Sagasta a la rebelión, y declara que no ha de querer el mal de todas las provincias españolas porque continúen gozando de beneficios indebidos los fabricantes catalanes. No quiere Cataluña, que teje linos, lana y algodones, que celebre España un tratado de libre comercio con Francia, porque aunque de esto vendrá que los franceses compren mucho más vino del bueno de España, y que España toda compre a bajo precio los tejidos que hoy compra a precio alto, vendrá también que Cataluña no tendrá ya cómo vender sus lienzos burdos, o habrá de buscar modo de tejerlos mejor, de lo que no ha menester ahora, puesto que, burdos como son, los vende. Y eso es la ira: no es revuelta de pueblo, sino de magnates. Ni la azuzan republicanos, que han aprendido a ser prudentes; sino canovistas, que no se hallan con estar fuera del mando, y con que brille en él Sagasta. Y hubo en las calles de Barcelona vivas a la república, mas eso es arte vieja, que consiste en pagar bien una docena de gritadores, para que se achaque a un bando inocente lo que en realidad hace el bando que no grita.

Grande ha sido la agitación en Barcelona. Y en Madrid, grande. En Barcelona no había tienda abierta: no había fábrica en labor: no había calle sin muchedumbre. De agitadores se han llenado las cárceles. De diputados, iban y venían llenos los ferrocarriles. A Andalucía, a Castilla, a Oviedo enviaban mensajes los rebeldes. Querían alzar a España contra lo que le urge, que es abrir al mundo sus mercados, y abrirse los del mundo. Y no respondió España. Alto es el castillo de Montjuich, y tres

cañonazos anunciaron desde él a Barcelona que la tierra catalana había sido declarada en estado de sitio,—lo que es tanto como romper de un golpe de bayoneta la carta de derechos personales;—verdad es que los catalanes comenzaban por querer romper la carta de derechos de la nación. Porque a la faz de las Cortes, que quieren el tratado generoso, y de España sensata, que las apoya, y de las declaraciones de los comerciantes españoles, que quieren el crecimiento del comercio, y el abaratamiento de los productos,—pedía la osada Cataluña que no votasen las Cortes el tratado con Francia.

Azuzaban los ricos a los pobres anunciándoles que de ser el tratado decidido, caerán en ruina sus industrias, y con ellas la labor de los que las trabajan. Pero el dañado no va a ser el pueblo, que comprará en poco lo que venía comprando en mucho, sino los que le venden, que tendrán ya que vender lo que vendían por mucho, por poco. Sólo que el pueblo no sabe que la verdad no es lo que se ve, y que prever es la buena manera de ver, aunque parezca que por mirar mucho hacia adelante no se mira bastante lo presente. Y los barceloneses azuzados, como los obreros de las ciudades todas de Cataluña, se pusieron sus ropas de fiesta, para gozar de la huelga sombría, y los cafés se llenaron, y la anchurosa Rambla, y de pie y sin dormir aguardaban los soldados en los cuarteles. Allá en los barrios bajos, policía y obreros vinieron a las manos. Las tienen pesadas los catalanes, y las tiene ligeras la policía. La amenaza no era, sin embargo, bulliciosa, sino sorda. Poner miedo querían, no verter sangre. Ni una tienda había de abrirse, ni de rodar en las fábricas una sola rueda. Ya era que entraban en el Palacio del Gobierno los fabricantes ricos, y oían durezas del gobernador, que los acusaba de empujar el motín, y ofrecían que abrirían sus talleres si el gobierno enviaba a ellos sus tropas, como ofrecía enviar, contra la ira pública. Ya era un oficial de Estado Mayor, que cruzaba a rapidísimo galope, camino de la Casa de Gobierno, las calles rebosantes, que, al verlo pasar, rompían en murmuraciones y blasfemias. Ya era una junta de personajes magnos a quienes, para que le ayudasen a traer los ánimos a paz, había convocado el gobernador.

Madrid oía con desasosiego tanta mala nueva. Más desamor que amor hay en Madrid para los catalanes. No quiere al resto de España Cataluña, ni es Cataluña querida del resto de España. Gran hilera de gente ansiosa esperaba a las puertas de las tribunas públicas del Congreso, que son allá pequeñas, como hechas por gobierno a quien conviene no ser muy oído.

Y un chicuelo sale de la hilera apretando en su mano un reluciente duro, que para ganar puesto ha estado allí sin dormir toda la noche, como hacen otros aguadores, y perezosos, y buscavidas, y un señor acaba de comprarle bien su puesto. Llenas están ya dentro las tribunas de los enviados catalanes, y rebosa el salón circular sus diputados, y habla, en medio de vítores, Sagasta altivo, que lee en Cortes los telegramas que hora tras hora envían de Cataluña, y anuncia bravamente que ha de mantener el derecho de las Cortes a votar, el del gobierno a hacer obedecer sus votos, el de la nación a vender bien sus frutos y comprar baratos los extraños, y los presupuestos nuevos que gravan a España en ocho millones anuales para librarla de novecientos millones de deuda cuyo interés la roe. Y dice que a ira opondrá ira, y al poder de la rebelión el poder del gobierno, y que no habrá demostración alguna en las provincias que impida que el tratado de comercio con Francia sea votado, ni temor que la haga oponerse con toda su energía a la ambiciosa rebelión que intenta privar de sus derechos a la mayor suma de España.

Al rey fueron a ver enviados de Cataluña, y el rey les dijo que quería ser, por sobre todo, monarca constitucional. Reuniéronse en ancha y hermosa sala del Congreso todos los diputados demócratas, a oír las quejas de fabricantes y obreros catalanes, que gustan de no tener que sufrir rey, pero que exigen que en el comercio se les tenga como a reyes. Castelar oía inquieto y atento. Los catalanes hablaban de prisa y con ira. Ni federales, que mantienen el derecho de cada provincia a obrar como le plazca, y están de gozo por ese conflicto de la provincia y la nación, que viene en apoyo de su doctrina; ni los demócratas dinásticos, que habrán temido que los vean en público con los antidinásticos, asistieron a la junta, que fue larga y vehemente, y en la que Martos, que es gran prometededor, y Carvajal, que sabe conciliar, ofrecieron buscar modo, que no han de hallar por cierto, de acordar las necesidades de Cataluña, que hace de lobo en eso del comercio, con las del resto de España, que hace de oveja. Y Castelar, que presidía, habló severa y hermosamente, y aconsejó a los catalanes que estuviesen en paz, y mejorasen sus industrias para competir con las extrañas, y desoyesen a los que quieren hacerse pedestal nuevo para el poder, manchado con noble sangre catalana, y mirasen que la libertad es de una pieza, y ha de aceptarla entera el que la acepta, y acatarla, cuando mejora y afirma el comercio, como cuando mantiene y asegura los derechos y la vida de los hombres:—que no es mueble alquilado, que se use cuando se le necesite, y se devuelva cuando estorbe.

Y a eso ya Barcelona estaba henchida de soldados; poblaban sus cuarteles fusileros que venían de las provincias vascas; anclaban en sus aguas buques fuertes del rey. La comisión del Congreso a quien se fio el encargo de dar opinión sobre el proyecto del tratado con Francia, dijo que le parecía el tratado excelente. Dijéronlo también los comerciantes madrileños. Corrió como cierto que los catalanes se apaciguarían, porque consentía Sagasta en añadir un artículo al tratado, por el cual pudiera cesar éste al punto que lo quisiese uno u otro gobierno contratante, con lo que, para cuando vuelva al mando Cánovas, queda el tratado muerto. Mas no ha de parecer eso bien a Francia. Y los pasillos de las Cortes rebosan. Y los cafés henchidos bullen. Los oradores jóvenes de cervecería se ensayan ante la maquinilla de café que hierve sobre la mesa de mármol, para cuando les venga en turno decir en altas voces desde los bancos de caoba del Congreso cosas magistrales.

Los políticos sesudos que repletan el Suizo dicen que los conservadores del Congreso, y los liberales proteccionistas han hecho liga, y votarán contra el tratado. Los caballeros cesantes que se juntan en la Iberia discuten calurosamente las artes de Sagasta, que a los españoles enamora, por lo travieso y brioso, aunque les haya airado a veces por lo mudable y amigo de sí. Y ya se sabe que Sagasta no hará caso de gabinete el del tratado, lo que es cosa muy hábil, que sale en derechura a ahogar la esperanza secreta de sus enemigos, que ya le veían por tierra, y abandonado por los suyos, lo que no sucederá ahora, porque deja a cada diputado en libertad de votar con las provincias, con lo cual si queda vencido, lo será de modo que le traiga descrédito, mas no muerte.

Y ya están fatigados los madrileños de esas cosas graves de Barcelona; y de la sesión del primer domingo de este mes, que fue solemne y conmovedora, como que ya iba la noche adelantada, y aún se leían en el Congreso, en triste silencio, los telegramas que traían las malas nuevas de la creciente rebeldía de Barcelona. Ya hablan de teatros, que Sarah Bernhardt está en Madrid, y para ella se abrieron las puertas del Coliseo Real, que fue antes, en los tiempos en que se llamaba corral a los teatros, corral muy bullicioso, de muy buenos actores; pero que no ha vuelto a ser, luego de convertido en suntuosa casa de arte, coliseo de drama, sino de ópera.—Hermosísimo estaba el rico teatro, y en su palco los reyes, y en los suyos las damas, que parecen, vistas de lejos en aquellos palcos de paredes rojas, con sus galas muy vivas, joyas aladas. Allí los grandes; allí los elegantes; allí los juzgadores. El *Lunático* hablaba con Leopoldo Alas, y *Asmodeo*, que es don Ramón Navarrete, con Ortega

Munilla; y era todo hacerse lenguas de la actriz francesa, que se ha casado ahora con un griego; y decir que va con ella el arte sumo, pero que la Matilde es más fogosa, y que si fuera española, no diría como Teodora Lamadrid aquel “¡arre, burro!” saladisimo de la Villana de Vallecas.

En tanto, pálido y agonizante, estaba en su lecho el torero Angel Pastor. Lució al sol el vestido azul y oro; echó al aire, ante el palco del rey, la montera de negros alamares; tomó trémulo la muleta de capear y la cortante espada; y el toro, airado, clavó su asta en el cuerpo del torero. ¡Eran toros muy buenos, que sembraron la plaza de hombres heridos, y caballos despedazados! Expirando le sacaron de la arena, con la hostia le tocó en la plaza misma el sacerdote los cárdenos labios; vacía quedó la plaza, y llena la calle de gente que iba tras la camilla del torero. Y al pie de su cama, su mujer llorosa y sus temblantes hijos. Y la casa llena de nobles y de enviados de Palacio. Y en la pared, manchado de sangre, el traje azul y oro. Y Madrid alegre.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

ITALIA

El centenario de las Vísperas.—Las Vísperas Sicilianas.—El de Anjou y Prócida.—Los sicilianos y el Pontífice.—Fiesta en Palermo.—Regata: discursos: monumentos.—Vino de Siracusa y vino de Marsala.—Mercaderes, mártires y caballeros.—Roma

Nueva York, 15 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

El mes de abril, mes de amores de aves y de alba de la tierra, ha sido mes de fiesta para la histórica Palermo. ¡Un día todo fue en ella sangre y susto: hoy todo ha sido flamear de banderas, y brillar de luces, corear de alegres voces, y colgar de farolillos y festones el balcón risueño, y celebrar con altos y populares regocijos la bravura de aquellos sicilianos que, seiscientos años ha, revolviéronse fieros y clavaron los puñales vengadores en la garganta, llena de cantos y de vino, de los mercenarios franceses, y cadáveres de soldados de Anjou alfombraban las calles, que contaban al amanecer del tremendo día de pascuas, más que piedras, cadáveres! Y fue que el Papa, que odiaba a los Hohenstaufens rebeldes, que por conquista se habían adueñado de la tierra, llamó en apoyo de su odio, y contra los Hohenstaufens a Carlos de Anjou, afamado de bravo, y le ciñó corona y le regaló aquella tierra, de que a poco era señor aquel rey nuevo; mas sus soldados se dieron, cansados ya de cazar hombres, a cazar damas,—y se iban por las calles en busca de Margaritas como el lobo se entra por el valle en busca de ovejas,—y querían beber a los sicilianos el vino de sus cubas, que ellos les daban de mal grado, y el de sus almas, que estaba en sus mujeres, y no quisieron darles,—y como en ese día de Pascua los de Palermo andaban de gorja taberneando y danzando en el pueblo cercano de Oreto, en cuya danza y taberneo no quisieron admitir a los franceses, que andaban arma al cinto por las calles,—montaron los de Francia en cólera y so pretexto de ver si allí llevaba arma escondida, Drouet de Genlis, que era alto oficial y mozo insolente, hundió su mano en el seno de una linda siciliana que de brazo de su hombre cerca de él pasaba, a lo que cayó muerto, de un golpe de puñal del bravo hombre en el pecho inmundo, lo cual fue la señal para

la matanza, que, como las campanas de la iglesia tocaban a vísperas a esa misma hora, se llamó la matanza de las vísperas, en que no murieron menos de 8,000 franceses,—aunque no el de Anjou, que se fue a Nápoles,—y tras de los cuales, como con aquella dama de los Hohenstaufens a quien tocaba en herencia la Sicilia, estaba ya casada con Pedro de Aragón, vinieron a ser una, por tiempos luengos, aunque todos llenos de miserias y disputas, las coronas de Sicilia y Aragón. Y quedó el Papa vencido, repuesto el señor viejo, y el francés muerto.

Y este 31 de marzo, en que cumplía seis siglos desde aquel día del ejemplar horrible, celebró la isla de Sicilia con gran pompa, no el crimen por de contado, si lo hay en volverse contra tamaños profanadores de patria y de mujeres, sino aquel brioso espíritu de independencia que sacó al fin de la tierra a los malvados. Fueron terribles aquellas vísperas. Manchados quedaron de sangre los viejos castaños y los grandes olmos. No cruces de madera señalaban el lugar en que habían caído las víctimas, sino, clavadas hasta sus gargantas, cruces de puñales o de espadas. Los puñales aquella noche tuvieron alas. Se oía en la ciudad ronquido sordo y bronco, como de monstruo que muere en la sombra, o de hombres rabiosos y hombres moribundos. Los brazos eran astas, rematadas por hoja afiladísima. Los angevinos vestían de ricas sedas y de amarillos cueros, que a poco fueron rojos. Es temible la cólera de los hombres de ojos negros. Cuando venció el de Anjou a los Hohenstaufens, levantó, sobre las cabezas del pueblo amenazante que quería a sus viejos dueños, un cadalso grandísimo, en que rodó la cabeza hermosa del príncipe Federico, que era mancebo gallardo de unos dieciocho años,—la cual cabeza tomó con manos firmes su hermano Conrado, que tenía aun dos años menos, y la besó con labios ardientes y convulsos, y la miró con larguísima mirada, y la puso en el tajo; para quitarse de su mano noble un guante que echó al pueblo, como en demanda de varón que le vengase, cuyo guante recogió del suelo, pálido de odio, un varón eminente, llamado Juan de Prócida, en tanto que al lado de la del hermoso Federico rodaba la cabeza de Conrado. Y los franceses quisieron luego mancillar a las damas de la casa de Prócida, porque el espectáculo de la virtud ofende a los malvados, y les entra prisa por destruir aquella causa de remordimiento, que les acusa perennemente de su vileza: asaltaron la casa, ganosos de bestialear en madre e hija: mataron al hijo mozo, que vino a defender a hermana y madre, en lo que perdió la vida sin evitar la injuria bárbara. Y Carlos de Anjou, el rey, ante quien el viejo Prócida postró en demanda de justicia la blanca barba, se encogió de hombros. A lo que el pueblo

sacudió los suyos, que los tiene de león, y echó a tierra como montes de arena, a aquellos millares de villanos, y el rey para salvarse, más que en mar de agua, bogó en el mar de sangre de los suyos.—Y a eso llaman los hombres las Vísperas Sicilianas.

Y como ahora dicen que de Roma, de donde fue a Sicilia el de Anjou coronado, viene peligro para la libertad de la nueva Italia; y se susurra que el Pontífice quiere otra vez a Roma, a lo que se resistirán los italianos, por lo que vendrán tal vez a Italia, como soldados del Pontífice, hombres rudos de otras tierras, que harán como los de Anjou con patria y con mujeres; y como de murmurar de esto no vienen cariños para el Sacerdote Cristiano, sino sustos y rencores, el centenario de las Vísperas, que fueron contra los soldados franceses que llamó en su apoyo el Papa de entonces, pareció a los republicanos de Italia ocasión excelente para mostrar cómo verían de nuevo los italianos casos como aquel que paró en traer soldados de fuera para contentar los deseos pontificios, y coronar a hombres tal como Anjou. Hubo bandos entre los republicanos, porque los más sensatos estaban temerosos de que el vinillo rojo de Tarento o el blanco de Geraci, que enciende la sangre de los sicilianos y pone sus manos cerca de los puñales que llevan al cinto, sacase al aire los puñales, o a los labios voces inoportunas e irreverentes, y otros republicanos fervorosos dijeron que todo acaecería como ha acaecido, en buen orden y gozo saludable, y que no habría querellas ni malas voces, sino muestra apacible de la fuerza del pueblo, y anuncio de lo que hará en caso de riesgo, porque la capacidad para ser héroe se mide por el respeto que se tributa a los que lo han sido.

Las fiestas de Palermo han sido fiestas cívicas, y de iglesia, y de pueblo. La del Espíritu Santo, que es iglesia vieja y buena, que los de Palermo aman, fue consagrada a las Vísperas al alba del día 31, y el día fue de discursos, en que se dijo bien que la celebración del centenario no quería decir odio a Francia, aunque los de Anjou fueron franceses, sino aborrecimiento sano y generoso a toda invasión de gobierno o ejército extraños que quisiesen venir a poner ley en la voluntad de Italia libre. Habló bien el senador Périni, y mejor el diputado Crispi, que es de los que mejor hablan en Italia. Las calles, llenas de aquellos sicilianos pintorescos, parecían jardines. No eran días de hacer vino, como se hace en la isla, sino de beberlo; ni de guiar por la campiña fértil el arado rudo, sino de llenarse las manos de castañas, de las que da la isla, y vaciarlas riendo en la falda amarilla, franjada de rojo, de la moza robusta; aquella moza siciliana, admiración de pintores, de cabello negrísimo, de pómulo saliente, de boca encarnada, de ojos dolorosos.

Cesto de flores de fuego era de noche la bahía, toda iluminada. Por el día hubo regata empenadísima, que fue buena, porque no hay quien reme con más gracia y presteza que esos marineros de Sicilia, que tienen el corazón hecho al peligro, el rostro al sol, y el brazo al mar. Y muchas madres, lloraron de gozo, porque, en celebración del centenario de las Vísperas, dio el municipio a sus hijas casaderas buenas dotes, para cuyo regalo se escogieron, lo que las bellas vanidosas han de tener en cuenta, no las mozas más bellas, sino las de más virtud de la ciudad. Porque Francia es la patria de los hombres, y la madre generosa de su libertad, que riega siempre con su sangre los árboles que siembra, no quisieron los sicilianos enojar a Francia, ni que se hiciese arma contra ella el caso de haber sido franceses las víctimas de las Vísperas, y se celebraron fiestas democráticas, en las que fueron muy agasajados los trabajadores que al congreso de ellos que va a haber en Palermo, habían venido de tierras francesas. Corría libérrimamente el gozo y el vino, y para los ricos era el de los viñedos de Siracusa, que dan uva muy fina, y para los pobres el de los viñedos de Marsala, por donde entró con su séquito de soldados voluntarios en 1860 el legendario Garibaldi, al golpe de cuya espada vengadora vino abajo el trono ruin de Francisco II, manchado por alevosías de los reyes Borbones y lascivias de sus reinos, el cual fue hecho magno de Garibaldi, que dio la isla a Italia, y se albergó luego a dar descanso al brazo gloriosísimo, y no pagado, en su isla de Caprera; en memoria de cuyos acontecimientos, y principalmente del sitio de Palermo, que echó al mal rey a Nápoles, y dejó libre la tierra, se ha alzado un monumento en la ciudad, cuyo velo cayó a tierra entre el repicar de las campanas, el vocerío de la muchedumbre, el estruendo de las orquestas y los rayos del sol, el día último de las fiestas de las Vísperas, lo cual fue coronarlas dignamente. ¿Quién dijo que la libertad no había tenido caballeros? Tantos tiene como mercaderes, como mártires y como sacerdotes. Los mercaderes, como la yedra venenosa, nacen en las paredes de todos los templos. Luego Jesús los echa.

¿Y en Roma? En Roma hay misterios. Porque ha ido de Inglaterra, a tratar con el Pontífice, monseñor Capel, que es muy hábil monseñor, y que va a ver cómo junta de nuevo en amistad a Inglaterra y al Papa, lo cual contentará mucho al cardenal Jacobini, el secretario de León XIII, muy partidario de esas amistades, y de que el Pontífice se atraiga a los pueblos libres, puesto que ya lo son casi todos los de estos tiempos, y se ha de vivir con los tiempos, y no contra ellos. Y de un lado parte un telegrama en que el rey Humberto felicita a Garibaldi, que está en Sicilia,

el cual ayudó mucho a que su padre tuviese valioso reino:—y de otro lado, otro telegrama anuncia que está para quedarse, y no para salir, como se dijo, en la secretaría de León XIII, el cardenal Jacobini, que no veía con ojos buenos la política vivaz e inquieta que inició hace algunos meses, fatigado de lenidades, el papado.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

FRANCIA

“Père Divorce”.—El juego de la Bolsa y los juegos de azar.—Los dos proyectos de Naquet.—La duquesa de Chaulnes y la duquesa de Chevreuse.—Un banquete a un maquinista.—Victor Hugo.—Lo que dice Rouher.—Lo que dice Olivier.—Eugenia.—Radicales y moderados

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

París ha andado en estos días ocupado en murmurar de sus duquesas, en almorzar a la sombra de las lilas, en condenar el asesinato bárbaro del ministro inglés y su secretario en Irlanda, en lamentar la muerte triste, la muerte solitaria en la sigilosa nieve, de los bravos norteamericanos que fueron a explorar el polo Artico, en celebrar en las Cámaras a Freycinet, que declaró con acentos vigorosos su ánimo de mantener alta en el Egipto rebelde la bandera de Francia, y en aplaudir a *Père Divorce*.

Père Divorce es Naquet, el orador sutil, el observador penetrante, el abogado vehemente, el previsor tenaz. Le viene el sobrenombre del ardor con que ha procurado que el divorcio vuelva a ser institución francesa. Pocos años hace, reían de él las Cámaras que acaban de aplaudirle; mas saber esperar es gran talento, que falta a casi todos los que están dotados de talento. El talento no es más que un desequilibrio entre el que lo posee, y la masa vulgar. Si quiere sacar provecho de la vida, o ejercer influencia en ella, ha de hacer no obra de león, que espanta con su magnífica hermosura a los habitantes de la selva, sino obra de gusanos. Las ideas grandiosas, que deslumbran a su aparición como relámpagos, no triunfan sino cuando se deciden a ser obra de insectos. Así se ha ido levantando la capa de la tierra, en hombros de gusanos. Así se va construyendo también el mundo espiritual. El ser humano coronado en una extremidad de resplandores angélicos, se arrastra en la otra extremidad como gomosa oruga.

Naquet, es un trabajador infatigable: su oficio no es revelar sino construir. No le perturba el ansia de lo futuro: le inquieta más la mejora de lo presente. Ve que es en Francia el matrimonio mero tráfico de

dotes o enlaces de mutua conveniencia: o culminaciones frágiles de simpatías generalmente pasajeras, a las que no lleva la amante temblorosa el ramo de azahares cargado de gotas frescas de rocío, ni el amante lleva aquel recogimiento religioso de quien siente que entra en un templo immaculado. No debe, pues, darse carácter perpetuo a enlaces que se ajustan por razones transitorias. Allí donde el matrimonio es la unión racional de dos seres que se son útiles o agradables, los cuales no entienden al unirse que haya razón alguna que les ligue luego que su mutua utilidad o agrado cesan, el divorcio no viene a ser más que aminoramiento de las envilecedoras uniones ilícitas, que en esos países viejos surgen, como flores de cieno, de los matrimonios perturbados. Puesto que en Francia ha llegado a ser el matrimonio una institución meramente humana, su legislación compete a los hombres. Y esto defendió Naquet año tras año, en las Cámaras con juiciosísimos discursos; en los salones de leer, con ingeniosas y vivaces lecturas; en los salones de recibir, con su conversación chispeante, andariega, resplandeciente, amena, persuasiva. Hoy se ganaba la voluntad de una alta señora: mañana, la de un reacio diputado: luego, la de un periódico influyente. No ha trabajado como monomaniaco, sino como apóstol. Tras de él, y azuzados por él, vinieron los novelistas, los dramaturgos, los discutidores.

—“Elegid, decía Naquet, entre el divorcio que os intimida, o el adulterio que os envilece. Si queréis extirpar el adulterio, autorizad el divorcio.”

—“¡Y los hijos!” clamaban sus adversarios.

—“Vale más vivir en la compañía de padrastros indiferentes que de padres impuros.”

Al cabo Naquet ha leído su proyecto de ley de divorcio ante la Cámara de Diputados. Y la Cámara no lo desatendió como otras veces, sino que lo aceptó a discusión por extraordinaria mayoría. Y no es que el divorcio sea institución deseable: es que libra a los espíritus, fatalmente arrastrados a la satisfacción de sus deseos, del crimen,—¡huésped bárbaro! Les quita la ventura, que queda sepultada para siempre en el hogar roto, pero les deja la estimación de sí mismos. Los adúlteros van por la vida como ebrios.

Ese es un proyecto de Naquet, ved ahora otro. Naquet piensa que deben legislarse los males que no se pueden evitar. En estos tiempos suntuosos, sólo los que nacen con temple de mártires tienen capacidad de ser austeros. La tierra es hoy una cortesana tentadora. Llena el espacio

aire de hetaira. En las almas, hay dos huéspedes: el deber, pigmeillo; y el apetito, voraz gigante. Uno es el objeto de los hombres: improvisar riquezas. Y la riqueza que exige la satisfacción de los apetitos que la vida actual despierta, es mucho mayor que aquella que los hombres pueden adquirir con el empleo honesto y tenaz de sus facultades naturales. Lo que no puede darles el trabajo, lo piden al azar. Juegan inmoderadamente a la Bolsa. Esperan cada día convulsos ante una copa vacía, o un cigarrillo extinguido, o un diario en que no leen, las nuevas de su fortuna. Hoy van raídos y hambrientos por calles excusadas; mañana pasean ricos carruajes, al lado de damas de pasear, por entre americanos indiferentes, nobles de antaño, bailarinas famosas, príncipes imbéciles. Esa esperanza perpetua en una fortuna posible, perturba al hombre como un tósigo, y lo envilece, porque le deshabilita al ejercicio metódico de sí, y a la conformidad con sus recursos naturales, de cuya conformidad y ejercicio viene a los hombres verdadera y durable ventura. ¡A qué hacer, dicen los jugadores, trabajo rudo y mal pagado, si, como lluvia de oro, al comprar acciones que alcen, se entrará por nuestras puertas la fortuna resplandeciente, llenas las manos de besos, los labios de convites, la frente de verbena, el seno de goces! Y trabajan de mal grado, y sin sentido, con la mente confusa, y la esperanza puesta, no en sí mismos, que es esperanza que no engaña, sino en la loca fortuna. ¡A qué emplear, se dice, estos dineros de nuestra lucha en tierras, ni en comercio, ni en industrias, ni en interés seguro, si es cierto que en las casas de acciones hacen el dinero con alas, y con tenerlo un mes en ella, viene el dinero doblado a nuestras manos sin trabajo! Y llevan los haberes de la lucha, pacientemente acumulados, a un mostrador de accionistas; los cuales quiebran a poco, como quebró con estruendo la Unión General, y dejan a esos perezosos y desventurados sin haberes.

Naquet se ha dicho que, puesto que el mal es inevitable, porque lo es que los placeres de la vida moderna despiertan en la sensual naturaleza humana el ansia de gozarlos, a lo cual sigue la busca de los medios para satisfacerlos, es fuerza poner freno a este mal amenazante que absorbe los ahorros de los pobres, aviva la astucia de los logrerros, afloja la energía de los franceses, y priva de gran suma del trabajo personal y creador de sus hijos a la patria.

Se juega a las acciones como al *baccara* o al *whist*. El código francés declara hoy ilegal el cobro de las deudas contraídas en el juego de acciones, como el de las contraídas en los demás juegos de azar. Es necesario, para asegurar el porvenir de Francia, y estimular el hábito

del trabajo seguro y honesto en sus hijos que se juegue menos a las acciones. Naquet mantiene que si se obliga a los jugadores de acciones a pagar las deudas que en este juego contraigan, el número de jugadores será menor, y mayor por tanto el de hombres honrados. El infatigable *Père Divorce* quiere que se borre del código de Francia la cláusula 1965, que legisla para el juego de la bolsa como para los demás juegos de *azar*.

Están siendo esos proyectos la comidilla de los salones, aunque este mes de mayo es más de andar en ríos y travesuras campestres, y almuerzos en la fragante yerba primeriza, que de fiestas y salas; mas no hay en París quien no comente el proceso famoso de las dos duquesas, que son la de Chaulnes, que quiere que le devuelvan sus dos hijos, y la de Chevreuse, que es suegra de la de Chaulnes, y la trata de mala dama y esposa impura, y se niega a darle sus nietos.

El escándalo es grande, y los escándalos, como búhos espantados a un rayo súbito de luz, huyen de las plumas honradas. Dirémoslo en suma. Esa duquesa de Chaulnes es un insecto de oro. Con decir que la acusan de vida parisiense, y que estuvo casada con esposo a quien no amó, queda dicho todo. Se presenta en el tribunal envuelta en luengos lutos. Le cae sobre la espalda, mal sujeta en red breve, la cabellera áurea. Tiene la hermosura opaca de las rosas después de mediodía. El tribunal parece teatro. Y teatro griego, en que los actores señalaban desde el tablado con su dedo acusador a las víctimas de sus censuras; y la duquesa de Chaulnes parece actriz. Un año hace dijo mal de ella Aurélien Scholl, que usa de pluma galante y libre; y el conde de Dion, a quien acusan de tener en la duquesa su condado, le quebró en los labios la atrevida pluma.

Esta madre sin hijos es hija de los viejos reyes de la áspera Lituania, y su suegra descende de los bravos De Lyunni y de los caballerosos Bohans. Casó el duque de Chaulnes con la joven hermosa, porque a él le pareció bien su belleza, y a la madre su abolengo regio. Pero a poco, nuera y suegra se odiaban. Quería la anciana que su hijo se separase ruidosamente de la turbulenta hermosura que en París había conocido con su nombre propio de princesa de Galitzine. El era devotísimo, y ella tenía otras devociones. La duquesa nueva huía de la vida monástica de la casa solariega como cebra saltadora huye del domador; y la duquesa madre era más fiera; hecha a domar cebras. Ya tenía la joven esposa entablada demanda de separación contra el enfermo duque, cuando murió éste, recomendando que no le entregasen a su esposa sus dos hijos, que el tribunal le dio en custodia. Pidió la madre a sus hijos, y se los negó

con áspero recado, el consejo de la familia ducal, presidido por la de Chevreuse. De aquí el proceso.

Y como la duquesa anciana es dama varonil, gran protectora de benedictinos, gran enemiga de los caballeros de la república, y amiga grande de los caballeros de la Iglesia, a quienes ha defendido con el poder de su genio instigador y con el de su brazo, porque es fama que abofeteó con su mano ducal a uno de los gendarmes que empleó el gobierno francés en la expulsión de los eclesiásticos rebeldes,—este proceso personal ha venido a ser proceso político, en que la duquesa de Chaulnes tiene de su parte a los enemigos de la Iglesia, y a las buenas almas, que creen que los hijos estarán mejor al lado de una madre, siquiera casquivana que al lado de una abuela iracunda, que odia a su madre; y favorecen a la duquesa de Chevreuse los elementos eclesiásticos y monárquicos que le están obligados, por ser la casa de Chevreuse albergue de todos ellos, como lo fue de los gallardos frondistas la casa de aquella de Longueville, dama hechicera, y por ser la duquesa de hogaño, si menos afable joven y discreta que la princesa seductora, no menos activa, batalladora y astuta que la famosa princesa. Maître Betelaud, que de Rabelais acá viene llamando Francia *Maître* a los letrados, acusa de veinticuatro pecados magnos a la duquesa joven que, sentada en su sitial enfrente de su acusador, le oye impasible, o mira con ademán de súplica a los jueces, o vuelve los claros y húmedos ojos al público que rebosa en la sala del juicio, henchida esta vez de hermosuras de fama, curiosos de alto mundo, y acicalados galanes. Está siendo una guerra parisiense que resuena en los diarios, en los pasillos de la Cámara, en los tribunales, en los teatros, en los salones. Tiénese por seguro que el tribunal volverá sus hijos a la madre. Venden a miles los pilluelos, folletos en que cuentan vergüenzas de la duquesa joven, o crueldades de la anciana. En los kioscos de los bulevares alumbra a la par de la luz eléctrica una descocada caricatura del *Diario* para reír que excita a risa gruesa y los retratos de los dos niños de Chaulnes, que ya llevan en sus dos blancas frentes esta mancha de barro. Era el duque muy rico y señor de heredades valiosas, que montaban a un decenar de millones de francos. Era Galitzine muy pobre y de gustos tales que la acusan de haber gastado en los seis años de su mísero matrimonio medio centenar de miles de pesos, y era la casa del duque mansión conventual, donde pareció profanación el aire de hetaira que trajo consigo la ardiente princesa.

Víctor Hugo, entretanto, presidía a quinientos hombres buenos, nobles de estos tiempos, que no ostentaban en sus escudos las lanzas con que

hirieron, por disputas de señorío, a otros pechos, ni fueron ungidos caballeros por dama castellana, sino por la hermosa libertad. Los quinientos hombres buenos honraban a un artesano, a un mecánico, a un conductor de locomotora, al bravo Grisel. Y honraban a Gambetta, que premió al artesano con la cinta codiciada de la Legión de Honor. ¡Qué gozo, y qué perspectiva! Ya el plebeyo de los gremios come del mismo pan, y se sienta a la misma mesa, y ostenta la misma insignia del señor.

Grisel salvó a ciento veinticinco hombres de la muerte. “¡Os ordenamos que paséis con vuestra locomotora ese puente!” le decían coléricos los directores del ferrocarril en que como maquinista estaba Grisel empleado.—“¡Pues os desobedezco y no paso! Ganar un salario no es contraer la obligación de ser cómplice de un crimen. Ese puente está para caer. ¡Yo no llevo a morir a tantos hombres!”—Y en este mismo instante, en que el mecánico honrado desafiaba al explotador avariento, caía con estruendo el puente roto.

Al acabarse el banquete, un anciano radioso, de ojos serenos e iluminadores, de faz homérica, salía de la conmovedora fiesta, rodeado de hombres que iban como alejando con esmero los obstáculos de su paso. Parecía una visión. Parecía una nube de plata. Parecía un mensaje de la altura. Parecía el cortejo de un monarca,—monarca de monarquía desconocida en la tierra. Era Víctor Hugo. Y más adelante veíanse hombres que estrujaban airados un diario; era un ejemplar de *El Intransigente*, en que Rochefort, un ebrio de odios, excusa el asesinato de los ministros liberales que Inglaterra arrepentida de oprimir, enviaba generosamente a Irlanda. No es hidalgo el que no estima la hidalguía de una nación, o de un hombre que confiesa que yerra. No: no hay perdón para los actos de odio. El puñal que se clava en nombre de la Libertad, se clava en el pecho de la Libertad.

Rouher y Olivier, los caudillos del bonapartismo, han dado consejos a su partido, y disculpas de sus actos. A Olivier le ven con odio sus mismos secuaces; desertó de la mesa gloriosa de los hombres sinceros para ir a comer manjares de autócratas. No perdona ocasión de disculparse de la catástrofe que por sus consejos cayó sobre su patria y por su anhelo culpable de salvar el imperio de Napoleón, necesitado de renovar su esplendor con el brillo de la guerra, a costa de la sangre y a riesgo de la independencia de Francia. Decid “¡Olivier!” en Francia, y veréis anublarse, o encenderse en ira todos los rostros. Ahora se queja de que los republicanos son injustos para con él al hacerle responsable de la terrible guerra. Alega que él no tenía autoridad sobre el Ministerio

de la Guerra ni sobre el de Marina; que Napoleón III regía por sí estos ministerios; que él hubiera querido hacer ministros a Trochu y a Julien de la Gravier, y Napoleón prefirió a Leboeuf y a Rigault de Genouilly. Y dicen que Olivier tiene llenas de hojas escritas sus carteras, y que una de ellas hacen un libro en que narra la caída del imperio, que era una fortaleza quebrantada que él quiso salvar de la ruina atándole en torno su corbata blanca; y las otras páginas son otro libro de combate, en que el consejero presuntuoso, que no entiende cómo puede salvarle aún de la vergüenza de su derrota la dignidad del silencio, intenta forzar la atención pública que huye desdeñosa del mal consejero. Olivier viene de Roma, y mantiene en su libro que el Papa no está libre en ella.

Rouher, más sensato, no provoca la lucha. Su partido le busca, y su opinión es código. La leyenda bonapartista muestra que los bonapartistas no triunfan sino por los desórdenes de los partidos liberales. Cuando los dueños de la casa andan en querella, se entran a hurtadillas por la casa. Son búhos, que salen de las sombras. Es fuerza, pues, según Rouher, esperar a que los partidos liberales se desordenen. Los pueblos son conservadores por instinto. Gustan de ser regidos liberalmente; y gustan más de no ver en peligro su existencia, ni sus haberes, aunque sólo hayan de salvarse a costa de sus propias libertades. Cuando un pueblo ve a sus timoneles en querella, y más ocupados de ver quién guía que de guiar bien el buque, bendicen a cualquier hombre osado que se hace del timón con mano fuerte, y guía. Rouher aconseja a sus partidarios que esperen, que no se desunan, que no muevan al príncipe Víctor a que se rebele contra el príncipe Napoleón, que tengan fe en el porvenir del príncipe Víctor, que tal vez, como búho joven, podrá surgir de las sombras que puedan traer de nuevo los mismos republicanos a la Libertad. Parece como que entre esas palabras se ve pasar un zorro. “Esperad—dice Rouher a sus amigos—los acontecimientos pueden repetirse.”

En tanto, la república magnánima reconoce el derecho de la emperatriz Eugenia a poseer un castillo que le disputaba el ayuntamiento de Marsella y a la vez que un grupo de fanáticos aterraban en Lyon con sus voces a una suntuosa dama inglesa, porque por su semejanza con la emperatriz y sus hábitos regios la tomó por viuda de Napoleón, reposaba la infortunada española, gala un día del palacio generoso de la condesa de Montijo, en la hermosa casa parisiense de la duquesa de Mouchy, su buena amiga.

Los buques franceses, con aplauso de Francia, están anclados, y dispuestos a guerra, frente al Egipto rebelde. En las Cámaras, los radicales

mueven guerra a los moderados, que en debate animoso, tachan, con aplauso público, de enemigos de la libertad a los que, sin traer consigo plan, ni concepto, ni fuerzas de la regeneración total por que abogan, prefieren fortalecer con su hostilidad a los enemigos del mundo nuevo, que hacerse acreedores a su confianza con su sinceridad y su paciencia. En política, es crimen derribar lo que no se puede reconstruir. Cuesta mucho trabajo alzar un mundo de las ruinas, aún en pie, de la fábrica altiva de Carlomagno, Luis XI y Luis XIV. Se ha de hacer espacio lo que ha de durar mucho. En pueblos, sólo edifican los que perdonan y aman. Se ha de amar al adversario mismo a quien se está derribando en tierra. Los odiadores debieran ser declarados traidores a la república. El odio no construye.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

61

ESPAÑA

Ensayo de política racional.—Escala de partidos.—Un partido nuevo.—De Pidal a Pi.—El ala derecha y el ala izquierda de Sagasta.—La batalla en el campo sagastino.—Los juicios por jurado.—Cataluña independiente.—Ineficaces reformas para Cuba.—España, las potencias y Marruecos

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

La política española no tiene bajamar. Vive en marea alta. Y es que el país siente que está de tránsito, y anhela llegar al término de este largo viaje, que comenzó en 1812, y aún no acaba. Entonces empezó, con aquellos hombres magníficos y venerables, el combate entre las instituciones desacreditadas y las que han de sucederles. Ya éstas pasan del período embrionario. Ya andan por cauces fijos. Ya, como que se han visto en naufragios, conocen el modo de salvarse. Los hombres son pródigos de dineros y fuerzas en la juventud, y económicos de ambas después de ella, y los partidos políticos son como los hombres. No estima la riqueza sino aquel que la ha perdido y ha tenido que reelaborarla. Sólo en la larga derrota aprenden los partidos políticos el valor de la victoria. Las parcialidades democráticas de España se mueven como ejércitos de veteranos adiestrados. Hierven en pasiones, pero conocen la necesidad de dominarlas. Son cautos, lo cual viene siempre de haber sido vencidos. Los partidos de España son hoy como excelentes ensambladuras, que se desensajan y reagrupan, y quedan en cada forma nueva como ensambladuras perfectas.

Grandísima victoria de los españoles es haber elaborado al cabo esta política racional, sincera y visible, cuyos elementos se ajustan o desajustan con arreglo a pacífica y serena lógica. Ese país de imaginación se mueve hoy con arreglo a una perfecta política de razón. El campo ultraconservador, que es el del pretendiente don Carlos, encaja por su extremo más liberal en el extremo menos liberal del campo conservador: el ala izquierda de éste, encabezada por Martínez Campos, ajusta en el ala derecha del partido sagastino, cuyo bando radical, ganoso de reformas activas y de trabajos visibles, se engrana con la agrupación más

conservadora del elemento democrático. Así ligados los diversos partidos que aceptan la monarquía de don Alfonso como monarquía de derecho, —liganse de igual manera con los que sólo la aceptan, como los carlistas y los republicanos, como monarquía de hecho; y a la par que los carlistas que son ultramonárquicos y ultracatólicos, apoyan con sus votos y sus partidarios a los más católicos de entre los monárquicos, así los republicanos que pudieran llamarse extracatólicos y extramonárquicos, apoyan a las agrupaciones más liberales de la monarquía.

Ahora se presenta ocasión nueva de combate en esta política artística e impaciente que no por ser de las menos cimentadas es de las menos interesantes de las actuales de Europa. Ahora se ofrece una ocasión de desencaje y reagrupación. Ahora se forma un partido nuevo, necesario al equilibrio de este organismo verdaderamente bello. Las pruebas de razón seducen a los que la cultivan. Sagasta subió al poder merced al ajuste de tres fracciones: él era, en la formación rudimentaria de los partidos en esta nueva época de la política española, el caudillo de la monarquía: Cánovas era el caudillo de la derecha: hacia falta un grupo intermedio, que acercase los extremos de estas agrupaciones rivales, y Martínez Campos creó el grupo intermedio, que se acumuló, por ser pequeño para el triunfo, y por necesitar de programa definido, al bando liberal, el bando de Sagasta.

Pero como al toque de un nuevo agente se verifican en un cuerpo nuevos cambios químicos, y se revelan elementos suyos que yacían ignorados, a la presencia del nuevo elemento conservador en el bando liberal, surgieron alarmados los elementos más liberales de este bando. Y se dibujaron marcadamente en la mayoría sagastina las tres agrupaciones: el ala conservadora, que usa de las libertades como pretexto y en realidad las teme, mandada por Martínez Campos; el ala radical, que usa de la monarquía como pretexto, y en realidad la odia, comandada por varios y elocuentes guadores, que se llaman Linares Rivas, Pelayo Cuesta, Balaguer, Navarro y Rodrigo; y el ala intermedia, que es el séquito personal de Sagasta, a quien ha librado el manejo de su fortuna, y que se da a trechos, con cierto amor secreto y vehemente a la libertad, a la libertad, que la conservará en el mando mañana, y a la monarquía, que le da y puede continuar dándole el mando hoy. De estas tres subagrupaciones el ala conservadora tiende a sofocar toda tentativa del ala radical a abrir puertas al espíritu democrático, que se entra a raudales, y con pujanza juvenil, por todas las puertas; el ala radical tiende al establecimiento inmediato de las instituciones democráticas, sin cuyo goce ni

asegura su lealtad, ni concede probabilidad de larga vida a la monarquía; y el ala intermedia tiende a poner en acuerdo a los dos bandos extremos, arrancando concesiones al resistente grupo conservador, y conteniendo impacencias del descontento grupo liberal, porque si aquél se vuelve al campo canovista de donde vino, queda Sagasta como jefe imponente de un bando rebelde y peligroso; y si el ala radical se une a los demócratas que la apoyan, queda Sagasta como jefe sin séquito, y como caudillo sin color marcado y prominente, que es puesto que no cuadra al que ha venido siendo dentro de la monarquía el único caudillo posible de las huestes democráticas.

Pero el conflicto había de venir al cabo. Intereses e ideales guían a la vez a los políticos. Los campistas conservadores quieren para sí la primacía en el gobierno de Sagasta, y los puestos: ¡algo ha de valer la espada deshacedora de reyes!—Los radicales sagastinos piden para sí igual primacía, y puestos iguales; ¡algo ha de pagar la monarquía por el alquiler de esos demócratas prófugos!

En vano había venido Sagasta, con su ala intermedia, conjurando el peligro; sonreía en vano con igual blanda sonrisa a los conservadores de quienes ha menester, y a los radicales cuya fuga teme. Decía a Campos: “Sin mí, no tenéis programa, ni fuerza, ni apariencia formal de partido político, ni sois más que un general afortunado, seguido de un grupo de espaderos.” Y decía a los radicales: “Sin Martínez Campos, no somos aún bastante fuertes para inspirar confianza a la monarquía que duda de nosotros, y nos ve como a sus Judas, que habremos de venderla a la República.”

Mas surgió el partido democrático monárquico, creado por Moret con buen acuerdo para que no hubiese de volver el poder, caso de ruptura de Sagasta y Campos, a los conservadores, por no haber, salvo el de Sagasta, partido liberal en la monarquía. Y el rey lo vio con buenos ojos, porque los demócratas de Moret unidos a los radicales de Sagasta, y a los republicanos de Castelar y de Martos que los apoyarían en Cortes, reúnen mayoría bastante en las Cortes actuales, para que el poder recaiga en ellas sin conflicto,—y porque el rey piensa tal vez, con notable cordura, que le vale más agasajar a sus enemigos poderosos, que desafiar su poder, echándose de nuevo en brazos de los canovistas impotentes para salvarle, y odiados.

Apenas tuvo el ala radical este campo nuevo, amenazó de fuga a Sagasta, si no se sacudía del imperio enojoso de los acomodaticios y

avarientos campistas. Le exigieron que los pusiese en aprieto, y provocase su salida del gabinete. Le urgieron a que propusiese reformas inmediatas y republicanas, a las cuales no quiere Campos asentir porque no vaya a tenerlo la Corte por uno de sus enemigos encubiertos. Ni Sagasta sufre de buen grado la forzada compañía de Campos, ni gusta de dar un nuevo jefe a la democracia dentro de la monarquía. El ve por su interés, y sus radicales por el suyo. El quiere la presidencia del Consejo y los radicales quieren el Consejo. Este ha sido el conflicto: éste el problema. El ala radical se ha alzado contra Sagasta, y amenaza ir a robustecer como un ala conservadora y más monárquica, al partido infante de los demócratas de Moret, así como Campos se alzó contra Cánovas, y fue a dar robustez, y a servir de ala más monárquica y más conservadora al partido liberal que había venido aspirando en vano al poder dentro de la monarquía.

Los elementos de la querrela flotaban por el aire. El primer debate de la Cámara ha puesto de relieve la querrela. No bien se anunció por el gobierno su propósito de establecer, como preparación al jurado, juicios públicos y orales, que son menos que el jurado, y más que las actuales formas de juicio,—alzáronse en rebelión los radicales sagastinos, exigiendo a su jefe que propusiese el establecimiento inmediato de un jurado, puesto que un pueblo que manejó ya sin riesgo y con honor esa institución, no necesita prepararse para ella, y porque ya se fatigan de verse en la casa propia, alejados de la mesa del poder por los campistas forasteros, y de ver las libertades racionales, que España ansía, sujetas a conveniencias y a caprichos de gente mandariega, que no da a la libertad sino aquello que puede servirle como un cebo para atraerse la opinión y como un arma para amenazar a la monarquía.

Susurráronse al punto cambios graves. Linares Rivas, orador muy brioso, renunció el puesto altísimo que, por buen amigo de Sagasta y gran molestador de Cánovas, gozaba en la Administración de Justicia, y anunció que pediría en Cortes el restablecimiento del jurado. A Linares Rivas se unieron todos los tenientes que comandan el ala radical. Moret, Martos y Castelar anunciaron que sus fracciones votarían con Linares Rivas. Todo ha sido reunirse en casa del general López Domínguez, capitán de los descontentos, y rival de Campos. Todo es aun asegurar que se creará un partido nuevo del ala radical y de los demócratas moretistas, y que será jefe de ellos el siempre diestro general Serrano. Los descontentos claman por la adopción inmediata del juicio por jurados, del presupuesto económico, del matrimonio civil. Sagasta les responde que no está España aún madura para el establecimiento fructífero, y no

efímero, de esas instituciones. Los tenientes rebeldes andan en permanente cónclave. Sagasta llama a deshora de la noche a la casa de su consejero mejor, que es Serrano mismo. Los sagaces no tienen por probable que los perpetuos compañeros de Sagasta, que deben a sus artes la posibilidad del poder que comparten, riñan con él para ir a comandar y no a mandar en absoluto, en campo nuevo, y aliado, más en campo que en suma tardaría poco en ser, por rivalidades de jefes y aspiraciones políticas diversas, campo enemigo.

Pero el cable hace creer que Sagasta, que sabe de magia, ha conjurado esta tormenta; que los tenientes hechos a la voz de su hábil capitán, han cedido a su voz; que Alonso Martínez, el Ministro de Justicia, anunció desde el banco del gobierno que el gabinete introduciría en la sesión próxima el proyecto de ley de los juicios por jurado, y un nuevo código penal, más encaminado a corregir que a espantar, y a purificar que a corromper, como corrompe y espanta, con sus penas envilecedoras, el código vigente. Tales son cárceles y presidios en España, que el que entre en ellas sale criminal jurado. El Saladero mismo de Madrid es escuela y taller de grandes robos. Los alcaides de las cárceles son verdugos de los presos que no los sobornan, y compañeros de los que los sobornan. Y una flor que cae en un presidio de España, sale llaga. En verdad que es tiempo de atender a esa señora ilustre y modestísima, que pide con acentos de evangelista y de profeta que se truequen en penitenciarías los presidios, y éstos y las inmundas cárceles en escuelas para los pecadores. Concepción Arenal se llama esa dama ilustre; no tiene España otra más grande.—Decíamos que el riesgo de desarme del bando sagastino parecía, merced a la promesa del Ministro, conjurado. Es tregua: no es desenlace. O es más arraigado en el Palacio Real, que aparta Sagasta de la compañía de Martínez Campos, a quien él no quiere por jefe, y quien no se aviene a ser mero teniente de Sagasta, o va el poder, por mano intermediaria o sin ella, a dar en manos canovistas.

En esto andaba Madrid, y por Cataluña andaba, pidiendo independencia, una banda de insurgentes. “¡Cataluña independiente!” oyó asombrada Barcelona, y los campos vecinos oyeron, como en los tiempos del malaventurado Conde-Duque de Olivares: “¡Cataluña independiente!” Pero dicen que esa que vocea es asonada y no guerra; que no son más de ochenta los abanderados; que salieron de Barcelona numerosas tropas, y los pusieron en fuga; que los campesinos les admiran, mas no los siguen; que ya han caído en prisión cinco de los rebeldes. Bello es que

los pueblos combatan por su libertad: mas sólo tienen el derecho de combatir por su libertad los que no oprimen la de otros...

Tanto como de las cosas catalanas, se ha hablado estos días de las cubanas. Con pompa, como quien lleva a cabo obra magna, ha presentado a las Cortes su proyecto de reforma en el presupuesto y comercio de Cuba, el hábil y activo, mas en esto infortunado, León y Castillo. Bate bien a Cánovas este brioso isleño con su palabra diestra; mas ni él, ni otro alguno de los suyos, tiene ánimo ni poder de calmar los males de la Isla. Todos esos proyectos, muy voceados, tienden a hacer libre el tráfico, de aquí a diez años, entre España y Cuba. Mas ¿qué con ellos? Es como dar una cáscara de nuez a quien pide embarcación con que surcar los mares: o una piedrecilla de color a quien emprende camino del Este para encontrar a quien lo llama por el Sur.—Cuba no vive del tráfico con España.—En el tráfico de que vive Cuba, en el tráfico con los Estados Unidos, en ése no legislan: en ése anuncian que no valdrá a los importadores de frutos extranjeros en la isla introducirlos en España donde pagan poco, y sacarlos de nuevo de España para la Isla, como frutos españoles, porque esos frutos extranjeros habrán de pagar siempre los derechos que pagarían si se introdujesen directamente en la Isla. Y en otros males voraces no legislan. Toda Cuba está en prenda, o en quiebra. Todas las propiedades están en hipoteca. Todas las fortunas en concurso. Embargadas las haciendas y sus rentas. A pesar de que aún existe el trabajo esclavo, el país no puede pagar ya al gobierno las contribuciones de que éste ha menester para mantener su ejército, y su otro ejército de espías, y su otro ejército de empleados. Pues ¿qué será cuando los esclavos se alcen; o el trabajo se interrumpa por falta de caudales para aumentar la producción; o los Estados Unidos, que reciben ya azúcar de muchas partes, cierran sus puertos, airados de que España mantenga cerrados los de la Isla a sus frutos, a los azúcares cubanos? ¿Qué será cuando, dado que todo vaya por lecho tranquilo, como río manso, la ley de patronato venga a haber de cumplirse realmente, y los productores de azúcar a pagar salario a sus trabajadores, si hoy que no pagan salario, no tienen ya cómo pagar las contribuciones atrasadas, ni las nuevas?

Pues a eso pone remedio el Ministro de las Colonias anunciando que el presupuesto de la Isla monta a \$36.500,000 para el nuevo año, de los cuales se habrán de coleccionar 21.000,000 en las aduanas de Cuba, y 9.000,000 de los propietarios míseros de esas haciendas que están todas

en concurso, en embargo, o en prenda; y que a más, esa triste tierra debe \$53.000,000 por los gastos de la guerra mantenida contra ella, para pagar los cuales no cuenta el Ministro con más ni ofrece más, que la hipoteca por diez años de las contribuciones de la Isla al Banco Español de La Habana el cual reunirá en una sola deuda las varias que la Isla tiene, por cuya deuda unida emitirá acciones redimibles a tres por ciento de interés, de las que amortizará el Banco una porción cada año. ¡No se cuenta, para pagar las varias deudas, más que con el medio por el cual la mayor de esas deudas se contrajo! Porque la Isla debe mucho al Banco por esas contribuciones, que se le daban en garantía, y no alcanzaban a cubrir sus anticipos. En suma: quedan en pie, sombríos e insolubles, todos los problemas.

Y en España, se agita el de Marruecos. España teme que si las tropas de Inglaterra y Francia invaden el Egipto, no haya alfanje en cinto, ni caballo sin jinete, ni moro sin espingarda, de Egipto a Marruecos. Ve España como la morisma está encendida, y Túnez muerde colérico el freno de Francia, y Trípoli parece campo de batalla, y lo es ya Egipto, y se anuncia general alzamiento contra todos los cristianos, y el sultán de Marruecos es impotente para domar a los moros tunecinos que llenan sus comarcas, ni a los airados marroquíes. Cuenta España sus soldados, y ve que tiene 130,000, los cuales no echará sobre Marruecos si la querrela de Egipto no para en guerra que encienda toda la morería del norte de Africa, mas sí moverá contra Africa sus huestes, si el alzamiento de los moros pone en riesgo sus dominios africanos, que la hacen agasajada de potencias grandes, cierta de un porvenir próspero, estimada y temida de Inglaterra. Ahora mismo saca España provecho de estar a la boca del Mediterráneo, y en el camino de la India, porque Rusia y Alemania, celosas del poder inglés en Asia, quieren alzar a España contra los ingleses, y fortalecerla en sus dominios marroquíes, lo que obliga a Inglaterra a ser dadivosa con España, y tenerla de amiga, por lo que dan por cierto los buenos políticos de Madrid que el gobierno inglés reformará benévola-mente los impuestos que en las Islas Británicas gravan los vinos españoles, con lo que crecerá mucho la riqueza de España, y ajustará al cabo la contienda pendiente sobre señorío del agua alrededor de Gibraltar, y derecho de soberanía de España sobre las islas Soolvo y parte de la de Borneo.—¡No en vano fueron de Londres a Madrid aquellos caballeros resplandecientes, a llevar al rey mozo la rica Jarretera! Rusia tiene en Madrid al hijo de Gortchakov famoso, el cual también merece fama; y

Alemania emplea allí a su conde Solms, que es uno de sus embajadores más diestros y seguros. E Inglaterra, que envía sus buques por las bocas del estrecho en que tiene España señorío, quiere tener libre el paso de la India.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

62

ITALIA

Reforma del sufragio.—Las Cámaras votan el escrutinio de lista.—Excavaciones.—Entre poetas.—Entre campesinos.—Entre cardenales.—El caballero Errington.—El verboso Olivier.—León XIII e Irlanda

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Donde Gambetta cayó, Depretis ha triunfado. Los diputados y senadores de Italia, ya a punto de volver a sus departamentos a batallar en elecciones nuevas, acuerdan que la buena manera de elegir es la del escrutinio de lista, en que no va el diputado a la Cámara porque así cuadre o interese a los caciques del lugar, sino que va por las ideas que encarna, lo cual garantiza su partido que le presenta en su circunscripción como candidato, sin que quede el diputado comprometido a esas fruslerías bochornosas que le obligan luego, por complacer a sus electores exigentes, a compadrear con el gobierno que se las concede, ni ha de atender el legislador a dar placer o no dar disgusto con sus votos a los caciques que le eligen. El partido propone a los diputados: los partidarios los votan. Así, todo hombre útil a un partido político está seguro de su elección, puesto que sus copartidarios cuidan de ella, y no se ve forzado el hombre público a andar domando aldeas, y trabando votos, y conciliando rudas voluntades, lo cual priva de independencia al diputado, y le deja con más cargas, y con menos decoro. ¡Mercadear un honor, aunque se vaya a hacer un bien con el honor que se recibe, es cosa que saca el rubor de todo hombre puro al rostro! Más vale ser olvidado de la muchedumbre que verse obligado a cortejarla.

Los diputados franceses, que venían de triunfar en las ciudades y pueblos amigos, y de recibir beneficios de sus cacicazgos, no gustaron del modo nuevo de elección, por no estar bastante ufanos de su valer para esperar que su partido les propusiese en elecciones nuevas como candidatos, y por parecerles más seguro volver a ser electos por los pueblos y ciudades que ya les eligieron, que ser escogidos entre centenares de hombres de cuantía por un partido que pudiera bien necesitar poco de ellos, y más de otros.—Los diputados de Italia no han temido lo que

los de Francia. De fijo que el partido reinante se lo premiará incluyendo sus nombres en la lista de candidatos. Este modo de elegir es más honrado, porque no triunfan en las urnas, ni influyen en el voto razones personales, sino ideas; ni queda electo el señor del pueblo, o el amigo de los señores, sino el hombre desconocido, o conocido por sus méritos, a quien una agrupación política escoge entre los más meritorios. Esta manera de votar ennoblece el sufragio, en verdad corrompido. En las elecciones ¡cuánto hombre que vota a su adversario, por una u otra obligación que le ata! ¡Cuánto hombre que deja de votar, porque no le place el diputado de su distrito! ¡Cuánta compra y cuánta venta, a la faz de las urnas! Con este modo nuevo,—ni la dependencia de sus electores entraba al elegido, ni las consideraciones al elegido coartan la independencia de sus electores. Estos, seguros de la libertad de su voto, votan: hoy, que ven como el voto se mercadea, no votan. Y los partidos colocarán en sus listas de candidatos, para asegurarse la elección, a sus mejores hombres.

Fuera de ese éxito magno, que acredita la destreza del anciano ministro que lo alcanza, y es el caballero Depretis, de rostro noble y barba nevada, y palabra serena y persuasiva,—apenas hay cosa, en este mes de pájaros y flores, que dé faena a la pluma.

Con el Uruguay, dice ya el cable que está en paz Italia, a quien el gobierno uruguayo satisfizo.

En Nápoles ágiles buzos, empeñados en tareas de ciencia, y en conocer los senos misteriosos de la bahía solemne, hablan por luengos teléfonos desde el fondo del mar limpio con los que, en la playa o en la superficie, del otro extremo del teléfono les responden.

En Roma, excavan, y surgen paredes erguidas, casas rotas de señores romanos, fríos testigos de aquellos opulentos banquetes, de aquellas melodiosas conversaciones, de aquellas quejas de esclavos, de aquellos amores de Horacio y de Tyndaris.

Entre médicos, hablan de un doctor Lombroso, que ha exprimido el maíz, y hallado en las enfermedades del grano rico el germen de la bárbara pelagra, la enfermedad que roe a las robustas mozas y a los magníficos mancebos de las campiñas de Italia.

Entre campesinos, hablan de una tierra de que cuentan mucho, y adonde van los más recios mozos de la campiña, a cuya tierra llaman México, donde el suelo es muy rico y los montes son de oro, y el maíz no está enfermo, ni hay nunca hambre ni frío, y donde llaman ahora a italianos.

Entre poetas, háblase como el desatamiento de un haz de relámpagos, del libro nuevo de Giuseppe Carducci. ¡No hay Cavalotti, no hay Stechetti, no hay Edmundo de Amicis!; ¡Cavalotti es pueril! ¡Stechetti, es romántico! ¡Amicis, es un cincelador! ¡Carducci solo es Hércules! Sus versos, si condenan, hieren como clavos: y si aman, se extienden arrogantemente en grandes pliegues, como piel de león.

Entre cardenales, no se habla de Carducci, que es como hablar de Satán, a quien lo igualan por lo fogoso de sus ojos, lo áspero de su lengua, y su blasfema rebeldía, y su velludo rostro,—sino del eminente caballero Errington que ha ido de Londres y ha hablado a solas con el Papa, a quien dicen que llevó recados de lord Granville, ministro de la reina Victoria.

Y celebran mucho a Errington los cardenales, porque es inglés muy devoto, la cual parece condición rara en ingleses, y va a Roma a ver cómo reanuda amistades solemnes entre el gobierno protestante y la Sede Católica cuyas amistades no son, sin embargo, sinceras, sino interesadas porque, a cambio de la autoridad que con acatarlo presta al Pontífice, quiere Inglaterra que el Pontífice, ante quien los irlandeses se postran como siervos, le ayude a poner paz, con la influencia de la Iglesia en la revuelta Irlanda.

Dos siglos hace que vivían como extraños, cuando no como fieros cnemigos del pueblo de Enrique VIII y el jefe de la Iglesia, y hay una cláusula severa que impide que vaya de Roma enviado alguno eclesiástico a la corte de Inglaterra. Pero lord Granville fia en las artes de su amigo Errington, que es londinense muy culto, como Bismarck, también necesitado del apoyo del Pontífice, fia en las artes de Shloezer, que es caballero que hace que le quieran, y sabe hacer que quiere. Todo hombre culto es un embajador posible.

Y el Pontífice agasajó mucho a Mac-Cabe, el cardenal nuevo de Irlanda, con cuyo nombramiento ha cautivado León XIII la áspera voluntad de los de Erin, turbulentos y rudos.

Y a Olivier, el ministro de Nápoles, trató también el Papa con cariño, porque Olivier, con su verba abundante, le dijo que se dolía de verlo preso en Roma; y de esto sin poder, por no emplearlo en darle libertad y señorío; y le empeñó promesa de publicar un libro vehemente, donde flagelaría a Humberto altivo, y preguntaría, dando con la pregunta título al libro: “¿Está el Papa libre en Roma?”

JOSÉ MARTÍ